Historia de la Lengua Latina

por

A. MEILLET

Con bibliografía de J. PERROT

EDICIONES AVESTA S.A.

REUS 1980

OBRAS DEL AUTOR

Recherches sur l'emploi du génitif-accusatif en vieux slave, 1897, Paris (Bouillon ; Champion, successeur).

De indo-europaea radice *men « *mente agitare* », 1897, Paris (Bouillon ; Champion, successeur).

Études sur l'étymologie et le vocabulaire du vieux slave, 1re partie, 1902 ; 2e partie, 1905, Paris (Bouillon ; Champion, successeur).

Esquisse d'une grammaire comparée de l'arménien classique, 1903, 2e édition augmentée, 1936, Vienne (Autriche), chez les P. P. Mekhitharistes.

De quelques innovations de la déclinaison latine, 1906, Paris (Klincksieck).

Les dialectes indo-européens, 1908, Paris (Champion), 2e édition, 1922.

Armenisches Elementarbuch, 1913, Heidelberg (Winter).

Aperçu d'une histoire de la langue grecque, 1913 ; 7e édition, 1965, Paris (Klincksieck).

Grammaire du vieux perse, 1915 ; 2e édition, 1931, Paris (Klincksieck).

Caractères généraux des langues germaniques, 1917 ; 5e édition, 1937 ; Paris 7e édition, 1949 (Hachette).

Les langues dans l'Europe nouvelle, 1918, 2e édition, 1928 ; Paris (Payot).

Linguistique historique et linguistique générale, 2 volumes, 1921 et 1936, Paris (Champion et Klincksieck).

Grammaire de la langue polonaise, 1922, Paris (Champion).

Introduction à l'Étude comparative des langues indo-européennes, 1922, Paris, 10e édition, 1964, Alabama (Klincksieck).

Les origines indo-européennes des mètres grecs, 1923, Paris (Presses universitaires).

Grammaire de la langue serbo-croate, 1924, Paris (Champion).

Le slave commun, 1924 ; 2e édition, 1934, Paris (Champion).

Trois conférences sur les Gâthâs de l'Avesta, 1925, Paris (Geuthner).

Traité de grammaire comparée des langues classiques (avec J. Vendryes), 1925 ; 3e édition, 1963, Paris (Champion).

La méthode comparative en linguistique, 1925, Paris et Oslo.

Dictionnaire étymologique de la langue latine (avec A. Ernout), 1932, 4e édition, 1959, Paris (Klincksieck).

Recherches sur la grammaire comparée de l'arménien suivies de *La composition en arménien,* 1962, Lisbonne (Klincksieck).

MANUALES AVESTA
Serie Universitaria, 1

HISTORIA DE LA LENGUA LATINA

por

A. MEILLET

CON BIBLIOGRAFIA DE
J. PERROT

2.ª edición

EDICIONES AVESTA
REUS 1980

Título original: Esquisse d'une Histoire de la Langue Latine.
Paris. Editions Klincksieck, 1966.

Traducción de: F. Sanz (hasta cap. III)
C. Rodríguez (caps. IV - VII)
A. Mª Duarte (caps. VIII - XI y coordinación).

© Ediciones Avesta, 1972.
Avda. de Barcelona – Barrio Gaudí –
Grupo Siena, 1ª planta, puerta nº 1.
REUS (ESPAÑA)

© Ediciones Avesta, 1972
Avda. de Barcelona - Barrio Gaudí - Grupo Siena, 1
REUS-TARRAGONA
I.S.B.N. 84-7414-033-1
Depósito Legal: B-33.220-1980
Impreso por: Litografía Rosés, S.A.
Escultor Canet, 6-8-10
Barcelona-28

ADVERTENCIA

A mi *Historia de la lengua griega* se le ha reprochado, con razón, el que yo no haya sabido mostrar allí la acción de la historia sobre los cambios de la lengua. En latín, los hechos, más recientes, son en parte más asequibles y yo me he esforzado en mostrar aquí cómo los acontecimientos históricos y los estados sucesivos de la sociedad han determinado en alguna medida el desarrollo de la lengua.

Por tenues que sean, los datos que se poseen dejan percibir cómo el latín se ha separado del indo-europeo, en qué circunstancias ha llegado a ser una gran lengua de civilización, cómo ha sobrevivido la lengua culta proporcionando a Europa Occidental una lengua común y cómo el habla corriente se ha roto en dialectos distintos hasta desembocar en las lenguas romances.

El griego y el latín son las dos mayores herencias del mundo indo-europeo. El griego ha servido de vehículo al desarrollo del pensamiento racional, el latín al desarrollo del estado y del derecho; para las cosas del espíritu, el latín se enriqueció con lo que ya había adquirido el griego haciendo de ello un bien común para todos los hombres.

Tal es la historia que querría trazar aquí brevemente, señalando sólo los rasgos esenciales de ella.

Quizá fuera de desear que no aparecieran tecnicismos; pero en la práctica, resultaba que, si se quería hacer gracia al lector de los detalles precisos, no quedaban más que generalidades vagas a las que les faltaba toda demostración. Sólo la lingüística comparativa proporciona algunos datos sobre la prehistoria del latín y ha sido necesario así hacer largo uso de sus procedimientos. Los lectores que no sean lingüistas harán bien en pasar rápidamente las páginas en que ha sido preciso señalar hechos que hacen retraerse al que no es especialista. Por esto mismo, se ha intentado hacer inteligible la exposición incluso para el entendido al que no le iba a interesar el pormenor de hechos de la lengua.

Los señores E. BENVENISTE, A. ERNOUT y J. MAROUZEAU han tenido a bien leer cada uno las pruebas de esta obra y yo debo mucho a sus informes. Mi esposa incluso las ha leído y me ha ayudado a evitar numerosas oscuridades. Sin duda todavía quedan más de las convenientes. El lector sabrá excusarme de no haber logrado hacer más atractiva una obra sobre tema tan bello.

A. M.

ADVERTENCIA
A LA SEGUNDA EDICION

La acogida que el público ha dispensado a esta obra me obliga a preparar una reimpresión antes de poder revisarla como sin duda lo habría hecho si hubiera trascurrido desde la primera edición mayor tiempo. Aparte mejoras de detalle, bastante numerosas ciertamente, me he limitado a añadir algunas páginas y a corregir errores que en parte me han sido señalados ya por amigos, ya por críticos benevolentes a los que doy las gracias.

En *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskab*, III, p. 241 y ss., un profesor particularmente autorizado, MARSTRANDER, ha discutido de lleno la hipótesis de una unidad italo-celta. Se podría volver ahora a tratar toda la cuestión: los retoques que he hecho cambian profundamente lo expuesto en la primera edición.

Hoy me parece que las colonizaciones de las que resultan las diversas lenguas indo-europeas se han producido en fechas suficientemente alejadas unas de otras para que, en el intervalo de las sucesivas expediciones, la lengua haya evolucionado: de este modo, el problema toma un aspecto nuevo. Las lenguas que en época histórica ocupan la periferia del dominio indo-europeo conservan rasgos arcaicos que no tienen equivalencia en las lenguas de la región central. Así, el itálico y el celta, que ocupan la parte occidental de la periferia indo-europea, presentan arcaísmos para los que ni el griego ni el germánico tienen formas correspondientes.

Las demás críticas que se han hecho a esta obra, no han podido ser aprovechadas de la misma manera. Por lo demás, no todas merecen a mi parecer igual aceptación.

No me ocuparé demasiado del reproche de haber descuidado la historia de los hechos que presentan los textos literarios: este libro es obra de un lingüista, no de un filólogo. Lo que se intenta exponer aquí es solamente las grandes líneas del sistema latino, trazando la curva de desarrollo del indo-europeo al tipo romance. Las divergencias entre los textos son nimias cuando se considera un desarrollo tan amplio. Un filólogo más ponderado que yo

habría sabido obtener mayor provecho de los cambios que tienen lugar a lo largo del período literario. Pero no habría tenido ningún reparo en dejar de lado lo que yo he omitido, por ignorancia o deliberadamente, salvo en el caso de que el conjunto se resintiera por ello. Yo no sé que se me haya probado esto.

Sin embargo, hay lagunas que yo lamento. Cuando se construye un libro, uno es prisionero del plan que se ha trazado y se está expuesto a dejar fuera lo que no entra naturalmente. Así se ha caído en la cuenta de que, en un libro sobre la historia del latín, no aparezcan fechas. Efectivamente, es un hecho significativo que el hombre de estado que ha dado a la cultura Greco-Romana un dominio nuevo conquistando la Galia y ha hecho que esta cultura acabara por ganar para sí la Gran Bretaña y el valle del Rhin y, por otra parte, ha dado a la organización del Imperio Romano un giro nuevo, haya sido tenido como un purista cuya lengua concuerda con la de Cicerón, haya creado el modelo de la narración histórica y se haya tomado el trabajo de escribir sobre cuestiones de gramática. La lengua de César no contiene nada de griego: estaba tan compenetrado con la cultura griega como para no deberle más que el sentido de una forma exactamente fijada, de la expresión justa, de la medida.

Por el contrario, se puede prescindir de nombrar a Catulo. También él testimonia la influencia griega, pero con menos discreción que Virgilio y, por consiguiente, su acción ha sido menor. En cuanto a Horacio, es un hombre de letras y su teoría del empleo de *iuncturae nouae* prueba que sentía ya la necesidad de imprimir a la lengua alguna violencia: él revela así los fallos que, cada vez más visibles en los poetas anteriores, les impidieron tener un influjo eficaz sobre el desarrollo de la lengua.

DEBRUNNER ha hecho a mi obra el honor de una detenida discusión en *Indogermanische Forschungen,* XLVIII, p. 311-317. Allí remito al lector. No tocaré aquí más que dos puntos fundamentales en que estoy en desacuerdo con mi sabio colega y amigo.

DEBRUNNER considera que no estuve acertado al atenerme con tanto rigor a la doctrina según la cual el acento del latín antiguo consistía en una elevación de la voz que no cambió de carácter hasta el momento en que, hacia el siglo III antes de Cristo, el ritmo cuantitativo se alteró, una parte de intensidad se mezcló a la elevación de la voz y así el acento latino quedó marcado con tiempos fuertes. Mientras los hechos no contradigan esta teoría, convendrá atenerse a ella. El libro de Nicolau *L'origine du cursus rythmique* (París, 1.930) aporta una prueba de ella y yo lo he tenido en cuenta en *Bulletin de la Société de Linguistique,* XXXI, fasc. 2 (Comptes rendus), p. 104 y ss.

Es cierto que el tiempo fuerte del verso latino coincide generalmente con la sílaba que lleva el *accentus*. El hecho es evidente y nadie lo niega. Pero

es consecuencia de que la primera y la última sílaba de palabra tenían en latín caracteres especiales y, en consecuencia, el poeta no podía emplear las sílabas breves y largas sin tener en cuenta el comienzo y el final de palabra. Este tratamiento especial de las sílabas iniciales, medias y finales no tiene nada que ver con el lugar del acento.

También DEBRUNNER me reprocha haber insistido demasiado en la oposición del grupo de *infectum* y el grupo de *perfectum*. La razón es que esta oposición —cuya importancia creo que no ha sido apreciada en todo su valor— preside la estructura del verbo latino. Leyendo la crítica de DEBRUNNER, se creería que el valor antiguo del aoristo era el de un pretérito; pero se sabe que el aoristo indo-europeo indicaba solamente aspecto y que por ejemplo, fuera del indicativo, el aoristo griego no tiene valor de pretérito. De aquí que una forma como *dīxī* no presente entre sus elementos ninguno que haya sido jamás característica del pretérito.

El latín enuncia hechos pasados y los expresa por medio de formas como *fēcī*, *dīxī*, y sin duda por esto, *fēcī*, *dīxī* pasaron a tener valor de tiempos históricos perdiendo el suyo simple de aspecto; es precisamente este valor histórico el que han recogido las lenguas románicas. Basta considerar *fēceram, fēcero, dīxeram, dīxerō*, para percibir con evidencia el valor de acción cumplida que es la del tipo de todo el perfecto. Hoy en francés hablado, *j'ai fait, j'ai dit* son formas que sirven para contar: antiguos perfectos cuya oposición con los pretéritos simples *je fis, je dis* —sin uso en la lengua corriente— se mantiene todavía en la lengua escrita.

No quiere esto decir que desde el comienzo de la tradición la noción de tiempo no haya tenido lugar en latín: la oposición de *fācio, faciēbam* y *faciam (faciēs)* y la de *fēcī, fēceram, fēcerō* son de carácter puramente temporal. Pero la del grupo de *faciō* y la del grupo de *fecī* concernía en principio solamente a la fase de realización del proceso expresado por el verbo. Este estado antiguo es apreciable en el latín de la época republicana y todavía en Cicerón, en César, y en Virgilio por ejemplo.

La oposición de *infectum* y *perfectum* que, al principio de la tradición, dominaba el sistema del verbo latino desaparece al fin del período: las lenguas románicas la ignoran y, para expresar el perfecto, han creado formas compuestas. La eliminación del aspecto por el tiempo es uno de los rasgos que caracterizan el desarrollo de las lenguas indo-europeas. La categoría del tiempo tiende a prevalecer sobre la categoría del aspecto, es decir, sobre el desarrollo del proceso indicado por el verbo. Nunca se insistirá bastante sobre este hecho.

Si he insistido sobre estas ideas de una manera que parece obsesiva, es por que me he esforzado por presentar un sistema organizado. Me parece que tiene su utilidad proceder así aún a riesgo de dar al libro un carácter personal

que puede chocar al lector. Como me enseñó mi maestro J. DARMESTETER, un error claro que exige una corrección radical vale más que una verdad a medias. Yo me habré equivocado más de una vez; pero al menos no he pretendido disimularlo con menoscabo de mi opinión entera.

Por no cambiar la paginación, no he podido hacer ciertas adiciones que habrían sido útiles. Así, capítulo 7, a las indicaciones hechas sobre las principales novedades del fonetismo latino, habría debido añadir una exposición sobre una particularidad curiosa. Donde el latín antiguo había conservado grupos de consonante seguida de *-y-*, la *-y-* ha vocalizado en *-iy-;* un antiguo **meþyos* correspondiente al sánscrito *mádhyab* "que está en medio" ha dado **mepiyos* y éste *medius;* un antiguo **kapyo* ha dado *capiō,* y así siempre. Esta vocalización de un elemento semivocálico, semiconsonántico, como *y* no es un hecho aislado: un grupo *-tl-* transformado en *-kl-* en itálico, por ejemplo en el sufijo de nombres de instrumento **-tlo-*, ha recibido en latín una vocal, por ejemplo: *orāculum, etc.* Estas vocales han sido siempre muy breves: *saeculum* ha alternado continuamente con *saeclum,* y en las lenguas románicas, esta vocal breve ha sido eliminada: *speculum* ha dado *speclum,* representado por el italiano *specchio,* como *medius* ha dado *medyus* representado por el italiano *mezzo.* Como ningún otro, este tratamiento fonético no es fortuito: hay en las lenguas itálicas una tendencia general a eliminar los grupos de consonantes de este tipo. En latín mismo, está enlazado con hechos tan notables como el paso de **tris* a *ter* o de **agros* a *ager.* El no haber podido desarrollar esta idea es una de mis contrariedades y no la única.

BENVENISTE ha revisado el libro y me ha facilitado preciosas correcciones. También me ha hecho el favor de añadir unos índices que algunos críticos echaban de menos.

A. M.

ADVERTENCIA
A LA TERCERA EDICION

Antes de que pudiera refundir verdaderamente el libro, se ha hecho precisa una tercera edición. Tampoco esta vez he querido cambiar el orden de páginas. Sin embargo he rehecho los primeros capítulos, sobre todo el tercero incorporando las ideas que en la segunda edición figuraban como adición. En lo demás no se han hecho más que correcciones de detalle.

A. M.

INTRODUCCION

El latín representa una fase de transición de importancia singular entre el indoeuropeo común y las lenguas románicas. Lengua de un gran imperio —sin duda el primer imperio perfectamente organizado que conoció el mundo indoeuropeo— el latín ha conservado su estabilidad durante unos ocho siglos. Cuando la unidad de la lengua hablada comenzó a romperse entre los siglos III y X d. C., la unidad de la lengua escrita continuó manteniéndose. El latín clásico ha sido hasta un período avanzado de la época moderna la expresión de la ciencia y de la filosofía en la Europa occidental; todavía hoy es la lengua oficial de la única religión verdaderamente universal, la Iglesia católica romana. Todas las grandes lenguas de la Europa occidental se han alimentado de su substancia. Ninguna lengua a lo largo de dos mil años ha jugado semejante papel en el desarrollo de la civilización. Si otras grandes lenguas de civilización como el chino, sánscrito o griego son anteriores, ninguna sin embargo tienen una historia más plena, ninguna ha ejercido mayor influencia. Alimentado de helenismos y unido al griego, el latín ha proporcionado a la civilización moderna la base de su expresión lingüística.

La historia de cada lengua indo-europa ofrece características particulares y sirve para ilustrar de un modo específico los tipos de desarrollo de las lenguas. La historia del latín difiere de la del griego tanto como la historia de la urbe y del imperio romanos difiere de la nación helénica. Entre los griegos, hay dialectos diversos y lenguas literarias múltiples; casi no existe un escritor cuya lengua coincida exactamente con la de otro. En Roma, se da una sola lengua hablada y una sola escrita que además no ha cambiado en lo esencial desde el comienzo de la tradición hasta el fin del Imperio. De un lado, una nación ágil, variada, en que cada ciudad conserva su autonomía, que busca sin cesar novedades, que inventa constantemente y se modifica con el tiempo. De otro lado, un grupo compacto de jefes firmes en sus propósitos, que no cesan de aumentar su poder hasta que los vicios internos de su acción —y a la vez su propio éxito— determinan la ruina de su obra política. De un lado, los orígenes del pensamiento moderno; de otro, los orígenes del Estado moderno.

Los dialectos griegos aparecen aislados, sin parestesco inmediato entre las lenguas indo-europeas: entre el indoeuropeo y el griego común no hay punto de referencia para jalonar los momentos sucesivos del desarrollo. El latín, por el contrario, es un dialecto del grupo del que también son miembros el osco y el umbro. Y este grupo mismo es parte de otro más amplio, el italo-celta. Entre el indoeuropeo y el latín, por tanto, se puede señalar dos etapas.

A partir del momento en que está atestiguado, el griego es ya expresión de una literatura original, vehículo de un pensamiento que se renueva y enriquece de generación en generación. El latín no comienza como el griego por un Homero; y cuando se crea en Roma una literatura, es para imitar obras griegas, para expresar en latín un pensamiento griego. Tras los primeros textos conservados, el griego no toma casi nada de ninguna otra lengua; el latín, por el contrario, no cesa de recibir préstamos del griego y de calcar sus procedimientos de expresión.

En compensación, el prestigio de la civilización no ha sido suficiente en ninguna parte para imponer el griego a las poblaciones de tierra adentro; nunca el griego logró implantarse lejos de sus costas. Ha sido desplazado frecuentemente cuando los pueblos del interior se han organizado y civilizado: así ocurrió en la Italia meridional. Por el contrario, el latín llegó a ser gracias a la organización romana la lengua de Italia, Galia, España, Africa menor, Iliria y, en resumen, de toda la mitad occidental del Imperio romano. Después, se diferenció según las regiones y dio nacimiento a grandes lenguas literarias: portugués, español, provenzal, francés, italiano y rumano, cada uno de los cuales tiene su propia originalidad. A su vez, estas lenguas se han desarrollado más allá de sus fronteras y así el latín ha conquistado en la época moderna países enteros bajo las formas del español, del portugués y del francés.

Cuando el cristianismo se extendió, cada nación oriental tradujo los libros sagrados y se procuró una lengua litúrgica; gótico, eslavo, copto, sirio, armenio, sogdiano, fueron adoptados así para uso de las iglesias cristianas. En Occidente, por el contrario, la Iglesia no ha tenido más que una lengua oficial, el latín.

Todo este desarrollo ha tenido lugar en el curso de la época histórica, a plena luz; sus condiciones pueden ser percibidas en las partes antiguas y estudiadas de cerca en las partes más recientes. En ningún caso se puede seguir mejor los acontecimientos que deciden la suerte de las lenguas.

Teniendo en cuenta la dialectología indo-europea, especialmente los rasgos comunes al itálico y al celta y luego la unidad itálica, se llega a situar en un orden cronológico relativo las innovaciones del latín.

En ningún otro caso se observa tampoco la extensión de una lengua común como ocurre en el campo latino. Sin duda que las lenguas germánicas y eslavas tienen su base en un germánico común y un eslavo común; pero estas lenguas comunes son simplemente supuestas, no están atestiguadas de hecho. Sin duda que las lenguas arias de la India actual se fundan en el tipo testimoniado por el sánscrito; pero los hechos indios son complejos, las lenguas indoarias no remontan a una lengua única de una sola ciudad como las lenguas románicas se basan todas por igual en el latín de Roma. El latín ofrece aquí un campo de observación único en su género.

Prescindiendo de los primeros testimonios que enseñan poco al lingüista, el latín no cuenta con textos más que a partir del s. III a. C. Desde esta fecha, queda fijado de tal suerte que los textos —que se suceden durante ocho siglos— instruyen poco acerca del desarrollo de la lengua. No hay textos más solicitados para construir una gramática histórica; no los hay tampoco que digan menos. Se ha pretendido con sutileza descubrir reglas en una lengua en que los matices afectivos o subjetivos tienen lugar preponderante. Se ha recurrido a divisiones y subdivisiones para reducir a leyes una lengua escrita y

hablada por gentes de origen y condición diversos y en la que se han entrecruzado influencias diversas. No es que sea imposible hacer algo con los textos, sino que no se puede sacar partido de ellos si no se sabe de antemano lo que se quiere perdirles: gracias a la comparación de las lenguas románicas, el lingüista sabe en qué sentido se ha desarrollado el latín; examinados críticamente, los textos dan testimonio de las tendencias de la lengua y del estado de cosas que tenía lugar en el uso corriente de cada época. Desde este punto de vista, la encuesta ágil y matizada del lingüista ha sucedido hoy al trabajo generalmente mecánico de los gramáticos filólogos.

La gramática comparada ha puesto de manifiesto todo lo que en latín es resto del estadio indo-europeo o está hecho con elementos indo-europeos modificados pero transparentes todavía. Ha reducido a fórmulas los cambios por los que el latín *coquō* continúa la misma forma indo-europea, **pekʷō*, que *pácāmi* "cuezco" del sánscrito y *pekǫ* del eslavo antiguo. No es éste el lugar para examinar tales fórmulas: solamente se utilizarán para extraer las grandes tendencias a las que obedece la lengua y para señalar la importancia de las innovaciones.

Los orígenes indo-europeos del latín se reconocen en una infinidad de trazos; pero la estructura de la lengua ha cambiado entre el indo-europeo y el latín. Formas que en indo-europeo eran normales, como *est, sunt* o *vŏx, vŏcem*, se han convertido en excepcionales; por otra parte, al figurar en un conjunto nuevo, han recibido valores nuevos en caso de subsistir. El detalle incluso se ha alterado: la *i* final de **esti: *sonti* se ha perdido; la antigua *o* breve del acusativo **wokʷm̥* ha recibido la cantidad larga del nominativo *vŏx* y, según esta misma forma, la *kʷ* ha sido reemplazada por la *k* generalizada en *vŏcis* y *vŏcare*. Además no faltan formas cuya creación, a pesar de múltiples ensayos, no ha logrado una explicación cierta: tales, los pretéritos de subjuntivo del tipo *monērem, monuissem*. La razón es que tales formas han aparecido, incluso después del indo-europeo común, en estados de lengua intermedios acerca de los cuales no hay datos. En suma, la gramática comparada ha determinado los hilos que enlazan el latín al indo-europeo; pero hay hechos recientes cuyas fuentes son desconocidas. Cuando se mira por una parte el estado de cosas indo-europeo que la comparación permite restituir y de otra el estado latino atestiguado, lo que sorprende no es lo conservado sino las innovaciones.

No nos proponemos seguir aquí la historia del latín hasta la época actual en que bajo las formas románicas se ha diversificado muchísimo, sino solamente trazar las líneas principales de la prehistoria en cuanto se puede adivinar, comparar con ellas las características esenciales de la lengua escrita e indicar el punto de partida del desarrollo romance que, como se verá, continúa en el fondo el de la prehistoria. Esto bastará para poner de manifiesto algunas de las condiciones a las que se debe el desarrollo observado y para esclarecer, en consecuencia, los orígenes de las lenguas románicas.

La historia política de Roma y la historia de su civilización explican la historia de la lengua latina.

CAPITULO PRIMERO

DEL INDO-EUROPEO AL LATIN

Decir que el latín es una lengua indo-europea es enunciar una proposición evidente: el latín es una de las formas que ha tomado con el tiempo y el cambio de las circunstancias la misma lengua que en otras condiciones ha dado el indo-iranio, el griego, el eslavo, el germánico, etc; esto se aprecia al primer examen. Y esta observación es de capital importancia para el lingüista que se propone explicar una estructura fónica y gramatical o el vocabulario del latín. Sin ella, no se podría comprender nada del pasado de la lengua.

Mas un enunciado tan simple no enseña casi nada acerca de la prehistoria del latín. Entre el período de unidad indo-europea y los primeros documentos de cada idioma de la familia, los acontecimientos que han sucedido difieren en cada caso. Para hacer la historia particular del latín, lo primero que hay que determinar es lo que ocurrió durante el largo período que va de la unidad indo-europea a los primeros textos que indican un estado de lengua de fecha histórica.

La historia propiamente dicha no proporciona ninguna ayuda. Los antiguos pueblos de lengua indo-europea no escribían: en el comienzo de su civilización, la palabra era una fuerza peligrosa de empleo. Fijar esta fuerza por medio de la escritura habría proporcionado un arma difícil que podría volverse contra los que la dejaran en manos de sus posibles enemigos. Todavía en la época de César, los druidas no querían servirse de la escritura.

Dentro de los límites en que podía haber entre ellos tradiciones orales, tales tradiciones fueron cambiadas o anuladas cuando los pueblos recibieron la civilización mediterránea, de la misma manera que las tradiciones de los germanos y de los eslavos desaparecieron cuando se extendió el Cristianismo.

Hay datos arqueológicos; pero, si son instructivos para la historia de la técnica y se puede sacar de ellos algunas conclusiones —inciertas— sobre los contactos que estos pueblos mantuvieron entre sí, son mudos y el lingüista no se puede servir de ellos. Se encuentra reducido a deducir de los propios hechos de lengua lo que pueden dar de sí. No es posible esperar detalles históricos precisos: la naturaleza de los hechos lingüísticos no permite semejantes esperanzas. Pero se puede relacionar los hechos latinos con otros hechos conocidos y así restituir en alguna medida al menos, a defecto de la historia perdida de estos pueblos, la historia lingüística del latín.

Por otra parte, entre la unidad indo-europea y el latín de Roma que transmiten los textos, han podido haber —ha habido sin duda— una o más unidades parciales. Quien pretendiera explicar las lenguas románicas por el indo-europeo común ignorando la unidad

romana cometería evidentemente una falta de método. Para dar cuenta de los hechos latinos, es preciso considerar las unidades anteriores de las que no se sabe nada pero que han podido existir; hay al menos una unidad itálica (latín osco-umbro) y, en alguna medida, una unidad latina.

La aristocracia que trajo a Europa entera y a grandes partes de Asia la lengua indo-europea demostró una energía singular, una capacidad singular de asimilación de los pueblos extranjeros. No habría llegado a dominar tan vastos territorios si, al mismo tiempo que se imponía, no hubiera sabido adaptarse. Su sentido de la organización social fue tan notable como su flexibilidad. El tipo de civilización indo-europea tomó sobre cada territorio un aspecto propio y la lengua que servía de vehículo a esta civilización produjo, aún conservando un fondo común, tipos nuevos distintos entre sí.

La flexibilidad del tipo indo-europeo destaca de una manera impresionante al compararla con el inmovilismo del turco. Como la aristocracia indo-europea, las tribus turcas realizaron grandes conquistas y sobrepasaron con mucho su pequeño territorio original; pero no han cambiado a lo largo del tiempo y los lugares. Los turcos no han desarrollado aquellas civilizaciones idénticas y a la vez diversas con las que la aristocracia indo-europea no cesó de renovarse a medida que se extendía cada vez más. El turco de hoy es el turco de hace mil años; el turco de Kazan es en esencia el turco de Angora; el esquematismo rígido de la lengua la ha preservado del cambio: su lengua perdura, no se puede apenas decir que viva. Aún cuando difieran por la forma material, las lenguas del grupo altaico conservan el mismo tipo, el mismo esquematismo, sobre los que TROUBETSKOJ ha llamado la atención de una manera tan profunda.

Más flexible y variado que el turco, el tipo semítico se ha mostrado sin embargo menos capaz que el indo-europeo para presentar tipos nuevos. En el mundo árabe, no se ve nada parecido a la rica variedad que ofrece el mundo románico con el italiano, español, portugués, catalán, provenzal, francés y en fin, rumano. La estructura del árabe moderno es todavía semejante a la de las lenguas semíticas de hace 3.000 años: por alejadas que estén unas de otras, las lenguas árabes actuales ofrecen todas un mismo tipo gramatical; se han producido sólo cambios de detalle, el tipo gramatical permanece el mismo.

Por el contrario, las lenguas indo-europeas se han desarrollado de manera paralela pero de modos distintos: han producido y no dejan de producir tipos variados, los caracteres que han tomado y que toman son infinitamente diversos; el francés actual está lejos del armenio; las lenguas indo-europeas modernas no difieren solamente por el detalle de sus formas, presentan también tipos diferentes.

El rasgo más saliente del desarrollo indo-europeo es que ha proporcionado sin cesar grupos nuevos. De estos grupos no se ve claramente más que un pequeño número. Hay muchos cuyos nombres han desaparecido; otros sólo se dejan entrever. A su vez, el latín ha producido sucesivamente tipos tan diversos como las lenguas italianas, hispánicas, galo-romanas, réticas, rumanas.

La flexibilidad del grupo indo-europeo no se manifiesta solamente por la variedad de tipos que ha producido a lo largo de su historia. Hay otro rasgo de grandes consecuencias: la facilidad con la que cada uno de los grupos ha asimilado los elementos útiles de las civilizaciones vecinas, con lo que ha obtenido resultados nuevos y originales. Bastante conocido es el milagro griego, la perfección con que los helenos han tomado lo mejor de las civili-

zaciones mediterráneas y han sentado las bases de la filosofía, de la ciencia, del arte europeos. Del mismo modo hay un milagro romano: como los helenos del período anterior a los textos y monumentos, los romanos se asimilaron todo lo que encontraban útil a su alrededor; imitaron la literatura griega y además crearon: no hay entre los griegos ni un Plauto ni un Lucrecio ni un Cicerón ni un Virgilio ni un Tácito; son los romanos quienes, a través de luchas y de pruebas costosas, han constituído el derecho y fijado la noción de estado. La vigencia perdurable de la lengua latina obedece a que expresa un tipo de civilización rica cuya influencia ha sido decisiva. En literatura, Roma ha imitado a Grecia, pero a su manera y haciendo obra propia: el humanismo se debió a Roma. En cuanto a la organización social, Roma creó tanto y tan decisivamente como Grecia en las ciencias del espíritu.

Y cuando el imperio romano se vino abajo, salieron de él nuevas civilizaciones como creación suya. Africa del Norte fue islamizada, la obsesión de germanos, eslavos y albaneses arrebató al latín casi todo su dominio oriental; pero en Italia, en Galia, en la Península Hispana, aparecen en la edad media civilizaciones nuevas que tienen como lenguas formas de evolución del latín; y los países de lengua celta, germánico y eslavo occidental no llegaron a la civilización sin una gran aportación del latín.

CAPITULO II

ORIGEN DIALECTAL

Ciertas particularidades son comunes a varias lenguas indo-europeas contiguas, lo cual indica que existieron a través del territorio diferencias dialectales cuyos límites no coinciden entre sí.

Así, la tendencia a confundir *-o-* y *-a-*, completamente clara en indoiranio, se encuentra no sólo en eslavo, en báltico y en albanés sino también en germánico; pero es extraña al armenio como al griego, al báltico y al celta.

Cuando la sucesión de elementos morfológicos distintos —raíz y sufijo, temas y desinencia— provocaba el encuentro de dos oclusivas dentales como *-t + t-*, el itálico, de acuerdo con el celta y el germánico, producía *-ss-*, mientras el griego, de acuerdo con el báltico, el eslavo y el irano, daba *-st-*. Como ejemplo se puede citar el latín *-sessus*, de **sed-to-s*, frente a *hastō* de Avesta que representa la misma palabra indo-europea.

En el verbo indo-europeo, el tiempo no estaba caracterizado por formas particulares de temas. La oposición del pretérito al presente estaba indicada, generalmente de manera poco clara, por la forma de las desinencias. Un grupo de hablas indo-europeas disponía de otro medio accesorio: la preposición facultativa de una partícula **-e-*, llamada aumento, así sánscrito *á-bharat*, griego *é-phere*, armenio *e-ber*, frente al sánscrito *bhárati*, griego *phérei*, armenio *bere*. Este procedimiento no existe ni en itálico ni en celta ni en germánico ni en báltico y eslavo.

Para estos tres hechos, los más característicos desde el punto de vista de las diferencias dialectales, se debe suponer tres límites distintos. Como los límites no son observables más que en los grupos lingüísticos supervivientes, entre los que se ha roto la antigua continuidad, no se puede determinar ni siquiera aproximadamente el detalle. Las concordancias de varias líneas que se observan para ciertos hechos particulares no deben contar con un gran valor probatorio. Por ejemplo, si el indo-iranio, armenio y griego son los únicos que presentan la partícula prohibitiva **mé* (indo-iranio *má*, armenio *mi*, griego *mḗ*), tenemos que el límite coincide con el del empleo del aumento.

Ciertos hechos de vocabulario son notables. Por ejemplo, el empleo de la raíz **mele-* para formar el verbo que significa "moler", latín *molō*, etc., se encuentra en el grupo en que no hay ni aumento ni partícula **mĕ;* mientras que el griego y el armenio, *aléō* y *alam* respectivamente, recurren a una raíz que se encuentra en indo-iranio para la misma noción.

Para designar el dueño, el latín tiene en *dominus* de *domus* (literalmente "jefe de la

casa") y en *tribūnus* de *tribus*, una formación cuyo paralelo se encuentra exactamente en germánico: gótico *þiudans* "rey de piuda, pueblo" (literalmente "jefe del pueblo") y *kindins* de una palabra que está representada por *kind* descendencia del antiguo islandés. En indoiranio, en báltico y en griego no hay derivados sino compuestos y yuxtapuestos, así en védico *dám pátih* "señor de casa" y en griego *des-pótes*, con la misma significación literal, **dems-pot* con sufijo *-á-* de derivación. Si el latín recurre al tipo *dominus*, *tribūnus*, no es porque ignore la composición con *pot:* de manera general ha conservado mejor que el griego el tipo *re-dux*, *iū-dex*, *con-iux*, *praeses*, *parti-ceps* etc, y en especial *com-pos* e *im-pos*. La concordancia del tipo *dominus*, *tribūnus*, con formaciones germánicas es, por tanto, significativa. En conjunto, el itálico, del que el latín es parte, presenta la mayoría de sus rasgos característicos antiguos en común con el celta y frecuentemente también con el germánico. Si presenta ciertas concordancias con el griego, esto ocurre en general allí donde el griego está de acuerdo con el celta y el germánico. Pero mientras el griego se corresponde generalmente con el armenio, el latín está lejos en todos los sentidos de las lenguas orientales. Por todas sus características, remonta a los mismos tipos de hablas indo-europeas que representan el celta y el germánico, y por otras varias se aleja del grupo que continúa el griego.

La línea de separación entre hechos dialectales de época indo-europea más señalada es la relativa al tratamiento de los guturales. Ciertas guturales que en germánico, en celta, en itálico, en griego, continúan siendo guturales puras, están representadas por guturales palatalizadas en indo-iranio, en eslavo, en báltico, en albanés y en armenio; así, donde el latín tiene *centum* el avéstico tiene *satem* "cien". A las primeras de estas lenguas se las llama lenguas *centum* y a las segundas lenguas *satem*. En las lenguas del tipo *centum* se encuentran además representantes de una serie de guturales con un apéndice labio-velar; el latín conserva tales guturales: el interrogativo indefinido *quis* ofrece un ejemplo. Pero no se puede utilizar estos tratamientos definidos por las palabras *centum* y *quis* para caracterizar un grupo dialectal, porque estos se encuentran en un área que no coincide con la de ningún otro hecho dialectal. Por lo demás, el tratamiento latino del tipo *centum* y *quis* representa el tipo indo-europeo más antiguo. La forma palatalizada que representa el avéstico *satem* no puede ser más que la alteración de una antigua gutural pura y la *k* sin apendice labio-velar que en las lenguas de la serie *satem* responde al tipo latino *quis* es a su vez una alteración de la gutural labio-velar. Que las lenguas de la serie *satem* ofrecen una doble innovación está probado por los hechos hititas: el tipo labio-velar del latín *quis* se halla exactamente en la palabra correspondiente hitita *kuiš* y las guturales de *satem* aparecen en él sin palatalización. Además, las lenguas indo-europeas más orientales hoy conocidas, tokario A y B, representan con guturales no palatalizadas las guturales del tipo *satem*. En suma, las lenguas indo-europeas de las que proceden el indo-iranio, eslavo, báltico, albanés y armenio presentan el comienzo de dos inovaciones: palatalización de ciertas guturales puras y pérdida del apendice labio-velar. Así, intervienen hechos de cronología relativa en la dialectología indo-europea.

CAPITULO III

LA CRONOLOGIA DE LOS HECHOS INDO-EUROPEOS Y LA UNIDAD ITALO-CELTA

Las lenguas que ocupan los extremos del territorio indo-europeo fueron llevadas probablemente por los primeros colonos que se separaron del resto de la nación indo-europea y, en consecuencia, han debido conservar arcaísmos desconocidos a los colonos cuya lengua continúa la tradición de las regiones centrales. Las lenguas más occidentales, itálico y celta, tienen ciertos rasgos en común con el indo-iranio y el tocario que ocupan el extremo oriental del territorio y con el hitita que aparece a lo largo del segundo milenio antes de Cristo en la región oriental del Asia Menor y cuyos restos remontan a unos mil años antes que la más antigua de las lenguas indo-europeas conocidas. Las concordancias entre lenguas vecinas de las que hemos tratado en el capítulo anterior, permiten entrever un estado relativamente arcaico del indo-europeo y, cosa notable, tener una idea justa de las concordancias que se observan entre las lenguas célticas y las lenguas llamadas itálicas de las que el latín es la más importante.

No es normal que una lengua posea para una misma categoría gramatical dos formas que no difieran en el sentido: las lenguas no toleran a la larga los dobles empleos. El latín presenta dos desinencias de tercera persona plural en el *perfectum* de indicativo: *dīxēre, dīxērunt.* La forma *dīxēre* era insólita, pues todas las terceras personas del plural están caracterizadas por *—nt.* Así, desde la época de César y de Cicerón, los puristas abandonaron la forma extraña para no emplear más que el tipo *—ērunt.* Ahora bien, el tocario A tiene una desinencia *-ār,* el B *-āre* y el hitita una desinencia *-ir,* emparentadas con el tipo latino en *-ēre;* el indo-iranio tiene en perfecto y optativo formas cuyo elemento esencial es también *-r;* así, en el iranio antiguo del Avesta: *-āre.* En cambio, ni el griego ni el germánico ni el báltico ni el eslavo tienen nada semejante. La eliminación de estas desinencias de tercera persona del plural del pretérito forma parte de las desinencias del pretérito que existían en el indo-europeo antiguo; el latín conserva dos particularidades importantes relativas a tales desinencias.

El tipo de *perfectum* en *-uī* de *amauī, monuī* es un resultado del desarrollo propio del latín. Pero se ha visto en él un procedimiento que tiene paralelo en védico: como ha señalado BURGER, la *-w-* del latín *nouit* responde a la *-u-* del védico *jajñaú* "conoció", y no es una casualidad que la *-u-* no se encuentre en las segundas personas del singular y del plural, en *nostī, nōstis,* ni en *nōram, nōrō:* en su origen no pertenecía más que a la primera y tercera personas del singular. Sólo en la 3ª persona del singular se encuentra en

formas armenias como *cnaw* "nació", etc. El tocario A tiene formas como *prakwa* "he pedido" en la primera persona del pretérito. En hitita, el pretérito tiene la característica *-un* de 1ª persona del singular: hoy se sabe que es la adición de la desinencia *-n* a la marca *-u:* las formas cuya evolución ha permitido construir la conjugación propia del latín aparecen como pertenecientes a un tipo antiguo del que subsisten solamente restos aislados en algunas lenguas marginales del mundo indo-europeo: indo-iranio, tocario, hitita, armenio, galo (en la enigmática forma *ieuru* "ha consagrado"). El latín, en cambio, ha hecho de esta antigua desinencia de pretérito el principio de una de sus formaciones más importantes.

Desde el punto de vista del latín, la flexión del *perfectum* presente comporta en las segundas personas del singular y plural la inserción de un elemento *-is-* en *lēg-isti, lēg-istis,* que no figura en las otras personas, *lēgī, lēgit, lēgimus, lēg-ēre;* este elemento *-is-* figura en todas las formas del resto del *perfectum: lēg-isse, lēg-issem,* bajo la forma *-er-* en *lēg-eram, lēg-ero, lēg-erim.* Sobre este tema *lēg-is-, leg-er-* se ha formado la tercera persona del plural nueva que poco a poco ha sustituido a *lēg-ēre,* a saber, *lēg-ērunt* con *-e-* larga tomado de *lēg-ēre;* sin embargo, por influencia de *dīxeram, dīxerō,* la lengua popular ha creado *dīxērunt* breve, que ha quedado en lenguas románicas: el francés antiguo *distrent* reposa sobre *dīxĕrunt.* Este elemento *-is-* no influye para nada en el valor general del tema; sólo sirve para la flexión. La tendencia a ver en él antiguos aoristos es arbitraria. En efecto, las formas hititas de pretérito presentan, lo mismo que las latinas, *-s-* delante de desinencias que comienzan por *-t-,* no delante de las que comienzan por vocal. El tocario presenta hechos análogos. En védico, la segunda persona del plural es *tāriṣṭa* "habéis pasado" frente a la primera persona del plural *tārima;* en subjuntivo aparece *tāriṣat;* todo esto concuerda con el juego latino *lēg-istis, lēg-imus, lēg-erō, lēg-erim.* El armenio presenta también restos de la inserción de *-is-:* MARIES ha visto que el aoristo *-eaṣ* (3ª persona singular) reposa sobre **-is-ā-sket* (Revue des études arméniennes, X, p. 157 y ss).

La flexión del *perfectum* latino se explica, por tanto, por la relación del latín con las lenguas periféricas hitita, tocario, védico y armenio. Nada semejante se encuentra en las lenguas de la parte central del mundo indo-europeo.

Mientras que en las demás lenguas indo-europeas conocidas hasta hoy los participios de presente, aoristo y perfecto tienen una forma distinta en femenino que en masculino y neutro, el latín presenta una forma común: *ferens.* Se ha buscado la explicación de la desaparición de la característica del femenino. Pues bien, la más antigua de las lenguas indo-europeas conocida, el hitita, ignora la distinción del masculino y del femenino, y otra lengua de los territorios marginales del indo-europeo, el armenio, no la presenta tampoco. Esto hace suponer que la distinción lingüística del sexo no quedó estructurada hasta después de la marcha de los primeros colonos. Por tanto, la indiferenciación del masculino y femenino en el tipo latino *ferens* y en gran parte de los adjetivos es un arcaismo indo-europeo y no el resultado de una innovación latina (véase su demostración en *Bulletin de la Société de Linguistique,* XXXII, p, 1 y ss).

En materia léxica, el latín conserva palabras del más antiguo vocabulario indo-europeo (en el capítulo V se estudiarán con otra finalidad). Al lado del verbo *eō, īre,* está el nombre *iter, itineris* cuya flexión particular basta para demostrar su antigüedad. Precisamente, no tenía paralelo en indo-europeo hasta que el desciframiento del hitita ha revelado un tipo corriente de abstractos en *-tar,* genitivo *-nnaṣ* (de **-tnos*); así mismo, el tocario

A *ytār* "camino", femenino como lo son corrientemente los nombres de caminos en indo-europeo, sería un derivado del tipo en *-ter-* que forma el nominativo —acusativo neutro latino. El adverbio *ita* no tiene correspondencia más que en el sánscrito *iti* y el adverbio *mox* en el sánscrito *makṣū́* o avéstico *mošu*. El grupo *sacer, sanciō*, visiblemente antiguo, era una forma aislada hasta que FRIEDRICH señaló el hitita *šaklāiš, šakliš* "ley, rito" y descubrió así un nuevo término jurídico religioso del indo-europeo.

Como *iter*, la palabra *uxor* se explica solamente por un tipo de formaciones que tendió ya desde el principio a desaparecer en indo-europeo. Las formas de los numerales "tres" y "cuatro" que se aplican en indo-iranio y en celta —lenguas periféricas— a los seres femeninos se pueden analizar como compuestos de numeral y un término *-*ser-* que indica la idea de "hembra": Sánscrito, *tisráḥ, cătasraḥ*, irlandés antiguo *teoir, cetheoir*. Si se compara estos compuestos numerales con el término indo-europeo **swe-ser-, *swe-sor-, *swe-sr-*, "hermana", se ve que la palabra latina *soror* se analiza naturalmente como **swe-ser-*, es decir: el miembro femenino del grupo, en que *swe-* indica la pertenencia a un grupo social —el término figura en el latín *sodālis*—. De donde se ve que *uxor* debe significar la pareja femenina; y en efecto, de la raíz **euk-, *uk-*, que indica el hecho de "estar acostumbrado a" el armenio tiene un compuesto *am-usin* "esposo, esposa". El latín *uxor*, que no se aplica más que a la mujer, es por tanto un representante antiguo de la terminología familiar indo-europea. Ninguna otra lengua indo-europea lo ha conservado.

Una vez sentado el principio de que las lenguas periféricas conservan huellas arcaicas del indo-europeo, se tiene ya el medio de interpretar ciertas concordancias que aparecen entre las lenguas itálicas y las lenguas celtas, es decir, entre dos lenguas periféricas y al mismo tiempo vecinas. En principio, las lenguas itálicas y celtas se asemejan poco; la razón es que sus textos pertenecen a épocas diferentes y a condiciones diferentes. Mientras que el latín y el osco-umbro se conocen por textos anteriores a nuestra era, las lenguas celtas —el irlandés por una parte y el bretón por otra— no están atestiguadas hasta fechas en que el latín había pasado ya al estadio románico. Gracias a la monumental *Vergleichende Grammatik der Keltischen Sprachen* todos los lingüistas han podido servirse de los datos celtas. Tras esta obra, se ve que a pesar de las diferencias exteriores que hacen difícil la comparación las lenguas celtas y las lenguas itálicas tienen en común particularidades importantes. Observadas de cerca, estas particularidades se revelan como arcaismos de lenguas periféricas. He aquí algunos hechos característicos desde este punto de vista.

El presente reduplicado del sánscrito *píbati* "él bebe", que tiene su correspondencia exacta en irlandés *ibid* y que se encuentra en el latín *bibit* con asimilación de *-p-* inicial a *-b-* interior, pertenece a la raíz que está representada en latín por *pōtus, pōculum;* en estas formas la *-b-* media procede del paso de *-p-* a *-b-* en interior de palabra. También el verbo que significa beber en armenio conserva una representación de la *-b-* antigua; pero la forma es oscura. Por su carácter excepcional, esta sonorización de *-p-* en *-b-*, conservada solamente en lenguas periféricas, se revela como una pervivencia antigua. Al mismo orden de hechos pertenece la sonorización de *t* en *d* que se observa en el latín *quadru-pēs, quadrā-ginta*, frente a *quattuor, quater* y la de *k* en *g* que caracteriza los nombres de decenas *uī-ginti, trī-gintā*, etc., frente a la *-k-* sorda del numeral *decem*. El latín conserva aquí modalidades antiguas que en otras lenguas han desaparecido. Pero esto no quiere decir que los únicos restos de sonorización estén en las lenguas de la periferia; hay también ejemplos aisla-

dos en griego y en eslavo: el más claro es el ordinal siete (latín *septem*, griego *hepta, etc.)* que en griego es *hébdomos* y en eslavo *sedmŭ*. La sonorización del latín *bibit* y la que representa el griego *hébdomos* difieren en el detalle, con lo que se aprecia mejor la concordancia entre el latín y el celta.

También interesa señalar aquí otro hecho de vocabulario notable: el indo-iranio conserva junto con el itálico y el celta términos religiosos o jurídicos que han desaparecido en otras lenguas. Frente al yuxtapuesto védico con dos elementos autónomos *crád dadhāti* "él cree", el latín presenta *credo* (perfecto *credidi*) y el irlandés *cretim* "yo creo" (la *-t-* nota una *-d-* sonora), el galés *credu;* itálico y celta, por tanto, coinciden en presentar en una sola palabra un antiguo yuxtapuesto que las demás lenguas indo-europeas no conservan.

El nombre más antiguo de rey está atestiguado a la vez en latín *rex*, galo *rig-*, irlandés *ri* y sánscrito *raj-;* las demás lenguas no lo registran. La coincidencia es tanto más sorprendente cuanto, a excepción de este lexema, el nombre de jefe difiere de una lengua indo-europea a otra. El latín *nemus* "bosque" tiene aún claramente el valor de "bosque sagrado", mientras que en griego su correspondiente exacto *némos* ya no tiene valor religioso; en cambio, el sentido religioso se encuentra en celta: galo *nemeton*, irlandés *nemed* "santuario".

Si el ordinal *decimus* del latín coincide con *decam-etos* del galo, *dechm-ad* del irlandés, etc., es porque el italo-celta ha permanecido fiel al antiguo uso indo-europeo conservado también por el indo-iranio: *deçamáh* en sánscrito; las lenguas de la zona intermedia tienen una forma derivada con sufijo *-to-: desetŭ* en eslavo, *dẽšimtas* en lituano, *taihunda* en gótico, *dékatos* en griego. También el celta **dek mo-* ha recibido secundariamente el sufijo **-eto-* propio de sus ordinales.

Estas concordancias de vocabulario entre el itálico y el celta afectan a palabras particularmente importantes y obedecen a que itálico y celta han conservado en el extremo occidental del territorio indo-europeo términos conservados también en el extremo oriente por el indo-iranio.

La morfología presenta particularidades en común más características todavía. En la pasiva latina figura un elemento *-r* que antiguamente bastaba para indicar pasiva impersonal y que después se combinó con las desinencias llamadas medias para estructurar la voz pasiva. Así, el irlandés presenta *berir* "se lleva" y el bretón *gweler* "se ve". La fecha como mínimo italo-celta de este uso está probada por las formas del osco-umbro, así subjuntivo umbro *ferar* "feratur" y presente osco *loufir* "libet". Además, el carácter de esta forma difiere tanto del tipo indo-europeo ordinario que es forzoso ver en ella un arcaismo anterior al desarrollo del tipo indo-europeo normal; hasta hoy, no se ha encontrado ninguna correspondencia en otras lenguas periféricas. El procedimiento ha sufrido fuertes alteraciones: en irlandés, en osco, en umbro y también en latín, se han constituido formas en que la característica *r* —que en un principio bastaba— se ha combinado con desinencias medias; así el osco tiene *uincter* y el latín *uincitur*, donde la *-r-* se ha unido a la desinencia que en osco tenía la forma *-te-* y en latín la forma antigua *-to-*. Donde el umbro dice *emantur* "accipiantur", el latín dice *emantur;* etc. El tipo latino *fertur* tiene frecuentemente un valor cercano al del impersonal celta en *-r-*.

La característica *-r-* no se encuentra sólo en la pasiva. Había en indo-europeo temas

que se flexionaban ordinariamente y hasta esclusivamente con desinencias medias. Así, el tema **sekʷe/o-* del presente aparece en sánscrito siempre bajo la forma *sácate* "el sigue" y en Homero bajo la forma *hépetai.* En este caso, el itálico y el celta no presentan la desinencia de tercera persona singular **-tai* que el grupo dialectal del que proceden estas lenguas ignoraba sin duda; en ellos aparece la desinencia **-te/o* correspondiente al sánscrito *-ta*, griego *-to*, es decir, a la desinencia media secundaria de estas lenguas; la desinencia activa secundaria *t/d* del sánscrito, reducida a cero en griego, se encuentra en latín bajo la forma *-d*, así antiguo latín *feced* "hizo". No hace falta aclarar que la antigua desinencia secundaria sirve aquí para indicar el pasado; pero desde el punto de vista latino *feced* es un presente del perfectum y no un pretérito. La desinencia media **te/o* se ha conservado en el latín *sequitu-r* con la adición del elemento *-r* a la forma constituida con esta desinencia media. Incluso cuando la concordancia no es perfecta, las divergencias indican particularidades comunes. En la segunda persona del plural, para la que el irlandés utiliza la misma desinencia activa, el latín presenta una forma nueva tomada de los tipos nominales: *sequiminī.* En la segunda persona del singular, hay divergencia entre el tipo irlandés *labrither* "hablas"y el tipo latino *sequere, sequeris;* pero esta divergencia es del mismo orden que la que se observa en el tipo secundario medio *thāḫ* del sánscrito y *ha, -sa* (antiguo **-sa*) del avéstico.

Antes de conocerse el tocario y el hitita, el itálico y el celta eran los únicos que presentaban claramente el empleo del tipo en *-r-* en estas condiciones. El descubrimiento y desciframiento de estas lenguas ha demostrado que, si tales usos son desconocidos en indo-iranio, griego, eslavo, báltico y germánico, es porque, en lo que se podía imaginar y de una manera general se imaginaba en efecto, estas lenguas están lejos de conservar todos los elementos del indo-europeo. Por lo demás, incluso en una lengua conocida de antiguo como el armenio, se encuentra la pasiva no clásica *beriwr* "era llevado" (de **bheri-tr-);* formas como el imperfecto *berēr* "llevaba" deben ya remontar a formas muy parecidas al tipo *sequitur.* Estas formas tienen valor de pretérito sólo porque se encuentran en un grupo dialectal en el que las desinencias secundarias servían para expresar el pasado: de aquí procede la diferencia de valor entre el latín *fertur* y el armenio *berēr,* que por otra parte son formas comparables entre sí. El escaso frigio que se conoce presenta también huellas del tipo medio pasivo en *-r.* En las desinencias con *-r,* el detalle de forma y de valor concuerda de manera notable en itálico y en celta; pero el procedimiento como tal se encuentra también al este del territorio indo-europeo en tocario, hitita, armenio y frigio. Se trata por tanto, de un tipo antiguo conservado por las lenguas periféricas y eliminado en la parte central del territorio. Hay otra concordancia entre itálico y celta que se explica de la misma manera. El itálico parece ser el único que posee claramente, en unión con el celta, tipos de subjuntivo de estructura distinta del antiguo subjuntivo y optativo tal como se presentan en indo-iranio y en griego, y en forma fragmentaria en báltico, eslavo y germánico: un tipo en *-ā-* y un tipo en *-s-.* Mientras los subjuntivos y optativos indo-europeos son temas derivados por sufijación del tema verbal del indicativo, los subjuntivos itálicos y celtas en *-ā-* y en *-s-* son independientes de cualquier otro tema verbal. A pesar de lo tardío de su documentación, el irlandés corrobora aquí al latín: su subjuntivo es un tema totalmente independiente de otro, que no presenta ni las particularidades del presente ni las del pretérito. En latín el sistema antiguo se alteró ya desde antes de los primeros

documentos; pero quedan huellas que permiten reconocer su estado inicial gracias a la completa supervivencia lograda en irlandés.

Consideremos el verbo *tangō* en *infectum*, *tetigī* en *perfectum:* el subjuntivo *at-tigās*, todavía testificado por Plauto, no guarda relación con *tangō* ni con *tetigī*. Pero al estar aislada, esta forma no pudo persistir; desde la época de Plauto, *at-tingās* tiende a sustituir *at-tigās* bajo la influencia de *at-tingō:* Influencia analógica del tipo más corriente. Así se constituyó el sistema latino en el que el subjuntivo pertenece ya al *infectum* ya al *perfectum* y no goza de autonomía.

Un ejemplo más. *Infectum: ueniō, perfectum: uēnī.* Plauto ofrece ejemplos aislados del tipo antiguo *aduenat, peruenant;* pero aparece ya *ueniam*, etc., con una innovación analógica paralela a la que ofrece *at-tingam.*

En el verbo supletivo *sum/fuī* existe un subjuntivo antiguo *fuam* al mismo tiempo que *siem, sim* guarda, con valor de subjuntivo latino, el recuerdo del optativo indo-europeo.

El número de supervivencias de esta clase en latín es pequeño, pero éstas son claras. El hecho de que el osco y el umbro no las tengan es debido a que los restos que quedan de estas lenguas presenta un estado de lengua más normalizado aún que el latín del siglo III. El otro subjuntivo irlandés era con *-s-* y está muy extendido. El itálico presenta abundantes muestras. De él procede el futuro osco umbro: osco *deiuast* "jurará" *didest* "dará" (con reduplicación), umbro *ferest* "llevará", *heriest* "querrá" osco *fust*, umbro *fust* "será", etc. El latín ha construido con este elemento un grupo de formas que eran todavía muy usadas en la época republicana antigua; estas formas sirven de futuros y de subjuntivos: el caso de *faxō, faxim* muestra cómo el tipo es independiente de *faciō* y de *fecī.*

La antiguedad del tipo italo-celta de subjuntivos en *-a-* se deduce por su conformidad con el tipo lingüístico indo-europeo más antiguo. En las primeras formas que se conocen del verbo indo-europeo no hay propiamente conjugación: cada tema verbal es independiente de los demás temas que pertenecen a la misma raíz; incluso —hecho significativo— los tiempos de un mismo verbo podían pertenecer a raíces distintas: el latín presenta aún un conjunto constituido por *ferō* en *infectum* y *tetulī, tulī* en perfectum (*latus* de **tlatos*, participio en *-to-);* las formas con preverbio que significan "ver" pertenecen no a *uideō* sino a *speciō: espiciō conspiciō inspiciō;* las formas con preverbio que significan "tomar" pertenecen no a *capiō* sino a *emō: abimō, eximō, sūmō.* Que el subjuntivo de *tollo* sea *tulam* y el de *sum fuam* está, por tanto, en conformidad con el tipo indo-europeo. Un optativo védico como *dr̥çeyam* "si viera" es la única forma temática de la raíz; hay en védico optativos e inyunctivos de tipo temático mientras no se encuentra ningún indicativo ni imperativo. Así, una de las concordancias más singulares entre el latín y el irlandés aparece como una supervivencia del indo-europeo más antiguo.

Una particularidad curiosa es ofrecida por la declinación del tipo temático, la de *lupus, lupum; vir, virum.* El genitivo era *lupī, virī;* en esta forma no figura la vocal característica del tema y esta *-i-* no es un antiguo diptongo sino una *-i-* original. El mismo morfema se encuentra en galo y en irlandés. El genitivo galo *Segomaros* es *Segomarī;* el genitivo del nombre irlandés "hijo" representa la forma *maqi* en las inscripciones más antiguas, las llamadas ogámicas. El genitivo irlandés *fir* supone una forma **wiri* = latín *uirī*, mientras el nominativo *fer* supone **wiros* latín *uir.* Del genitivo bretón no se sabe nada. En cuanto al osco-umbro aquí hay una innovación propia: el osco emplea como genitivo de *saka-*

raklúm "sacellum" una forma *sakarakleis*, cuyo final está tomado de los temas en *-i-*; sin duda es una adaptación de la forma en *-i-*. Como en latín, tampoco el osco-umbro presenta una forma correspondiente ni al sánscrito *-asya* ni a *-es* del antiguo alto alemán. El genitivo de los nombres temáticos no tenía una forma fija en indo-europeo: las formas del germánico como las del hitita no concuerdan exactamente con las del griego e indo-iranio; el grupo báltico-eslavo recurre a un antiguo ablativo -latín antiguo *lupōd-* que era así mismo una particularidad de los nombres temáticos en indo-europeo. Para los genitivos y dativos de los demostrativos *-illius, illī-* no se ha encontrado hasta hoy correspondencias; pero, por no ofrecer la oposición entre masculino y femenino, se revelan como procedimientos arcaicos.

Si el genitivo en *-i* del latín y del celta no se encuentra fuera de estas lenguas, WACKERNAGEL, sin embargo, ha señalado que el sánscrito tiene un tipo en *-i* que no forma parte de la declinación pero que juega un papel en ciertos agrupamientos de palabras.

Como el celta y el itálico concuerdan en todos estos hechos dialectales de fecha indo-europea, la conservación de hechos arcaicos que acaba de señalarse revela que los colonos que trajeron a occidente las hablas de las que derivan el itálico y el celta tenían sensiblemente la misma lengua; en este sentido, se puede entrever una unidad italo-celta que remonta a la época en que se ha producido la separación de estos colonos del conjunto indo-europeo.

El itálico y el celta presenta otras tendencias semejantes que han motivado innovaciones paralelas. Al lado del presente del *infectum* pasivo como *dīcitur* o deponente como *sequitur*, el latín no presenta un tema particular de *perfectum;* recurre a grupos formados por el adjetivo verbal en *-to-* y el verbo "ser": *dictus est, secutus est.* El celta procede de la misma manera en sus pretéritos de pasiva y deponentes. Otra innovación paralela de grandes consecuencias consiste en que el itálico y el celta han introducido la noción de tiempo en los temas verbales en que el indo-europeo la ignoraba; el pretérito estaba marcado por desinencias.

El sistema verbal latino opone dos temas fundamentales de los que uno indica el proceso inacabado, el *infectum*, el otro el proceso acabado, el *perfectum* del tipo *dīco-dīxī;* pero esta oposición continúa, simplificándola, la antigua oposición de aspectos indo-europeos. El *infectum* continúa el presente indo-europeo e indicaba el desarrollo de un proceso, en dirección o no a un término definido. El *perfectum* continúa el perfecto como en *cecinī*, o el aoristo como en *dīxī;* el perfecto indo-europeo indicaba el resultado conseguido por un proceso, el aoristo el proceso puro y simple. Ni uno ni otro indicaban el tiempo; el latín ha reunido en su perfectum estos dos aspectos distintos en su origen. Pero la novedad que separa al latín del tipo indo-europeo consiste en que, en el interior de cada uno de los dos aspectos, *infectum* y *perfectum*, ha constituido en el indicativo un presente, un pretérito y un futuro provistos cada uno de un tema especial y en el subjuntivo (que ha heredado los empleos del antiguo subjuntivo y del antiguo optativo) un pretérito opuesto al presente-futuro, con un tipo especial distinto, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

		INFECTUM	PERFECTUM
Indicativo	Presente	*Dīcō*	*Dīxī*
	Pretérito	*Dīcēbam*	*Dīxeram*
	Futuro	*Dīcam (Dīcēs)*	*Dīxerō*
Subjuntivo	Presente-Futuro	*Dīcam (Dīcās)*	*Dīxerim*
	Pretérito	*Dīcerem*	*Dīxissem*
Indicativo	Presente	*Moneō*	*Monuī*
	Pretérito	*Monēbam*	*Monueram*
	Futuro	*Monēbō*	*Monuerō*
Subjuntivo	Presente-Futuro	*Moneam*	*Monuerim*
	Pretérito	*Monērem*	*Monuissem*
Indicativo	Presente	*Ferō*	*Tulī*
	Pretérito	*Ferēbam*	*Tuleram*
	Futuro	*Feram (ferēs)*	*Tulerō*
Subjuntivo	Presente-Futuro	*Feram (ferās)*	*Tulerim*
	Pretérito	*Ferrem*	*Tulissem*

Como estas oposiciones, que se han constituído dentro del latín mismo, afectan a todo el verbo latino, los ejemplos de esta clase podrían se multiplicados.

El contraste entre el valor aspectual de los temas fundamentales de *infectum*, heredado básicamente del indo-europeo, y el valor temporal de los temas secundarios, creado en latín, es uno de los rasgos esenciales de la morfología latina. La mayor parte de las gramáticas latinas adolecen de no darle el realce debido. A propósito, habrá que insistir frecuentemente en este hecho capital, descuidado generalmente.

Como el perfecto latino expresa únicamente una noción de aspecto, ocurre frecuentemente que un mismo perfecto se opone a dos *infectum* diferentes. Por ejemplo, el tema de perfectum *sēdī, sēderam*, etc. sirve a la vez al presente *sīdō* y al presente *sedeō;* es que indica el proceso acabado, que es el mismo a la vista del *infectum sedeō* y del *infectum sīdo*. De la misma manera, *tulī* (antiguo *tetulī*) corresponde a *ferō* (para el cual no se heredó del indo-europeo ni un aoristo ni un perfecto) y a *tollō*. Una misma forma *dormīuī* corresponde al simple *dormiō* y a la forma sufijada de *obdormiscō*. Si se tiene en cuenta el valor del *infectum* y del *perfectum*, estos hechos —que en principio sorprenden— parecen naturales. El presente del *perfectum dīxī* no significa que se ha dicho algo en el pasado sino que el hecho de decir estaba terminado en el momento en que se hablaba: *dīxī*, dice el orador una vez terminado su discurso.

En el interior de cada uno de los temas del *infectum* y del *perfectum*, el indicativo tiene siempre tres temas para cada uno de los tres tiempos: presente, pasado, futuro. El

tema de presente es antiguo; pero los otros dos son producto de innovaciones latinas. No teniendo las desinencias en latín un valor significativo y no habiendo existido nunca el aumento, el imperfecto del tipo del sánscrito *ábharat*, griego *éphere*, armenio *eber* (convertido en aoristo) no ha existido nunca. El pretérito está caracterizado por un sufijo *-a-*, de donde *erās* (frente al presente *ess)*, *dīxerās*, y con una utilización del elemento accesorio itálico *-f-*: *legebas* (el tipo en **-fa-* es itálico común, se considerará en el capítulo IV). El uso de *-a-* para caracterizar el pretérito ha tenido sin duda base en indo-europeo, pues se encuentra, aunque en condiciones muy diferentes, leto-lituano y en armenio. El futuro se ha formado menos unitariamente: se ha formado en gran parte sobre el antiguo subjuntivo indo-europeo. Así *eris* es el antiguo subjuntivo del tema de *es-ti; dīxeris* se explica de la misma forma; el tipo *ferēs* es igualmente un antiguo subjuntivo. Para formar el futuro del *infectum* de verbos de tema vocálico, ha sido preciso recurrir al mismo elemento *-f-* que ha servido para el pretérito; de donde el latín *ībis, monēbis, amābis* etc. Así, un tema modal cuya función era indicar intención, ha pasado al papel de tema estrictamente temporal. Más sorprendente todavía es el tratamiento del subjuntivo. Los modos indo-europeos no admitían en absoluto la expresión del tiempo. Por el contrario, el latín, de acuerdo con el osco-umbro, tiene un subjuntivo pretérito del *infectum* y del *perfectum.*

Paralelamente a lo que se observa en itálico, en celta hay temas para el pretérito y para el futuro; hay también en subjuntivo un pretérito. Con formas diferentes, por tanto, el celta ha innovado en el mismo sentido que el itálico.

En germánico, las cosas son más sencillas por que no hay tema de futuro. Pero los dos temas del verbo sirven para oponer el presente-futuro y el pretérito: el tema de pretérito está tomado de formas que, al menos en parte, pertenecían originariamente a los mismos grupos —perfecto y aoristo— que han producido el *perfectum* latino. El tema de pretérito tiene, lo mismo que el de presente, un subjuntivo.

El itálico y el celta concuerdan al emplear para dativo, ablativo, instrumental y locativo plurales representantes de la desinencia *-bh-*. Pero en irlandés se encuentra la representación de una forma *-bhi* y en latín de una forma *-bhos:* desarrollos paralelos a partir de tipos semejantes.

Los gramáticos que han programado la gramática latina lo han hecho sobre el modelo de la gramática griega ya constituída y de aquí han nacido algunas deformaciones. El infinitivo latino es más complejo y variado que el infinitivo griego; al no atribuir el nombre de infinitivo más que a formas invariables del tipo *dīcere, dīxisse* -que, por el tipo si no por las características de detalle, se comportan como los infinitivos griegos- han dado del sistema latino una idea falsa. Porque, al lado de los infinitivos propiamente dichos: *dīcere, dīxisse,* uno de *infectum* y otro de *perfectum,* hay, por una parte, lo que se llama supino: *dictum y dictū, dictuī,* es decir: acusativo y dativo (*dictū* es un antiguo dativo lo mismo que *dictuī*) de un tema en *-tu-* formado sobre la raíz independientemente de los temas verbales que proporcionan las formas personales, de la misma manera que el védico emplea al acusativo en *-tum* y el dativo en *-tave;* y por otra parte, lo que se llama gerundivo: *dīcendum, dīcendī, dīcendo,* es decir: formas normales de acusativo, genitivo y ablativo instrumental de un nombre que funciona también como adjetivo verbal: *dīcendus, dīcenda, dīcendum* y que pertenecen solamente al tema de *infectum.* El armenio presenta también un infinitivo en *-l* (antiguo *-lo-*, sufijo de palabras como el latín *crēdulus* que per-

tenece al conjunto del verbo; pero que está formado solamente sobre el tema de presente; además este sufijo sirve también para formar participios, *berel* "llevar" (genitivo-dativo *bereloy*, instrumental *berelow* y *bereal* "llevado" (genitivo *bereloy*). El infinitivo invariable en *-se*, del tipo *esse*, *fuisse*, *dīcere* (con *r* procedente de *s* entre vocales), *uelle*, *ferre*, depende de un tipo que está representado en indo-europeo y que, a diferencia del tipo en *-tu-*, no está formado sobre la raíz sino sobre temas de formas personales: latín *uīuere* es a *uīuit* lo que en védico *yīváse* es a *yīvati*. Los infinitivos latinos caben dentro de paradigmas rígidos porque los encontramos al término de un largo desarrollo y en un sistema en el que todo tiende a ser regular; pero se percibe que reposan en un tipo antiguo que no era menos variado que el de los infinitivos védicos y que sería del todo comparable a él. También se debe tener en cuenta los hechos armenios, convertidos también en algo rígido, pero que dejan entrever ciertos rasgos con equivalencia en latín y que ignora el védico.

Itálico y celta han alargado con un sufijo *-n* el sufijo *-ti* de nombres de acción: el latín dice *mens* (de **mentis*) y el sánscrito *matíḥ*; pero es una palabra aislada que no conserva el carácter de nombre de acción en latín. El nombre de acción que figura al lado de *meminī*, es *mentiō*, *mentiōnis*. Este mismo alargamiento se ve en celta: irlandés *airmitiu* "honor" (tema en *-n-*). El mismo hecho ocurre en osco-umbro: al lado de *nātus*, el latín tiene *nātiō*, *nātiōnis*, y el umbro *natine*. Otra lengua periférica, el armenio, presenta parecida innovación; tipo *-t'iwn*.

Las formaciones sufijales son en las lenguas indo-europeas un elemento en gran parte reciente. También en esto itálico y celta presentan concordancias especiales. La formación compuesta en *-tu-t* no es estrictamente particular del itálico y del celta: el gótico tiene *mikilduþs*, de *mikils* "grande". Pero no es productiva e importante más que en itálico y en el celta: latín *iuuentūs*, irlandés *bethu* (genitivo *bethad*) y galés *bywyd* "vida".

La formación del superlativo del tipo sánscrito *svádiṣṭhaḥ*, griego *hēdistos*, antiguo alto alemán *suozisto* no se encuentra en italo-celta. El tipo en *-mo* del sánscrito *madhyamáḥ* y gótico *miduma* "medio" tampoco se encuentra solo. Pero hay un tipo compuesto en *-s°mo:* latín *maximus*, osco *nessimas* "proximae", galés antiguo *hinham* "el más viejo", irlandés antiguo *dilem* "muy caro"; el irlandés antiguo *nessam* y el galés *nesaf* se dejan superponer al tema del osco *nessimas*, umbro *nesimei*. Esta formación es particular del itálico y del celta, concordancia por tanto significativa.

Este superlativo derivado es más notable aún por el hecho de que el latín e irlandés han generalizado igualmente el tipo indo-europeo del comparativo radical: latín *senior*, irlandés *siniu*. El germánico, por el contrario, presenta una forma derivada **-iz-an-* cuyo equivalente se encuentra en griego: *hedíon* "más dulce"; la característica **-ion-* se explica bien a partir de un antiguo **-is-on*.

La fonética itálica no presenta con la fonética celta concordancias tan importantes como la morfología y el vocabulario. Solamente se observa una, que afecta por lo demás a un detalle. Ante la sucesión $*p...k^w...$, es decir dos sílabas que comienzan una por labial y otra por gutural labio-velar, la labial se asimila a la labio-velar. Así, ante el indo-europeo $*pénkwe$ (sánscrito *páñca*, griego *pénte*), el latín tiene *quinque*, el irlandés (que ha perdido todo apéndice labio-velar) *cóic*, el bretón (donde toda *p* procede de **k*) presenta en galés antiguo *pimp*, etc.; el osco-umbro —en que el que *p* y k^w se representa por *p*— no permite ningún juicio. Del indo-europeo $*pek^wō$ "cocer" (sánscrito *pácāmi*, eslavo antiguo

pekq, griego *pépon y péssō*), el latín dice *coquō* (de **quequō*) y el bretón *pibi* (que supone un **queque*). Sin ser absolutamente probatoria, esta concordancia es curiosa. El germánico aporta una prueba a la inversa: el numeral cinco tiene en gótico la forma *fimf*, es decir, con asimilación de gutural a labial; lo cual no es accidental porque la gutural labio-velar inicial del numeral cuatro se ha asimilado a *w* interior y ha pasado también a labial: gótico *fidwor*, etc. En griego, no ha habido asimilación: el numeral cinco presenta la forma *pénte* (lesbio *pémpe*) con labial inicial conservada. Las dos lenguas fuera del itálico y del celta que pertenecen al tipo *centum* en cuanto a las guturales presentan tratamientos que no concuerdan con el del itálico y el celta. La inestabilidad de las labio-velares y la facilidad con que produce asimilación, a juzgar por el germánico, no permiten fundamentar conclusiones seguras sobre la concordancia entre el latín *quinque* y el irlandés *cōic*. Este es sólo un indicio; nada prueba que haya aquí una comunidad dialectal de fecha indo-europea. Más bien se trata de desarrollos paralelos que señalan, sin embargo, la unidad de origen de los grupos itálico y celta.

Al lado de las concordancias morfológicas, el vocabulario celta presenta algunas concomitancias significativas con el vocabulario latino. Las más notables conciernen a los preverbios-preposiciones. La *dē* latina no tiene correspondencia exacta más que en celta: irlandés *dī*. Lo mismo ocurre con *cum:* irlandés *com-*, *con-*. Si el latín *sine* guarda semejanza con el sánscrito *sanitúḥ*, gótico *sundro*, etc, no tiene correspondencia exacta más que en el irlandés *sain*. El singular adjetivo latino *crispus* (de **kripsos*) no tiene más correspondencia que el galés *crych*, que se encuentra en el nombre propio galo *Crixos*. El latín *pectus* sólo tiene correspondencia en el irlandés *ucht;* pero la palabra irlandesa y la latina no tienen en común más que el elemento radical; su formación es diferente. En ejemplos como este se puede ver hasta dónde llegan la analogía y las diferencias entre los grupos itálico y celta.

Un hecho más de mayor validez: ciertos términos de civilización, desconocidos en otras lenguas, se encuentran sólo en itálico y en celta. El latín *uātēs* está emparentado con el gótico *wods* "poseso"; pero sólo tiene una correspondencia completa en el irlandés *faith* "poeta". Fuera del celta, hay formas emparentadas con el latín *canō*, umbro *kanetu;* pero sólo el celta ofrece un verbo idéntico: irlándes *canim* (con un pretérito *cechan* al lado del latín *cecinī*, galés *canu*). El latín *saeculum* y el galés *hoedl* (bretón medio *hoazl*) designan duración de la vida.

Un detalle de carácter negativo pero curioso consiste en que los nombres del "hijo" y de la "hija", que se encuentran en casi todas las lenguas indo-europeas bajo formas más o menos próximas al sánscrito *sūnúḥ* y *duhitā́*, faltan en celta y en itálico, en los que son reemplazados por palabras adaptadas sin duda a un uso nuevo. El latín tiene *fīlius* y *fīlia* y el celta otras palabras también nuevas.

También hay discordancias numerosas. Si se recorre la lista de verbos anómalos en irlandés antiguo y en latín (y en ambas lenguas la lista es larga), se verá que sólo una minoría de verbos se encuentra en las dos lenguas. No se encuentra en latín la correspondencia del irlandés *crenim* "comprar" ni tampoco la del latín *fundō* en irlandés. Cuando las dos lenguas utilizan una misma raíz frecuentemente es bajo formas diferentes: latín *uincō*, irlandés *fechim* (véase el antiguo-alto-aleman *ubar-wehan* e islandés antiguo *vega*, al lado del gótico *weihan* e inglés antiguo *wīgan*).

Estas diferencias no son esenciales. En irlandés es corriente *benim* "golpeo", con su subjuntivo *bia* y su pretérito *ro-bī;* el latín clásico no tiene nada semejante. Este presente es antiguo; pero el latín no lo ha ignorado: FESTUS atestigua la existencia de un *perfines* con el significado de *perfringas.* De donde se deduce que, en el curso de su historia, el latín ha perdido un verbo cuyo uso ha persistido largamente en irlandés.

El latín ha perdido el presente indo-europeo representado en irlandés por *crenim.* Pero este presente ha desaparecido con el tiempo así mismo en la mayor parte de las lenguas indo-europeas. El eslavo, que lo ha poseído, no conserva ante él más que huellas. El griego presenta el aoristo *epriamēn* y no conserva su presente. El latín ha especializado en el sentido de "comprar" un verbo que significa coger: *emō,* que con preverbios ha conservado ese sentido (*exīmō, demō, sumō,* etc.). Este cambio de sentido de *emō* puede haber tenido lugar por influjo extranjero: en griego y sobre todo en el dorio de Sicilia *lambánō* tiene el significado de "comprar". La raíz **em-,* cuyo carácter antiguo está asegurado por el báltico se encuentra en irlandés con otro empleo que en latín.

No es sorprendente que el celta carezca del verbo latino *fundō.* La raíz **gheu-* tenía un aoristo radical atemático no viable en latín; para asegurar su conservación, ha sido preciso crear formaciones nuevas: el germánico formó un presente con el sufijo *-de-,* gótico *giutan;* el latín utilizó el mismo sufijo pero caracterizó además el presente por un infijo nasal del que hace gran uso —mientras que el celta no ha desarrollado su empleo—: así, *fundō* frente a *fudī.* Estas son formaciones antiguas dentro del latín, pero que no remontan a la época italo-celta.

El presente "conduzco" es *dūcō* en latín, *fedim* en irlandés. Los dos antiguos. *Dūcō* se encuentra exactamente en germánico: gótico *tihua,* etc., así como el tipo *ē-dūcāre:* en islandés antiguo *toga;* esta raíz es desconocida en el indo-europeo oriental. El irlandés *fedim* se encuentra en báltico: lituano *vedù,* eslavo *vedo* y en indo-iranio. Había, por tanto, en indo-europeo occidental dos raíces; el latín conserva una y el celta la otra. La raíz que sobrevive en latín es la propia del indo-europeo occidental que por su carácter popular era apta para crear formas expresivas: antiguo alto aleman *zuckan* y griego *daidýssesthai* (único testimonio griego de dicha raíz). Sin embargo, un detalle patentiza que el latín conoció en época prehistórica la raíz **wedh* del irlandés *fedim:* esta raíz tenía, entre otros empleos, un uso técnico; la coincidencia entre el indo-iranio, eslavo, báltico y celta —lenguas en las que está atestiguada— prueba que servía para designar el hecho de hacer esposa a una mujer; el verbo *dūcō* en latín ha heredado este uso en la expresión *uxorem ducere.*

El hecho de que el itálico repose sobre un tipo muy próximo al del celta excluye la hipótesis de que hubiera, en algún momento del pasado un período de unidad heleno-itálica. La hipótesis de esta unidad se ha mantenido muchas veces. Pero las pruebas sobre las que se apoya son deleznables.

Cierto que hay que sustraerse a la impresión del primer momento. El latín data de una fecha más reciente que el griego, más antigua con respecto a los primeros testimonios celtas y germánicos: esto hace que el arcaísmo de su aspecto evoque las formas del griego más que las del celta y las del germánico. Pero el criterio lingüístico disipa fácilmente esta primera apariencia. Por otra parte, con anterioridad a los textos más antiguos conocidos, el latín ha sufrido una fuerte influencia de parte del griego; aquí está el origen

de su gran parecido, que no llega a decir nada sobre una comunidad inicial entre griego y latín.

Es preciso sobre todo guardarse de atribuir un significado a concordancias que proceden de innovaciones independientes. Al comparar el latín *ferō* y la pronunciación del antiguo *phéro* de época bizantina, se creería que ha dado resultados parecidos en griego y latín la antigua sonora aspirada *bh* (presentada por *bh-* en sánscrito: *bhárāmi*, y en germánico y armenio por *b* que no puede proceder de sonoras simples: gótico *baira*, armenio *berem*). Pero basta contemplar los hechos de la época histórica para observar la diferencia: *bh* ha dado en griego una *p* aspirada, *ph*, que en ático era una oclusiva, y es en el período itálico común sólo cuando se trasformó en espirante. No hay más que una característica común al itálico y al griego: las oclusivas sonoras aspiradas originarias están representadas por fonemas sordos. El ensordecimiento se explica quizá por el hecho de que itálico y griego son lenguas adoptadas por poblaciones mediterráneas diferentes, pero que encontraban la misma dificultad en pronunciar un fonema particular e inestable como una oclusiva sonora aspirada. Por lo demás, hay razones para pensar que el sistema de oclusivas de las lenguas que el indo-europeo reemplazó en la cuenca mediterránea comprendía como elemento esencial las oclusivas sordas aspiradas y se correspondía con el sistema indo-europeo.

Ante el nominativo plural de los temas en *-o-*, si no se tuviera más que el latín *lupī* (de *lupei*, antiguo **lupoi*) y el griego *lykoi*, parecería que la sustitución de la desinencia **-os* de sustantivos por **-oi* de demostrativos podría ser una innovación común. Pero esta innovación era fácil: el eslavo la presenta también y de manera evidentemente independiente. Al examinar los hechos itálicos y celtas, se descubre que la innovación latina es reciente. El osco-umbro, que está cerca sin duda del latín, presenta un desarrollo inverso: mientras que el latín ha formado *lupī* según *istī*, en osco-umbro el demostrativo ha tomado **-os* de los sustantivos; el osco *ius-c* "estos" presenta la misma desinencia de nominativo plural que *Núvlanús* "habitantes de Nola". En irlandés el nominativo *fir* reposa sobre **wiroi*, que es también la forma original del latín *uirī*; pero **wiros*, que es la forma antigua, se ha mantenido en el vocativo *firu*. Las innovaciones del griego, latín, osco-umbro e irlandés, diferentes en detalle, obedecen a condicionamientos heredados del indo-europeo; no demuestran ninguna relación especial entre estas lenguas como no la hay claramente entre éstas y el eslavo.

Se ve, por tanto, qué reserva conviene mantener cuando se utilizan concordancias, sorprendentes a primera vista, entre la evolución del griego y del latín. Las produce naturalmente el parentesco de sus condiciones iniciales y su número, pequeño en total, es del orden de lo que cabe esperar en virtud de desarrollos paralelos e independientes.

El hecho más extraño consiste en que tanto en el itálico como en griego el genitivo plural femenino de los demostrativos, del tipo sánscrito *tā́sām*, homérico *tā́ōn*, latín *istā́rum*, osco *eizazun-c*, se ha extendido a todos los temas en *-ā-*; así, en latín *-ārum*, osco *-azum*, umbro *-aum* en sustantivos, y lo mismo en eolio *-āōn* (conservado en beocio y Homero; de donde también jónico-ático *-ōn*, dorio *-ān*). Este hecho no se da en ninguna otra lengua. Pero la extensión a sustantivos de formas flexivas de demostrativos es un hecho corriente en el desarrollo de la declinación de las lenguas indo-europeas. Es poco significativo, por tanto, que dos lenguas presenten la extensión de una misma forma. El genitivo

plural de los temas en *-ā-* provocaba una dificultad particular: la desinencia vocálica no permitía que apareciera la vocal final del tema. Así, una forma como la del lituano, que debe representar el tipo indo-europeo por no haber podido ser recreada posteriormente, no caracteriza los temas en *-a-:* el genitivo femenino del lituano *stìrna* "corzo" no se distingue del masculino de *vyras* "hombre": *stìrnų, výrų.* La extensión analógica que permitía diferenciar entre sí el genitivo de los demás temas en *-ā-* y en *-ō-* tuvo que ser bienvenida y se explica facilmente la propagación del procedimiento.

Aún en los casos en que griego y latín presentan un rasgo de estructura común, el detalle de formas varía. Así, el griego y el latín son las únicas lenguas indo-europeas en que cada tema verbal está provisto de un infinitivo. El latín tiene *dīcere* y *dīxisse* igual que el griego presenta un infinitivo presente, un infinitivo aoristo, un infinitivo perfecto, etc.; presenta también un infinitivo pasivo distinto del activo, todo como en griego. Pero ni la característica *-se* del activo, ni la característica *-ī* del pasivo tienen paralelo en griego; las formas del infinitivo griego, diversas según dialectos y según tipos verbales, difieren absolutamente de las formas latinas.

Por lo demás, las divergencias entre el latín y el griego son más numerosas que sus semejanzas. Si las formas de la flexión nominal coinciden en general, es debido a que la declinación ha sido modificada por muchas innovaciones analógicas sólo en el detalle, sin que se haya llegado a crear un sistema nuevo. En cambio, los sistemas verbales difieren grandemente; han partido de sistemas diferentes ya en el momento de la repartición dialectal de las lenguas indo-europeas. En los restos del perfecto antiguo, el griego presenta reduplicación en todos los mismos casos que el indo-iranio, así: *léloipa*; el latín, por el contrario, coincide con el irlandés -y el gótico- en no utilizar normalmente la reduplicación más que cuando el perfecto no está caracterizado por una oposición de vocalismo con el presente: en *līquī*, de vocalismo radical distinto de *linquō*, la reduplicación estaba de más; sí la hay en cambio en irlandés *cechan* ante *canim*, en latín *cecinī* (antiguo *kekanai*) ante *canō*, *memordī* o *momordī* ante *mordeō*, etc. Un detalle de este género revela que el latín está orientado como el celta y el germánico, de diferente manera que el griego.

Una particularidad del léxico confirma esta indicación. Hay muchas palabras, unas seguramente antiguas, otras producto de préstamo, que existen en un grupo coherente de lenguas indo-europeas: eslavo, báltico, germánico, celta e itálico, y que no se encuentran en griego, armenio ni indo-iranio. Estas palabras son demasiado numerosas e importantes para que la coincidencia sea fortuita. He aquí algunos ejemplos cuya trascendencia es sensible inmediatamente.

El latín *cīuis* (de *ceiuis*) y el osco *ceus* están claramente emparentados con una serie de palabras germánicas: gótico *heiwa-frauja* "señor de la casa", alto antiguo alemán *hīwo, hīwa* "marido, esposa", islandés antiguo *hjūn* "familia" y, con otra formación, lituano *šeimā, šeimýna* y eslavo antiguo *šemĭja.* Aludir al sánscrito *çevaḥ* "amistoso", como se hace frecuentemente, no es más que un capricho.

Osco *touto,* umbro tuta, *tota,* no tienen equivalencia en latín en el que han prevalecido los derivados de *ciuis, ciuitas* y el termino de origen popular *populus;* el carácter particular de *populus* aparece en el hecho singular de que el adjetivo *pūblicus* se ha tomado de otra familia de palabras, la de *pubes;* han habido aquí en latín innovaciones, unas populares, otras cultas, poco sistemáticas. *Teutā* es un término antiguo que se encuentra en

tūath (galo *Teuto-* en compuestos), gótico *þiuda*, lituano *tautà*, siempre con el significado de "*populus*".

El nombre *hostis* "extranjero", que ha tomado en latín el sentido de "enemigo", no se encuentra con el significado de "huésped" más que en germánico: gótico *gasts*, eslavo *gostĭ*.

Latín *homō* y *hemō* (particularmente en *nēmō*, de **ne-hemō*) es un derivado del tema raíz "tierra", que se encuentra en el derivado *humus* y que es una palabra indo-europea común; la variación del vocalismo radical se explica por el hecho de ser un derivado de la palabra ya alternante: **hem-/hom-*. Osco y umbro tienen la misma forma con vocalismo o: osco *humuns* (homines), umbro *homonus* (hominibus). Derivados de la misma raíz con la significación de "hombre" los hay en irlandés *duine*, gótico *guma*, *žmů* y *žmogùs* en lituano. Estas lenguas llaman al hombre como "ser terrestre" por oposición a los dioses "celestiales"; en griego, armenio e indo-iranio, el hombre es llamado "mortal" por oposición a los dioses "inmortales".

Porcus designa únicamente el animal doméstico, *sūs* el animal doméstico y el salvaje. Ahora bien, *sūs* tiene correspondencias en todo el indo-europeo; pero *porcus* no las tiene más que en el grupo del irlandés *orc*, alto alemán antiguo *farah*, lituano *paršas*, eslavo antiguo *prase*.

Nīdus significa en latín "nido", lo mismo que *net* en irlandés, *nest* en aleman y otras formas muy alteradas: *lizdas* en lituano, *gnězdo* en eslavo. Se trata de una palabra indo-europea **ni-zdo-* que, en todo el grupo considerado, tiene el sentido especial de "nido"; pero que fuera, o bien ha desaparecido como en griego, o bien ha conservado un sentido general de "lugar de estancia": *nist* en armenio, *nīḍaḥ* y *niḍám* en sánscrito; el segundo elemento del compuesto pertenece a la raíz *sed-* del latín *sedeō;* pero en el latín *nīdus* no aparece la formación primitiva de la palabra.

Verbum tiene su correspondiente exacto de forma y de sentido en el gótico *waurd*, prusiano antiguo *wīrds;* no se encuentra ni en griego, armenio ni indo-iranio.

Verus se encuentra exactamente en el irlandés *fīr*, gales *gwir*, alto alemán antiguo *wār*, y no puede separarse del eslavo antiguo *vēra* "fe".

Barba responde en la forma y sentido al *barda* del váltico, *brada* del eslavo antiguo, *borodá* del ruso, y está próximo al alto alemán antiguo *bart*. La palabra, cuya *a* radical caracteriza una forma popular no se encuentra fuera de estas lenguas.

Mare pertenece a un grupo de palabras derivadas de un tema radical que se presenta bajo dos formas **mor-* y **mºr-: *mor-* en *muir* (neutro) del irlandés, *marei* (femenino) del gótico y *meri* (neutro) del alto alemán antiguo, *mārė* (femenino) del lituano y *morje* (neutro) del eslavo; **mºr-* en latín *mare*. Este nombre de la "*mar*" no figura en griego, armenio ni indo-iranio (salvo quiza en un compuesto sánscrito).

El grupo *gelu*, *gelāre*, *gelidus* del latín y *gelan* (acusativo singular) del osco se reitera sólo en gótico *kalds*, islandés antiguo *kala*, lituano *gélmenis*, eslavo *golotĭ* y *žlĕdica*.

Caurus, nombre del viento del nordeste, evoca el nombre eslavo de un viento del norte, *sĕverŭ*, el nombre lituano del mismo viento, *šiaurỹs* (acusativo *šiáurį*); *scūr* del alto alemán antiguo designa un viento violento.

La raíz **se-* de *serō* (antiguo **sisō*, forma con reduplicación del tipo de *sistō*), *seuī*, *satus* (forma con vocalismo reducido) se encuentra en el gótico *saia*, lituano *sėju*, eslavo

sĕjo; semen corresponde al eslavo antiguo *seme* y prusiano antiguo *semen*, alto alemán antiguo *samo*, lituano *sémens* y, con otro sufijo, irlandés *sīl*. El vocalismo de *satus* se encuentra en gales *hâd*. La acción de "sembrar" se expresa distintamente en griego, armenio e indo-iranio.

Para "moler", la situación es menos clara. El presente que sirve para indicar la noción de "moler", *molō* en latín, *melim* en irlandés, *malu* en galés, *mala* en gótico, *malù* en lituano, *meljǫ* en eslavo, reposa sobre un mismo presente indo-europeo cuya forma arcaica no se ha conservado directamente. En el sentido de "aplastar", la raíz es indo-europea común y hay restos en griego, armenio e indo-iranio. Pero, en estas lenguas, el verbo que significa especificamente "moler" es distinto: el griego tiene *aléō* y el armenio *alam*. Lo que disminuye un poco el valor de la repartición es que el griego dice *mylē* "muela", a la vista del latín *mola*.

Si *far* y *farīna* no quedan aislados es porque el islandés antiguo tiene *barr* "cebada" y el gótico *barizeins*, y sobre todo el eslavo antiguo *brašĭno* "alimento", el ruso *bórošno* "harina de centeno".

El nombre *grānum* se encuentra exactamente en irlandés *grān*, gótico *kaurn*, eslavo antiguo *zrŭno* y en el prusiano antiguo *syrne* (derivado del mismo sentido).

El nombre *līra* "tabla de huerta" se aproxima al alto alemán antiguo *wagan-leisa*, prusiano antiguo *lyso*, lituano *lýsia* y eslavo *lĕxa*.

El nombre latino *faba* se encuentra en prusiano antiguo *babo* y, bajo la forma de un tema en -o-, en eslavo *bobŭ*. No se le pueden separar los nombres germánicos: islandés antiguo *baun*, alto alemán antiguo *bōna*.

El epíteto *mālifera* que da VIRGILIO a la Villa Campania de *Abella* autoriza a ponerlo en comparación con el nombre de la manzana conservado en irlandés *abhall*, ingles antiguo *aeppel*, lituano *obelis*, eslavo antiguo *ablŭko*. Este nombre no se ha mantenido en latín porque éste ha tomado prestado el nombre mediterráneo representado en el dorio *mâlon*, jónico-atico *mêlon*.

El nombre latino del fiador es *uas (uadis)*. Está emparentado con el gótico *wadi* "prenda" y el lituano *už-vadas* y *vadúti* "desempeñar".

Vincō, uīcī, era un verbo esencial en el vocabulario de una nación metida siempre entre guerras. El irlandés *fichim*, gótico *weihan*, lituano *veikiù* tienen la misma significación. Fuera de estos grupos ya no se encuentra esta raíz.

Feriō sustituye un presente radical atemático no conservado y de él quedan otros derivados, en general con vocalismo radical *o:* irlandés antiguo *berja*, lituano *barù* (injurio), eslavo antiguo *borjǫ*. Esta raíz no tenía perfecto ni aoristo. En latín, *percussī* hace de *perfectum* de *ferio;* ni en germánico, ni en báltico ni en eslavo, hay restos de un aoristo o perfecto antiguos: se ve así hasta que punto *feriō* ha conservado su valor antiguo.

Fodiō representa también un presente radical atemático no conservado, que registran el lituano *bedù* y el eslavo *bodǫ*. El sentido de "pinchar" se encuentra en latín *fodicō*. Se suele comparar también el gótico *badi* "lecho" y el gales *bedd* "tumba". No hay más correspondencias.

Secō (secare) tiene correspondencias seguras en irlandés *tescaid (*to-es-sk-)*, eslavo, *sěko*, lituano *įsekti*. Más notable aún es el nombre del instrumento: *secūris* en latín, *sekyra* en eslavo.

El nombre *rota* tiene correspondencias casi exactas en el celta: irlandés *roth*, en germánico: alto alemán antiguo *rad*, en báltico: lituano *rãtas*. Un término parecido se encuentra, es cierto, en indo-iranio; pero con otro sentido: sanscrito *ráthaḥ* "carro".

Cudo "forjar" es uno de los presente en *-de/o-* que han servido para sustituir a antiguos presentes atemáticos. El germánico tiene *hǫggva* del islandés antiguo y *houwan* del alto alemán antiguo, el lituano *káuju*, el eslavo *kujǫ* y *kovǫ*.

El nombre latino del "oro" tiene su principal correspondencia en prusiano antiguo: *ausis*, y en tocario A *wäs*.

La existencia del término técnico *ansa*, *ąsà* en lituano, *ansis* en prusiano antiguo y *aes* en islandés antiguo (agujero para el cordón del calzado) es notable.

Crābrō es inseparable de nombres de igual sentido como alto alemán antiguo *hornuz*, lituano *širšů*, eslavo antiguo *srŭšenĭ*.

Si el elemento radical es el mismo en el nombre sánscrito *ákṣaḥ* y griego *aksōn*, *axis* no tiene correspondencia exacta más que en el eslavo *(osi)* y en báltico: lituano *ašìs*, prusiano antiguo *assis*.

Fūcus está emparentado sin duda con el nombre de la abeja: irlandés *bech*, alto aleman antiguo *bīa* y *bini*, prusiano antiguo *bitte*, lituano bitìs, eslavo antiguo *bĭčela*.

Pocos adjetivos son de fecha antigua: la concordancia del latín *glaber* con el alto alemán antiguo *glat*, lituano *glodùs*, eslavo antiguo *glandŭkŭ* —que tienen el mismo sentido— es, por tanto, muy sorprendente.

Mientras que griego y armenio han conservado **sem-* en el sentido de "uno", las lenguas que van del itálico al eslavo han empleado la palabra que significa "sólo", bajo la forma **oino-:* latín *ūnus*, umbro *unu*, irlandés *oen*, gótico *ains*, prusiano antiguo *ains*, eslavo *inŭ*. Fuera de estas lenguas, **oino-* apenas está atestiguado; no hay más que un resto en el nombre griego de las de dados: *oinḗ*. La palabra que en griego significa "sólo" no es **oino-*, sino *oiwo-*, chipriota *oiwos*, homérico *oios;* en persa antiguo *aiva*.

El verbo *hiare* tiene correspondencia en lituano *ap-žioti*, ruso *zijáť*, alto alemán antiguo *giẽn*.

No sería imposible multiplicar el número de ejemplos; basta recorrer los citados para ver cuán significativos los hace su valor semántico: se percibe en ellos toda una comunidad de civilización. El itálico participa con el celta de las civilizaciones del Norte de Europa de las que el griego, como el armenio y el indo-iranio, se separó muy pronto. Este hecho aparecería más claro aún si se tuvieran en cuenta comparaciones que no alcanzan al báltico y al eslavo: *flōs* se encuentra en celta y germánico; *ueru* es idéntico al umbro *beru-*, irlandés *bir*, gótico *qairu*. Los ejemplos de este género son numerosos; y aún podrían ser más si muchas palabras antiguas no hubieran desaparecido en cada lengua: por ejemplo, el gótico *qairu* se ha conservado por casualidad en una glosa al márgen de un manuscrito; si no, se había creido italo-celta la palabra **gweru* "asador". Si con la civilización antigua no hubiera desaparecido en gran parte el vocabulario que la expresaba, se vería plenamente cómo el latín, y en conjunto el itálico, pertenece por vocabulario al mismo grupo de civilización del Norte de Europa que el celta, germánico y baltico-eslavo. El griego se ha orientado distintamente casi desde la separación de la comunidad indo-europea.

Muchos detalles confirman esta diferencia de orientación. Así, el nombre antiguo de cabeza de ganado, atestiguado en sánscrito por *páçu* y avéstico *pasu*, se encuentra en el

alto alemán antiguo *fihu* y el latín *pecu;* pero falta en el grupo del griego y del armenio. En germánico como en latín, esta palabra sirve para designar un valor: el gótico *faihu* significa "fortuna" y el latín tiene los derivados *pecūnia* y *pecūlium.* El nombre **wīro-* del hombre en cuanto macho, guerrero, se encuentra desde el indo-iranio (*virah* en sánscrito) al italo-celta (irlandés *fer,* latín *uir),* pasando por el lituano *výras* y el gótico *wair;* había otro nombre con la misma extensión: *nar-* en indo-iranio *ner-* en osco, etc.; pero sólo éste segundo es el que conocían el griego *(anēr)* y el armenio, coincidiendo en esto como en tantas otras cosas.

Los hechos expuestos hasta aquí permiten ensayar las grandes líneas de la prehistoria del latín. Como todas son de carácter puramente lingüístico no garantizan ninguna precisión ni de fecha ni de lugar; no se puede obtener más que una cronología relativa y unas localizaciones igualmente relativas.

Las lenguas celtas y las lenguas itálicas (latín y osco-umbro) proceden de una de las colonizaciones más antiguas conocidas en el mundo indo-europeo. En efecto, se observan en ellas características que no se han conservado en las lenguas de la región central del indo-europeo: eslavo, báltico, germánico y griego; pero que se encuentran particularmente en hitita -y la fundación del imperio hitita remonta al comienzo del segundo milenio antes de Cristo. Como por otra parte el latín conserva la denominación del bronce *aes* que tiene correspondencia en indo-iranio y en germánico, la colonización de la que proceden las lenguas itálicas es posterior el comienzo de la edad del bronce. En cuanto a la localización, los hechos dialectales indo-europeos demuestran que los colonos que formaron el itálico y el celta eran vecinos de los que formaron el germánico y sin duda distintos de los que formaron el griego y el armenio. Las concordancias que se observan en el vocabulario de civilización del eslavo, báltico, germánico, celta e itálico indican que los colonos a los que se debe las lenguas itálicas pasaron por la Europa Central y procedían del Norte. La separación tajante con el griego demuestra que no formaron parte del mismo movimiento del que procede el griego. Las innovaciones comunes que se observan en griego y en itálico proceden de la llegada de dos grupos distintos de colonos al mundo mediterráneo en el que encontraron condiciones semejantes.

CAPITULO IV

EL ITALICO

De la lejana unidad italo-celta no subsisten más que restos oscurecidos por la evolución posterior, que el lingüista sólo a duras penas puede relacionar para trazar con ellos un esquema de conjunto. Sin embargo, la unidad itálica es evidente, aunque recientemente ha sido puesta en duda.

Para explicar la manera como se ha formado el latín, haría falta recurrir constantemente a otras lenguas itálicas no latinas si de ellas se conservaran algo más que pobres fragmentos, interpretados por la adivinación de filólogos pacientes e ingeniosos.

El grupo latino es bien conocido bajo la forma que se fue fijando en Roma. Pero el otro grupo, el del osco y el umbro, ha sido utilizado poco por escrito; lo que se escribió ha subsistido muy poco y este poco sólo en forma de inscripciones: una lengua que no está testimoniada más que por textos epigráficos y de la que no se posee ningún texto literario no es conocida más que de una manera fragmentaria e imperfecta.

Aproximadamente, todo lo que se sabe del umbro procede de las *Tablas eugubinas*. Son siete tablas de bronce, sobre las que está grabado el ritual de un colegio de sacerdotes de Iguvium, los frater Atiieviur, *Frateer Atiersiur* "frates Atiedii". Estas tablas se encontraron en 1.444 en una pequeña villa de Gubbio, la antigua *Iguvium* y todavía hoy se conservan en su *Municipio*. Unas están escritas por medio de un alfabeto particular, adaptación del alfabeto etrusco (él mismo de origen occidental), las otras en alfabeto latino. Se cree que deben datar del segundo o primer siglo antes de Cristo aproximadamente. Como la lengua es muy diferente del latín, no se ha llegado a determinar el valor de los signos y el sentido exacto de las frases y de las palabras más que a través de largas pruebas que han durado todo un siglo y a fuerza de ingenio. Como en toda lengua cuya tradición se ha perdido y que ha sido preciso interpretar por aproximación, quedan algunos puntos oscuros. Pero, salvo ciertos detalles, el texto está hoy interpretado de una manera que puede darse por exacta.

El texto es breve: la edición comprende una veintena de páginas pequeñas; además, por su naturaleza, contiene muchas repeticiones. La cantidad de datos es reducida por esta circunstancia mientras que la interpretación salió así favorecida. En resumen, se dispone de suficientes hechos para determinar el paradigma completo de las formas normales de los nombres y, con algunas lagunas, el de los verbos. En cuanto al vocabulario, no se conoce más que un número escaso de palabras: muchos de los términos más usuales son naturalmente desconocidos.

Las demás inscripciones, muy escasas y breves, que han sido descubiertas, indican que las tablas dan una idea justa del conjunto del umbro.

Los datos sobre el osco son más variados, pero más confusos. Aparte de algunas glosas, todos proceden de inscripciones escritas en Italia Meridional y principalmente en Campania; pero se las ha encontrado hasta el extremo de Calabria e incluso en Mesina. Las más extensas son el cipo de Abella, en el que hay grabado un tratado entre las ciudades de Nola y Abella, y una ley municipal grabada en caracteres latinos en la tabla de Bantia. Hay también numerosas inscripciones en Capua y Pompeya, por lo general poco extensas. Las inscripciones de Pompeya reproducen en gran parte las mismas fórmulas. Salvo la tabla de Bantia, en caracteres latinos, y algunas pequeñas inscripciones en caracteres griegos, las inscripciones oscas están notadas con la ayuda de un alfabeto particular derivado del alfabeto etrusco. Las inscripciones se extienden desde el siglo III antes de Cristo aproximadamente (aparte de algunas monedas que pueden ser quizá más antiguas) hasta el siglo I después de Cristo, de lo cual se deduce que el osco se hablaba aún corrientemente en Pompeya en estas fechas. En Capua hay una serie de inscripciones votivas, anteriores a 211 a. C. llamadas inscripciones *iúvilas* en las que se aprecia una evolución de la lengua: las más antiguas presentan la forma *diuvilam diuvia* (s); las siguientes simplifican ya la forma *iúvilam, iúviass.* La más antigua sin duda ofrece todavía un dativo plural con la forma luisarifs; más tarde, la misma forma es del tipo sakriss. En parte monótonas, en parte oscuras, las inscripciones no dan más que una idea parcial de la lengua, tanto más cuanto que esta lengua varía notablemente de una localidad a otra, de una época a otra. Se ha llegado, sin embargo, a fijar completamente los principales paradigmas de los nombres. En cuanto al verbo, los conocimientos son todavía más incompletos que en umbro. Las inscripciones comprenden muchos nombres propios, por lo que el vocabulario corriente conocido se reduce a un pequeño número de palabras.

Por insuficientes que sean, estos datos son preciosos. Nos dan a conocer, si no todo el detalle, sí al menos el sistema de los grupos dialectales distintos pertenecientes a un mismo tipo, que difieren profundamente del latín aún perteneciendo al mismo conjunto llamado itálico.

Separados geográficamente, uno al sur, otro al nordeste de Latium, el osco y el umbro se han desarrollado de manera distinta; en el momento en que se les puede considerar son dos lenguas diferentes. Las dos reposan sobre una lengua común sensiblemente única; existe así netamente un grupo osco-umbro.

Por ejemplo, la antigua labio-velar sorda se conserva en latín, así *quattuor;* pasa a *p* en osco-umbro: osco *petiro-pert* "quater", umbro *petur-pursus* "quadrupedibus". La antigua labio-velar sonora consonantiza en inicial en latín, *ueniō* (frente al griego *baínō);* se transforma en *b* en osco-umbro: osco *kúm-bened* "conuenit", umbro *benust* "uenerit".

Entre la formaciones morfológicas nuevas que pueden variar de una lengua a otra, está ciertamente el infinitivo. En latín, es con *-se,* de donde *es-se, fe-re, uel-le, dīce-re,* etc.; en osco-umbro es con **-om,* de donde osco *ezum,* umbro *erom* "esse", osco *edum* "esse", umbro *eferum* "afferre", etc.

El osco es una lengua relativamente conservadora, el umbro una lengua ya evolucionada en el momento en que se la conoce. Por ejemplo, los diptongos antiguos son conservados en osco y simplificados en umbro: osco *deivinais* "divinis", *deueia* "divinam",

osco *maatreis* "matris" umbro *matrer,* osco *touto* "civitas", umbro *tuta,* etc. El osco es, junto con el griego, la lengua indo-europea en que el vocalismo antiguo se conserva con mayor fidelidad. En los casos en que el umbro rotatiza la *z* intervocálica (procedente de *s*) como en latín, el osco la conserva, transcrita por *s* en las inscripciones con caracteres oscos, por *z* en la tabla de Bantia; el infinitivo del verbo ser es, por tanto, *ezum* en la tabla de Bantia, *erom* en las tablas eugubinas. Este arcaismo del osco le da para el lingüista una importancia singular. La historia del grupo itálico se apreciaría con mayor claridad si el osco no fuera tan mal conocido.

El osco fue la lengua de numerosas ciudades en los siglos III y II antes de Cristo; principalmente, la lengua de las inscripciones oficiales de Capua, Pompeya, Abella y Bantia. Con la guerra social, a comienzos del s. I a. C., esta preponderancia oficial desapareció. Las inscripciones posteriores son de carácter privado. Se puede conjeturar que haya habido una literatura escrita en osco. Hubo una literatura oral; la atelana, que era improvisada, da testimonio de ello; pero no queda resto alguno de una obra literaria propiamente dicha. ENNIUS, que se ufanaba de conocer tanto osco como latín, escribió en latín. Por esta falta de cultura, la suerte del osco estaba echada antes de que la interdicción de Roma suprimiera su uso oficial.

Poblaciones vecinas a Roma tuvieron también hablas propias, sin duda intermedias entre el osco y el umbro. De unas no se sabe nada, tal es el caso de los sabinos; de otras se tienen algunos escasos datos: así, en el de los volscos, marsos, vestinos, pelignios; del pelicno hay más restos que de los demás. Aparte de saber que las lenguas latinas estaban rodeadas de lenguas osco-umbras, los pocos hechos que se poseen no añaden nada esencial a la teoría del grupo itálico.

Es sorprendente que el pelignio, hablado bastante cerca de Roma, al Este del lago Fucino, en las ciudades de Corfinio (de donde provienen la mayor parte de las inscripciones) y de Sulmona, pertenezca al tipo de dialectos oscos. Basta con reproducir una inscripción para demostrar hasta qué punto el pelignio se diferencia del latín:

A. . . T. Nounis. . . L. Alafis C. Herec. fesn. upsaseter. coisatens. "T. Nunius, L. Alfius Herculi fanum fieret curauerunt".

Los nombres propios *Nounis, Alafis* presentan el nominativo osco en *-is,* que en latín sería *Nūnius, Albius.* En *Alafis* y *Herec.* "a Hércules", se observa el desarrollo de vocales entre líquida y consonante que caracteriza al osco. La forma *fesn.* es osca y se opone al lat. *fānum.*— El imperfecto de subjuntivo *upsaseter* tiene la desinencia *-ter* donde el latín tiene *-tur:* el osco-umbro generalizó en estas desinencias el vocalismo *e,* mientras que el latín, de acuerdo con el griego, generaliza el vocalismo *o.* Este verbo muestra la síncopa de la *e* interior que se observa en osc. *upsannam* frente a lat. *operandam.* Finalmente el verbo pelignio era activo como en osco-umbro: el imperativo umbro es *osatu;* por consiguiente la forma con desinencia medio-pasiva *upsaseter* tiene valor pasivo: *fieret.*— Por otra parte, *coisatens* es un pretérito en *-t-* a la manera del osco, con una desinencia osca *-ens;* el osco tiene del mismo modo *teremnattens* "terminauerunt".

Si el osco difiere mucho del umbro, si las innovaciones de un grupo no concuerdan más que de una manera parcial con las del otro, si cada grupo tiene su carácter propio, resulta evidente que el osco y el umbro continúan un mismo tipo de dialectos, diferente del tipo del que procede el grupo latino. Es, pues, el conjunto del osco y del umbro, el osco-

umbro —en la medida desgraciadamente restringida en que nos es conocido— el que nos lleva a una aproximación con el latín para sentar la teoría del "itálico" común.

El estrecho parentesco entre el osco-umbro y el latín es manifiesto. No sólo porque las instituciones, los usos, la civilización eran casi las mismas, sino también porque las lenguas ofrecen numerosas semejanzas, se ha podido interpretar los textos oscos y umbros en su gran mayoría gracias a la comparación con datos romanos.

Sin duda el osco y el umbro conservaron algunos rasgos antiguos eliminados por el latín, así el nombre de la "ciudad", **touta*, que se ha señalado antes. Sin duda el vocabulario antiguo subsistió de manera diferente; así, de los dos nombres del "hombre", como masculino y como soldado, que tenía el indo-europeo y que el sánscrito conserva a la vez bajo las formas *virāḥ* y *nā́* (ac. sg. *náram)*, el latín mantuvo el primero, *uir*, como el celta y el germano, y el osco-umbro el segundo: osc. *nerum* "uirorum", umbr. *nerf* "uiros". Pero esto no son más que detalles que ponen de manifiesto que el latín y el osco-umbro tuvieron, antes de la época histórica, una evolución distinta y que la separación es notablemente anterior a los primeros testimonios de los dos grupos. En conjunto, la comparación entre el latín y el osco-umbro viene a probar de manera concluyente que ambos grupos reposan en un único e idéntico tipo, y que hubo un periodo de comunidad "itálica" caracterizado por numerosas innovaciones.— Es indudable que las concordancias no datan todas del período de comunidad. Pero, incluso en la medida en que resultan de evoluciones paralelas, estas evoluciones son antiguas. Y las concordancias latinas y osco-umbras son por su naturaleza suficientes para procurarnos indicaciones cronológicas para la historia del latín.

Las innovaciones fonéticas del período itálico común transformaron el aspecto de la lengua.

Las antiguas oclusivas sonoras aspiradas *bh*, *dh*, *gh* se convirtieron en espirantes sordas que, aunque nuevas en la lengua, fueron evolucionando rápidamente. La antigua **gh* pasó a la espirante sorda **x* que terminó por convertirse en *h* en inicial de palabra, a la vez en el osco-umbro y en el latín de Roma; el término de la evolución se alcanzó solamente en el curso de la vida propia del latín y del osco-umbro, como se verá a propósito de los dialectos latinos; pero la tendencia era siempre la misma; por ejemplo el latín tiene *horior* "yo incito", y el umbro *heriest* "él querrá", el osco *herest* "él querrá", frente a *gern* "ávido" del antiguo alto-alemán, a *khaírō* "yo me alegro" del griego y a *háryati* "él acepta con gusto", "se complace en" del sánscrito. La antigua *bh* y la antigua *dh* pasaron a las sordas *f* (bilabial) y Þ y, en un segundo estadio, las dos a *f* (labio-dental, *f* del francés); a *bhrā́ta* "hermano" del sánscrito, *bro* Þ *ar* del gótico, etc., el latín responde con *frāter*, y el osco tiene *fratrúm*, el umbro *fratrum* "fratrum"; a la raíz *dhā-*, *dhi-* del sánscrito, **thē-*, *the-* del griego, *dē-* del germano, el latín responde con *fē-* (fēci), *fa-* (faciō), y asimismo se encuentra en osco *fakiiad* y en umbro *facia* "faciat"; el hecho itálico común es el paso a la pronunciación espirante sorda; la confusión de Þ y de f (bilabial) sólo tuvo lugar en el curso de la evolución propia de cada lengua; en interior de palabra, el latín distingue las dos: sonoriza una en *d* y otra en *b*, de suerte que al sánscrito *mádhyah* "que está en el medio", el latín responde con *medius*, frente al osco *mefiaí* "in media"; y, donde el sánscrito presenta *túbhyam* "a tí" (que sustituye a un *tabhyam* más antiguo), el latín

presente *tibi*, el umbro *tefe* y el osco *tfei* (falsa forma por *tífeí*, como se ve por *sífeí* "sibi"). Para la labio-velar sonora aspirada el osco-umbro no proporciona desgraciadamente ningún ejemplo en inicial de palabra; entre vocales el latín tiene *-u-* consonante (siendo f el tratamiento inicial), y el osco-umbro, *f:* frente a *vāghāt* "el que ruega, el que sacrifica" del sánscrito (y de *eúkhomai* "yo ruego" del griego), el latín presenta *uoueō* y el umbro *vufeter* "uotivis". Se ve, pues, aquí un punto de partida común: la pronunciación espirante sorda en lugar de las oclusivas sonoras aspiradas, y unas tendencias comunes: de *x* por *h*, de þ y *f* (bilabial) por *f* (labio-dental). Doble hecho de gran valor; pues el paralelismo de evoluciones independientes viene a confirmar aquí la prueba de parentesco íntimo que aportan antiguas innovaciones comunes.

Se sabe, principalmente por el tratamiento romance, que las vocales largas *ē* y *ō* se pronunciaban en latín más cerradas que las breves correspondientes. Ahora bien, una serie de testimonios atestiguan que en osco y en umbro *ē* y *ō* se pronunciaban cerradas hasta el punto de aproximarse a los timbres i y u.— Desarrollos análogos se encuentran en celta donde *ē* pasó a ī, y *ō* parcialmente a *ū;* pero el hecho no se remonta al italo-celta, pues *ō* acentuada tomó en celta la pronunciación *ā*. En cambio los hechos latinos y osco-umbros concuerdan exactamente entre sí.

La innovación que más contribuyó a dar al latín un aspecto particular es la abreviación de las vocales breves interiores de donde han resultado numerosas alteraciones de estas vocales: pérdida, cuando **per-regō* se convierte en *pergō* (perfectum *perrēxī),* o cambios de timbre, cuando a *capiō, canō* o al griego *Massalia* vienen a oponerse *ac-cipiō* (y *occupō), cecinī, Massilia.* En osco y en umbro tuvo lugar la misma abreviación; pero, en general, se manifestó de manera diferente: por desapariciones mucho más extendidas que en latín; consecuencia de ello ha sido el que las palabras oscas y umbras tomaran un aspecto diferente de las palabras latinas. Sea un antiguo imperativo **agetōd:* se convierte en *agitō* en latín, con cierre en *i* de la vocal interior *e,* pero en osco, *actud,* en umbro *aitu,* con caída de esta vocal; sea un antiguo **opesa-,* derivado de **opos* (lat. *opus*): se convierte en latín, por efecto del rotacismo, en *operā-* (en *opera, operārī*), con una *e* que es normal ante *r,* pero en **opsa-* en osco-umbro, de donde osc. *úpsannam* "operandam", umbr. *osatu* "facito".

Ha habido también abreviación de vocales breves en final de palabra. Estas abreviaciones se manifiestan en los dos grupos por desaparición, en parte más extendida en osco-umbro que en latín, pero del mismo tipo. Por ejemplo la e de **ne-k^{w}e* "y no" se conserva en latín delante de vocal, de ahí neque, pero cae delante de consonante, de ahí nec, y lo mismo en osco *nep* y en umbro *nep.* Un antiguo **agros* (en griego *agrós*) pierde su o, y esta pérdida entraña un desarrollo de *e* delante de *r* en el lat. *ager* (ac. *agrum*) y en el umbro *ager* (abl. *akru-tu* "ex agro"). Un antiguo **famelos* se convirtió en *famel* en osco y en pelicno, *famulus* y también *famul* en latín.

En el dativo-ablativo-instrumental- locativo plural, la final **-i-fos* (resultado de **-i-bhos)* pasó en osco a *-ifs* que se lee aún en un texto antiguo, después a *-iss, -is,* y en umbro a *-iss, -is,* mientras que el latín presenta *-ibus.*

Las vocales de las sílabas iniciales latinas escapan a estas alteraciones que han modificado profundamente el vocalismo de las sílabas interiores y finales.

La situación singular de la sílaba inicial permitió que subsistiera el carácter pura-

mente melódico del "accentus" latino que consistía solamente en una elevación de la voz sobre el elemento vocálico de la sílaba tónica (es decir la afectada por el *tonos*, siguiendo el término griego de "tensión", de una altura, por tanto, mayor que la de las sílabas vecinas); el carácter puramente cuantitativo del ritmo subsistía, pues, igualmente: el ritmo de la lengua venía dado por la sucesión de sílabas largas y breves; no había más altura rítmica que las sílabas largas. Pero el papel particular de la sílaba inicial fue suficiente para dar a las itálicas un aspecto que las diferencias de las palabras sánscritas y de las griegas, por ejemplo, en las que la sílaba inicial no tenía ningún valor especial.

Este aspecto particular se ha hecho más singular aún debido a otra tendencia. En el interior de la palabra itálica los grupos constituídos por una consonante seguida de ciertas sonantes han tenido tendencia a disociarse. Esta tendencia es particularmente sensible en osco: donde el latín presente *sacra*, *sacrātur*, el osco tiene σακορο (con la notación griega), *sakarater* (en el alfabeto osco); donde el latín tiene *albus*, el osco presenta el nombre propio *Alafaternum* "Alfaternorum", y el pelicno *Alafis*. Los demás dialectos no han ido tan lejos en este proceso como los dialectos oscos; pero ofrecen algunos hechos de esta índole.

Los grupos compuestos de consonante más *r* o de *l* más consonante permanecieron en latín; el latín nos ofrece *crībrum*, *arātrum*, como nos ofrece albus. Pero los antiguos sufijos **-tlo-*, *-dhlo-* están representados en latín por *-clo-*, *-culo-*, *-bulo-*, así *poculum*, frente a un sánscrito *pātram* "vaso para beber", o *trībulum* de **tri-dhlo-*.

El itálico heredó grupos en los que una *-y-* sigue a una consonante en interior de palabra; pero, allí donde estos grupos no han sido eliminados por algún accidente fonético, como el que ha hecho que de un antiguo **magyōsem* tengamos en lat. *maiiōrem* (notado *maiorem*), han sido disociados por el desarrollo de una *i* vocal entre la consonante y la *y*, de ahí que tengamos, frente a *maiior* disilábico, un tipo *senior*, *fortior*, *nouior*, etc., trisilábico. Este tratamiento de grupos en *-y-* en interior de palabra es propio del itálico común: frente a *mádhyaḥ* del sánscrito, el latín presenta *medius*, con *i* vocálica; el osco tiene asímismo *mefiaí* "mediae". Los grupos compuestos de consonante más *y*, numerosos en indo-europeo, desaparecieron y no renacieron hasta el fin de la época imperial.

Idéntica suerte alcanzó a los grupos de consonante más *w:* a semejanza de las antiguas labio-velares, que no eran grupos sino fonemas complejos, subsistieron: el latín conserva aún *qu* en *sequitur*, *linquit*, *gu* en *unguit*, *ninguit*, etc.; el antiguo *kw* de *equus* quedó asimilado al tipo k^w- de *sequitur*, etc.

Las vocales así desarrolladas debieron ser ultra-breves. En efecto, desde época clásica, *-clum* y *-culum* coexisten; los poetas son libres de utilizar *saeclum* al lado de *saeculum* por ejemplo, y, en el "latín vulgar", no es la forma *auricula* de los textos escritos la que ha prevalecido, sino *auricla* y *ōricla:* FESTUS señala *oriclas* como una forma vulgar.

El valor particular de la inicial no le había costado al latín más que unas pocas vocales breves interiores en casos como **aiwotā(t)s*, derivado de **aiwom (aeuum)*, que dio *aetās*. Por otra parte, el desarrollo de vocales breves ante sonantes dio lugar a la creación de muchas, de suerte que las palabras latinas son más largas que las correspondientes griegas: *saliunt* tiene dos breves frente a la larga inicial del griego *hállontai* "saltan", y lo mismo *ueniō* frente al gr. *baínō* "vengo".

En interior de palabra, el grupo **-tl-* se convirtió en **-kl-* en latín y en osco-umbro,

simple detalle con correspondencia en lituano, pero que no existe en las antiguas lenguas indo-europeas, con excepción del leto-lituano y del itálico, y que, por tanto, es significativo. El sufijo **-tlo-* en los nombres de instrumento presenta la forma **-klo-* en todo el itálico: lat. *piāculum* (de *piāclom*), umbr. *pihaclu* "piaculo", u osc. sakaraklúm "templum" (frente al lat. *sacrāre*).

En vez de presentarse en la forma *-n*, como en hitita, en eslavo, en báltico, en armenio, en griego, en germánico, en céltico, la nasal final se presenta bajo la forma de *-m* en latín y en osco-umbro. Sólo se encuentra un hecho parecido en indo-iranio.— El signo *-m* nota, por lo demás, una nasal muy débilmente articulada; pues, en Roma, la *-m* final falta muchas veces en los textos más antiguos, las lenguas romances no la han conservado (salvo en monosílabos como *rem* que pasó a *rien* en francés), y, en poesía, una vocal seguida de *-m* se elide lo mismo que en final absoluta. En umbro, la nasal final, escrita algunas veces, cae las más de ellas. En osco, por el contrario, *-m* figura generalmente; pero, en las inscripciones de Pompeya, incluso en las más antiguas, se lee el acusativo *vía* al lado de *víam*, siendo esto lo corriente.

La *-d* final se mantenía; pero era débil. En latín cayó después de vocal larga al final del siglo III a. de C. En umbro no se notó nunca, incluso después de vocal breve. En osco, dialecto más conservador, la *-d* final permanece; pero en Capua, en una inscripción popular, la maldición de Vibia, se encuentra, en palabras accesorias, *svai puh* (en vez de *pud*) "siue", frente a *suae. . . pod*, que aún se lee en la tabla de Bantia, y *suluh* "omnino" (en vez de *sulud*).

La grafía muestra que, en osco y en umbro como en latín, las consonantes finales de procedencia indo-europea eran débiles y estaban sujetas a caer. El paso de la silbante final a *-r* en umbro es también un signo de la debilidad de esta final. Pero, en los dos grupos, se originaron numerosas consonantes finales como consecuencia de la caída de vocales breves finales. Así el itálico no tenía *-t* final: solamente sobrevivió la forma sonora de la antigua dental final, en casos tales como a. lat. *lupōd*, *estōd* (reducidos a *lupō*, *estō*, desde el siglo III a. de C.), lat. clás. *aliud*, a. lat. *fēced* "fecit", etc. Pero la caída de vocales breves finales trajo consigo un empleo extenso de *-t* final, en las terceras personas como *coquit*, *coquunt*, en palabras invariables como *et* (de **eti*, frente al gr. *éti* "aún, además"), *aut*, en una conjunción como *ut* (de *uta;* el antiguo latín conserva aún *aliuta;* y *utique* reposa sobre **uta-que*). La estabilidad de *-s*, sin duda procedente de *-si*, en el tipo *coquis* contribuyó a reforzar, al menos provisionalmente, la *-s* final originaría en trance de desaparecer en nominativos como *lupus*. Formas como *nec* y *ac*, resultantes de *neque* y *atque*, hicieron que figurara en final una *-c* que no existía. Apareció asimismo *-ss* en *ess* de **essi* (homérico *essi* "eres"), *-cc* en *hocce* de **hot-ce*. El resultado es que, en las lenguas itálicas, la proporción de las palabras que terminan por una consonante es grande, mucho más que en la mayor parte de las antiguas lenguas indo-europeas.

Sin embargo, esta relativa abundancia de consonantes finales no es más que un accidente provocado por la caída de vocales breves finales: no es una característica del sistema fónico. Las antiguas finales, *-m*, *-s*, *-d* eran débiles, y las consonantes que se convirtieron en finales por una evolución parecen haberse convertido a su vez en débiles con el tiempo. Este debilitamiento se aprecia en los tratamientos romances.

La alteración de *d* del grupo inicial **dy-* no se acabó en itálico común: pero estaba

bastante avanzada ya para que únicamente el antiguo latín tenga rastros de *Diouis* mientras que el latín conserva sólo *Iouis*, para que el umbro tenga solamente Iuve, *Ioui*, para que el osco, en fin, que todavía en las inscripciones más antiguas conserva *Diúveí*, haya pasado pronto a *Iuveí*.

En los casos, incluso, en que el desarrollo no se había terminado aún durante el período de vida común, el itálico dejaba al latín y al osco-umbro la predisposición a las mismas innovaciones.

La morfología aporta pruebas más palpables aún de la unidad itálica.

En los nombres, la forma casual más característica es aquella en la que se ha confundido en el singular dos y en el plural cuatro casos antiguos, y que por lo tanto ha sido causa de arreglos nuevos, es la llamada ablativo.

En el singular, la forma del ablativo sirve a la vez de ablativo y de instrumental. En los temas en *-o-*, la forma es la del ablativo indo-europeo conservada tal como era: antiguo latín *-ōd*, osc. *-úd*, *-ud*, umbr. *-u*, *-u* (el umbro desconoce *-d* final). Por analogía el tipo se extendió a los temas en *-ā-:* antiguo latín *-ād*, osc. *-ad*, *-ad*, umbr. *-a*, *-a*, y a los temas en *-i-:* antiguo latín *id*, osc. *id.*– En los temas consonánticos, el osco no nos enseña nada al respecto porque generalizó el tipo en *-ōd* de los temas en *-o-: tanginúd* "sententia"; pero el latín y el umbro coinciden en ofrecer una *-e* final (que puede representar una antigua *-e* o una antigua *-i*): lat. *nōmine*, umbr. nomne (mismo sentido)- lat. *nātiōne*, umbr. *natine* "natione".

En el plural, una misma forma sirve para el ablativo y el instrumental, y además para el dativo y el locativo. En los temas en *-o-*, quedó la forma antigua del instrumental y tenemos: antiguo latín *-eis* (que representa **-ois*), de donde lat. clas. *-īs*, osc. *-úís*, *-ois* (que conserva claramente el antiguo diptongo), umbr. -es, *-ir* (con simplificación del diptongo y rotacismo de la final). El procedimiento se extendió a los temas en *-a-*, de donde tenemos en antiguo latín *-eis* (de **-ais* convertido en *ais*), osc. *-aís*, umbr. *-es*, *-er*. En los temas en *-i-*, en *-u-* y consonánticos, la característica es del tipo en *-bh-*, lo que constituye un uso italo-celta; pero, a causa de la dificultad que hay en emplear después de consonante una desinencia que comienza por consonante, se introdujo una vocal en el tipo consonántico; así tenemos en el tipo en *-i-:* lat. *-i-bus*, antiguo osc. *-i-fs*, de donde *-iss*, *-is*, umbr. *-es*, *-is;* en el tipo consonántico: lat. *-i-bus*, osc. *-is*, en consonancia con los temas en *-i-*, pero umbr. *-us*, según los temas en *-u-*, cf. lat. *-ubus*.

El genitivo plural, que era antiguamente en *-om* con o breve, en celta (según el testimonio del umbro, donde las tablas en caracteres latinos ofrecen *-om* con *o* que representa *o*, y no *u* que representa *ō*), tenía, en los temas en *-ā-*, una forma demasiado breve y demasiado diferente del resto de la flexión para subsistir. En efecto, como consecuencia del juego de alternancias vocálicas indo-europeas, la final de este genitivo era en *-ŏm*, *-ōn*, sin rastros de *-a-*. La forma era demasiado oscura para no ser presa fácil de la analogía. El lituano, con su *-ų* que representa *-ōn*, el eslavo con su *-ŭ* que representa *-ŏn*, la conservaron; pero ha sufrido alteraciones en todas las demás partes. En itálico hubo una extensión del tipo en *-āson* del demostrativo; y tenemos en osc. *-azum*, umbr. *-arum*, lat. *-ārum*. Aunque con un paralelo exacto en griego, esta innovación es de notar.

El dativo singular de los temas consonánticos (tipos de *iūdex* en latín, de *meddíss*

"magistrado" en osco) y de los temas en *-i-* (tipos de *ouis* en latín, y también de *pars* [el gen. plur. *partium* indica que *pars* procede de **partis*]; tipo de *aídil* "aedilis" en osco), tiene la misma forma: antiguo latín *-ei*, de donde lat. clas. *-ī*, osc. ei, umbr. *-e*. Esta identidad tuvo como consecuencia la identificación de la forma del genitivo singular en las dos series; pero la acción se realizó en dos sentidos diferentes: el latín generalizó el tipo de los temas consonánticos: *pedis*, *rēgis*, *iūdicis*, y tiene, en los temas en *-ī-*, gen. sg. *ouis*, *partis*, etc.; el osco-umbro, al contrario, generalizó la forma de los temas en *-í-*, y tiene: *-eis* siempre, así osc. *medíkeís* "del magistrado" como *aeteis* "de la parte" (gen. plur. *aíttíúm*). Se trata aquí todavía de evoluciones semejantes más bien que de herencia de una misma lengua común.

El paralelismo de las formas de los adverbios es completo. Hay tres tipos: en **-ēd*, en **-ōd*, en **-ād:*

	a. lat	osc.	umbr.
**-ēd*	*rēctēd*	*am-prufid* "improbe"	*prufe* "probe"
**-ōd*	*meritōd*	*suluh* "omnino"	*heritu* "consulto"
**-ād*	*exstrād*	*ehtrad* "-extra"	*subra* "supra"

La concordancia llega hasta el más leve detalle: encontramos en osc. *contrud* frente al lat. *contrā(d);* pero el latín no ha ignorado **contrō(d);* pues tiene la palabra *contrōuersia* que esclarece la forma del osco.

La concordancia hasta el detalle es más sorprendente aún en el caso del interrogativo-indefinido. En itálico, como ocurrió a menudo en la evolución de las lenguas indo-europeas, fue el interrogativo-indefinido el que ocupó el lugar del antiguo relativo. Por otra parte, el indo-europeo tenía dos temas distintos, uno en *-o-* (con *-ā-* en el femenino), otro en *-i-* (sin distinción de masculino y de femenino), o sea **k^wo- (*k^wo-)* y *k^wi-;* el itálico, heredero de los dos, repartió sus formas de tal manera que **k^wi-* quedó como interrogativo-indefinido, y **k^wo- (*k^wā-)* se convirtió en relativo. Semejante repartición no se observa en ningún otro lugar; tenemos aquí, pues, uno de los ragos más característicos del tipo itálico.

El detalle de las formas es el siguiente. El antiguo **$k^w$is*, masculino-femenino, quedó en calidad de interrogativo y de indefinido en *quis* del latín (aún masculino-femenino en antiguo latín; más tarde reservado al masculino), *pis* del osco y del umbro. Al contrario, la forma **quo-* del nominativo sin *-s* final, forma antigua, pero no atestiguada fuera del itálico, ha suministrado el relativo, con adición de una partícula *-i*, de donde: antiguo latín *quoi* atestiguado indirectamente por diversas formas (convertido pronto en *qui*), osco-umbro *poi* (osc. *pui*, umbr. *poi*). El nominativo femenino del relativo se ha obtenido de la misma manera: lat. *quae*, osc. *paí* umbr. *pae*, paei. El acusativo masculino-femenino del interrogativo-indefinido es lat. *quem* (aún masculino-femenino en antiguo latín; después reservado al masculino) de **quim*, frente al osc. *phim;* el acusativo femenino del relativo es lat. *quam*, osc. *paam*, *pam*. El nominativo-acusativo neutro del interrogativo-indefinido es lat. *quid*, osc. *píd*, umbr. *pir-e;* del relativo, lat. *quod*, osc. *púd*.

La manera de utilizar las formas es la misma: donde el latín tiene *quisquis*, el osco tiene *pispis*. FESTUS atestigua la existencia de *pitpit* en osco con el sentido de *quidquid*.

De la misma manera que el latín presenta *quicumque* el umbro ofrece *pisipumpe*. Igualmente para *quilibet* del latín, existe en umbro *pisher* (*her-* es el verbo que en osco-umbro significa "desear, querer").

Los adverbios interrogativos-indefinidos –que también fueron empleados como relativos– son los mismos. Bien es verdad que el gótico *hwan* "cuando", antiguo prusiano *kan* "si", eslavo *kŭ-*, *ko-* "cuando", atestigua la antigüedad del lat. *cum (quom)*, osc. *pon*, *pún*, umbr. *ponne*, *pune* (de **pon-de*); bien es verdad también que el arm. *k'an* "que", atestigua la antigüedad del lat. *quam*, osc. *pan*, umbr. *pane* (de **pan-de*). Pero las lenguas itálicas coinciden en presentar los dos adverbios juntos y con el mismo empleo: la adición de la enclítica *-de*, necesaria para explicar las formas del osco y del umbro, encuentra paralelo exacto en lat. *quan-de*. Y la forma simple *pam* se encuentra en umbr. *prepa* "priusquam", osc. *pruter pan* "priusquam". De *quam* el latín tiene el derivado *quantus*, y de **pam* (en *pane*) el umbro el derivado *panta* "quanta", del mismo modo que el latín tiene *tantus* frente a *tam* y el osco *etanto* "tanta".

Para explicar el lat. *ubī* en relación con *kúha* (antiguo **kudha*) del sánscrito, *kudā* del Avesta, *kŭde* del eslavo, con el mismo sentido, es obligado suponer que la forma fonéticamente esperada **cubī* (*qu-* se reducía a *c-* ante *u*), forma atestiguada, en efecto, en *ali-cubī*, *ne-cubī*, *nesciō-cubī*, fue sustituída por **quubei*, que se redujo a *ubei*, de donde *ubī*, Ahora bien, el osco y el umbro presentan la misma innovación analógica: osc. *puf*, umbr. *pufe* "ubi".

A un adverbio de modo en *-ta*, del tipo de *i-ta* que es antiguo (el sánscrito tiene *íti* "así" que responde al adverbio latino elemento por elemento), debería oponerse un interrogativo-indefinido como **k*^{w}*ota*. Pero, sobre el modelo del tipo *ibī* (osc. *íp*, umbr. *ife* "ibi"): *ubi*, el adverbio de modo recibió la *u* del adverbio que significa "donde", y todo el itálico tiene –con la misma innovación analógica de **k*^{w} que en *ubī*, etc.– una forma lat. *ut* (antiguo *uta*, conservado en *ali-uta*, *uti-que*), osc. *puz* (de **k*^{w}*uts*), umbr. *puz-e*, *pus-e*. El tipo **k*^{w}*uts* se encuentra en latín en *us-quam*, *us-que*, etc.

El correspondiente exacto del lat. *quandòque* se encuentra en el sinónimo umbr. *panupei*.

Estas concordancias tienen tanta mayor fuerza probatoria cuanto que se dejan reconocer a través de los pocos datos que poseemos sobre el osco y el umbro.

Las formas de los demostrativos reposan también sobre un mismo tipo original en latín y en osco-umbro. Pero la distribución definitiva de las formas no se llevó a cabo hasta que tuvo luvar el desarrollo propio de las diversas lenguas, incluso el osco y el umbro no concuerdan exactamente entre ellos. El latín, en particular, diverge notablemente. No es posible, pues, mostrar la unidad del punto de partida sin explicaciones complicadas, en las que no podemos entrar aquí. Se puede, no obstante, poner de manifiesto dos rasgos esenciales.

El latín y el osco-umbro son las únicas lenguas en las que una partícula enclítica **ke* sirve para reforzar los demostrativos: tipo lat. *hi-c* de *(hi-ce; hi-ci-ne)*, *isti-c* (al lado de *iste*, más usado), *illi-c* (al lado de *ille*, más usado).

En lo que concierne a los demostrativos, el latín presenta una particularidad digna de notar: posee, por una parte, un anafórico *is* que sirve para remitir a una noción conocida, y, por otra parte, tres demostrativos que hacen referencia a tres personas: *hic* para

la primera, *iste* para la segunda, *ille* para la tercera. Ahora bien el osco-umbro tiene el mismo sistema. Al anafórico *is, ea, id,* corresponden en osc. *iz-ic, íú-k, íd-ik,* umbr. *erek* (masculino), *erek* (de **edek,* neutro). En cuanto a los demostrativos personales, presentan formas diferentes de las latinas, pero cercanas; por ejemplo, el demostrativo con el mismo sentido de *hic* está hecho, como *hic,* con los mismos elementos radicales que el anafórico *is*; sólo se diferencian en la partícula que les precede (el osco y el umbro ofrecen discordancias entre ellos mismos). En umbro tenemos *estu* "istum" y *uru* "illo", etc., con valores claros en algunos casos.

A primera vista, las formas verbales ofrecen grandes divergencias. Pero, aquí como para los demostrativos, los dos sistemas son los mismos en conjunto, y las diferencias conciernen a detalles de forma más que a la estructura general.

Lo que caracteriza al verbo latino, entre todas las lenguas indo-europeas, es el tener dos temas, uno de *infectum,* y otro de *perfectum,* cada uno con un presente, un pretérito y un futuro, como se ha visto anteriormente. Esta estructura particular lo es tanto del verbo latino como del verbo osco-umbro, solamente que las formas del *perfectum* osco-umbro se obtienen por procedimientos muy diferentes de los empleados en latín.

Por desgracia, disponemos de muy pocas formas para establecer el paradigma completo de un verbo osco-umbro: de todo el pretérito de indicativo, del *infectum* por ejemplo, hay en total sólo una forma; y sin duda por azar no hay atestiguada ninguna forma del pretérito del *perfectum* en indicativo. Pero, en la medida en que se dispone de formas, el paralelismo de los tipos es evidente.

Por ejemplo, el futuro está atestiguado en el *infectum* y en el *perfectum,* y pertenece al sistema de cada uno de los dos temas. Así, en osco, el futuro del *infectum* del verbo "dar" es *didest* "él dará" (del presente con reduplicación correspondiente al tipo griego *dídomi* "yo doy") mientras que el *perfectum* indicativo es *deded* "él ha dado". En umbro, el futuro correspondiente a *heri* "él quiere" es *heriest, heries* "él querrá". En osco, el futuro que corresponde a *sakruvit* "sacrat" es *sakrvist* "sacrabit".— Los ejemplos del futuro del *perfectum* son bastante numerosos y claros, así osc. *fefacust* "fecerit" (futuro) frente a *fefacid* "fecerit" (subjuntivo); el latín de Preneste ofrece el perfecto correspondiente *fhefhaked.* El umbro presenta *fakust* "fecerit" (futuro) frente a *façia* "faciat".

Una forma característica del latín es la del pretérito de subjuntivo en el *perfectum* y en el *infectum.* El osco-umbro lo posee, como el latín, al menos en el *infectum.* Por ejemplo, donde el latín dice *operārentur,* el pelignio tiene *upsaseter* (con valor pasivo); donde el latín dice *panderent,* el osco tiene *patensíns.*

El caso más instructivo es el del verbo "ser". El *infectum* latino es todo él de la raíz **es-.* Su indicativo presente es el antiguo presente exactamente mantenido: osc. *íst,* umbr. *est,* como lat. *est;* osc. *sent,* como lat. *sunt* (el indo-europeo admitía los dos vocalismos, el de **senti,* conservado en osco-umbro, como en germánico y en griego, y el de **senti,* conservado en latín, como en eslavo). El "subjuntivo" presente es el antiguo optativo: umbr. *si* como lat. *sit,* umbr. *sins* como lat. *sint.* En la primera persona del presente, que en sánscrito es *ásmi,* en eslavo *jesmĭ,* etc., el latín tiene *sum* y el osco *súm,* particularidad netamente itálica y de gran valor probatorio puesto que ninguna otra lengua ha conservado nada parecido.

En el pretérito y en el futuro, el latín y el osco-umbro difieren. Pero el latín guar-

da restos de formas de las que ha partido el sistema osco-umbro. No conocemos nada en osco ni en umbro que responda a lat. *eram, essem, erō*. Pero, siguiendo el antiguo uso italo-celta, había en estos dialectos un subjuntivo que tenía un tema propio, según vimos anteriormente. Ahora bien, el antiguo latín que ofrece aún formas de *fuam* en el subjuntivo presente presenta en el pretérito de subjuntivo *forem*, que ha seguido usándose; no es, pues, de extrañar que encontremos en osco *fusíd* que responde al lat. *foret*. Y vemos cómo se han formado el imperfecto (pretérito del *infectum*) *fufans* "erant", y el futuro osco *fust*, umbr. *fust* "erit". El imperfecto *fufans* muestra en osco un pretérito del *infectum* formado según el procedimiento de *legēbam, amābam*, etc.

Como en latín, las formas del *perfectum* están sacadas de la raíz que sirve para el lat. *fui*.

Hay una forma del imperativo que muestra a la vez el paralelismo y la independencia del osco-umbro y del latín. El latín tiene en los deponentes un tipo de imperativo *fruiminō* hecho sobre las segundas personas del plural tales como *fruimini* cuya correspondencia no se encuentra fuera del latín. Se trata aquí de una forma que es sin duda un arreglo del antiguo participio medio en **-meno, *-mno-*, del que, por otra parte, el latín no tiene nada más que rastros: *fēmina* "que amamanta, nodriza", *alumnus* "criatura". El osco-umbro ofrece un imperativo parecido y que, en consecuencia, supone un empleo parecido del participio casualmente no atestiguado; pero la forma del participio no es en este caso **-meno-, *-mno-*, sino **-mo-* cuya correspondencia se halla en báltico y en eslavo. Tenemos, pues, en el singular umbr. *persnimu* "precator" y en el plural umbr. *kateramu, caterahamo* "congregamini".

El adjetivo en *-ndus*, que no se encuentra fuera del itálico, pero que tiene visos de ser antiguo, existe en osco-umbro como en latín; osc. *úpsannam* responde a *operandam*, umbr. *pihaner* a *piandī*, etc.

Las conjugaciones de *amō, amāre*, de *habeō, habēre*, de *sistō, sistere* de *faciō, facere* encuentran en osco-umbro su correspondencia, y no existe ninguna otra.

Las líneas generales de la conjugación y algunos de los rasgos más singulares de la flexión verbal se fijaron, pues, durante el periodo itálico común.

La manera de empleo de las formas gramaticales es sensiblemente la misma en latín y en osco-umbro. Se acostumbra a traducir los textos oscos y umbros al latín: la confrontación únicamente de los textos y de las traducciones pone de relieve el paralelismo de las sintaxis.

Por ejemplo, el "estilo indirecto" es uno de los rasgos originales del latín. Pues bien, todo el tipo de Abella está en estilo indirecto. Se observa en él una "concordancia de los tiempos" semejante a la del latín. He aquí una frase característica donde todo depende de *ekss kúmbened* "ita conuenit": avt thesavrúm púd eseí tereí íst, pún patensíns, múinikad ta [n] ginúd patensíns "at thesaurum qui in eo territorio est, cum aperirent, communi sententia aperirent"; la forma osc. *patensíns* es un imperfecto de subjuntivo como lat. *aperirent*.

En este mismo texto, donde todo se parece a las construcciones latinas, la prohibición se expresa por el subjuntivo del *perfectum*, así: eíseí tereí nep Aballanús nep Núvlanús pídum tríbarakattíns "in eo territorio neque Abellani neque Nolani quidquam aedificauerint".

Bastaría el vocabulario, por sí solo, para establecer la unidad itálica, y, por otra parte, la autonomía de las dos conformaciones posteriores a la unidad itálica, el latín y el osco-umbro.

La identidad de las preposiciones es casi completa. Son particularmente notables las que no se encuentran fuera del itálico. Pero hay que notar también aquellas que, al encontrarse en celta y en germánico, indican de qué lado se encuentran los parentescos antiguos del latín.

Con el acusativo el latín emplea *ad* que se encuentra en osc. *ad-púd* "quoad" (y de ordinario con adición de *-s*, como ocurre muchas veces en las preposiciones: *az*), umbr. *-ar̄*, *-a*, y lo mismo céltico *ad-*, gótico *at*. La posposición es habitual en umbro: *asam-a* "ad aram"; el latín no la ha ignorado, como se ve por *quoad*. Osc. *adfust* equivale a lat. *aderit*, umbr. *ar̄veitu* a lat. *aduehitō*. Ni el báltico y eslavo, ni el armenio, ni el indoiranio, ni el griego tienen nada parecido.

El latín y el osco-umbro coinciden en emplear a la vez una forma **praí:* lat. *prae*, osc. *prai*, umbr. *pre* y una forma **prō:* lat. *prō* y *prō* en *profiteor*, etc., osc. *pru*, umbr. *-per* (pospuesta), *pru-* como preverbio. Estado de cosas único. Frente a *úpa* "cerca" y *upári* "sobre" del sánscrito, *uf* "bajo, debajo" y *ufar* "sobre" del gótico, el latín tiene *sub* y *super*, el osco *sup* (en caracteres griegos), el umbro *su sub-* (preverbio) y *super*, con una *s-* inicial tanto más notable cuanto que de ella no se halla testimonio ninguno fuera del grupo itálico.

El hecho más significativo es la adaptación del antiguo **pos* "después" en **posti*, según la palabra de sentido opuesto **anti* "delante": lat. *post*, osc. *púst*, umbr. *post*. La construcción de este *post* con el ablativo del que hay rastro en *postea*, ha sido además conformado a la de *ante* que acompaña al acusativo; en osco-umbro al contrario, donde es el antiguo **prai* el que sirve para significado "delante" (mientras que lat. *prae* sirve sobre todo para significar: "en comparación de, a causa de"), *post* continuó construyéndose con ablativo.

Los adverbios con la forma umbr. *postne* = lat. *pōne* y umbr. *superne* = lat. *superne* son comunes al latín y al umbro. Si no están atestiguadas en osco, es una casualidad.

Dos partículas de coordinación son propias del itálico:

Lat. *enim* "pues, en efecto", umbr. *enem* "entonces, luego", osc. *inim* "y". El sentido del umbro es el más antiguo; el sentido latino usual y el sentido osco son derivados. La forma sin *e* inicial *nem-pe* del latín tiene un sentido muy próximo al de la partícula umbra.— En latín y en umbro fue el antiguo **eti* "además, aún", convertido en *et*, el que tomó el sentido de "y", y es éste todavía un desarrollo cuyo punto de partida está quizás en el itálico común.

Lat. *aut*, osc. *avt*, umbr. ute, *ote* "o". El sentido original es el de una oposición y se conserva en osco donde αυτι, avt, *aut* conserva parcialmente el sentido del lat. *at;* el latín tiene por lo demás *aut-em*. La forma *auti* tiene también en osco el sentido de "o". Este **au-ti* es un yuxtapuesto de una partícula **au*, que se encuentra en griego, y de otra partícula *ti*.

Hay dos formas antiguas que significan "otro por relación a otros solamente", y, por consiguiente, "segundo": **antro-*, así en *ántras* del lituano, **etro-*, **etero-*, así en *etru* "altero" del umbro, o **itero- (*iteru-)*. El latín ha conservado sin duda **etero-* en *cēterī*, e

**itero-* en el adverbio *iterum;* pero, en latín, estas no son más que fórmulas fijadas en empleos particulares; el sentido general de "otro (de dos)" se expresa por una nueva formación paralela a la del antiguo latín *alius*, a saber *alter;* ahora bien, esta formación no se encuentra más que en osco: *alttram* "alteram".

El sufijo **-tero-*, *-tro-*, marcando oposición entre dos nociones, no se ha desarrollado en latín. No subsiste nada más que en formaciones aisladas, tales como *alter* y *uter*, *noster* y *uester*, *exterī*, etc. Las formaciones sacadas de adverbios y de preposiciones no subsistieron generalmente sino es recibiendo además el sufijo del antiguo "comparativo" radical, así: *ulterior*, *citerior*, *exterior*, *interior*, etc. Ahora bien, el osco presenta un ejemplo parecido: *pústiris* que responde a *posterius*.

Sólo se han señalado aquí unos pocos ejemplos, los que han parecido de más interés. Sería necesario citar casi todas las preposiciones y conjunciones si se quisiera mostrar cuán grande es la concordancia entre las formas originales del latín y del osco-umbro. En los casos en que no hay concordancia en todos los detalles, los procedimientos, al menos, son semejantes. Así umbr. *ar-ni-po* "donec" está hecho con *ar*, que es una forma de *ad*, del mismo modo exacto que lat. *dō-ni-cum* se hace con *dō;* y si el latín tiene *dōnec* al lado de *donicum*, es que *que* y *quum* sirven para marcar el indefinido: piénsese sino en lat. *qui-cum-que* y en su equivalente umbro *pisipum-pe* (umbro *p* que era aquí el correspondiente regular de lat. *qu*).

Numerosas palabras o formas de palabras ofrecen particularidades en itálico.

La raíz **dhē-* "poner" daba al italo-celta un presente de valor "determinado" que indicaba una acción que llega a su término. Este presente se ha mantenido en las formas provistas de preverbios, como *con-dō*, *e-dō*, *per-dō*, *pro-dō*, etc., y en *credō*. Pero no era adecuado para indicar una acción que se prolonga sin término definido. Para esto se formó un presente **fak-yō*, **fak-i-ti*, con un alargamiento *-k-* que se encuentra en griego (en el aoristo *étheka* "yo he puesto") y en frigio. Este presente es corriente en latín: *faciō*, y es antiguo, porque de él se han sacado los compuestos del tipo *arti-fex*, *carni-fex*, etc., *artificium*, *carnificium*, etc., y un adjetivo *factus*. Pues bien, tiene del mismo modo *fakiiad* "facita", *factud* "facito", y el umbro *façia* "faciat", *feitu* "facito".— Todo esto es nuevo: la lengua religiosa conservó un antiguo nombre en el que figura, como segundo término del compuesto, la forma **dhō-* que responde a **dha-* del sánscrito, por ejemplo *nāma-dhā-* "el que impone un nombre": *sacer-dōs* significa "el que hace una obra religiosa". En latín la palabra no es inteligible y esta formación fue reemplazada en las palabras nuevas por el tipo de *arti-fex;* e, incluso, frente a *sacer-dōs*, el latín tiene *sacri-ficium*, palabra del tipo de *artificium*.

Lat. *dīcere* (antiguo **deicere*) tiene una correspondencia exacta en el gótico *-teihan* "mostrar". Pero la raíz, que es la del griego *deíknumi*, significa siempre "mostrar", sentido conservado en *in-dex*, *in-dicare*, etc. El itálico es el único grupo en el que tomó el sentido de "decir": del verbo que significa "decir" encontramos en osco *deikum* "dicere", en umbro *deitu* "dicito", etc.

La raíz **weik-* tiene el sentido de combatir en celta y en germánico. Pero la forma con nasal infija y el sentido de "vencer" son particularidades que oponen el presente latino *uincō* a las formas célticas, germánicas y bálticas; pues bien, en osco hallamos *-uncter* "conuincitur".

El presente *potior* "yo me posesiono de", derivado de *potis* con el sentido antiguo de "dueño", tiene su correspondencia en indo-iranio. Pero el sentido de "tener posibilidad" que se encuentra en el verbo derivado **potē-* y en la combinación *potis sum (possum)* es propio del itálico: el latín conserva el participio *potens* de un presente que se encuentra en osc. *pútíad* "possit".

El tipo de formación con sufijo *-de/o-* del presente es corriente en latín; de la raíz *ten-* "tender", el latín *ten-dō* frente a *teneō*, etc., el umbro presenta así mismo antentu, *andendu* que responde al lat. *intenditō*, y ustentu, *ostendu* que responde a *ostenditō* (el latín y el umbro presentan aquí la misma forma **obs-* del preverbio lat. *ob*).

El nombre latino de la "*mano*", tiene un correspondiente remoto en germánico (antiguo islandés *mund* "mano"). Pero el correspondiente exacto se encuentra en osco-umbro, bajo la forma de un tema *man-*, que existe en latín en los compuestos: *man-ceps*, *mal-luuium*, *man-sūēs*, etc. Encontramos en osc. *manim* "manum" y umbr. *manf* "manus"; el tipo en *-u-* al que pasó el latín aparece solamente en el locativo en umbr. *manuv-e* "in manu".— La formación de lat. *mandāre* encuentra correspondencia en osco en *manafum* "mandaui" y *aamanaffed* "mandauit".

El lat. *cēna*, cuya forma antigua, según sabemos por FESTUS, era *cesna*, responde a *kersnu* del osco, *śesna* del umbro. Encontramos también en umbro el verbo derivado, *çersnatur* "cenati".

Lat. *mensa* responde al umbro *mefa* "mensam, libum".

La existencia en itálico del adjetivo latino *probus* está establecida por el adverbio umbr. *prufe* "probe" y osc. *amprufid* "improbe", y además por el derivado que responde al lat. *probāre:* osc. *prufatted* "probauit".

Las concordancias que ofrece el vocabulario religioso son particularmente claras.

Lat. *āra* no se encuentra más que en osco: *aasai* "in ara", *aasas* "arae". El umbro asa- ofrece dificultades, porque la *s* entre vocales debería pasar en este dialecto a *r*. Quizá tengamos aquí la misma geminación expresiva que se conserva en lat. *assus* "asado" y en umbr. *aso* "arsum".

Son los nombres osc. *fíísnú* "fanum" (ac. sg. fíísnam) y umbr. *fesnaf-e* (ac. plur.) "in fanum" los que nos revelan el origen de lat. *fānum*. La forma latina reposa sobre **fasnom* donde la *a* está en alternancia vocálica indo-europea con la *e* de las formas osco-umbras. La palabra está, pues, emparentada con lat. *fēstus*, con a. lat. *fēsiae*, lat. clas. *fēriae*. Se trata de un antiguo término religioso.

Frente al lat. *sacer*, *sācri-* (en *sācrēs porcī*, Plauto, *Rud.* 1208), *sacrāre y sancīre (sanctus)*, el osco presenta *sakoro* "sacra", *sakarater* "sacratur", *sakahíter* "sanciatur", *saahtúm* "sanctum", *sakrím* "hostiam" y el umbro presenta *sakra* "sacram", *sakre* "sacrum", *Sahatam* "Sanctam". Bajo estas formas particulares, el grupo queda aislado.

El adjetivo *pius* se encuentra en osc. *Piíhúí* "Pio" y en los derivados umbr. *pihatu* "piato", *pihaclu* "piaculo", etc.

En umbro la palabra para designar el derecho es mers, *mers*, muy diferente del lat. *ius*. Pero el adjetivo *mersto* "iustum" está formado como *iūstus*. Y el tema **medes-* de la palabra umbra está supuesto en el lat. *modes-tus*, que debe su *o* a *modus*. El compuesto osco *meddís*, gen. sg. *medíkeís* está hecho exactamente como el lat. *iūdex*, *iūdicis*.

Estos ejemplos han sido escogidos entre los más interesantes. Sería fácil alargar su lista.

Todo concuerda, pues, para establecer la unidad "itálica": hubo, durante un tiempo, una nación cuya historia no nos es conocida, pero que podemos llamar la nación "itálica" y cuyo lenguaje ha dado lugar, de una parte, al latín y, de otra, al osco-umbro.

El término "itálico" no tiene aquí más valor que el lingüístico; expresa el hecho de que los dialectos por los cuales el grupo es conocido en fecha histórica se encuentran solamente en Italia. No se podrá concluir de aquí que el período de unidad "itálica" se haya desarrollado sobre el suelo de Italia. Los grupos que han difundido los dialectos osco-umbros y latinos pudieron separarse antes de entrar en suelo italiano, y nada impide admitir que el período de la unidad itálica discurrió enteramente en alguna parte al Norte de los Alpes. Si los arqueólogos tienen razones para creer que la invasión de Italia por el grupo osco-umbro y por el grupo latino tuvo lugar en dos movimientos distintos, los hechos lingüísticos no lo contradicen, en la medida en que tampoco permiten, por otra parte, localizar la unidad llamada "itálica".

La hipótesis de WALDE que creía en un parentesco particular del osco-umbro con la rama británica del celta y del latín con la rama irlandesa queda así inmediatamente descartada. Por lo demás los argumentos sobre los cuales se apoya esta hipótesis no son admisibles. Se observa, es verdad, un tratamiento labial, *p* y *b*, de las labio-velares $*k^w$ y $*g^w$ en osco-umbro y en británico, a diferencia de lo que ha ocurrido en itálico y en gaélico; pero este tratamiento se produce fácilmente: se observa en lenguas diversas, en épocas diversas, y la concordancia, que seduce a primera vista, carece de todo valor probatorio.

La lengua de esta nación llamada "itálica" estaba en un grado de evolución mucho más avanzado que el italo-celta. Los inicios de las principales innovaciones latinas se observaban ya según se ha visto. Pero era aún de tipo arcaico.

Del itálico común al latín, el cambio fue grande y sin duda rápido, debido a que la constitución del tipo latino resultó de la instalación de un grupo de dialectos "itálicos" sobre un dominio nuevo; hubo rápidamente cambio lingüístico porque las condiciones en que la lengua se desarrollaba sufrieron grandes cambios.

CAPITULO V

LOS DIALECTOS LATINOS

Cualquiera que sean las realidades ocultas detrás de la unidad italo-celta y la unidad itálica cuya existencia acaba de ser establecida, una y otra no son más que expresiones lingüísticas, según acabamos de ver. La historia propiamente dicha no aporta a este respecto ningún dato por insignificante que sea.

Está fuera de duda que para explicar las concordancias entre el latín y el osco-umbro hay que suponer un tiempo en que los sujetos que han transmitido estos dos grupos tuvieron, como esencial, un mismo idioma y, por consiguiente, formaron una misma nación. Pero nada se sabe ni de los acontecimientos reales que determinaron esta unidad ni de la región donde se desarrolló, ni del tiempo que duró, ni del momento en que se rompió.

Algo un poco distinto ocurre con los dialectos latinos. En el momento en que comenzamos a observarlos, aparecen en una región pequeña y bien delimitada de Italia y no debían diferenciarse unos de otros después de mucho tiempo. Con estos dialectos salimos, pues, de la prehistoria para entrar casi en la historia.

La situación geográfica de los dialectos latinos entre las lenguas habladas en Italia tal como se puede ver en la época histórica, hacia el siglo VII a. de C., es singular.

Los dialectos latinos de los que sólo conocemos bien y completamente el de Roma, ocupan el curso inferior del Tíber y las regiones vecinas hasta los Apeninos y los montes Albanos: Preneste está casi en el extremo oriental de este territorio. Se encuentran, pues, encerrados entre el etrusco al norte y los dialectos osco-umbros al nordeste, al este y al sur. Esta posición puede explicarse de la manera siguiente: los territorios en que se hablaba el latín serían restos de una antigua invasión de colonos de lengua "itálica" reducidos a poca cosa por el avance etrusco y por una gran oleada osco-umbra. Los grupos de dialectos osco-umbros debieron llegar más tarde. Estos dialectos habrían cubierto quizás completamente al grupo latino si los etruscos, cerrándoles la ruta del Tíber, no hubieran obligado a la oleada osco-umbra a extenderse por la región montañosa y a buscar la llanura en Campania. Gracias a la cobertura etrusca, el grupo "latino" pudo conservar una autonomía en el Latium.

Bien es verdad, que, por ello mismo, la influencia etrusca se hizo sentir sobre el grupo latino. El etrusco debió hacer mella en el latín en una cierta medida. Se entrevé aún este avance del etrusco en la supervivencia de un grupo latino aislado en el sur del territorio etrusco: el dialecto de los falerios, el falisco, es un dialecto latino rodeado de dialectos etruscos. Pero un territorio, que ha pasado una vez al indo-europeo, no vuelve a pasar fá-

cilmente a otro tipo de lengua; el poder de reacción de las lenguas indo-europeas se manifestó aquí como en otras partes: el etrusco no pudo adueñarse del latín, o al menos de todo el latín, y los dialectos del grupo "latino" del "itálico" se mantuvieron en la llanura latina.

Desde el siglo VII al III a. de C. la situación lingüística de Italia fue de una extraña complejidad. En ninguna parte se puede reconocer, salvo en los nombres propios de lugares cuya interpretación se basa sólo en suposiciones aventuradas, la lengua de las poblaciones que, antes de las diversas invasiones, debieron poblar Italia. Pero se descubre en ella invasores de toda suerte, y, en su mayoría, sin duda, poco antiguos.

La vertiente adriática se mantiene aparte: hay allí vestigios, raros y más obscuros aún que raros, de dos lenguas indo-europeas que denotan dos oleadas de invasores: al sur el mesapio que forma parte del grupo yápigo; al norte, en la región conocida aún con el nombre de Venecia, los vénetos. Ni una ni otra de estas dos lenguas tienen nada que ver con el grupo llamado "itálico" del latín y del osco-umbro.

En las costas meridionales y occidentales del extremo sur de la península, los griegos fundaron numerosas colonias que fueron durante un tiempo ricas y prósperas. Hay asimismo en Sicilia, en las costas meridionales y orientales, una serie parecida de colonias: Siracusa fue una de las ciudades más ricas y más activas del mundo helénico, una de las que ha tenido más influencia en la civilización griega. El griego fue, en efecto, desde el siglo VII al III a. de C., la lengua de civilización de la Italia meridional. Pero los griegos no penetraron más aquí que en otras partes en el interior de las tierras. Hubo una zona costera, en que el nivel de civilización griega era elevado; pero no hubo nunca en el interior un territorio griego notable.

Al Norte, los galos, cuya lengua pertenecía al grupo céltico del italo-celta, habían lanzado tribus que, en los momentos de gran actividad, avanzaron hasta Roma; durante largo tiempo, los galos quedaron dueños de toda la planicie del Po. Como no escribían, su lengua es casi desconocida; pero, por algunas inscripciones de mediana antigüedad, por algunos nombres propios, por pervivencias que han durado hasta hoy en los dialectos romanos de la Italia septentrional, se ve que el galo se había convertido en la lengua de la planicie del Po.

Así, sin hablar de algunas inscripciones misteriosas, como la de Novilara, Italia presenta lenguas indo-europeas diversas, que, sin revelar toda la variedad de naciones de lengua indo-europea que entraron en Italia, dejan entrever el gran número de invasiones llegadas por todos los caminos.

En medio de todas estas poblaciones de lengua indo-europea, el grupo etrusco es el único que pertenece a un tipo extranjero, sin duda emparentado con las antiguas lenguas del Mediterráneo oriental, lengua de inmigrados venidos de Asia-Menor, quizás por el mismo tiempo en que descendían sobre Italia las poblaciones de lengua indo-europea. Los testimonios históricos, que la lingüística permite adivinar, la situación geográfica en fin, deja suponer que, al igual que las poblaciones indo-europeas, los etruscos estuvieron en Italia en calidad de invasores. No es aquí el lugar de examinar si el grupo de lenguas al cual parece pertenecer el etrusco está también por su parte emparentado con el indo-europeo; la solución del problema no interesa a la historia del latín.

Sobre el ligur nada se sabe: de él no nos ha quedado ni un solo texto. Y las hipóte-

sis que se han podido fundar sobre nombres propios de lugares son demasiado frágiles para que se puedan tener en cuenta. Por otra parte el ligur está demasiado lejos para haber desempeñado en la historia del latín un papel importante.

Si se admite, como muchos historiadores hacen actualmente, que los terramares del norte de Italia pertenecen al grupo "itálico" (latín y osco-umbro), la aportación de este grupo sería: "el bronce, la vida en ciudades, el rito de la incineración sustituyendo a la inhumación" (Homo, *La Italia primitiva,* p. 62). Ahora bien, el bronce tiene en latín un nombre indo-europeo: *aes;* la ciudad, lo mismo: *uĭcus;* y, en cuanto a la incineración, el verbo con el cual se la designa, lat. *cremāre,* se encuentra en umbro en el nombre de instrumento *krematra* que parece designar un vaso donde se hacía quemar objetos y los propios objetos quemados. Ante la ausencia de testimonios históricos explícitos, es siempre arriesgado poner en relación los datos arqueológicos, mudos, con los datos lingüísticos ulteriores. Pero parece que aquí la relación tiene una gran verosimilitud. Bien entendido que no se puede siquiera plantear la cuestión de saber si los "itálicos" a los cuales pertenecieron los terramares eran del tipo latino o del tipo osco-umbro o de los dos.

Un hecho al menos parece cierto. Por muy extensa que se pueda suponer en época antigua un área de dominio latino, esta área está, cuando comienza la época histórica, reducida a un espacio restringido. Y, si subsiste, es en un estado de pervivencia, gracias al doble hecho de que los Etruscos hicieron cambiar de rumbo a la oleada osco-umbra, y de que el grupo latino no se dejó absorber por los Etruscos.

Es necesario reproducir aquí los hechos de civilización.

Las poblaciones de lengua indo-europea que descendieron a las regiones mediterráneas no eran "salvajes". Conocían varios metales, pero sin duda no conocían aún el hierro. Practicaban la agricultura y la cría de animales. Y sobre todo tenían instituciones sociales muy bien organizadas que les permitieron asentar su dominación y hacerla duradera, al mismo tiempo que hacer prevalecer su lengua. Pero, decididamente, ignoraban el uso de la escritura que, en época de César, los druidas continuaban sin emplear. Habitantes de un territorio que bordeaba muchas colonias griegas, llegados a Italia, donde todo el mundo escribía ya, los galos no escribieron casi nada: las inscripciones son muy raras y no contienen en general nada oficial. El grupo latino conservó un tipo indo-europeo de organización familiar, pero en un país donde penetraba una civilización material y una cultura intelectual que tiene en el alfabeto griego uno de los signos más característicos.

Se ha resaltado ya anteriormente el hecho de que el italo-celta conserva, junto con el indo-iranio solamente, cierto número de palabras indo-europeas relativas a la religión y a la organización social —en el mundo indo-europeo, como en los mundos semicivilizados en general, ambos dominios son inseparables. La palabra *rēx* es indo-europea. La palabra *dominus,* que significa "señor" es literalmente el "("el señor") de la casa", como, en germánico, gótico *Þiudans* es el "(señor) de la nación" (Þiuda) y *kindins* el "(señor) de la *gens*" (*kind* significa "*gens*" en antiguo islandés), como en latín mismo *tribūnus* es "aquel que representa a las *tribus*": y el nombre tan importante *domus* "casa" es indo-europeo también, emparentado con el griego *domos* y el eslavo *domŭ.* El nombre *lēx* de la "ley" es indo-europeo, así como *iūs* el del "derecho", de donde derivan *iūrāre* y *iūstus.* Pasando por el valor de "dar una fórmula de derecho", *dīcō* llegó al sentido de "yo

digo", partiendo del sentido de "mostrar" de la raíz **deik-*: el *iūdex* es "aquel que *dice* el derecho". La combinación de *dīco* con *inter-* para indicar una prohibición tiene su correspondencia en iranio, donde, en el Avesta, *antarə-mru* significa "prohibir". La *in* de *ignōscō* no puede ser la *in* de *inueniō* ni la *in* negativa de *ignōtus;* responde a *anu* del sánscrito *anu-jñā-* (según WACKERNAGEL). La raíz que servía en indo-iranio para indicar una recitación solemne, una proclamación formularia, se encuentra en latín donde *censeō* es el verbo con el cual un senador, un magistrado, declara su parecer; y *censor* es el nombre de un magistrado encargado de declarar la clase en que está ordenado cada ciudadano. *Crēdō* tomó un valor profano en la mayor parte de los casos, así como el sustantivo correspondiente *fidēs;* pero los vedas muestran que es un antiguo término de la lengua religiosa. *Uoueō, uōtum* conservaron su valor religioso, como también el umbr. vufetes "uotis". El grupo, importante en itálico, de lat. *sacer* no se encuentra ni en céltico ni en indo-iranio; pero, incluso sin intentar siquiera ponerlo en posible relación con el hitita *šaklaiš* "ley, rito", la forma del presente de *sanciō*, con su nasal infija y su sufijo *-i-*, basta para poner de relieve su antigüedad. La comparación de *tafn* "animal de sacrificio" en antiguo islandés y de *tawn* "fiesta" en armenio demuestra que el lat. *daps, dapēs* —cuya forma es arcaica— es un antiguo término religioso. *Vātēs* es un nombre italo-celta. El acercamiento de *flāmen* al nombre sánscrito *brahman-* de la casta sacerdotal ha sido discutido muchas veces; pero no choca con dificultades de ninguna suerte. La alternancia vocálica que se observa en *fēriae, fēstus* y en *fānum* (de **fasnom*) establece que este grupo de palabras, para el que no tenemos etimología segura, es antiguo; se puede pensar que *fās*, que designa "aquello que es permitido desde el punto de vista religioso", por oposición a *iūs* "lo que es permitido desde el punto de vista civil", es el nombre de acción del elemento que figura en *fēs-* de *fēriae, fēstus, *fās-* de *fānum;* la *a* larga resultaría de un alargamiento secundario de monosílabo, como el del imperativo *dā* frente a *dăte* o de la 2ª persona *dās* frente a *dătis.*— La palabra lat. *forum* es digna de notar. La "casa" indo-europea comportaba un recinto cerrado que los pueblos de lengua eslava conocen con el nombre de *dvorŭ.* Este término designa el cercado, al que se accede por una entrada llamada *forēs* y cuyo "dueño de la casa" es el *dominus.* El itálico le dio valores religiosos y oficiales: se conoce la función del *forum* latino, cuya correspondencia encontramos en el umbro furu, *furo.*

Estos ejemplos —sólo se han enumerado aquí los principales— muestran que, incluso tras las pérdidas sufridas en el curso de una historia en que se produjeron grandes cambios políticos, sociales y religiosos, el latín conservó un buen número de términos antiguos de la vida social y de la religión. Una sólida tradición de organización de la familia había persistido.

No debemos sorprendernos por ello. Los grupos de hombres de lengua indo-europea que invadieron nuevos países no pudieron estar compuestos jamás por un gran número de individuos. Su armamento no podía ser muy superior al de las poblaciones en las que penetraban; y estas tenían muchas veces una civilización material más elevada. Si ellos se hicieron los dueños, hasta el punto de imponer su lengua, es porque tenían un poder de organización social al que casi nadie en Europa resistió. La conservación de un antiguo vocabulario político y religioso es señal de que se mantuvieron usos e instituciones de los invasores.

No quiere decir esto que se haya conservado todo. Hubo cambios profundos, un de-

talle signficiativo lo prueba: el mundo italo-celta mantenía el uso del nombre de persona solemne que consistía en compuestos del tipo de *Ete(w)o-klewsês* "que posee una verdadera gloria", *Lysippos* "que desata los caballos", *Hippo-krates* "que posee la fuerza del caballo", etc. Muchos nombres propios de varón están aún hechos así en galo en la época de César. En los dialectos itálicos se abandonó este sistema. En ellos los hombres son designados con un nombre de familia precedido de un prenombre; oficialmente se obtiene una precisión suplementaria al indicar, con el genitivo del prenombre, de quién es hijo el individuo nombrado. Había además sobrenombres que, en Roma, se fijaron tan bien que uno se llama por ejemplo *L. Cornelius L. f. Scipio; Lucius* era un *praenomen, Cornelius* el nombre de la *gens* y *Scipio* el *cognomen* hereditario de una rama de la *gens*. Se puede añadir un *cognomen* personal, así *Cn. Cornelius Cn. f. Scipio Hispanus*. Pero puede ser que no se indique ningún *cognomen*, así *L. Aemilius L. f.* sobre un decreto de Paulo Emilio *(L. Aemilius Paullus)*, o *S. Postumius L. f.*, nombre de uno de los cónsules en la inscripción relativa a las Bacanales.—Los nombres de varón en osco están constituídos de la misma manera—. Hay aquí una ruptura con el pasado que basta para mostrar cómo han sido arrastrados los invasores a innovar, a pesar de su apego a las viejas instituciones.

De los dos nombres indo-europeos del combatiente, del varón, *ner- y *wiro-, el primero daba lugar sólo a un nombre de cualidad: el védico *nṛmnám* "heroísmo" y el irlandés *nert* "fuerza"; el latín remplazó este antiguo tipo por un derivado que le es propio, *uirtūs;* el carácter reciente de este derivado se pone de manifiesto por el hecho de estar formado sobre el nominativo *uir* y no sobre la forma **wiro-* del tema. De este modo el latín se crea a su manera la palabra que designa el mérito propio del héroe, del jefe; un ejemplo más de innovación.

En el Avesta (Yašt V), se ve a los héroes sacrificando cien caballos, mil bueyes, diez mil carneros; en Roma también se sacrifican tres clases de animales; pero se trata de los *suouetaurilia*. El caballo, el compañero de guerra esencial del jefe indo-europeo, no figura nunca. El sacrificio se convirtió de aristocrático que era en rural: el antiguo patricio romano es un señor de la casa, un *dominus*, como el jefe indo-europeo; pero es el jefe de una casa de labradores, lo que constituye una novedad.

Cuando se inicia en Italia la época histórica, la civilización original que ejerce influencia es la civilización griega. Los griegos mismos habían tomado mucho de las civilizaciones mediterráneas, y la civilización griega debe al mundo egeo una gran parte de sus adquisiciones. Pero en el siglo VI a. de C. había terminado ya, después de mucho tiempo, la fusión de los elementos indo-europeos y de los elementos "egeos": había una civilización griega creadora, que transformaba el pensamiento entero, el arte entero, y que se desarrollaba con una rapidez increíble. En esta fecha, ni Egipto ni Babilonia irradiaban al exterior. Los fenicios no son más que comerciantes entre los cuales no se descubre la invención filosófica o artística y cuya civilización no ha dejado ningún rastro interesante: Sicilia que estaba repartida entre griegos y fenicios está hoy día sembrada de ruinas griegas, desde Selinunte a Siracusa, y hasta Segesta; no se encuentran, en cambio, casi rastros de los fenicios.

Todos los alfabetos que encontramos en Italia proceden directa o indirectamente del alfabeto griego.

Los etruscos parecen haber ejercido una gran influencia. Como los otros pueblos de

origen mediterráneo oriental, ellos se mostraron capaces de desarrollar una civilización material rica y floreciente; ellos son los que, según parece, hicieron pasar a Italia del estado de la antigua civilización material de la Europa central y septentrional al de la civilización mediterránea, diferente y más avanzada. Pero todo lo que tienen de gran arte está hecho según los modelos griegos. El diseño griego sirve entre ellos para traducir concepciones de la muerte sombrías y repugnantes, muy alejadas de las concepciones melancólicas y sosegadas que los griegos habían heredado probablemente de la aristocracia indo-europea. Emplearon, con poca adaptación, el alfabeto griego para anotar su lengua, no indo-europea y profundamente distinta tanto del tipo griego como del latino.

Como los etruscos habían fundado un imperio, que, desde el siglo VII al V a. de C., dominó Italia, ejercieron en este período una influencia: fue bajo la forma que había tomado en Etruria como el alfabeto griego fue tomado por los oscos, los umbros y los romanos.

Pero en ninguna parte se pudo perder enteramente de vista que el alfabeto era griego en su fondo. Y el osco restableció, de acuerdo con el griego, la distinción de *k* y de *g*, cosa que no hacía el etrusco, del mismo modo que distinguió *d* de *t*. Los latinos sufrieron aún más la influencia directa de los griegos; restablecieron, por ejemplo, la vocal *o* para la que los alfabetos indígenas oscos y umbros no tienen signo mientras que el osco y el umbro notados con el alfabeto latino o griego presentan a menudo *o*. Pero se observa un rastro de influencia etrusca en el hecho de que la Γ griega (g) sirvió para notar la sorda *c*, y se vio afectada por un cierto tipo de *k*.

Aun cuando la interpretación de los textos etruscos estuviera mucho más avanzada de lo que está, no nos podríamos dar verdadera cuenta de la influencia que el etrusco pudo ejercer sobre el latín. Sólo podríamos llegar a ello si tuviéramos textos literarios extensos que nos permitieran formarnos una idea del conjunto del vocabulario y sobre todo de los términos de civilización. Pero no es este el caso: incluso interpretados completamente —y se está muy lejos de ello— los monumentos etruscos poco nos ofrecerían para el estudio de los préstamos latinos del etrusco. Dada su naturaleza, su débil extensión y su monotonía, hay pocas probabilidades de encontrar en ellos palabras de civilización. No hay, pues, casi ningún medio de descubrir los préstamos que el latín, en particular el latín de Roma, ha tomado del etrusco.

Un hecho histórico parece cierto: hubo, desde el siglo VII al V, un imperio etrusco que se extendió desde la región del Po hasta la Campania. La existencia de este imperio supone que los etruscos fueron los dueños del paso del Tíber, es decir de la región de Roma. Y, en efecto, las tradiciones relativas a los Tarquinios y a Porsenna convienen con los datos de la arqueología para establecer que, durante un período extenso, Roma sufrió una dominación etrusca. Como los etruscos fueron grandes constructores y organizadores de ciudades, hay motivos para creer que fueron ellos los que realizaron el "sinecismo" del que resultó la fundación de Roma. La Roma así hecha, reuniendo en sí, bajo el mando de jefes etruscos, poblaciones diversas, habría sido desde entonces un centro importante que unía la Etruria propiamente dicha con las provincias meridionales dominadas por etruscos.

Este importante hecho ha dejado rastros en la lengua. Por desgracia, los pocos datos que se poseen sobre la lengua etrusca hacen difícil o imposible toda demostración.

Una palabra atrae en primer lugar la atención: *urbs*. El indo-europeo no dejó nombre para "ciudad". Donde la "ciudad" es designada por un nombre de origen indo-europeo, de forma antigua, el sentido de "ciudad" es nuevo; así la *polis* del griego significaba originariamente "ciudadela" como los nombres correspondientes del sánscrito y del báltico. Pese al arcaísmo de la forma, *urbs* no tiene etimología. Y, si se piensa que los etruscos hicieron mucho por fundar ciudades, que quizá fueron ellos los que organizaron Roma por vez primera, no hay dificultad en preguntarse si *urbs* no sería una palabra etrusca: pregunta más bien que *hipótesis*.

Lo que es seguro es que el elemento etrusco tuvo un lugar importante en la onomástica de Roma.

Los nombres de las tres antiguas tribus urbanas, *Tities*, *Ramnes* y *Luceres* presentan un aspecto poco latino. VARRON habla de ello, *de l. lat., V, 55:* omnia haec uocabula tusca Volnius qui tragoedias tuscas scripsit dicebat. Y en efecto, estos nombres admiten comparaciones etruscas: *Luceres* recuerda al nombre propio etrusco *Luχre*, y *Tities* al etrusco *Titie*. El otro nombre, *Ramnes*, no se encuentra en etrusco; pero se encuentra *Ramennii* en Ostia, *Ramnii* en Capua, y se ha intentado explicar estas circunstancias por la antigua extensión del imperio etrusco.

W. SCHULZE ha confeccionado una obra de dimensiones considerables, *Zur Geschichte der lateinischen Eigennamen* (Berlín, 1904), para demostrar que una gran parte de los nombres propios romanos se explica por nombres etruscos. Así los *Perpernae* (hubo un cónsul de este nombre en 130 a. de C.), del que hay una forma alterada, *Perpenna*, recuerdan los nombres propios etruscos *perpraθe*, *perprate*. Incluso dejando aparte lo que siempre puede haber de fortuito en las coincidencias de formas entre nombres propios, queda la impresionante masa de hechos alegados por W. SCHULZE.

En la conclusión de su libro, W. SCHULZE cita un testimonio significativo de DIONISIO DE HALICARNASO: "Muchos historiadores han considerado a la propia Roma como una ciudad etrusca."

Las concordancias de palabras latinas con palabras etruscas conocidas se reducen a poca cosa.

Como los latinos conservaron sus instituciones propias y como toda la armazón de su lengua o es indo-europea o está constituída con elementos indo-europeos, no se puede esperar encontrar otra cosa más que términos de civilización, es decir un elemento sobre el cual, en el caso del etrusco, no se sabe casi nada.

Un testimonio de VARRON enseña que el nombre del flautista, *subulo*, sería etrusco, y, según TITO LIVIO, VII, 2, también serían etruscos *ister*, *histrio*. En el *Bulletin de la Societé de linguistique*, XXX, p. 82 y ss., ERNOUT ha demostrado cómo un gran número de otros términos latinos, tales como *satelles*, tienen probabilidades de ser préstamos etruscos.

Apenas nos atrevemos a citar parentescos con palabras etruscas atestiguadas, porque las interpretaciones son hipotéticas. He aquí, sin embargo, algunos que son probables y sugestivos.

SIGWART, *Glotta*, VIII, 139 y ss., explica el lat. *puteus*, partiendo de la suposición de que el etrusco *pute*, *puteal* significaba "fuente, manantial"; F. MULLER, *Mnemosyne*, XLVII, 119, admitiendo que el etrusco *ṡpural* significaba "público", considera de origen

etrusco el lat. *spurius:* hijos *spurii* son los *ex matribus meretricantibus nati sine patre.* Pero ¿es completamente seguro el significado de estas palabras etruscas? La palabra *camillus* que designa un "joven noble consagrado al servicio de los dioses" (conocemos la *Camilla* de Virgilio) no presenta una fisonomía indo-europea; recuerda a los nombres propios etruscos que comienzan por *Camit-;* pero ¿basta esto para establecer un origen propiamente etrusco? En Samotracia encontramos *kadmîlos, kasmîlos* para designar un "muchacho que sirve en los misterios". La palabra etrusca *φersu* escrita en los monumentos etruscos encima de los personajes provistos de máscara sugiere la idea de que el lat. *persōna* —que nada tendría que ver con sonāre, sonus— sería una adaptación de la palabra etrusca. BENVENISTE dejó establecido que el nombre latino del esclavo, *servus,* viene del etrusco.

En la medida en que se puede entrever así un origen etrusco para algunas palabras latinas, vemos que éstas son términos técnicos o lo eran en su origen.

Podemos preguntarnos si el intermediario etrusco es ajeno a los préstamos que el latín tomó de las lenguas mediterráneas: el griego *spyrida* (ac. sing.) "canastilla" dio en lat. *sporta* por mediación del etrusco, como lo indica la *t* en lugar de la *d.*

El mundo indo-europeo no conoció el cultivo de la vid, que es mediterráneo. De las palabras que se refieren a este cultivo, unas son adaptaciones y otras préstamos. Incluso el nombre de la vid, *uītis,* que también sirve para designar el "zarcillo" de la calabaza, es un nombre de acción de una raíz indo-europea que da lugar al verbo *uieō,* al sustantivo *uīmen,* etc. En cambio el nombre del "vino", lat. *uīnum,* es un préstamo: ni la ī radical, antigua, ya que se encuentra en la forma umbra correspondiente, ni el género neutro se pueden explicar por el gr. *woînos* "vino"; es preciso, pues, admitir que este nombre es, como el nombre griego, un préstamo del nombre del "vino" en la antigua civilización del Mediterráneo; esta palabra también es un préstamo en el armenio (de donde pasó al georgiano) y en las lenguas semíticas. No existe ningún parentesco con palabra indo-europea que pueda dar una explicación satisfactoria para *pampinus;* pero es inevitable pensar en el gr. *ámpelos* que no tiene en absoluto etimología; puede tratarse de una palabra de una lengua mediterránea que hubiera sido adaptada de maneras diferentes en griego y en latín por intermediarios desconocidos. Finalmente *racēmus,* que tampoco tiene etimología, podría explicarse de manera análoga.— Fue sin duda el conocimiento del vino lo que motivó la eliminación de la antigua bebida fermentada indo-europea, el hidromiel; el antiguo nombre del hidromiel, que aún subsiste en *mid* del irlandés, *met* del alemán, y que el griego empleó para designar el vino, *méthy* (sin duda porque mantenían su uso los verbos derivados *methýō* "yo estoy ebrio", *methýskomai* "yo me embriago"), desapareció del latín. Sólo queda el antiguo nombre indo-europeo occidental de la miel: *mel.*

Al entrar en la región mediterránea, las poblaciones de lengua indo-europea encontraban allí plantas desconocidas y especialmente plantas cultivadas, para uso o para adorno, cuyos nombres aceptaron.

Jamás *rosa* se podría explicar por el griego *wródon;* pero tampoco *wródon* explica la forma irania **wṛdi-* representada actualmente por *gul* en persa y por *vard* en armenio, préstamo tomado de los dialectos partos. La conservación de la *s* intervocálica en *rosa* parece indicar que se trata de un préstamo tardío, hecho en un período en que *s* intervocálica se había convertido ya en sonora en itálico; es el mismo caso de la palabra *asinus,*

que es también un préstamo, o incluso del adjetivo expresivo *miser* que tampoco tiene etimología indo-europea y que pudiera ser un préstamo.

La *l* interior de *līlium* no se puede explicar partiendo del gr. *leírion*, pero se comprende bien cómo de un origen común pudo salir de una parte *leírion* y de otra *lilium*. El hecho de que PLINIO cite, bajo la forma *līrinum*, el gr. *leírinon*, no prueba evidentemente que *lilium* sea un préstamo del *leírion* del griego. Se puede tomar como préstamo el nombre de un producto sin hacer lo mismo con el nombre de la planta con la que se ha fabricado el producto. La diferencia de forma incluso indica claramente que el préstamo *līlium* se efectuó bajo otras condiciones que el de *līrinum*, que no es más que una transcripción.

Es evidente que *fīcus* está emperantado con *sȳkon* del jónico-ático (*tukon* en beocio) y con *thuz* del armenio; es evidente también que *fīcus* no se explica partiendo de *sȳkon (tukon)*. No coinciden ni en la forma ni en el género: el género de la palabra griega se habría mantenido si la palabra viniera del griego, pues los nombres de frutos son neutros por oposición a los nombres de árboles que son femeninos ya desde el indo-europeo. Es preciso, pues, admitir que hubo un nombre mediterráneo del "higo" y que este nombre pasó, por diversos caminos y bajo diversas formas, al armenio, al griego y al latín.

Ni la ausencia de *a* ni la *e* interior de *cupressus* se explican por un préstamo del gr. *kypárissos*, que la forma misma denuncia como una palabra "egea". La *e* de *menta* no podría tampoco explicarse por la *i* de *mínthe*. Y se precisa muy buena voluntad para encontrar en *uaccīnium*, *uiola* préstamos de *hyákinthos* (palabra "egea", a juzgar por la forma) y *wíon*. El lat. *citrus* está visiblemente emparentado con *kédros* pero no tiene el aspecto de estar tomado del griego. La palabra *laurus* es muy diferente de *dáphnē;* pero las formas dialectales *daukhne* en tesalio, *láphne* en Perga, presentan formas menos alejadas y ofrecen una relación posible; el préstamo parece quedar excluído.

Si el caballo es indo-europeo, el asno es mediterráneo; en efecto, la *s* intervocálica de *asinus* indica, como la de *rosa*, un préstamo. El nombre del "mulo", *mulus*, recuerda al gr. *mykhlós* "asno (garañón)" y a los nombres balcánicos del "asno", especialmente a *musk* del albanés y a algunas palabras de diversos dialectos de Italia del norte.

La relación entre el lat. *funda* y el gr. *sphendónē*, inexplicable por una comunidad de origen indo-europeo, se concibe bien si se trata de préstamos de una lengua indo-europea hechos, por una parte, al latín y, por otra, al griego.

Una cosa es singular, mientras que las lenguas de civilización de la cuenca del mediterráneo han proporcionado al griego y al latín nombres manifiestamente emparentados para las plantas cultivadas, los nombres de los metales difieren totalmente del griego al latín. Incluso cambia de una lengua a otra la manera de considerar los metales: en griego los nombres de los metales son de género masculino —hecho que sólo se encuentra en el antiguo prusiano—, en latín son de género neutro, como acontece en general en las demás lenguas indo-europeas. El latín conservó antiguos nombres de los que el griego no guarda correspondencia: *aes*, *argentum*, *aurum*. Y los nombres nuevos, comenzando por *ferrum*, no tienen análogos en el griego. Sólo *plumbum* recuerda bastante al nombre jonico-ático *mólybdos;* pero aunque las formas de los demás dialectos griegos: *mólibdos*, *mólibos*, *bolimos* sean mucho más diferentes de la forma latina, cuesta trabajo creer que la semejanza sea un puro juego de azar.

De pocas palabras latinas se puede suponer que tengan una procedencia semítica, y es posible que las pocas que guardan correspondencia con el semita sean de origen "egeo". Sin embargo es natural que se expliquen los nombres de objetos que sirven para el embalaje, *saccus* y *cadus*, por los nombres fenicios de estos objetos; estos nombres se encuentran en griego. Es también una forma semítica la que explica el lat. *tunica* (con un sufijo latino) así como el gr. *khitón*, *kithón* (*kəthonet* en hebreo). Podría tratarse de huellas linguísticas dejadas por el comercio de los fenicios, que son, por otra parte, raras.

Los elementos obscuros del vocabulario latino pueden provenir de fuentes diversas. Así, en sus ingeniosos *Essais d'étymologie et de critique verbale latines* (1918), NIEDERMANN, partiendo de un pasaje de TUCIDIDES, VI, 4, 5, supuso una forma sículo-ligur para explicar el lat. *falx* y el fr. dialectal *dail*. Se trataría de restos de un dialecto italiano anterior a la invasión etrusca. Una palabra como *lepus*, que se encuentra en Sicilia, sería un resto de este tipo.

Pero los préstamos que más importancia tuvieron son los que el latín tomó del griego. Se verá a continuación que la acción de Grecia sobre Roma ha sido continuada. Desde el periodo latino prehistórico es de Grecia de donde vienen los principales términos de civilización, primero por vía etrusca y después directamente. Antes de la influencia de la *koiné*, el griego hablado en Italia, en su forma aquea o doria, había proporcionado ya al latín palabras importantes.

La forma de los primeros préstamos del griego al latín denuncia la antigüedad de los mismos.

Los ejemplares griegos que poseemos aportan pocos testimonios de la existencia de la digamma entre vocales: muy débil, la digamma (antigua *w*) cayó muy pronto incluso donde existía *w* inicial. Con todo tenemos préstamos del griego al latín en los que figura la *w* intervocálica.

Fueron sin duda los *Akhaiwoi* (la *w* está todavía atestiguada en Chipre) los primeros colonos helénicos que estuvieron en Italia. La palabra se conservó en Roma bajo la forma *Achīuī*, con el paso de *ai* interior a *ī*, como en *cecīdī*, *oc-cīdō*, *in-īquus*, etc. La forma *Achaeī* fue préstamo más tardío de la forma jónico-ática *Akhaioi*.

Los nombres griegos del "aceite" y del "olivo" son de origen "egeo". Pero el latín recibió estas formas por mediación del griego en una época en que los dialectos griegos de los cuales procede el préstamo, conservaban todavía la *w* entre vocales. Así de una forma griega *elaíwā* (de donde el ático *elāā* y la *koiné elaíā*) procede el lat. *olīua* (con paso de *e* a *o* ante *l* velar, según la regla general del latín, y el tratamiento normal de *ai* interior: primero *ei* y después *ī*). Si no hay *w* en *oleum*, tomado de *élaiwon*, es porque la *w* se funde en latín con la *u* siguiente, como sucedió en la palabra indígena *deus* frente al genitivo *dīuī*; la *i* del diptongo *ai* (convertido en *ei*) se encontró entonces ante vocal y cayó a su vez. Este conjunto de alteraciones fonéticas indica que se trata de un préstamo antiguo de los dialectos helénicos a la Italia del sur que conservaban aún una digamma entre vocales.

La conservación de la digamma entre vocales indica ya que estos primeros préstamos del griego no fueron hechos por los dialectos de tipo jónico. Es, en efecto, lo que se podía esperar, pues, aunque los jonios no hayan permanecido ajenos a la colonización

de la Magna Grecia y de Sicilia, la colonización griega en Italia y en Sicilia fue sobre todo aquea inicialmente, y dórica después, acabando por dorizarse todo el conjunto, con excepción de unos pocos enclaves jonios, de importancia secundaria, que subsistieron. Los préstamos más antiguos del griego al latín presentan, pues, la *ā* del griego común y no ofrecen huellas del cambio de esta *a* en *ē*, que es el rasgo más característico del jonio. Es bajo la forma *mākhanā* cómo la palabra que en jónico-ático es *mēkhanē* ha sido tomada por el latín; con la alteración normal de *ā* interior, la convierte en mācina (escrito después *machina*). Esta palabra que, en griego, servía para indicar cualquier procedimiento ingenioso que permitiese obtener un resultado, tomó en latín el sentido sobre todo de "aparato material", de "máquina". El verbo derivado *mācinor (māchinor)* quedó más cerca del sentido griego.

Un hecho material viene a confirmar la acción de la Grecia occidental: todos los alfabetos que se encuentran en Italia son adaptaciones del alfabeto griego occidental. Tal es en particular el caso del alfabeto latino. Por esta razón la X tiene en el alfabeto latino un valor distinto al del alfabeto jonio. Ahora bien, nada mejor que la importación de un alfabeto para poner de relieve influencias de civilización.

El caso de *olīua, oleum* muestra que los préstamos del griego al latín son en parte los de las palabras que el griego mismo debía al mundo "egeo". Tanto es así que a veces nos vemos en la dificultad de decidir si tal o cual préstamo fue hecho o no por mediación del griego. Dando por sentado que los antiguos préstamos fueron hechos por los dialectos griegos que conservaban la *ā* del griego común y que no la habían convertido en *e* como el ático, no hay obstáculo para admitir que el nombre de la "manzana" cultivada, *mālum*, que substituyó a la palabra indo-europea occidental cuyo vestigio nos deja entrever el nombre de Abella (ver págs. anteriores), fue un préstamo del gr. *mâlon*. Pero nada más nos induce particularmente a creerlo, y ciertos indicios indican que se trata más bien de un préstamo latino independiente del préstamo griego: el nombre del "manzano", *mālus*, no encuentra correspondencia en griego. Por otra parte, el nombre del "peral", *pirus*, y el de la "pera", *pirum*, están evidentemente emparentados con el gr. *ápios, ápion;* pero la diferencia de formas demuestra a las claras que se trata de préstamos independientes y no de un préstamo del griego al latín. Más tarde, la forma griega jónico-ática *mêlon* tendió a reemplazar a *mālum* y es *mēlum* el que subsiste en el italiano *melo.*

A veces la forma antigua del préstamo está encubierta en latín clásico por un préstamo posterior tomado de la forma griega de la koiné. Así el latín escrito no conoce más que *castanea*, con *a* interior según el gr. *kástanon;* pero la antigua forma esperada, **castinea*, subsiste ampliamente en la Italia del Norte, donde encontramos *casteña*, y en varias lenguas romances, y en esta forma se basa el préstamo alemán *chestinna.* Uno se pregunta cómo esta forma esperada en latín pudo pasar a las lenguas romances e incluso con un carácter "culto", cuando no está atestiguada en ningún texto. Del mismo modo el gr. *eléphas* (gen. *eléphantos*) fue tomado por el latín; pero los textos no ofrecen más que la forma totalmente griega *elephas* o la adaptación *elephantus;* ahora bien, el antiguo francés conoce *olifant* para designar el cuerno (de marfil), que supone un **olifant-* con los tratamientos esperados de las dos *e*, pero también una *f* según la *ph* griega y con una *a* culta. Los préstamos de este tipo tienen una historia complicada que no siempre es posible reconstruir. A veces la dificultad es sólo aparente. A primera vista nos causa sorpresa *cerasus*,

reproducción de *kerasós*, con la *ā* interior conservada; sobre el modelo de *pirus*, *pirum* y *malus*, *malum*, se ha formado un neutro *cerasum* para designar el fruto del "cerezo". Esto se debe a que el préstamo no es antiguo: la cereza no fue conocida por los romanos hasta la época de Lúculo. Si hay, pues, una glosa que atestigua la forma *ceresium*, donde la *a* sufrió una alteración, es porque en este préstamo nuevo, fueron imitadas, de manera aproximativa, las alteraciones observadas en casos semejantes al de *Tarentum*. Sobre **ceresea* reposan las formas romances: esp. *cereza*, fr. *cerise*, etc., junto con las formas germánicas que reposan en la forma romance, así *kirsa* (al. Kirsche) en antiguo alto-alemán.

El latín poseía una espirante labio-dental *f* que no respondía a nada en griego, pero no tenía, en cambio, oclusiva aspirada del tipo de *φ*, *θ*, *χ*, que eran la *p*, *t* y *k* "aspiradas" (a veces en inscripciones antiguas se encuentran las notaciones *ph* y *kh*). La *φ*, *θ*, *χ* del griego están representadas por *p*, *t*, *c*, y sólo más tarde, bajo la incluencia del griego escrito recibieron en latín la notación de *ph*, *th*, *ch*. En la inscripción del 186 a. de C. relativa a las Bacanales se lee siempre, sin h, *Bacas*, *Bacanal*. Los préstamos antiguos hechos por vía oral están enteramente adaptados a la fonética latina y sólo presentan *p*, *t*, *c*; la forma gramatical y el sentido denotan, por lo demás, muchas veces su carácter popular.

La *φ* (ph) de *amphoreús* no podía pasar al latín: su *f* era totalmente diferente. Por otra parte, el latín no tenía flexión correspondiente a la de *amphoreús*; por ello creó una forma *ampora*, escrita luego *amphora*, bajo la influencia de la grafía griega. El derivado *ampulla*, en el que el griego no ha influído, conservó su *p* simple.

La palabra *spáthā* (jónico-ático *spáthe*) dio lugar a *spata*, escrito luego *spatha*; su derivado *spatula* está siempre escrito con una *t* simple como *ampulla* lo está con *p* simple.

Para las palabras tomadas del griego la grafía es fluctuante: la *χ* está representada por *ch* o por *c*, la *υ* por *y* o por *i*. Así, frente al gr. *khlamýs*, gen. *khlamýdos*, en los manuscritos del grupo palatino, Poen. 644, figura la grafía *clamidatum*, al lado de la grafía *chlamydatum*, que se lee especialmente en el palimpsesto. Abundan los ejemplos de este género: una parte de los manuscritos palatinos escriben *clamidem*, Persa, 155, mientras que otros escriben *chlamydam*. En todo esto es difícil establecer una separación entre la grafía inicial y las que se pudieron introducir en revisiones sucesivas.

La palabra *tékhna* —que sirve, en un sentido totalmente popular, para designar una broma gastada a alguno— fue adaptada bajo la forma *tecina*, pues el latín no tenía el grupo *-cn-* (se sabe que el antiguo **decnos* (frente a *decet*) había pasado a *dignus*), y fue necesario insertar una *-i-* para hacer pronunciable la palabra. Del mismo modo *drakhmá* se hizo pronunciable por la adición de una *u*: *dracuma*, y *mnâ* dio *mina*.

El latín no poseía *z*; la *ζ* del griego, que era una geminada, fue reemplazada, pues, en los antiguos préstamos por *-ss-*; *mâzza* da *massa*, que tuvo gran fortuna, al tomar varios sentidos. Los verbos en *-izzō*, tomados en gran número, dieron lugar al tipo en *-issāre*, reemplazado más tarde por *-izare* de gran difusión. El procedimiento entró tan bien en el uso que *kōmazzō* fue tomado bajo la forma adaptada *cōmissor*.

El gr. *khairéphullon* se convierte mediante un arreglo en *caerifolium*: la imposibilidad de entender el primer término no ha sido impedimento para adaptar el segundo a la forma latina. Hemos transcrito aquí, en todos estos antiguos préstamos, la *υ* por *u*, porque, según toda apariencia, el paso jónico y ático de *u* a la pronunciación *ü* (*u* francesa) no tuvo lugar en los dialectos griegos de Italia de los cuales proceden los préstamos.

Las oclusivas no aspiradas, del griego, sean las sordas, π, τ, κ sean las sonoras β, γ, δ no debían responder exactamente a *p, t, c* y *b, d, g* del latín, pues sucede que las sordas griegas son transcritas por las sonoras y las sonoras griegas por las sordas. He aquí ejemplos de estas alteraciones: el gr. *kubernán* dio en latín *gubernāre* y *Akragās, Agrigentum* y el gr. *púksos, purrós*, lat. *buxus, burrus*, pero es el lat. *amurca* lo que responde al gr. *amórgā;* de las lenguas romances, unas tienen *c*, como *morca* en catalán, y otras *g*, como *morga* en castellano.— Es verdad que FOHALLE, en las *Mélanges Vendryes*, atribuyó la vacilación entre *p* y *b, k* y *g* a la acción de lenguas del tipo egeo, y la hipótesis resulta atrayente para algunas palabras, pues parece seguro que el tipo de las oclusivas de estas lenguas fue distinto del tipo indo-europeo; pero hay numerosas palabras que son de carácter claramente helénico. Lo que, sin duda, explica una parte, al menos, de los hechos es la posibilidad de que estos préstamos del griego hubieran tenido lugar en la época de la dominación etrusca y de que la pronunciación etrusca, en la que no se hacía la distinción entre sordas y sonoras, hubiera intervenido. Se deja entrever aquí que ciertos préstamos antiguos del griego al latín serían préstamos latino-etruscos.

Los antiguos préstamos del griego ofrecen las mismas alteraciones de las vocales interiores que las palabras indígenas. Así la *a* en sílaba cerrada pasó a *e* en *Tarentum* (gr. *Tárās, Tárantos*), *talentum* (gr. *tálanton*), la *a* delante de *r* también a *e* en *camera* (gr. *kamára*), la *a* ante *n* a *i* en *trutina (trutána), balineum (balaneîon).* Ha habido incluso síncopa de *a* en *balneum;* en PLAUTO encontramos todavía *balineum*, pero quizás ya *balneātor*, en un derivado más largo; comparemos el latín vulgar *colpus, calmus* de *colapus, calamus.* Después hubo una reducción del grupo insólito *-lny-* de *balnyum* en **bănjum*, forma sobre la que reposan las formas romances. Frente al gr. *skutálā* tenemos *scutula* y el diminutivo *scutella.* Hay *u* en *coturnus (cothurnus)* frente al gr. *kóthornos*, como en *amurca.*

Las cantidades se conservan en general. Si *ancora* presenta una *o* breve frente a la *ū* de *ánkūra*, es porque, según se ha supuesto, la lengua habría mantenido el lugar del tono griego — lo que no se podría obtener en latín más que con una sílaba penúltima breve. En cambio las breves de *crĕpĭda* frente al gr. *krēpís, krēpĭda*, no podrían explicarse así, y hay que suponer en ello la mediación del etrusco.

Estos préstamos antiguos del griego, directos o indirectos, sufrieron alteraciones parecidas a las de las palabras indígenas. Si *poinā* está representado por *poena*, se debe a que *oi* conservó por excepción una forma antigua; de ordinario *oi* pasa a *ū*, y tenemos, en efecto el derivado *punire.* El caso es el mismo que el del término técnico *moenia* frente a la palabra de la lengua corriente *mūrus* (de *moiros*), y de *mūnīre.*

Salvo en casos como *kraipálā* que da *crăpula, kudōnium* que da *Cotōnium*, en los que la fonética denuncia el paso a través de un intermediario, generalmente el etrusco (ver págs. anteriores), los préstamos del griego al latín no ofrecen más alteraciones que las que llevan consigo la diferencia de estructura fónica de las dos lenguas y las diferencias de morfología y de formación de las palabras.

Palabras de este género no se encuentran en los textos escritos sino tardíamente. La *ā* de *cāmus* muestra que la palabra no fue tomada como préstamo de la forma *kemōs* del jónico-ático, sino de la antigua forma *kāmós.* El sentido de la palabra explica el motivo de que no se la encuentre en los textos antiguos. En realidad, pertenece a la misma serie

antigua de préstamos que *māc(h)ina.*

Al haber pasado por la lengua popular y en parte por el etrusco, los primeros préstamos del griego al latín se vieron expuestos a deformaciones. A la palabra griega *kārúkion* (jónico-ático *kērýkion*) que designa el bastón que sostiene el heraldo, el latín responde con las formas *cādūceum, cādūceus.*

Estas palabras —que no son todas igualmente antiguas— designan cosas y usos que fueron introducidos con su nombre. Tienen, pues, un carácter técnico y son un testimonio de la acción que la civilización griega ejerció sobre Italia al menos a partir del siglo VII a. de C. aproximadamente.

El gran número de ejemplos demuestra que, en esta época relativamente antigua, los latinos, al menos los latinos de Roma, apenas reaccionaron contra los préstamos procedentes de Grecia. Al estar más o menos dominados por los etruscos, los romanos aceptaban de buena grado los términos de civilización venidos de fuera, y sobre todo si estos términos no eran etruscos, sino griegos de origen, y provenían de la civilización más elevada de aquel tiempo, de la que entonces emanaba, con un resplandor que todavía hoy nos deja deslumbrados, la vida mental y artística en la cuenca del Mediterráneo.

Esto no impide por lo demás que todo lo esencial del vocabulario subsista. El latín es una de las lenguas en las que menos palabras importantes hay que no se puedan explicar por la tradición indo-europea. Pudo perderse tal o cual palabra antigua, como **teuta* "pueblo, nación" que se conservó en osco-umbro; pero fue para reemplazarlo por un derivado latino: *ciuitās,* de una antigua palabra *ciuis* que forma parte del antiguo fondo del vocabulario indo-europeo del noroeste (v. págs. anteriores), por una palabra totalmente latina de tipo popular, *populus,* y por un derivado también latino, de otra palabra, *pūblicus.*

En cuanto al aspecto que podía presentar, desde el punto de vista lingüístico, el grupo latino en su conjunto, no bastan para determinarlo los hechos de que disponemos.

Casi desde el momento en que se empezó a escribir, la situación de Roma llegó a ser tan predominante que dejó en la sombra a todas las localidades latinas y casi ninguna llegó a escribir su dialecto local, como lo hicieron las ciudades oscas, en las que la lengua del país continuó siendo la lengua oficial hasta la guerra social y en las que, a falta de autoridades, los particulares escribían en los muros todavía en tiempos de la destrucción de Pompeya.

Roma estuvo dominada durante mucho tiempo por una pequeña aristocracia rural; pero siempre fue una ciudad; fue su papel de centro, de lugar de paso, lo que le dio su situación aparte, e hizo que las localidades de la campiña no tuviesen importancia al lado de la ciudad.

Cuando se habla del latín pensamos por tanto en la lengua de Roma; se acostumbra a identificar, desde el punto de vista lingüístico, los dos términos latino y romano; pero en el uso prevalece el nombre latino, lo cual es impropio, pues, las huellas que se han conservado incluso en el latín de Roma demuestran que hubo en el Lacio varios dialectos. Además poseemos algunos testimonios, a través de dos localidades antiguas, de donde resulta que hubo en el territorio latino diferencias dialectales notables y que muchas de las innovaciones que caracterizan al latín de Roma no son propias del latín común.

Con todo, la impropiedad no es grande; denuncia la realidad principal, que es la de que sólo la lengua latina tenía un prestigio y sólo el latín de Roma era apropiado para servir de modelo. El "latín" es la lengua de Roma tanto o más que el "francés" es la lengua de París.

Las dos localidades, la de los falerios y Preneste, en que aparece claramente un latín no romano, están ambas alejadas del centro.

El dialecto de los Falerios, el falisco, completamente rodeado por el etrusco, es un dialecto aberrante. Aparte de algunas formas curiosas, es poco instructivo para la historia del latín.

El dialecto de Preneste, estudiado por Ernout, *Mémories de la Société de linguistique*, XIII, p. 293 y ss., da una idea mejor de lo que podía ser el dialecto propio de una pequeña ciudad del Lacio. Sin embargo algunas inscripciones que poseemos de Preneste están escritas más bien en el latín de Roma matizado por el dialecto local — el hecho es característico — que en verdadero prenestino: los dialectos populares en general apenas se escribían y sobre todo a la sombra de Roma.

De estas inscripciones la más pura es la más antigua. Se trata de la famosa fíbula de Preneste, con cuatro palabras prenestinas, escritas sobre una alhaja griega:

Manios med fhefhaked Numasioi.

lo que en latín clásico sería: *Manius me fecit Numerio.*

La lengua se distingue del osco desde el principio: el nominativo *Manius* tendría por correspondencia *Manis* en osco. El acusativo *med* del pronombre es la forma *mēd* conocida también en Roma; la forma osco-umbra es diferente: al antiguo lat. *tēd* (lat. clas. *tē*) el osco responde con *tiium* y el umbro por *tiem;* se trata de las mismas formas indo-europeas **me*, **te*, pero alargadas por partículas diferentes en latín y en osco-umbro; el tipo *mēd* no es conocido más que en latín.

Algunos detalles de la inscripción deben su aspecto a la fecha del texto: en la misma fecha la 3ª persona del *perfectum* era también en *-ed*, como se ve por el vaso romano de Duenos: *Duenos med feced*, que sería en latín clásico: *Bonus me fecit.* Las vocales breves interiores conservan aún su timbre propio: *Numasioi* sería en latín posterior *Numerio.* Nada preciso se puede decir del carácter sordo o sonoro de la *s* de *Numasioi:* la ζ griega, que era *zd* o todo lo más *zz*, no se prestaba bien para notar una *z* simple; por tanto ninguna prueba hay en contra de que *Numasioi* sea una notación falsa de *Numazioi*, como ocurre con *melioses*, atestiguado en vísperas de producirse el rotacismo, que no puede ser más que *meliozes.* No es igualmente evidente que hacia el 600 a. de C. no subsistiera una *oi* final en latín tanto en Roma como en Preneste.

Finalmente hay una forma que se distingue de la forma romana: donde el vaso de Duenos hace *feced*, la fíbula de Manios, más antigua, hace *FheFhaked.* El grupo *Fh* es una notación ingeniosa de *f;* la F simple de las colonias dorias de las que Italia tomó sus alfabetos era una sonora; la antigua **hw*, notada Fh, se prestaba relativamente bien para notar el sonido de *f.* Lo que es propiamente prenestino es la forma reduplicada *fefaced* frente al romano *feced.* Esta forma no tiene nada de sorprendente en itálico: en osco tiene un subjuntivo *fefacid* "fecerit" y un futuro *fefacust* "fecerit". Incluso en latín está en

consonancia con un tipo general conocido, el de *cecinī; tetinī*, etc.; en los casos en que el *perfectum* de un verbo radical no se distingue del *infectum* por el vocalismo radical, como acontece en *fregi* frente a *frangō*, o, secundariamente y en virtud de un desarrollo propiamente latino, en *ēgī* frente a *agō*, el *perfectum* se obtiene por medio de una forma reduplicada: y esto no se da sólo en formas antiguas como *meminī, cecini, tetinī, tutudī*, etc.; también ocurre incluso con algún *perfectum* hecho secundariamente sobre un presente, como *tetendī* hecho sobre *tendō*, presente en *-do* de la raíz *ten-* de *teneō*. Pero el romano prefirió *fēced* (lat. clas. *fecit*, con cambio de la final); este *fēced*, que se corresponde con el homérico *thēke* "él puso", debe ser antiguo.

Una inscripción de Preneste de época republicana está concebida de la siguiente manera:

Orceuia. Numeri. nationu. cratia. Fortuna. Diouo. fileia. primocenia. donom. dedi.

que quiere decir sin duda: "Orcevia (esposa de) Numerio hizo este don a la Fortuna, hija mayor de Júpiter, por un nacimiento."

Si hacemos abstracción de la notación *c* en los casos en que el latín distinguió la *g* de la *c* y del sentido de "nacimiento" bien conservado por *nātiō*, que no se encuentra en Roma más que en usos técnicos, se ve que, si el tipo del dialecto es claramente latino, son numerosos los rasgos locales que difieren del romano.

El genitivo de la 3ª declinación hace en *-o(s)* y no en *-es* (lat. clas. *-is*). La ausencia de notación de *-s* final no tiene nada de extraño: se sabe hasta qué punto era débil la *-s* final en Roma. La *-o* de *-os* pasó a *-u-* como en Roma, de donde *nationu;* la notación *o* se mantuvo después de *u* (para notar a *w*), de donde *Diouo.*– La forma *-os* de la desinencia no es desconocida, ni siquiera en Roma, donde se encuentra en inscripciones un poco antiguas.

Un rasgo más netamente local es la forma en *-a* del dativo de los nombres en *-a-*. Al hacer que *-ā* derivara de *-āi*, como *-ō* de *-ōi*, el prenestino presenta una fonética más coherente que el latín, que opone *-ae* de *Rōmae* a *-ō* del dativo *Tūsculō*.

La grafía *fileia* por *fīlia* parece indicar la misma pronunciación abierta de *i* ante vocal que indica PLAUTO con su prenestino *conea* con valor de *cicōnia*.

La *e* de *primocenia* no atestigua la conservación de *e* interior en prenestino a diferencia de lo que se observaría en romano. Ante dental seguida de *i* una *e* se mantenía por lo general: el latín conserva *e* en *appetītus, aduenit*, mientras que tiene, bien es verdad, *dimidius* frente a *medius;* el tratamiento en *familia, Sicilia*, no concuerda con el de *sepelio, sepelīre*. De la familia de *gignō* el latín tiene *prōgeniēs* e *ingenium;* por tanto *primocenia* (es decir *primogenia*) no tiene nada de sorprendente. El latín conservó *e* incluso en *ingenuus* e *indigena*.

La forma *dedi* sorprende un poco más. Apenas hay posibilidad de que sea **deded* puesto que, si *-d* cae después de vocal larga en Preneste como en Roma a juzgar por *cratia*, la caída después de breve sería sorprendente. Si se parte de un tipo **dedeid*, como se puede hacer siguiendo el tipo *dedeit* que está bien atestiguado en Roma, se esperaría *dede*, pues el diptongo *-ei* dio *-e* en Preneste.

El tratamiento de los diptongos difiere en general del tratamiento romano. Como

en Roma, los diptongos tienden a simplificarse, pero de distinta manera.

Del mismo modo que *ei* dio *ē*, un antiguo *ou* dio *ō*, no *ū* como en latín. El antiguo **louksnā* "brillante", de donde "luna", cuya forma es fácil de restituir a través del adjetivo avéstico *raexšma-* "brillante" y del sustantivo del antiguo prusiano *lauxnos* "astros", dio *lūna* en el latín de Roma, pero *losna* (*lōsna* por tanto) en Preneste.— La palabra indica al mismo tiempo el tratamiento prenestino del grupo complejo de consonantes *-ksn-*.

El diptongo *oi* se simplificó en *ō* y no en *ū*, como en latín: *coraueron* frente al latín *cūrāuerunt*.

Un rasgo curioso y que no es específico de Preneste, es el empleo de *f* donde el latín presenta *h*, y viceversa. El prenestino tiene especialmente *Foratia* = *Horatia* y *Felena* = *Helena*. El falisco tiene igualmente *foied* = *hodie*. Se señalan formas como *fircus* por *hircus*, *fostis* por *hostis*. Inversamente el falisco posee *haba* = *faba*.— Estas correspondencias se explicarían mal en época histórica, deben remontarse al tiempo en que el latín poseía las espirantes *φ* (espirante bilabial), Þ, x, de las que ninguna era estable, y que dieron *f* (labio-dental) y *h*, después de diversas vacilaciones de las que los dialectos latinos conservaron huellas de forma diversa. La innovación fonética esencial consiste en que las espirantes *f* (bilabial), Þ y *x* no se mantuvieron; solo quedó *f* (labio-dental) y *h*, con algunas fluctuaciones en la repartición.

Del vocabulario de los dialectos latinos, se ignora casi todo; pero los pocos hechos que poseemos dejan entrever notables diferencias. Lo que el latín de Roma llama *rēnēs*, de un nombre cuya etimología es desconocida, se llamaba en Preneste *nefrones*, en otras partes *nefrundines*, y en Lanuvio *nebrundines*, con los derivados de la palabra que está atestiguada en *nephroi* del griego y *nioro* del antiguo alto-alemán. El grupo de *Þagkjan* "pensar" del gótico, *denchan* del antiguo-alto-alemán está conservado en Preneste donde se decía *tongitio* para lo que los Romanos llaman por medio de un derivado nuevo *nōtiō*. Fue sin duda por razones religiosas por las que el antiguo adjetivo *mānus* "bueno", del que quedan el compuesto *im-manis*, y el derivado *Manes* (literalmente "los buenos" por eufemismo), desapareció de Roma, sustituído por *bonus* que, si en un principio significaba "válido, eficaz", tomó parcialmente el sentido de "bueno"; pero Lanuvio conservó *mane* con el sentido de "bueno".

Los pocos hechos que se poseen bastan para demostrar que los dialectos locales del Lacio diferían entre sí, y no concordaban con el dialecto de Roma. Pero es imposible sentar una teoría de conjunto del "latín".

El "latín" por excelencia es el de Roma y, cuando se habla del "latín", sólo se piensa en la lengua de Roma.

Muchas formas originariamente rurales, fueron adoptadas también por la propia Roma.

Entre los rasgos más notables que ofrecen una parte al menos de los dialectos latinos no romanos, está la conservación de *f* entre vocales. En los lugares en que el latín había hecho pasar *-f-* a *-b-*, el falisco por ejemplo había conservado *f*. Una fórmula falisca que se gravaba en los vasos de beber —hay dos ejemplares— es la siguiente: *foied uino pipafo cra carefo* "hodie uinum bibam; cras carebo". En *pipafo* hay una forma reduplicada,

bastante enigmática, y en todo caso muy diferente del lat. *bibō* (que reproduce un tipo indo-europeo); además se nota aquí la conservación de *f* entre vocales, atestiguada dos veces.

Ahora bien, hay más de una palabra latina, evidentemente venida de la campiña, que presenta esta *f*. Al lado de *ruber*, que reposa sobre un **rudhro-* y responde al gr. *erythrós* "rojo", el latín presenta un adjetivo de esta raíz diferente, que responde a *rauþs* del gótico, a *rúad* del irlandés y a *raũdas* del lituano. La forma latina esperada es *rūbus* con *b* porque después de *u* la antigua * Þsalida de **dh* se representa en latín, no por la *d* normal (tipo *medius*), sino por *b*: esta es la razón por la que de la raíz **yeudh-* el latín posee el presente *iubeō* frente a *iussī*, *iussus*. La forma *rūbus* subsiste en el derivado *rūbīgō*, pero por sí misma no está apenas atestiguada. Las formas usuales son dialectales: una es *rūfus*, con *f*, conservada como en falisco y la otra es *rōbus* (y el derivado *robigo*), con *b* como en latín, pero con el tratamiento *ō* del diptongo *ou* que se conocía en Preneste y que pudo también encontrarse en otras localidades.

La *f* de *inferus*, *inferior*, *infimus*, *infrā*, etc. no puede explicarse en el latín de Roma. La forma correspondiente en sánscrito es *ádharaḥ*, *adhamáḥ* "inferior" y, por lo tanto, se esperaría en Roma **inderior*, **indimus*. El grupo tuvo en parte un uso religioso; las expresiones *inferī*, *inferiae* e *infernī* hacen referencia a un mundo cuya mención se trata de evitar, el mundo de los seres subterráneos, de los muertos que los griegos designan con una palabra más simple, de la misma raíz, *éneroi*, así en Homero, 0.188. La forma romana pudo ser evitada intencionadamente. A partir de este momento el conjunto de las palabras tan neutras como *infra* e *inferior*, sería dialectal. Si la hipótesis parece temeraria, es porque nos olvidamos demasiado de que el origen del latín es complejo y de que en torno a Roma formaron un cinturón dialectos diversos (ver págs. siguientes).

En otros casos fue una búsqueda de la expresión la causa de la conservación de la *f*: *sifilāre* era más expresivo que la forma romana *sibilāre*. Por eso perduró desde la antigüedad esta forma en las lenguas romances: fr. *siffler*.

Se concibe bien que algunas formas locales hayan permanecido sobre todo en palabras rurales: el nombre *bu-bulcus* del "boyero" presenta un segundo término que reposa sobre **folko-*; así se explica el italiano *bífolco*.

En casos de este género no siempre es fácil determinar si las formas se remontan a los dialectos latinos u osco-umbros.

La palabra *bōs* llama la atención por su curiosidad. Se trata de una palabra indo-europea que tenía una **g^{w}* - inicial: *bous* del griego responde a *gaúḥ* del sánscrito. Como el tratamiento latino de **g^{w}* inicial es *u* y el tratamiento osco-umbro *b*, hay la posibilidad de que bos sea un préstamo del osco-umbro, como lo es con toda seguridad la palabra *popīna* "taberna" frente al lat. *coquīna* (que procede de **quoquīna*). Pero no es evidente que **g^{u}* haya dado *u* consonante en todos los dialectos latinos y por tanto no queda excluído que *bōs* haya sido tomado de algún dialecto del Lacio en el que hubiera existido el tratamiento *b*. La *b* ofrece además la ventaja de evitar la *u* consonante inicial en una palabra que presenta también el mismo fonema en interior, gen. *bouis*, etc.

Si el segundo término de *ar-biter* está emparentado con *qi þan* "decir" del gótico y con *koč̣em* "yo llamo" del armenio, como se ha supuesto, el primer elemento *ar-*, en vez de *ad-*, y la *b* serían formas de dialectos rurales.

Por lo demás es corriente que en Roma los nombres de cosas rurales tengan formas rurales: el *"ganso"* se llama *anser* y no **hanser*, como cabría esperar por el griego *khen* y el alemán *gans;* el nombre de la "legumbre" es ordinariamente *olus* y no **holus* que es la forma esperada. El nombre romano del "macho cabrío" es *haedus* frente a *gaits* "cabra" del gótico; pero es característico que VARRON dé por urbana la forma *aedus* (donde la ausencia de *h* es rural), mientras que la rural sería *edus* (el tratamiento temprano en *ē* del diptongo *ai* es, en efecto, rural) y que *fedus* sería la forma de Samnio (*f* frente al latín *h* es una particularidad de algunos dialectos del Lacio).

Habiéndose dado por sentado que *-ow-* dio *-au-* en el latín de Roma en *lauere* frente al griego *loúo* y en *cauus* frente al griego *kóoi* "hueco", nos tenemos que preguntar si *ouis* no sería en Roma como *bōs*, una palabra rural, que tenía la ventaja de ser distinta de *auis*.

Si es difícil reducir a reglas fonéticas generales algunas formas que las palabras tomaron en latín, se debe en gran medida a que la fonética de las localidades rurales se diferenció mucho de la ciudad.

La conservación de la *a* en el nombre *Caesar, Caesaris* es contraria a una regla esencial de la fonética latina; ello se debe a que este sobrenombre no es romano. Su forma romana es *Caeso*, y existen, si no en los dialectos latinos, al menos en el osco y en el peligno, formas en *-ar* de este género: donde el latín tiene *cānus* (de **casnos*, cf. *cas-cus*), el osco y el peligno presentan *kasnar*, con el mismo sentido. El nombre de *Caesar* no presenta una forma romana, lo que no pasa de ser un puro accidente; pero resulta curiosa que esta circunstancia se dé precisamente en el nombre del hombre de Estado que fue el primero en ver claramente que a la antigua constitución de la ciudad le había llegado ya su hora y de que era el momento de dar al imperio una nueva forma.

Hay numerosos casos en que el latín ofrece entre vocales una *-s-* simple después de una breve, lo que repugna a la fonética latina. Estas formas no pueden pasar por originariamente romanas. Tal es el caso de *miser, misereor* cuya etimología es desconocida, y tal es también el caso del nombre popular *casa*, que prevaleció sobre *domus* en las lenguas romances para designar la "vivienda o mansión". Del mismo modo que *Bansa* en osco responde a la forma latina *Bantia*, habría la posibilidad de que el nombre *casa* reposase sobre **katyā* y que estuviese emparentado con *castrum* y *cassis;* pero esto no es más que una hipótesis indemostrable, cuya demostrabilidad, por otra parte, poco importa, dado que *casa* presenta un aspecto evidentemente no romano.

Al lado del sistema principal ya establecido, se encuentran en Roma numerosas palabras y formas de palabras que resultan del hecho de que existiese en la ciudad un fondo samnita importante. Una lengua en la que el verbo que corresponde a *odor* es *olēre*, en la que el nombre de un objeto como *solium* se encuentra al lado de *sedeō*, en la que *lacrima* se prefiere a *dacruma*, cuya *d* es antigua, a juzgar por el gr. *dákry*, en la que incluso el nombre de *Capitolium* posee el doblete *Capitodium*, se denuncia como compiladora de formas que remontan a dialectos distintos entre sí.

No se podría medir de una manera exacta en la lengua de Roma la parte del elemento rural que pertenece a distintos dialectos; pero, de *bōs* a *casa*, de *inferior* a *Caesar*, hay demasiados ejemplos seguros para que se la pueda considerar desdeñable. La vida rural tuvo un lugar importante en la antigua Roma, y las gentes del campo, que hablaban dialectos distintos de los de Roma, trajeron al dialecto de la ciudad más palabras de las que

hoy podemos determinar, pues es muy remota la posibilidad de que estas palabras rurales hubieran conservado todas su aspecto inicial; la mayor parte debieron ser adaptadas al uso romano y por ello no es discernible su carácter originariamente rural.

La Roma etrusca era una ciudad; pero después de los jefes etruscos tomaron la dirección campesinos latinos; Roma fue durante mucho tiempo una capital rural y fueron los hacendados rurales de los alrededores de Roma quienes fijaron el latín romano, situación a la que el "latín" debe sin duda, en parte, las fluctuaciones y pequeñas incoherencias de forma que presenta. Una lengua que no pudo decidirse entre *dīxēre* y *dīxērunt*, entre *dīceris* y *dīcere* en la 2ª persona de la pasiva, entre los genitivos del plural *mensum* y *mensium*, en la que se encuentran a la vez *īs*, *eīs*, *iīs* e incluso *ibus*, y en la que abundan las fluctuaciones de este género, sin hablar de las que quizás existían en la lengua hablada y que están disimuladas por la unidad de la lengua escrita, deja ver, por su forma, la diversidad de las influencias locales y sociales que en ella se realizaron.

El "latín" que se fijó no es la lengua de una clase urbana cultivada; sino la de una aristocracia de hábiles campesinos que dispusieron de un nudo de comunicaciones y se apoderaron de un centro de civilización.

CAPITULO VI

LA LENGUA DE ROMA EN EL SIGLO III a. de C.

La tradición fija en el año 509 a. de C. la expulsión del rey etrusco Tarquinio el Soberbio y la creación del consulado. Aquí comienza verdaderamente la historia de la ciudad de Roma. Pero la historia de la lengua no se remonta tan atrás. Del siglo V o incluso del IV no subsiste casi ningún testimonio escrito, y no hay razón para creer que durante esta época se hayan escrito una cantidad notable de textos.

La inscripción más antigua de Roma que poseemos es la piedra negra del foro: está escrita *boustrophedon*, lo que, unido al carácter de la letra, atestigua su antigüedad. Pero la piedra está tan deteriorada que no hay en ella ninguna frase íntegra y, al resultar por ello ininteligible el texto, las pocas palabras que se cree reconocer no pueden pasar por seguras. Las palabras más claras: *sacros esed* "sacer erit *(o esset?)*" y *iouxmenta* "iumenta" demuestran que la lengua poseía ya entonces el tipo con que se la conoce en época histórica, pero faltaba hacerse realidad una serie de cambios de detalle.

La inscripción grabada en el vaso de tres recipientes, llamado vaso de *Duenos*, es menos antigua. Está entera, pero las palabras no están separadas; pertenece a un objeto destinado a un uso mágico, lo que excluye la claridad; a pesar de muchos esfuerzos, la interpretación permanece en parte incierta. El trozo más claro está en la línea tercera: *duenos-medfeced*, donde *med* y *feced* se aislan naturalmente: *duenos me fecit.* Pero no se sabe el valor de *duenos:* ¿es el adjetivo que significa *bonus* o es un nombre propio?

En realidad el latín de Roma no apareció hasta el siglo III a. de C. con los comienzos de la literatura. LIVIO ANDRONICO, joven griego llevado a Roma en tiempos de la la primera toma de Tarento en el 272 a. de C., hizo representar su primer drama en el 240 y compuso su himno a Juno en el 207. NEVIO, romano de origen, escribió así mismo entre el 235 y el 204 a.d.C.

El poderío romano se constituyó del año 500 al 240 a. de C. De la evolución de la lengua podemos hacernos una idea solamente a través del resultado que se observa a finales del siglo III y comienzos del II a. de C. Pero no se pueden determinar, al menos aproximadamente, las condiciones en que la lengua se desarrolló.

Fue la decadencia de los etruscos lo que permitió la liberación del Lacio. Roma ocupa el puente sobre el Tíber por el que se comunicaban la Toscana y la Umbría con la Campania; no se podía unificar Italia en un Estado sin la posesión de este puente. Desde el momento en que los etruscos dejaron de ser los dueños de Roma, había desaparecido uno

de los elementos esenciales de su poder y sus colonias meridionales fueron absorbidas progresivamente. Hubo todavía guerras entre los latinos y los etruscos; pero los etruscos retroceden constantemente desde comienzos del siglo IV a. de C. Por esto mismo, la influencia que hasta entonces habían ejercido en la civilización cesa para dejar sitio a la influencia exclusiva y directamente ejercida de Grecia. Discípulos también ellos de los griegos, no podían conservar el prestigio desde el momento en que ya no eran los maestros.

El acontecimiento que decidió la ruina del imperio etrusco fue la invasión gala. De los dos grupos en que se fraccionó el italo-celta, el de los latinos y Osco-Umbros fue el primero en entrar en Italia, o al menos en entrar en gran número.

Convertido en dueño de casi todo el país al norte de Italia y, en particular de la Galia, el otro grupo, el de los celtas, penetra a su vez en Italia, sin duda a partir del siglo VI a. de C., en pequeños grupos primero y en masa después en el siglo V. Los galos se hacen entonces dueños de la región del Po, pero no de la de los vénetos como tampoco lo hicieron los etruscos; sustituyen a los etruscos en las llanuras del norte de Italia y lanzan contra ellos, incluso hasta el interior de la propia Etruria, sus expediciones de saqueo. Hacia el 390 a. de C. una de estas expediciones llega hasta Roma, que se ve obligada a comprar su rescate a precio de oro. Ni en Italia, ni en la Galia los galos eran puros bárbaros. Practicaban el trabajo del hierro, poseían ricas alhajas y se apropiaban en gran manera de la civilización de los pueblos que acababam de saquear. Los carros sobre los que iban subidos los jefes galos, siguiendo una costumbre heredada de la época indo-europea, así como los carromatos en los que transportaban sus bienes en sus emigraciones, llamaron la atención de los habitantes de Italia; el latín tomó de los galos *carrus*, *carpentum* (carro de dos ruedas), *petorritum* (carro de cuatro ruedas), y, gracias al latín, el nombre galo del vehículo de transporte, *carrus*, gozó de gran fortuna.

Cogidos entre los galos que les rodeaban casi por todas partes y los latinos que habían conquistado su independencia y que ensanchaban su dominio, combatidos por otra parte por los griegos, los etruscos fueron perdiendo poco a poco su independencia; los comienzos del siglo IV marcan el fin de Etruria. Pierde su autonomía el único territorio no indoeuropeo de Italia; tenemos la ocasión de observar aquí en época histórica la manera cómo hicieron desaparecer las poblaciones de lengua indoeuropea los Estados que hablaban otras lenguas.

En el sur, en cambio, se mantuvo la influencia griega, sin que ello quiera decir que fue duradero allí algún poder político griego. En Sicilia y en la Magna Grecia como en los demás sitios, los griegos no ocuparon más que las costas sin avanzar nunca al interior del país. Su poder tenía pues límites estrechos. La civilización de las ciudades griegas fue a menudo brillante, sus riquezas en algunos momentos considerables y en consecuencia sus medios de acción grandes; pero la estrechez de su base de operaciones no permitió nunca a esta acción desarrollarse de una manera seguida. Los periodos de poder estuvieron siempre seguidos de rápidas reacciones y retrocesos.

Pero, si el helenismo fue en política un poder intermitente, por carecer de bases territoriales suficientemente amplias y de una unidad de acción, ejerció en materia de civilización el papel predominante. La civilización griega era profundamente original, mientras que la de los etruscos se componía en una gran parte de préstamos apenas asimilados. El helenismo ocupa, de un extremo al otro del Mediterráneo, un gran territorio del que

irradiaba al exterior. Los dos siglos que Roma empleó para establecer su dominación sobre Italia los dedicó el helenismo a extender su acción en Asia hasta la India, y en Europa por los contornos del mar Negro.

La aristocracia que dirigía la política romana era rural, vivía parcamente, sin duda de la tierra, cuyo cultivo debía seguir de cerca participando en él personalmente. La conquista etrusca había arruinado a la antigua aristocracia conquistadora y no quedaba más que una clase dominante de propietarios rurales; sus colegios de sacerdotes guardaban las tradiciones religiosas, pero este grupo de cultivadores no poseía en su totalidad las tradiciones religiosas: se ha visto cómo la onomástica indoeuropea era abandonada después de mucho tiempo por las poblaciones de lengua itálica, mientras que los celtas conservaban sus rasgos esenciales. Estos propietarios rurales habían conservado en herencia el espíritu de conquista indoeuropeo, pero tenían también la tenacidad, la rudeza y el espíritu de perseverancia que caracterizan al campesino. Poseían, como el futuro demostró, el sentido de la organización política, la preocupación del derecho aplicado; pero carecían, en cambio, de una cultura propia del espíritu, de especulaciones intelectuales nuevas, de delicadeza urbana y de un arte y una literatura propias.

Al lado de esta antigua clase de propietarios rurales había quedado en Roma una numerosa plebe que no cesaba de aumentar. A fines del siglo IV a. de C. el censor Apio Claudio había distribuído a los libertos, que tenían ya una gran importancia en la vida romana, entre las clases según la riqueza de cada uno. Se ve por ello cómo iba cambiando desde entonces el carácter de Roma: las fortunas ganadas en los negocios sustituyen a las antiguas fortunas patricias, que poseían un carácter totalmente rural. Además la importancia del antiguo patriciado disminuía sin cesar, muchas *gentes* habían desaparecido. En el transcurso del siglo III acceden a todos los poderes los elementos plebeyos y Roma queda dominada por una oligarquía patricia y plebeya a la vez. Sin embargo, los elementos rurales conservan todavía lo esencial de su poder durante el siglo III a. de C.

Sin embargo, Roma no era menos un puente, un lugar de paso, y, por ello mismo, un mercado. Al lado de la aristocracia de hacendados que poseía la influencia principal en la política y en la que la civilización griega apenas hizo mella, creció una población de hombres de negocios y de artistas que en su mayoría eran griegos y los demás más o menos helenizados. A los libertos y a algunos extranjeros se les concedió un derecho de ciudadanía, reducido al principio, pero que acababa por convertirlos en verdaderos ciudadanos. Mientras que Atenas no tenía más allá de una treintena de miles de ciudadanos, la Roma del siglo III tenía ya trescientos cincuenta mil, lo que supone una población ciudadana de un millón de habitantes, sin contar los esclavos y los extranjeros. La población antigua se vio sumergida entre los alógenas y los descendientes de los alógenas, y la clase dominante, a pesar del poder que había conservado, tendría que sufrir necesariamente la acción de una masa tan ingente. Cuando hablan una lengua tantos elementos nuevos, la pureza no puede dejar de ser afectada, por celosos de sus tradiciones que sean sus dueños.

Fue por medio de la plebe de Roma como entraron las más antiguas palabras griegas del latín. *Balineum* y *camera*, *mācina* y *tecina*, *mina*, *talentum* y *dracuma*, *ampora (ampulla)* y *spata (spatula)*, *oleum* (con *olīua*) y *massa*, *ancora* y *gubernāre* son palabras traídas por técnicos y gentes de negocios; e incluso *poena*, *punīre*, en las que podríamos ver a primera vista una influencia del derecho griego, son más bien palabras de pequeños grupos

más o menos expuestos a sufrir alguna *poena* de parte de los poderosos. Los nombres de plantas que se tomaron como préstamo son los de las legumbres o árboles cultivados en los jardines, como *caerefolium*. La civilización griega se infiltró entre los comerciantes, los marineros y en el pueblo de la ciudad de Roma antes de actuar profundamente sobre las clases dirigentes.

Los primeros textos literarios de Roma muestran este contraste.

De estos textos los únicos que sobrevivieron en estado de obras completas son las comedias: el grupo completo de las comedias que se consideran de PLAUTO y las seis comedias de TERENCIO. En la medida en que los fragmentos que subsisten de otras obras nos permiten juzgarlas, esta diferencia de trato está justificada: la comedia encontró desde un principio en Roma la lengua y el público que le hacían falta; por el contrario para llegar a una poesía noble de primer orden, Roma tuvo necesidad de un largo aprendizaje: pese a su talento, ENNIO no pudo forjar de improviso el instrumento que necesitaba. Nada eclipsó jamás a PLAUTO cuyo poder cómico es admirable, ni a TERENCIO, mientras que VIRGILIO dejó justamente en la sombra a su predecesor ENNIO. En cuanto a la tragedia, ésta no encontró en Roma un gran poeta en ninguna época.

Poesía cómica y poesía seria sufrieron igualmente la influencia griega, pero la poesía cómica está llena de palabras griegas, mientras que la poesía seria no ofrece casi ninguna. PLAUTO se sirve constantemente de la lengua familiar en la que abundaban los préstamos griegos, y en la que los hablantes se complacían en introducir palabras griegas. ENNIO y los trágicos se abstienen de estas palabras griegas que las clases dirigentes evitaban por dignidad.

En Roma el vocabulario de la vida seria era totalmente latino y el del placer era griego, de ello saca PLAUTO algunos efectos cómicos. He aquí una fórmula:

Most. 64

bibite, pergraecamini

y cuya aliteración subraya el efecto en:

Most. 22

Dies noctesque bibite, pergraecamini,
Amicas emite, liberate; pascite
Parasitos; obsonate pollucibitier.

La palabra griega *parasitos* es puesta en evidencia mediante la aliteración que relaciona las palabras principales y la otra palabra griega *obsonate* está también puesta de relieve por medio del adverbio expresivo, y aquí gracioso, *pollucibiliter,* que comienza por una *p* aliterante. TITINIO tiene igualmente:

nunc ruri pergraecatur

y HORACIO escribe más tarde, *Sat.* II, 2, 10 y ss:

Vel si Romana fatigat

Militia assuetum graecari.

Graecari así empleado era una expresión usual que se encuentra en PERCULIANO y en APULEYO

He aquí otro empleo expresivo de PLAUTO:

Bacch. 742

atque id pollicetur se daturum aurum mihi
Quod dem scortis quodque in lustris comedim et congraecer[1]

(se ha de notar aquí la manera en que están relacionados y puestos de relieve por medio de la aliteración los verbos *comedim* y *congraecer;* en los dos verbos el preverbio *com-* marca el hecho de que la acción ha llegado a su término; tiene un valor expresivo y su uso era corriente: *comedere* sobrevivió en las lenguas romances en que no prevaleció el verbo expresivo y vulgar *mandūcāre,* de donde en esp. *comer).*

Las palabras griegas penetraron en la lengua, pues los poetas cómicos sacaron de ellas derivados y esta derivación latina de las palabras griegas ayuda al efecto cómico. El verbo *philosophārī* es corriente:

Merc. 187

Nescio ego istaec: philosophari nunquam didici neque scio.

En el *Miles gloriosus,* el *lepidus senex* acumula las palabras griegas con formas latinas, v. 666 y ss.:

Vel hilarissimun *conuiuam hinc indidem expromam tibi,*
Vel primarium parasitum atque obsonatorem *optimum.*
Tum ad saltandum non cinaedus malacus *aeque est atque ego.*

El verbo *obsonare* es usual, así *Merc.* 695.

Las bromas suponen en numerosos pasajes que los oyentes —es decir el gran público— comprendían las palabras griegas familiares. Así *Pseud.* 652 y ss.:

Dato istunc sumbolum *ergo illi.*— *Licet.*
Sed quid est tibi nomen? — Harpax. — *Apage te,* Harpax; *hau places.*
Huc quidem hercle haud ibis intro, niquid harpax *feceris.*
— *Hostis uiuos* RAPERE *soleo ex acie: eo hoc nomen mihist.*

La palabra *harpax* está muy deteriorada en los manuscritos palatinos, porque con el tiempo dejó de ser comprendida.

Se explica la derivación:

Aul. 201

Aurum mi intus harpagatumst.

1. *congregem* mss. pal. (A def.): *congreger* Nonius.

Igualmente se encuentra muchas veces *sycophanta,*[1] *sycophantia, sycophantari.*

La broma descansa manifiestamente sobre la palabra griega en:

Most. 42

Non omnes possunt olere unguenta exotica.

(Es de notar que *exotica* forma parte de una serie aliterante).

Y en otra parte, en un pasaje lleno de palabras extranjeras o fabricadas, se encuentran en nexo:

Epid. 232

basilicum aut *exoticum.*

El vocabulario de los negocios de dinero y del comercio es griego. Así:

Ps. 716

Espistulam *modo hanc intercepit et* sumbolum[2].

En otro lugar encontraremos *syngraphus.* Al banquero se le llama normalmente *trapezita*[3].

Lo mismo ocurre con el vocabulario de la medicina, *Mil. gl.*, 147 y ss.:

Ei nos facetis fabricis et doctis dolis
Glaucuman *ob oculos obiciemus eumque ita*
Faciemus ut quod uiderit ne uiderit.
(glaucuma es el griego *glaúkōma).*

A diferencia de los préstamos antiguos estas palabras griegas de PLAUTO están reproducidas casi sin adaptación; el griego estaba tan presente en todo que lo empleaban tal como era:

Ps. 544

Quasi in libro cum scribuntur calamo *litterae.*

Son los personajes de condición inferior, y especialmente los esclavos, quienes más palabras griegas utilizan; así en *Persa,* 462 y ss., un esclavo que se expresa con énfasis dice:

euge, euge, *exornatu's* basilice.

. . . . . .

Tum hanc hospitam autem crepidula *ut* graphice *decet.*
Sed satim estis meditati.– Tragici *et* comici
Numquam aeque sunt meditati.
(*crepidula* es un diminutivo de *crepida,* hecho sobre el acusativo gr. *crēpīda,* en una

(1) Sin duda esta ortografía con *y* y *ph* no es de Plauto
(2) Ortografía de A; *Simbolum* Pd.; en otros se lee *Symbolum*
(3) Plauto escribía sin duda *trapessita, sungrapus, etc.*

época en que los acusativos tenían ya tendencia en el griego popular a recibir el signo *-n* del acusativo, y en el que *crepida* podía por tanto dar un nombre latino en *-a).*

El gr. *kólaphos* no es ático, pero está atestiguado en griego occidental y especialmente en EPICARMO. Entró en la koiné: ARISTOTELES tiene *kolápto* "yo golpeo" y el Nuevo Testamento *kolaphīzzo.* De ahí viene *colapus (colpus),* escrito *colaphus,* que como *calamus* de *kálamos* perdió su *a* interior, que respondía mal a los usos del latín (it. *colpo,* fr. *cup* como fr. *chaume* de *calmus).* Y *mastigia* es corriente entre los cómicos.

Un detalle muestra hasta qué punto estaba extendido entre las gentes del pueblo el vocabulario griego familiar: los juramentos eran griegos. Se dice *hercle* y *mehercle, ecastor* y *mecastor, pol* y *edepol, euge* y *eugepae.* Y, como se encuentra *apage,* hay motivos para preguntarse si *age,* por muy latino que pueda ser, no sería el imperativo griego *age.* No quiero decir esto que *age* no fuera sentido como una palabra latina, en plural tenemos *agite;* pero el empleo de *age* como exclamación tiene visos de haber sufrido una influencia griega en el latín de PLAUTO.

Un hecho curioso es que uno de los primeros plebeyos que entró en el colegio de pontífices, en el 300 a. de C., recibiera el sobrenombre griego de *Sophus.*

Fue tal la influencia griega sobre la plebe romana que dio lugar a todo un tipo verbal, el tipo en *-issāre,* adaptación de los presentes en *-izzō.* Se lee *badissas* Asin. 706, *cyatissare* Men. 305. No se conoce un original griego para el derivado latino de *moikhos* "adúltero" que se lee:

Cas. 976

In adulterio dum moechissat *Casinam, credo perdidit.*

El autor del prólogo de *Ménechmes* (que no es PLAUTO) escribe, dirigiéndose al público:

Atque adeo hoc argumentum graecissat; *tamen*
Non atticissat, *uerum* sicilissat.

El carácter "vulgar" de la formación se pone de relieve en este pasaje de TERENCIO:

Heaut. 457

Nam ut alia omittam, pitissando *modo mihi*
Quid uini absumpsit.

Después de haber exaltado en tres versos solemnes su triunfo, el escalvo Epidico dice, *Epid.* 678:

apolactisso[1] *inimicos omnis.*

El verbo griego *apolaktízzō* está simplemente reproducido.
Y en *Truc.* 290:
. . . *bucculas tam belle* purpurissatas *habes.*

(1) *apolactico* A.

Aquí el verbo tomado al griego va acompañado de dos palabras familiares *bucca*, en la forma de diminutivo, y *belle;* es porque se trata de emplear las formas de galantería.

De manera distinta ocurre con el estilo noble en el que se emplea la lengua de las clases dominantes. Las palabras griegas no tienen cabida en él más que por excepción y los poetas tratan con grandes dificultades de decirlo todo con palabras latinas y, aunque les era imposible conserguirlo, se esforzaban en ello.

En la epopeya los poetas más antiguos se mantienen tan latinos como pueden y conservan el verso nacional, el saturnio. En saturnios introdujo la Odisea LIVIO ANDRONICO, profesor más que poeta, y que era de origen griego. Se guarda bien de tomar la palabra *Mousa* y su verso inicial es:

Virum mihi, Camena, insece uersutum.

Así mismo, para traducir *polýtropon*, no hace un compuesto que no tendría carácter latino y se sirve hábilmente de *uersutus*. Igualmente *Kronídē* esta dado por la prerífrasis *Saturni filia*. Para *Moîra* el traductor encuentra una palabra *Morta* que es de la misma familia que el gr. *Moîra*, pero que es propiamente latina. Los nombres propios están reproducidos, pero totalmente latinizados:

Apud nimp(h)am Atlantis filiam Calipsonem.

Aunque no queramos dar demasiada importancia a un hecho particular, es sin embargo curioso que, del verbo antleîn "sacar, achicar" tomado sin duda de la lengua de los marineros, como *gubernāre*, LIVIO ANDRONICO construyera una forma en la que el grupo *-tl-* desconocido en latín se latinizó en *-cl-: anclabatur* en la Odisea, *anc(u)labant* en una tragedia (estas formas no son errores; los gramáticos las señalan); PLAUTO por el contrario presenta sin más la forma con *-tl-: exantlauit* (*Stichus*, 273; forma positivamente atestiguada por SERGIO).

Para la tragedia que en la tradición no podía encontrar ningún equivalente, por insignificante que fuera, LIVIO ANDRONICO reprodujo los metros griegos, pero adaptándolos. El hecho de que se haya traspasado al latín una métrica extranjera muestra cuán poderosa era la acción del modelo griego. También los poetas cómicos que se dirigían a un público bajo, procedieron de idéntica manera: los metros griegos para ser admitidos en el teatro de Roma sufrieron cambios que motivaron su transformación; pero fueron siempre metros griegos latinizados los que sirvieron a todos los poetas dramáticos romanos, incluso en las comedias que se acercan a la farsa. Sin embargo, LIVIO ANDRONICO evita las palabras griegas e, incluso cuando habla de cosas helénicas, las lleva a terreno latino. Cuando habla del atleta completo que figuraba en los cinco tipos de concursos, del *pentathlon* de los griegos, utiliza una palabra manifiestamente fabricada:

Quinquertiones *praeco in medium <pro>uocat.*

La razón de que LIVIO ANDRONICO calcase así una palabra griega no era la de hacerse comprender mejor sino la de hablar verdaderamente en latín y la de mostrarse digno de dirigirse a los romanos.

También NEVIO emplea pocas palabras griegas en los fragmentos conservados de los Annales o de las tragedias, mientras que en la comedia usa *theatrum, chorus* y *pallium.*

Hay también palabras griegas en su famoso epitafio en saturnios —cuya autenticidad, bien es verdad, es discutible, pero que no deja de ser interesante, aunque se trate de una imitación—; pero estas palabras las admitía sin duda la lengua noble y no habría posibilidad de reemplazarlas por otras. NEVIO traduce *thnetós* "mortal" y *athánatos* "inmortal"; llama a las Musas *Camenae* y si emplea *poeta* es porque se trataba de un término consagrado: Roma sólo tuvo verdaderos poetas bajo la influencia de los griegos y a imitación de los mismos griegos:

Immortalis mortalis *si foret fas flere,*
Flerent diuae Camenae *Naeuium poetam*

(se marca aquí en caracteres romanos lo que hay de influencia griega, pero disimulado con formas latinas). En los versos siguientes hay de nuevo una palabra griega, pero designa una cosa griega que NEVIO no podría expresar en latín:

Itaque postquam est Orchi traditus thesauro,
Obliti sunt Romae loquier lingua Latina.

ENNIO llegado un poco más tarde —nació en el 239 a. de C.— se deja llevar más abiertamente por la influencia griega. Para sus Annales abandona el saturnio y adopta el hexámetro, a pesar de las dificultades que este metro ofrecía en latín y a pesar de la necesidad a que le sometían las reglas, por ejemplo, de reemplazar una palabra tan importante y tan latina como *imperator* por *induperator.* El llama ya abiertamente a las Musas por su nombre griego:

Musae *quae pedibus magnum pulsatis* Olympum.

Sin embargo, pese a imitar los procedimientos homéricos con un servilismo que llega a veces hasta la ingenuidad, ENNIO introduce con una timidez extrema las palabras griegas. Sería rápida la cuenta de las palabras griegas que figuran en los Annales.

El hexámetro de que se sirve ENNIO está mucho menos adaptado al latín que los versos de los poetas dramáticos, quienes, ante la necesidad de que sus versos fueran recitados ante el gran público, se vieron obligados a latinizar los metros griegos hasta el punto de hacer verdaderos versos latinos. En cambio, un poeta que escribía para ser leído pudo quedar más cerca de estos modelos. Pero en un verso que siguió siendo un verso extranjero, ENNIO introduce procedimientos latinos y emplea tanto o más que PLAUTO la aliteración, procedimiento popular, verdaderamente expresivo, que conviene más a la poesía dramática que a la epopeya; ENNIO recurre a ella de una manera constante y a veces con singular mal gusto, cuando los poemas homéricos no le ofrecen ningún modelo:

Accipe daque fidem foedusque feri bene firmum.

e incluso:

O Tite tute Tati tibi tanta tyranne tulisti.

La aliteración está combinada con una búsqueda pueril del efecto imitativo en:

At tuba terribili senitu taratantara dixit,

donde son de notar también la *r* y las dos *b*. Si hacemos abstracción de estos ejemplos excesivos, encontramos por lo menos una aliteración casi por verso:

Incedunt arbusta per alta, securibus caedunt,
Percellunt magnas quercus, exciditur ilex,
Fraxinus frangitur atque abies consternitur alta,
Pinus proceres peruortunt: omne sonabat
Arbustum fremitu siluai frondosai.

No se podría exagerar, como se ve, el papel que desempeña en ENNIO un procedimiento tan poco griego como el de la aliteración.

ENNIO utiliza procedimientos romanos y guarda con cuidado las apariencias romanas; pero es para encubrir su estrecha imitación de los modelos griegos. Las clases dirigentes de Roma reciben entonces de Grecia su cultura intelectual; pero cediendo a su dignidad no lo demuestran públicamente y sólo se helenizan en la intimidad.

De este modo el latín se ve sometido a una fuerte influencia griega. En la lengua del pueblo esta influencia se manifiesta sin reserva y parece que se remonta muy atrás. En la lengua de la élite es más profunda, pero menos antigua, y se disimula mediante una atenta conservación en el exterior de los usos tradicionales.

No quiere decir esto que el latín sea una lengua inculta. Una aristocracia dirigente no asume el papel que tuvieron las grandes familias de Roma sin poseer una tradición y una organización. El latín que encontró LIVIO ANDRONICO carecía casi de tradición literaria, salvo en la medida en que toda población —incluso poco artista por naturaleza— posee cuentos y canciones. Pero el latín estaba destinado a expresar las nociones del derecho y de la política.

Se ha dicho que el latín fue una lengua de campesinos, lo que es justo en un sentido; pero la palabra "campesinos" corre el riesgo de dar una idea falsa. Está fuera de duda en efecto que los antiguos jefes de Roma eran propietarios rurales que se ocupaban personalmente de sus campos, y no faltan en el latín escrito términos que evocan esta antigua vida rural: los *riuālēs* son hombres *qui per eumdem riuum aquam ducunt* y que, por lo tanto, están sujetos a litigios para la posesión de la misma agua de riego. En las *Mélanges Vendryes*, Marouzeau señaló numerosos hechos de este género, que, aunque no todos sean igualmente probatorios, poseen en su idea un fondo de verdad. El término "campesino" evoca solamente la idea de una clase un tanto inferior y vulgar con relación a los ciudadanos. En Roma, por el contrario, estos propietarios rurales fueron durante mucho tiempo los dueños de la ciudad y, si poseían la dureza que muchas veces caracteriza al cultivador de la tierra, cuyas ganancias son siempre limitadas y que no tiene medio de enriquecerse pronto a la manera de un especulador de la ciudad, y, si ellos no poseían una cultura intelectual fina, seguían siendo entre ellos y en la ciudad los jefes que poseían una

gran autoridad y una tradición de autoridad, y por consiguiente eran algo muy distinto de de los que llamamos "campesinos", arrendatarios, pequeños granjeros o incluso propietarios que explotan una pequeña hacienda y la cultivan con sus brazos.

Los pequeños fragmentos que quedan de la ley de la XII tablas no se han conservado en condiciones tales que puedan servir para la historia de las formas lingüísticas; apenas si se observa en ellas algunas formas gramaticales antiguas; pero sí se puede apreciar el giro de las frases. En ellas vemos que el derecho tenía formas lingüísticas precisas y que utilizaba con una extrema tensión los recursos de la lengua para sacar de ellos una expresión tan breve y tan rígida como fuera posible.

Hay desde los primeros fragmentos un rasgo que llama la atención. Se sabe que las formas personales de los verbos indoeuropeos se bastaban por sí mismas y que en principio, no había necesidad de designar el sujeto nada más que en los casos en que fuese desconocido por los interlocutores. El lat. *fero* ya significa de por sí "yo llevo" y *fers* "tú llevas"; del mismo modo *fert* indica que "alguien lleva", y un "sujeto" no se enuncia a no ser que haya necesidad de nombrarlo expresamente. El griego dice simplemente *salpizzei* para indicar que "alguien toca la trompeta", "se oye una trompeta". Por lo tanto en las fórmulas jurídicas que se aplican a un ciudadano cualquiera es suficiente el verbo por sí sólo. Pero en toda acción judicial existe un demandante y un defensor y, ni que decir tiene, no son designados ni el uno ni el otro. En el fondo la fórmula está clara y para el jurista nada le falta; pero el efecto producido es extraño para el que se sitúa desde un punto de vista literario: *Si in ius uocat* (el demandante) *ito* (el defensor).

El demostrativo que marca la referencia no figura más que cuando el sentido lo exige y se encuentran entonces frases articuladas conforme a los procedimientos que la lengua literaria conservó más tarde. En la frase siguiente, las palabras y los usos de palabras son arcaicos, pero el giro es ya de tipo clásico: *cui testimonium defuerit, is tertiis diebus ob portum obuagulatum ito.* Y también: *uti legassit super pecunia tutelaue suae rei, ita ius esto.* La frase condicional esta también fijada: *si plus minusue secuerunt, se fraude esto.*

Observamos en estas citas frases de dos miembros. En algunas hay hasta tres miembros breves, así una frase condicional, una relativa y una principal: *si intestato moritur, cui suus heres nec escit, adgnatus proxumus familiam habento.*— Una condicional doble está indicada con un mínimum de elementos lingüísticos (y se notará que la diferencia del "ladrón" y del "propietario" no está marcada y se deduce sólo del contexto): *si nox furtum faxsit, si im occisit, iure caesus esto;* no hay aquí obscuridad ninguna, pero se está tan lejos como es posible de toda literatura. Lo mismo ocurre en el fragmento citado por CICERON: *neue aurum addito. At cui auro dentes iuncti escunt, ast im cum illo sepeliet uretue, se fraude esto.* Todos estos tipos de frases, simples y claramente articuladas, subsistieron y la lengua literaria que las utilizó, sólo tuvo que dotarlas de flexibilidad y suprimir su ambigüedad.

La lengua literaria también sacó partido de un procedimiento que aparece en los textos de leyes, el empleo del participio pasado para indicar una condición; *si ambo praesentes, sol occasus suprema tempestas esto.* Este giro preciso y tan concreto para decir "la puesta del sol" quedó en la lengua literaria donde desempeña una función característica.

La lengua política no podía contentarse con un instrumento tan simple y ofrece,

ya desde los primeros textos conservados, un estilo del que sacó gran partido la lengua literaria y que es característica fundamental de la prosa latina. La carta de los cónsules relativa a las Bacanales está toda ella redactada en la forma que se conoce con el nombre de "estilo indirecto", forma que sin duda era ya una creación del itálico común, como vimos anteriormente. Esta manera de exponer es cómoda para el estilo de las informaciones, de las exposiciones y de los decretos. El procedimiento es sistemático, como conviene a una lengua oficial y nunca se desarrolló más allá de como lo encontramos en sus comienzos: *De Bacanalibus quei foideratei esent ita exdeicendum censuere: neiquis eorum Bacanal habuise uelet; sei ques esent quei sibei deicerent necesus ese Bacanal habere, eeis utei ad pr. urbanum Romam uenirent, deque eeis rebus, ubei eorum uer* [*b*] *a audita esent, utei senatus noster decerneret dum ne minus senator* [*i*] *bus*[1] *C adesent* [*quom e*] *a res cosoleretur.* La frase es compleja; comprende muchos miembros sin la menor torpeza. La transcripción del estilo directo al subjuntivo, con formas temporales exigidas no por el sentido mismo, sino por las frases principales, está ejecutada con precisión. Se observa aquí un estilo lingüístico fijado, que llegó a su madurez gracias a un empleo prolongado en la lengua oficial. En el 186 a. de C., y quizás mucho tiempo antes, el estilo de los relatos y de los decretos había alcanzado ya una cierta perfección.

No fue, pues, sobre una lengua inculta de simples campesinos sobre la que se ejerció la influencia griega, popular de una parte y culta de otra. Existía una lengua oficial en la que se expresaban no sólo las prescripciones jurídicas exactas, sino también las discusiones y decisiones variadas que comporta consigo la administración de un Estado poderoso, que comprendía elementos diversos y estaba habituado a negociar con otros Estados.

Sin esto no se explicaría que el latín, desde sus comienzos, tenga ya su carácter fijado de una manera definitiva.

A primera vista, tanto el decreto de Paulo Emilio, del 189 a. de C., como la carta relativa a las Bacanales, del 186 a. de C., parecen diferir notablemente de la lengua clásica; pero no debemos ser víctimas de las apariencias. Estos textos son contemporáneos a la actividad literaria de ENNIO y de PLAUTO. Por tanto, detalle más o menos, la lengua de ENNIO y de PLAUTO es el latín clásico, tal como se escribía en época de CICERON y de VIRGILIO y tal como se continuó escribiendo durante el Imperio. Se podría suponer que la lengua oficial, al conservar viejas tradiciones, se diferenciaba entonces de la de los escritores. Pero la hipótesis no se verifica, si miramos las cosas de cerca.

Indudablemente la ortografía de estos textos es arcaica, más que la de los textos literarios que además pudo haber sido modernizada; es incluso arcaizante. Paulo Emilio cuando hace grabar en España un decreto sobre su ocupación de la misma en calidad de *imperator,* emplea, en el 189 a. de C., una grafía más moderna que la carta de los cónsules sobre las Bacanales, redactada en Roma según los modelos antiguos. La inscripción de Paulo Emilio señala en gran parte la geminación de las consonantes: se lee en ella *essent, uellet;* la inscripción de las Bacanales no posee consonantes geminadas: *esent, uelet.*

He aquí un hecho más notable: la *d* final después de vocal larga no se pronunciaba ya a comienzos del siglo II a. de C. y los textos literarios no presentan huellas de la misma,

1. La grafía es defectuosa en más de un aspecto, sin duda.

salvo en los monosílabos *med, ted.* La inscripción de Paulo Emilio, en el 189, no la posee: *in turri Lascutana.* Las palabras añadidas de la inscripción de las Bacanales para indicar el lugar en que debía estar colocada tampoco la presentan: *in agro Teurano.* El grabador, que no pronunciaba *d*, se equivoca y escribe *magistratu*› donde el modelo tenía *magistratud*. Sólo en virtud de una tradición, pues, posee regularmente la inscripción de las Bacanales: *preiuatod, sententiad, couentionid.* En efecto, PLAUTO, cuando parodia en el *Amp(h)itruo* el estilo oficial, escribe:

Amp. 189

Duello <d> exstincto maximo...

en donde la forma *duellum* de *bellum* y la final *-ōd* son igualmente arcaísmos tradicionales de la lengua oficial, eminentemente cómico en boca del esclavo Sosias.

Hay un rasgo que nos hace concebir ilusiones sobre el arcaísmo de la lengua: la grafía latina es visiblemente etimológica desde el siglo III a. de C. La inscripción de las Bacanales presenta *consoluerunt* (al lado de *cos.* [*consul*] y de *cosoleretur*, bien es verdad), *exdeicendum* (en vez de la forma que desde entonces se debía esperar *ēdeicendum)*, *dismota* (en vez de *dimota*). La forma *poplicod* sería sorprendente: PLAUTO escribe siempre *publicus*, con *u*, y no una forma como *poplicus;* se nota aquí que la grafía oficial lleva la preocupación por la grafía etiomológica hasta desfigurar las palabras; la inscripción que conservó la *lex Acilia* (de 132-122 a. de C.) ofrece *puplicus* (al lado de *poplicus*) donde la grafía etimológica es sólo parcial; según toda apariencia, no hubo nunca en latín una palabra *poplicus;* no se trata aquí más que de una pretendida manera etimológica de escribir *publicus.* Se sabe por los textos poéticos que *neque, neue* tenían desde entonces dobletes *nec, neu:* incluso ante consonante, la inscripción de las Bacanales no posee más que *neque* y *neue.* De acuerdo con *caput*, el adjetivo derivado está escrito *caputalem.* Las palabras no se notaban, pues, como se pronunciaban, sino según la manera como eran concebidas de acuerdo con la forma más plena o con la que parecía dominante. No debemos dejarnos engañar por este procedimiento que caracteriza a un pueblo ligado a las fórmulas del derecho más que a los accidentes pasajeros.

El hecho de que la grafía *quom* recubra una pronunciación *cum*, y de que *qu-* es una grafía etimológica, debido a la influencia de *quis, ques, queis* etc., que figuran también en la inscripción de las Bacanales, está indicado por la estraña grafía *oquoltod* en vez de la forma real *ocultod.* Pero por el hecho mismo de que los romanos sentían sus palabras etimológicamente, las formas que deberían esperarse por la fonética pura fueron reemplazadas generalmente por las que pide el sentido: de *com-* y *mandāre*, el latín tenía necesariamente *com-mendāre* forma representada en los dos extremos del mundo románico, en la forma hispánica *comendar* y en la forma romana *comîndà* (con el sentido de "dar un banquete funerario"), mientras que, en el centro del dominio romance, es la forma *commandare*, restituida según *mandāre* la que está representada: italiano *comandare*, fr. *commander;* ahora bien, después del siglo II d. de C., el gramático VELIO LONGO afirmaba que, aunque la forma *commando* era la normal, sin embargo, corrientemente se decía *commendo.* Inversamente, de formas tales como *in-sculpo, ex-sculpo* frente a *scalpo*, se sacó *sculpo* en la época imperial. Las grafías etimológicas representan, pues, una tendencia de la propia lengua.

Dejando aparte los hechos de grafía arcaizante o etimológica, poco queda por lo que la lengua de la inscripción de las Bacanales se distinga verdaderamente del latín clásico, y podemos incluso preguntarnos si las pocas particularidades reales tienen un verdadero alcance. Se lee ciertamente *arfuisse, aruorsum;* pero ¿se debe esto a la tradición o se conforma al uso de los senadores del 186 a. de C.? Se leen también los genitivos *nominus* y *senatuos* que reposan sobre un uso antiguo; pero si estas formas subsistían en la cancillería oficial ¿eran de uso corriente en Roma? La manera en que está ortografiado el texto nos da motivos para dudar de ello.

En una ciudad procedente de un sinecismo en la que se cruzan actividades diversas, urbanas y rurales, no están excluídas ciertas incoherencias de lengua: el inglés, fijado en Londres, en el punto de encuentro de dialectos diferentes, no posee la unidad del francés fijado en París, en un punto bien determinado, y en una clase social restringida; pero no se ha de exagerar esta falta de unidad en Roma.

Se encuentran allí préstamos de lenguas no romanas que no fueron adaptados; como señalamos anteriormente. Pero, aparte de los términos técnicos, el número no es grande.

Encontramos también múltiples formas para una misma categoría gramatical, pero estas formas se explican fácilmente.

El caso más llamativo es el de la 3ª persona del plural de los tipos *cosoluerunt* y *censuere* que se leen los dos en la inscripción de las Bacanales. Los dos tipos son antiguos. Es bien conocido que el tipo *consulŭērunt* es una forma con desinencia *-unt* (antiguo **-onti*) del tema del *perfectum* en *-is-* que se encuentra en *consuluistī, consuluistis, consulueram, consuluissem,* etc. El tipo *censuēre* es una 3ª persona del plural en *-r-* como es el del indo-iranio, el del tocario y el del hitita. El tipo en *-ērunt* resulta de la contaminación de *-ērunt* y de *-ēre* que no tuvo quizás gran extensión en la lengua popular — las lenguas heredaron *-ērunt*—, pero fue muy bien acogido por los poetas dactílicos, pues la serie de las tres breves en casos como *mŏnŭērunt, consŭlŭērunt* y la breve entre dos largas en casos como *fĕcĕrunt, dīxĕrunt* eran igualmente utilizables en el hexámetro; la coexistencia de los dos tipos duró mucho tiempo. CICERON y CESAR preferían el tipo en *-unt* final, que prevaleció en el latín hablado puesto que fué este el que prevaleció en las lenguas romances; pero, a juzgar por sus cláusulas, parece que CICERON guardaba el ritmo con *-ērunt,* de acuerdo con los poetas dactílicos.

El hecho de que el latín ofrezca así dos tipos para una misma categoría resulta de que el *perfectum* latino se obtuvo mediante la fusión de dos formas diversas de perfecto y aoristo, unas con alargamiento en *-is-*, y otras sin él; exceptuado el indicativo presente, los demás tiempos presentan el tipo en *-is-: fēceram* (con paso fonético de *-is-* a *-er-*, normal ante cualquier vocal), *fēcerō, fēcerim, fēcissem, fēcisse;* pero en el indicativo hay, de una parte, formas sin *-is-: fēcī, fēcīt, fēcimus* y *fēcēre* (donde *-ēre* es, como se ha visto, una antigua desinencia *-r-* de 3ª persona del plural), y, de otra, *fēcistī, fēcistis y fēcerunt* en las que figura *-is-*, como en *fēcissem* y *fēcerim.* La dualidad de las dos formas en *fēcerunt, fēcēre* no proviene de una mezcla de dialectos distintos, sino de la complejidad de los orígenes del *perfectum* latino.

Ocurre lo mismo con la coexistencia de *sequere* y de *sequeris* en la 2ª persona del singular, en la pasiva y en el deponente: *sequere* es la forma antigua, con la desinencia media **-se* de 2ª persona; *sequeris* es la misma forma con la característica *-s* de la 2ª persona

activa añadida a la forma media para marcar mejor la 2ª persona. Hay aquí una acción analógica de tipo banal que no exige, para su explicación, ninguna mezcla de dialectos.

El latín se fijó en un momento en que el sistema morfológico cambiaba grandemente. La repartición que se hizo de *quis* y de *quoi (qui)* es una innovación itálica, según se ha visto anteriormente; la forma *ques* del nominativo plural del interrogativo-indefinido que figura en la inscripción de las Bacanales representa una tentativa más extendida de distinción; en Roma, al menos, esta tentativa no fraguó y el plural *qui* es común al interrogativo-indefinido y al relativo.

En los casos en que el latín heredó dos formas alternantes de la desinencia del genitivo del singular, **-es* (como en eslavo y en báltico), **-os* (como en irlandés y en griego), (e incluso **-s* en los temas en *-u-* del tipo *domu-s*, como en sánscrito, germánico, etc.), conservó restos de las dos: la inscripción de las Bacanales posee aún *-os* en *nominus*, de la expresión técnica, *nominus latini*, mientras que el latín clásico se decidió por *-es*, en *nominis;* resto manifiesto de un antiguo uso oficial. Y, como el tipo de los nombres en *-u-* está compuesto de diversos elementos y comprende antiguos nombres en *-u-* del tipo *domŭs*, y quizás nombres en *-u-* de un segundo tipo conocido por el indo-iranio y seguramente de antiguos nombres en *-u-*, como *socrus*, se encuentra aún *senatuos* en la inscripción de las Bacanales, mientras que el latín clásico fijó la forma *senatus*, que es la antigua forma de los temas en *-u-* ordinarios. El colectivo en *-tu-*, *senatus*, forma parte, con *magistratus*, de un pequeño grupo, formado en latín, a lo que parece por términos oficiales; el genitivo *senatuos* muestra que este tipo no se declinaba antiguamente según el tipo de *domus*.

Todo esto viene a dejar por sentado ante todo que, si el latín no tenía una lengua literaria fijada, la variación no excedería apenas de lo que se puede observar en la lengua de una población numerosa, compuesta por clases sociales diversas, durante el largo tiempo en que una fuerte tradición literaria y una enseñanza escolar organizada no es capaz de fijar la lengua con precisión. El latín se cristalizó en una ciudad y en un tiempo en que la lengua no poseía una unidad completa y en el que quedaban fluctuaciones.

A falta de datos, nada positivo se podría afirmar sobre la manera en que se constituyó el latín de Roma. Pero, si se hace abstracción de los préstamos procedentes de dialectos rurales no romanos, es natural creer que el latín que se fijó hacia el siglo III a. de C., era la lengua de los propietarios rurales, modestos y grandes, que gobernaban la ciudad de Roma y que, por su política firme y constante, hicieron de ella el centro político de Italia y después del mundo mediterráneo. El latín escrito debió ser la lengua que se empleaba en las discusiones del Senado y en los actos oficiales. Juristas puntillosos, pero no gramáticos, los jefes de la ciudad no se preocupaban de la pureza de la lengua más que en la medida en que ésta les era necesaria para evitar el parecer insólitos; no buscaron, por ella misma, una unidad perfecta del idioma, que no es necesaria para hacerse comprender sin ambigüedad y que no es, allí donde existe, más que un signo de elegancia de sociedad erudita.

CAPITULO VII

ESTRUCTURA DEL LATIN

El antiguo italo-celta y el itálico común constituyen peldaños entre el indoeuropeo común y el latín. Pero, a consecuencia de la escasez de datos, ni el uno ni el otro se pueden restituir completamente. Lo tratado en los capítulos precedentes sólo nos ha permitido jalonar los momentos sucesivos del desarrollo. El que compara se encuentra así abocado a confrontar dos "estados de lengua" muy alejados, el indoeuropeo de una parte, tal como la gramática comparada permite restituirlo, y el latín escrito, de otra, tal como se fijó hacia el siglo III a. de C., y tal como fue sin variación alguna, al menos exterior, hasta el fin del Imperio romano. Es esto lo que se va a intentar en este capítulo, en el que reaparecerán, en un orden sistemático, hechos situados en los capítulos precedentes en su lugar cronológico.

Este latín no es aún una lengua indoeuropea de tipo moderno. A pesar de la tendencia a reducir la duración y la articulación de la última sílaba, la palabra conserva lo esencial de sus finales. El nombre aparece todavía bajo las formas casuales diversas, de acuerdo con la función que desempeña en la frase. El verbo presenta formas casi todas renovadas, arregladas en los detalles, pero complejas y múltiples.

Sin embargo, el latín está en un grado de desarrollo mucho más avanzado que el de las lenguas védica, gótica, homérica o incluso ática. Si las finales subsisten, están abreviadas y han perdido su nitidez. Si el nombre presenta una declinación, las formas casuales no se bastan muchas veces por sí mismas, y las formas de la flexión están simplificadas. Si el verbo tiene muchas formas, los temas han dejado de ser autónomos: se han convertido en elementos de unas conjugaciones estrictamente fijadas.

Para quien considera el conjunto del desarrollo que va desde el indoeuropeo hasta las lenguas romances, el latín que se fijó en el siglo III a. de C. conserva los rasgos esenciales de la estructura indoeuropea común, pero presenta también muchos rasgos en los que se encuentra, sea realizada, sea preparada, la situación romance.

La palabra latina guarda, a primera vista, la estructura fónica de la palabra indoeuropea: *iugum* está más cerca del sánscrito *yugam* que el ático *zygón* y *genus* apenas está más alterado que el griego *génos*, en cambio el genitivo *generis* lo está menos que la forma ática correspondiente *génous* (contracción de *géneos*). Pero, si los hechos se miran de cerca, las alteraciones son profundas.

El rasgo esencial del fonetismo indoeuropeo consistía en que todas las sílabas de la

palabra eran tratadas de la misma manera; ninguna comportaba, por sí misma, una insistencia más fuerte que las demás. Cada vocal poseía una cantidad propia, larga o breve, y, salvo en final absoluto, en que se observan alargamientos de breves (pero no abreviamientos constantes de largas), la vocal conserva en todo caso esta cantidad. Salvo en final absoluto también (en que la consonante es implosiva y tiene por consiguiente una pronunciación reducida), cada consonante tiene su propia articulación que es independiente de la posición en inicial o en medio de la palabra y solamente puede ser modificada por una consonante siguiente. El acento consiste en una elevación de la voz; se trata sólo de un "tono" que posee un valor semántico importante, pero que no desempeña en el ritmo ninguna función; vocales y consonantes son tratadas de una misma manera en sílaba "tónica" y en sílaba "átona" (en el sentido "melódico" de la palabra). Una palabra no comporta necesariamente una determinada elevación de la voz: no faltan palabras "átonas", incluso entre los polisílabos; toda palabra tónica posee un solo tono cuya posición está determinada por el sentido y no está limitada por ninguna condición de orden fónico. El ritmo resulta únicamente de la sucesión de sílabas largas y de sílabas breves; las sílabas largas son las cimas del ritmo; y, por consiguiente, cuando la sucesión de más de dos breves perjudica al ritmo, la larga tiende a evitarlo por procedimientos diversos.

En latín —se entiende aquí por latín la lengua fijada en Roma en el siglo III—, subsiste el ritmo cuantitativo, y el *"accentus"* conservó su carácter únicamente en una elevación de la vez. Pero el lugar del *"accentus"* está limitado con relación al final de palabra y determinado por la forma de esta final de palabra: el *"accentus"* no puede afectar a la final, afecta a la sílaba penúltima, si esta es larga, y a la antepenúltima, si aquella es breve: *legēmus,* pero *lēgĭmus; potéstās,* pero *nóuitās;* etc. A diferencia de lo que pasa en griego donde el lugar del "tono" está determinado por la cantidad de la sílaba final, la cantidad de la penúltima es indiferente y el "tono" puede moverse en el interior de las tres últimas sílabas de la palabra, el *"accentus"* latino es independiente de la final, pero depende enteramente de la cantidad de la penúltima. — Este "tono" así fijado no ejerce ninguna influencia sobre el tratamiento de las vocales o de las consonantes de las palabras. No interviene tampoco en el ritmo: las reglas de los versos alcanzan sólo a la cantidad de las sílabas; en cuanto al lugar del "tono" griego, del *"accentus"* latino y del "tono" védico, este lugar no figura en ninguna de las reglas fundamentales que definen la estructura del verso.

Hay un rasgo que marca, a primera vista, la importancia particular que tenía la sílaba inicial en la palabra latina. La aliteración que no desempeñaba ninguna función notable en la antigua poesía indo-europea, a juzgar por el indo-iranio o el griego, es en latín, en los siglos III-II a. de C., un motivo de adorno frecuente y casi constante. La mayor parte de los versos de PLAUTO contienen por lo menos una aliteración. Si LIVIO ANDRONICO, griego de nacimiento, usa poco la aliteración, NEVIO, que era un romano, hace un abundante uso de ella:

eorun sectam sequontur multi mortales.
iamque eius mentem fortuna fecerat quietem.
uicissatim uolui uictoriam.
fames acer augescit hostibus. . .
magnae metus tumultus pectora possidit

o, a distancia, poniendo de relieve las dos partes del saturnio:

fato Metelli Romae fiunt consules.

Igualmente en una tragedia:

laetus sum laudari me obs te, pater, a laudato uiro.

(se ve cómo la aliteración sirve muchas veces para dar realce a las palabras principales).

La manera con que se adaptaron los versos griegos al uso latino muestra también el valor de la sílaba inicial de las palabras latinas. Se ha querido con frecuencia establecer que los poetas latinos buscaban la concordancia del "*accentus*" latino (idéntico al *tonos* griego) con el tiempo fuerte del ritmo. Es ello una búsqueda vana, pues el verso latino es puramente cuantitativo, y las concordancias observadas no son más que parciales: aunque frecuentes y casi constantes en ciertos lugares del verso, faltan, sin embargo, en otros. L. HAVET ha visto que estas concordancias, en los casos en que se dan, resultan de obserciones relativas a la posición de palabras que tienen formas prosódicas determinadas. Para esclarecer estas observancias especiales en los poetas latinos y de las que no encontramos ejemplos en la poesía griega, es preciso examinar las particularidades de la pronunciación latina; la más llamativa, con relación al griego, es el carácter propio de las iniciales de las palabras. Este valor eminente de las sílabas iniciales se traduce de muchas maneras.

En los versos dramáticos, en los que el ritmo de los versos, bastante complicado, no se percibe a primera vista y en los que es preciso no turbar ni al recitador ni al auditorio, se evita especialmente la resolución de una larga en dos breves cuando la segunda de éstas es inicial de palabra.

En el hexámetro sería casi imposible practicar tal restricción. Pero el corte después de dos pies tres cuartos, que era uno de los cortes usuales en el verso épico griego, fue abandonado por los poetas de la época clásica. ENNIO, ligado aún a sus modelos griegos, lo practica, si bien sólo le concede un papel restringido. Encontramos los dos tipos en:

Oua parire solet genus pennis condecoratum,
Non animan, et post inde uenit diuinitus pullis
Ipsa anima.

Pero el tipo que representa el segundo de estos versos es mucho más raro que el primero, y los predecesores de VIRGILIO ya habían renunciado a él: VIRGILIO emplea la cesura después de dos pies y medio, o la doble cesura después de un pie y medio o después de tres pies y medio:

Postquam res Aside Priamique euertere gentem

o

Telorum seges, et iaculis increuit acutis.

La cesura después de dos pies tres cuartos no desempeña papel alguno; en un verso como el siguiente, se encuentra junto con la doble cesura del segundo tipo:

Incerti quo fata ferant, ubi sistere detur.

Por otra parte, ENNIO no comienza generalmente por palabra la segunda parte del penúltimo pie, lo que no es raro en HOMERO. El final del hexámetro puede ser de tipos diversos. Los dos corrientes de final son:

Quamquam multa manus ad caeli caerula templa
Tendebam lacrumans et blanda uoce uocabam.

El tipo que todavía admite:

Corde capessere: semita nulla pedem stabilitat

debía ser poco satisfactorio, pues los poetas clásicos lo evitan. Si se lee en VIRGILIO, *En.*, III, 680:

Aeriae quercus aut coniferae cyparissi

es porque el verso contiene una palabra griega (que está aquí precisamente en el lugar sensible), y por que, en casos parecidos, VIRGILIO se permite la licencia de aplicar usos griegos. La razón de que los poetas eviten este tipo griego no es la de querer hacer coincidir los dos últimos tiempos fuertes del verso con el "*accentus*"; en efecto, no existen más coincidencias sistemáticas en el verso, VIRGILIO escribe:

En. III, 375

sic fata deum rex

En. III, 390

Litoreis ingens inuenta sub ilicibus sus.

donde no existe ninguna concordancia entre el "*accentus*" y los tiempos fuertes.

ENNIO escribe igualmente:

Vosne uelit a me regnare era quidue ferat fors

o

Dono, ducite, doque uolentibus cum magnis dis.

Si esta solución del caso no es frecuente, es porque los monosílabos tampoco lo son.

El papel de la inicial no fue obstáculo para que los poetas emplearan con profusión el tipo de final de verso que se ve, por ejemplo en:

Immeritum uisum superis, ceciditque superbum.

Y es que, si no los hubieran admitido, los finales de verso serían casi todos de la forma siguiente:

euertere gentem.

La monotonía del final de verso sería intolerable. Nada se puede deducir de un final de verso expresivo, cuya anomalía es buscada, *En.* IV. 667 = IX, 477:

et fēminĕo ululātū;

al poner de relieve a *ululātū*, VIRGILIO colocó una inicial de palabra al comienzo de la segunda mitad de pie, motivando por ello un fuerte hiato: el carácter doblemente anormal de este fin de verso indica hasta qué punto era evitada en principio una inicial de palabra en semejante posición.

Por lo tanto, —a diferencia del antiguo estado indoeuropeo claramente representado en el védico, gótico, griego común y antiguo eslavo,— las vocales breves tienen en latín tres tratamientos distintos según se encuentren en sílaba inicial, interior o final.

Salvo algunas alteraciones condicionadas por los fonemas vecinos, las vocales breves de las sílabas iniciales de la palabra ante una sola consonante permanecen inalteradas, mientras que las vocales interiores *a*, *e* y *o*, en las mismas condiciones, tienen tendencia a perder su timbre propio y a no tener más carácter que el que determina la parte siguiente de la palabra.

Sea una palabra como *cano*, en la que se conserva la *a* italo-celta. Basta con que la misma *a* vaya precedida de una reduplicación o de un preverbio para que pase a *i*: *oc-cinŏ*, *ce-cinī*. El tratamiento es el mismo delante de *p* seguida de *i*: *ac-cipiŏ*, *oc-cipiŏ*, frente a *capiŏ;* pero delante de *p* seguida de *a*, *o*, etc., tenemos *u* en *oc-cupāre*. El resultado es el mismo cuando se trata de una antigua *a* o de una antigua *e*: *ind-igeŏ* frente a *egeŏ* como *ab-igo* frente a *ago*. De la raíz disilábica indoeuropea **genə-* "nacer, engendrar", la forma esperada en latín es **gena-* (o más bien, **gene-*, a juzgar por genetai "genitae" del osco); pero encontramos *geni-tor*, *geni-tum* y, delante de *w*, *genu-ī* (es decir *genuwī*). Frente a *amīcus* tenemos *inimīcus*, y la palabra dórica *mākhanā* pasó al latín con la forma *mac(h)ina*. Igualmente la *e* de *emŏ* pasó a *i* en *eximŏ* y la de *medius* a *i* en *dīmidius*. La *o* de *locus* (antiguo **stlocos*) aparece reemplazada por *i* en *īlicŏ* de **instlocŏd*, que significa literalmente "en el lugar"; en cambio, delante de *w*, la misma *o* dio *u*: *dē-nuŏ* (es decir *de-nuwo*) frente a *nouus*. Por el contrario las vocales más cerradas, *i* y *u*, conservan en general su timbre propio, así en *mutilus* o *amputŏ*.

Hay aquí dos hechos fonéticos distintos. Uno consiste en que las vocales breves en sílabas interiores abiertas tienden a cerrarse: *a*, *e* y *o*, por tanto, vienen a dar, salvo reacción analógica, o salvo condiciones especiales cuyos pormenores no son fáciles de recono-

cer, una de las dos vocales más cerradas: *i* o *u*. La propia *u* puede convertirse en ciertos casos en *i:* frente a *clueo*, cuya *u* es antigua, encontramos *inclitus*, con *-i-* interior, quizás bajo la influencia de *in-* inicial. El segundo rasgo consiste en que el timbre de la vocal depende de lo que le rodea; ya vimos el contraste entre *oc-cipio* y *oc-cupo;* como consecuencia de la acción ejercida por el timbre de la vocal de la sílaba inicial de la palabra, existe también contraste entre *minimus* y *maximus*, entre *ferimus y uolumus, etc.*

Ambos hechos hallan su explicación en que las vocales de las sílabas interiores, aunque en todo lo demás sean iguales, se pronuncian más breves que las vocales de las sílabas iniciales. La métrica no revela nada acerca de esta diferencia cuyas consecuencias fueron grandes porque, desde el punto de vista del verso, las sílabas se repartieron todas entre dos categorías solamente, la de las breves y la de las largas; pero, a juzgar por lo que se deduce de los casos en que se puede medir con precisión la duración de las vocales, la realidad no pudo darse con la extremada simplicidad que dejan suponer las reglas de la métrica.

En circunstancias favorables y especialmente después de las sonantes como *w*, *r*, *l*, *n*, *m*, la abreviación de las vocales breves interiores llega hasta la caída. Frente al griego *noetēs*, antiguo **newotā(t)-*, el latín tiene *nouitas*, derivado de *nouus;* pero frente a *aeuum*, el derivado **aiwo-tat-* que debe presentarse con la forma *aeuitas* —y en efecto, esta forma arcaica se encuentra en la ortografía de la Ley de las XII tablas— da *aetas*, debido a la caída de la vocal breve interior después de *-w-* y entre dos sílabas largas.

Este fenómeno recibe el nombre de síncopa; los ejemplos de la misma son numerosos, pero difíciles de reducir a reglas. Hay evidentemente síncopa, por ejemplo, en *surgō*, *porgō* frente a *regō;* pues el *perfectum* es *surrēxī*, *porrēxī* frente a *rēxī*. Estamos aquí ante unos hechos de articulación más o menos compleja, más o menos simple, de vocales breves, en los que la pronunciación realiza un gran juego y cuyos resultados, por consiguiente, no pueden ser expresados mediante fórmulas generales exactas y precisas.

Sin embargo, el cambio de timbre es el fenómeno ordinario en las vocales breves interiores del latín, siendo la síncopa la excepción. De manera distinta ocurre en osco-umbro donde la síncopa es frecuente: de **agetōd*, el latín hace *agitō(d)* y el osco *actud*, el umbro *aitu, aitu* (de **aktōd*). La condición inicial, consistente en el abreviamiento de vocales en sílaba interior, es un hecho que pertenece al itálico común, como vimos ya. Pero la alteración que transformó **tetagai* en *tetigī* y **con-legō* en *colligō* se realizó en el latín de Roma y constituye una de sus características más importantes.

La situación de las vocales en final de palabra es aparte. Además de la tendencia a abreviación, común a todas las vocales de sílabas no iniciales, hay en ellas una tendencia a la misma que proviene de la posición en final de palabra. De ello resulta que las alteraciones de las vocales son más graves en final de palabra que en interior: los poetas escénicos son libres de emplear un grupo de la forma ˘ ˘, así fĕrŏ, por equivaler a una larga como si se tratase de un antiguo ˘ ˘; esta licencia responde en los poetas a una realidad; pues, en palabras accesorias como los adverbios *bene*, *male*, un antiguo *-ē(d)*, conservado en los adverbios como *uērē*, se abrevió en *-ĕ:* estas dos palabras paralelas presentan en latín clásico la forma ˘ ˘. Los poetas antiguos conservan el valor largo de las finales como *-ēr*, *-ōr*, *-ār*, *ēt*, *-āt*.

Los vocales breves caen generalmente en final absoluto; *neque*, *atque*, *sīue* (de **seīue*) son formas que se emplean normalmente ante vocal, es decir en un caso en que las

vocales no cuentan en el verso y, por consiguiente, hay que admitir que se pierden en el ataque progresivo de la vocal siguiente. Pero, ante consonante, se lee de ordinario, sin *-e* final: *nec, ac, seu.*

Del antiguo **eti* (griego *éti* "todavía") sólo queda *et*, y *eti* sólo se encuentra en el yuxtapuesto *etiam*, es decir **eti-iam.*

Formas como *tremit, tremunt* reposan sobre **tremeti, *tremonti*, y hay, incluso, un testimonio de la existencia de *tremonti* en el antiguo latín; pero los textos epigráficos o literarios sólo presentan *tremit, tremunt.*

En algunos casos *-e* se mantiene: los vocativos como *lupe*, las 2ª personas del imperativo como *legite* presentan constantemente *e*. Pero en el singular, aunque el tipo de imperativo *lege* es el regular, hay imperativos *dīc, dūc* en que falta la *e* final, del mismo modo que la antigua *-ī* final falta en *fac* de **facī; eme* "compra" presenta siempre la *e* final, pero, en el sentido primitivo de "comprar" y con el valor de una especie de partícula *em* "toma", existe sin vocal final.

Por lo demás, es difícil ver por qué una misma vocal final se mantiene en un sitio y desaparece en otro: *ita* "así" que responde exactamente a *iti* "así" del sánscrito presenta siempre la *-ă* final, pero su correlativo *ut* no posee nunca la *-a;* y, si no existiera la forma arcaica *aliuta* "de otro modo" en que la *-a* figura claramente, y las combinaciones *uti-que* (de **uta-que), utei* (de **uta-ī*) de donde *utī*, no se podría adivinar la presencia antigua de una vocal final más que por la conservación de la sorda *-t:* se sabe que una dental indo-europea, final desde la lengua común, va siempre representada en latín por *-d*, jamás por *-t:* así *aliud*, ant. latín. *rected*, y, en el pretérito en los antiguos textos: *fēced;* el equivalente *fēcit* del latín clásico sufrió la influencia de la forma *facit* del presente.

Las vocales finales, cuando se conservan, mantienen su timbre mejor que las vocales interiores: *-a* se mantiene, como se ve por *ita*, para los plurales neutros como *generă*, etc. Sin embargo, en final absoluto, hubo confusión de *-i* y de *-e*, aunque el latín jamás permite decidir si una *-e* final reposa sobre *-i* o sobre *-e:* el imperativo de *capiō* es *cape* (antiguo **capi*) como el de *legō* es *legĕ* (antiguo *lege*); el neutro correspondiente a *grauis* es *graue*, con la misma *e* que en el vocativo *domine.* El tratamiento de *-i* y de *-e* es, en final de palabra, inverso al tratamiento en interior; pero *i* y *e* se confunden en ambos casos. Delante de *-m, -i-* pasó a *-e-:* el acusativo de *quis* es *quem*, y el de *grauis* es *grauem*, pero *-es* pasa a *-is*, así **pedes* a *pedis, *leges* a *legis*, etc., mientras que *-is* se mantenía: *grauis.* El rasgo común al tratamiento interior y al tratamiento final de *i* y de *e* es la tendencia a no distinguir las dos vocales que permanecen distintas en inicial de palabra.

Las alteraciones de las vocales breves son complejas y la forma que presentan es en parte sorprendente. Mientras que *a* y *e* en sílaba abierta dan *i* o, en ciertas condiciones, *u*, las mismas vocales en sílaba cerrada dan *e;* frente a *in-cinō* de *canō* encontramos, por tanto, *ac-centus* de *cantus;* frente a *laciō* tenemos *al-liciō*, pero frente a *lactō, al-lectō.* Por el contrario, *o* en sílaba cerrada pasa a *-u-:* frente a *mons*, tenemos *prōmunturium;* el derivado de la forma *-es* del tema en *-s- *hones-* (al lado de *honor)* es *hones-tus;* pero el derivado en *-os-* del tema en *-s- onus* es *onus-tus* (de **onos-tos*). Así mismo encontramos *modes-tus.* El participio presente es de la forma: *ferens, ferentis*, pero tenemos *euntis* (al lado del griego *i-ontos*). En final de palabra se observa delante de *-m* la misma confusión: **-em* (en *pedem*) e *-im* (en *ouem*) que dan *-em*, mientras que *-om* dio *-um* (en el tipo *lupum*). —

Otra incoherencia: *-o-* y *-u-* se confunden en sílaba cerrada, como acabamos de ver; pero *-e-* e *-i-* permanecen distintas: *terr-es-ter, terrestris* presenta *-es-* mientras que *mag-is-ter (magistrī)* presenta *-is-*. El tratamiento de las vocales breves latinas apenas se puede reducir a reglas generales.

Los primeros elementos de los diptongos sufrieron en interior de palabra el tratamiento de las vocales en sílabas cerradas: *ai* pasó, por tanto, a *ei*, y *au* a *ou*, de donde *ū*; así, frente a **caidō* (que es *caedō* en lat. clás.), encontramos *in-ceidō* (*inceideretis* se lee en la inscripción relativa a las Bacanales; lat. clás. *in-cido*), y, frente a *claudō*, **excloudō*, de donde en lat. clás. *ex-cludō*.

Además de las acciones analógicas que se cruzaron en una gran medida con la acción de las tendencias fonéticas, las vocales breves latinas están fuertemente sometidas a la acción de los fonemas vecinos.

A este respecto, uno de los hechos más interesantes es la acción de *-l-*. La líquida *l* está sometida, de una manera general, a pronunciaciones diferentes según los fonemas que la siguen. Por testimonios antiguos sabemos que había en latín dos tipos de *-l-* muy diferentes, una *exilis* (prepalatal, análoga a la *l* del francés, y sin duda un poco más "palatal", es decir con mezcla de *y*), y otra *l, pinguis*, que debía ser de un tipo comparable a *ɫ* del ruso o del polaco, a *l* ante consonante del inglés. Esto se traduce por variaciones de *e* situada delante de *l:* si es una *l* como la de *exilis*, delante de *i* y en caso de geminación, un tema **wel-* "querer" conserva su *e* en *uelle, uellem*, etc.; si es una *ɫ* como la de *pinguis* delante de *o, a, u* y también delante de *e*, y delante de consonante, el mismo tema presenta la forma *uol-* en *uolō, uolumus, uolunt, uolam, uolēs, uolēbam, uolens* y en *uolt* (que pasó a *uult*).

Los préstamos griegos resultaron por ello casi irreconocibles: **elaiwā*, nombre del olivo, alterado en **oleiwa* por el tratamiento de las vocales de sílaba interior, es en latín clásico *olīua*, y **elaiwon*, nombre de aceite, alterado en **oleiwon* pasó a *oleum* (al caer la *w* delante de *-um*, la *-i-* se convirtió en consonante entre vocales y cayó sin duda pronto). En sílaba interior la oposición se reduce a la de *i* y de *u*: el griego *Sikelos* da *Siculus* y el griego *Sikeliā, Sicilia*. De un modo parecido encontramos ya dentro del latín *famulus: familia;* la *o* de *in-colō, in-cola, agri-cola*, en vez de la *u* esperada, se debe a la acción de *colo;* se encuentra el tratamiento *-i-* esperado delante de *-li-* en *in-quilīnus, Ex-quiliae* (arrabal habitado fuera de la ciudad) que son casos aislados.

Lo mismo ocurre cuando *ɫ* va seguida de consonante: frente a *saliō*, tenemos *in-siliō*, pero frente a *saltō, in-sultō*. Frente a *facilis* encontramos por tanto *facultās*. La acción de *l* sobre *o* es tan fuerte que, incluso en sílaba inicial, *ol-* delante de consonante pasa a *ul-*, del mismo modo que **onguis, *onguō* pasaron a *unguis, unguō:* frente a *colō*, que reposa sobre un antiguo **quelō*, el participio es *cultus*.

Estas fórmulas son ya complicadas. Pero la acción de *-l-* no es la única que interviene; sino que se cruza con otras acciones. Se sabe que *holus, holeris* (notado generalmente *olus, oleris* con una pronunciación rural) reposa sobre un antiguo **helos, *heleses: helus* está aún atestiguado por FESTO. Causa extrañeza, según esto, encontrar *scelus, sceleris*, con *e* delante de esta misma *ɫ*. Ello se debe a que en esta palabra *e* se halla después de *c* que se había convertido en prepalatal, anuncio de la alteración romance de *c* ante las vocales prepalatales: la *c´* de *sc´elus, sc´eleris* impidió que la *e* pasara a *o* delante de *ɫ*. Del

mismo modo, *gelu*, *gelāre* conservaron su *e* delante de *l*, porque precedía una *g*. Frente a *pellō* está *pulsus*, pero frente a *cellō* encontramos *celsus* porque se pronunciaba *c'elsus*.— La acción de *c* y de *g* se ejerce en sílaba inicial, no en sílaba interior: *per-cellō* tiene frente a sí **per-culei* que pasó a *per-culī* y *per-culsus;* el contraste de *celsus* y *perculsus* (con dos tratamientos que permanecieron distintos porque *perculsus* no era sentido como emparentado con *celsus)* es instructivo.

El hecho de que las consonantes *c*, *g* tuvieron delante de *e* y de *i* una pronunciación prepalatal y se distinguían ya de *c*, *g* delante de *a*, *o*, *u* va parejo con el hecho de que *l* tuvo dos pronunciaciones diferentes delante de *i*, de una parte, y delante de *e*, *a*, *o*, *u*, de otra. Los dos hechos coexisten, como en eslavo, y surgen de una misma tendencia: las consonantes tienden a asimilarse a los vocales que las siguen. Se ha visto ya que, en interior de palabra, e incluso en cierta medida al comienzo, las vocales breves tienden a asimilarse a las consonantes siguientes. Es conveniente poner en relación unos con otros estos diversos hechos de asimilación.

La acción de *r* es de carácter distinto. En sílaba abierta, toda vocal breve de sílaba interior pasa a *e* delante de *r* (salvo acción analógica o préstamo de una lengua extranjera). Por tanto, frente a *paro* se encuentra *impero*, y el correspondiente latino de *hekurós* del griego es, no **socuros* (gen. **socuri*), sino *socer* (gen. *soceri*). Esto no es un azar, puesto que *r* actúa en este sentido en otras circunstancias.

Así, incluso en sílaba inicial, *-ri-* después de consonante pierde su *i* y la vocal que se desarrolla en consecuencia delante de *r* es *e:* a *tris* "tres veces" del griego, el latín responde con *ter*, y a trítaamentud (abl.) del osco con *testamento (*terst-* se simplificó en *test-).* La relación entre *cernō* y *crībum* sólo es inteligible si se piensa en la forma antigua **crinō* de donde sale *cernō*. En final de palabra una vocal breve cualquiera tiende a caer después de *r;* así con caída de la final *-os*, *sakros* del antiguo latín dio *sacer;* un antiguo **agros* idéntico a *agrós* del griego se convierte en *ager;* del mismo modo al lado de *ācris* tenemos *ācer* y la diferenciación de valor que se produjo entre ambas formas es secundaria. — En sílaba inicial una *-s-* sonorizada entre dos vocales y que pasa a *r* abre una *i* en *e: serō* frente a *sēvi, satus*, es un presente reduplicado del tipo de *sistō*, *gignō*, y reposa sobre* *sisō*. En iguales condiciones, *-us-* pasa a *-or-* a menos que no haya una *-u-* antigua en la sílaba siguiente: el pretérito de subjuntivo **fusē-*, atestiguado por *fusíd* "foret" del osco, pasa a *fore-*, y las formas latinas del nombre **snusā-* o **snusū-* de la "nuera" pasan a *nora* (forma vulgar conservada en romance) o a *nurus* según el tipo de formación.

Ante nasal gutural, *e* pasa a *i*, e incluso a *i* cerrada, como se ve por las lenguas romances. Ahora se comprende por qué de **penk*^{w}*e*, convertida en **k*^{w} *enk*^{w}*e* en italo-celta, es en latín *quinque*, y por qué frente a *tangō* se encuentra *at-tingō:* la *e* resultante de *a* en vocal cerrada de sílaba interior pasa a *i* delante de *-ng-;* ello se debe a que *n* era entonces gutural.

Las vocales breves indoeuropeas conservadas aún de una manera casi perfecta en itálico, se ven por tanto alteradas muchas veces en latín, y sólo se encuentran todavía en en sílaba inicial, gracias a la especial protección de que gozan. Con seguridad la *a* de *agō*, la *e* de *medius*, la *o* de *rota*, la *i* de *uideō*, la *u* de *stupeō* son antiguas; pero en otras posiciones las mismas vocales presentan un aspecto del todo diferente. La *a* de *ager* es *e* en *per-egrīnus*, la *e* de medius *i* en *dīmidius*, la *o* de *locus* (antiguo *stlocus*) es *i* en *ilicō*, incluso la *u* de *stupeō* es *i* en *obstipescō*.

Si no tuviéramos el latín antiguo y hubiera que comparar las lenguas romances directamente con el indoeuropeo, la teoría de las vocales romances sería inexplicable y se podrían establecer muy pocas reglas de correspondencias exactas.

Es el tratamiento de las vocales lo que caracteriza al fonetismo latino entre las lenguas italo-célticas, y, en particular, entre las lenguas itálicas. El tratamiento de las consonantes ofrece menos rasgos originales.

El hecho más llamativo es que en interior de palabra las consonantes eran articuladas débilmente. De esta tendencia surgieron numerosas innovaciones que, en su mayor parte, se traducen solamente en hechos de detalle.

La consonante más débil es *y*, forma consonántica del fonema cuya forma vocálica es *i*, y que está muy próxima al valor vocálico. La *y* se mantiene intacta al comienzo de de palabra en casos como *iecur*, *iam*, *iugum*, etc. Entre vocales, cae en latín como en osco-umbro, y quizás desde el itálico común. Pongamos por caso el tema **ayes-* del nombre del "cobre", del "bronce",, en sánscrito *áyas-;* el genitivo latino es *aeris* de **ayes-ses*, y sobre *aes-* del que *aer-* es una alteración posterior, se hizo el nominativo *aes;* el derivado **ayes-no* "de bronce", en el que en latín *-esn* se reduce a *-ēn-* dio lugar a *aēnus* cuya *e* continuó formando una sílaba distinta, lo cual nota la ortografía *ahēnus;* en umbro, se encuentra, con la misma notación del hiato, *ahesnes* "āenīs", donde *-esn-* se conserva. Un antiguo **stāyō* dio un umbro *stahu* "estoy de pie" y en latín, con contracción, *stō*. Un antiguo **-āyē-* pasa a *-aē-*, de donde *aī* (disilábico) en osco: sakahíter "sacrificetur", *deiauid* "iuret", y, por contracción, a *-ē-* en latín, de donde el tipo *amem*, *amēs*, *amēt* (*amet* en latín clásico).

Un grupo de consonantes seguidas de *y* no subsiste en latín. Con las oclusivas la *y* entra en combinación y el resultado es una *-y-* geminada, que no es notada en la grafía, pero está atestiguada en CICERON y se manifiesta además por la cantidad: frente a *magis* se espera un comparativo **magyōs-*, pero de hecho encontramos *māior* con la primera sílaba larga y se sabe que, en realidad, se trata de *maiior*. Frente a *pessimus*, de **ped-samos*, se espera **ped-yōs-;* pero encontramos *peior*, con la primera sílaba larga, que es en realidad *peiior*. Después de nasal líquida, oclusiva sorda, espirante o silbante, la *-y-* se vocaliza. De **alyos* (en griego *állos*, en gótico *aljis*, etc.), tenemos en lat. *alius*. De **kapyō* (en gótico hafja "levanto"), tenemos *capiō*. De **medhyos*, convertido en itálico en **me Þyos*, *medius*.

Algo menos débil, la *w* se conservó en interior de palabra delante de vocal que no fuera *o* y *u*: *nouō*, *nouī*, *etc.;* pero cayó delante de *o* y *u* hasta el punto de que **deiwos*, por ejemplo, se redujo a **deyos*, de donde *deus*, mientras que **deiwī* subsistió, de donde *dīuī*, *dīuīnus*, etc. La palabra *dea* es un derivado nuevo, hecho sobre *deus* (reemplaza a *dīua*, que era ya una formación nueva del latín). Después de consonante, se observa el mismo hecho: *parua* es antiguo, pero *paruus*, *paruum* son analógicos de *paruō*, *paruī*, etc., y muestra de ello es el adverbio *parum* que conserva el tratamiento esperado.

Las oclusivas sonoras se articulaban débilmente: mientras que la antigua **k^w-* de *quis*, *quam*, *quattuor*, *quiēs*, *etc.* se mantiene, la **g^w-* de la raíz **g^we y-* "vivir" se reduce a *u* consonante: *uiuō*, y así para todas las **g^w-* antiguas. De ello resulta una disimetría en el tratamiento de las antiguas labiovelares. En interior de palabra, esta debilidad de articulación alcanza incluso a *-dw-: *dwenos* se mantuvo largo tiempo bajo la forma *duenos* y acabó por convertirse en *bonus;* pero **swadwi-* dio *suāuis* (masculino-femenino, frente a

hwādys, ático *hēdys* "suave", del griego). Una *g* interior sobrevivió sólo después de nasal: *inguem*, *ungem*, *unguo*, porque, de manera general, las oclusivas apoyadas en una nasal precedente poseen una fuerza articulatoria relativamente grande.

La silbante *-s-* se sonorizó en *-z-* sin duda desde el período itálico, según se vio ya. Si no se admitiese la sonorización de *-s-* intervocálica ya muy pronto, no se comprendería la conservación por parte del latín de la *-s-* intervocálica en préstamos tales como *rosa*, *asinus*, *casa* que parecen ser sensiblemente anteriores al siglo III a. de C. En latín —como también en umbro— esta *z* pasó a *-r-*, acercándose así más aún a las vocales vecinas. El rotacismo no es antiguo; el recuerdo del tiempo en que la gens *Papīria* se llamaba *Papīsia* (es decir **Papīzia*) no se había perdido, y CICERON sabía que L. Papirio Craso, dictador en el 339 a. de C., había sido el primero en escribir la *r* en su nombre. La introducción de la nueva ortografía se lo atribuía al censor APIO CLAUDIO, del 312 a. de C. Así VARRON conocía antiguas grafías como *meliosem* (de donde *meliōrem*) frente a *melius*, *foedesum* (de donde *foederum*) frente a *foedus*. Con seguridad la inscripción de la piedra negra del forum (siglo V a. de C.) presenta *esed* donde el latín clásico tiene *erit*. En todos estos casos, la grafía *s* entre vocales disimula sin duda *s* sonora que la *z* del alfabeto griego, que notaba una pronunciación compleja, indudablemente, *-zz-*, no se prestaba a expresar.

La debilidad de las consonantes intervocálicas, que se manifiesta claramente en umbro, llega en latín hasta la fluctuación entre una antigua *-d-* y una pronunciación *-l-* que aparece esporádicamente, sin que se pueda ver su condicionamiento: frente a *odor*, se encuentra *olēre*, y frente a *sedēre*, *solium*. *Lacrima* reemplaza a un antiguo *dacrima*, *dacruma*, emparentado con el gr. *dákry* "lágrima". En otros casos, *d* pasa a *r* por disimilación: *medī-diē* pasó a *merī-diē*.

Lo que es original en el latín de Roma es que la alteración de las consonantes intervocálicas llegó más lejos que en osco-umbro y que en algunos dialectos latinos como los de los Falerios y Preneste. En un tiempo en que þ procedente de *dh* y la *x* procedente de *gh* (en ciertas posiciones) no se habían confundido aún con la *f* (bilabial) procedente de *bh*, estas espirantes se sonorizaron, de modo que en el latín de Roma se encuentra *d*, *g*, *b* frente a *f* del osco-umbro y de algunos dialectos latinos. Frente a *mádhyah* "del medio" del sánscrito, y de mefiaí "mediae" del osco, el latín tiene *medius*, y frente a *nábhah* "nube" del sánscrito, y de *néphos*, *nephéle* "nube" del griego, tiene *nebula*. Mientras que, delante de las demás vocales, la *x* procedente de *gh* pasó muy pronto a *h*, delante de *u*, se conservó el tiempo suficiente para sonorizarse en *g*, de donde *figūra* frente a *déhmi* "yo unto", *dehaḥ* "cuerpo" del sánscrito. Después de *n* aparece el mismo tratamiento, y a esa circunstancia debe su *g* el presente *fingō*, de la raíz que se halla en *figūra*; el tratamiento *h* de **gh* de la raíz no está representado en latín por falta de formas en que podría aparecer normalmente; por ejemplo el latín no tiene correspondencia para *feíhúss* "muros", del umbro, que, por el sentido, responde a *tîkhos*, *toîkhos* del griego.

La antigua **-g^{w}h-* pasó a *-u-* (consonante) entre vocales, a *-gu-* después de nasal y a una gutural simple delante de consonante; de **sneig^{w}h-* "nevar", encontramos, por tanto, *ninguit*, *niuem* y *nix*.

A primera vista, cabría imaginarse que la *d* de *medius*, la *g* de *figūra*, la *b* de *nebula* y la *-gu-* de *ninguit* conservan antiguas sonoras; pero no es así, y, si se pudiese dudar de ello, bastaría el tratamiento de la *y* en *medius* para disipar la duda en la que algunos lingüistas

han caído por no haber fijado bien el tratamiento del período itálico común. Dejan de ver de este modo uno de los rasgos más característicos del fonetismo romano como es la tendencia a sonorizar todas las consonantes sordas intervocálicas que no sean las oclusivas.

En el grupo *-sr-*, la silbante pasó a Þ . En inicial, una Þ se convierte en *f*, y *frīgus* responde al griego *rhigos* "frío". En interior de palabra, la Þ pasó a *f* bilabial, y esta *f* se sonorizó en *-b-*, de suerte que frente a *soror* que procede de **swesor*, encontramos *consobrīnus* donde *-sobrīnus* reposa sobre **-swesrinos*. — El paso de Þ (antigua *dh*) a *f* bilabial bajo la influencia de *r* es un hecho constante en latín: a *waurd* "palabra" del gótico el latín responde con *uerbum*, y a *gladŭkŭ* "pulido" del eslavo con *glaber* (de **glabros*, próximo a *glabra*, *glabrī*, etc.) — Después de *-u-*, se da el mismo paso de Þ a *f* bilabial: *ubi* y osc. *puf* responden a *kuha* del sánscrito, *kudā* del Avéstico y *kŭde* "donde" del eslavo. Y así se explica el contraste entre *iubeō*, con su *b*, y *iussus* que supone una antigua dental: el lituano tiene *jùdinu* "pongo en movimiento". A través de esto se ve cuán inestable era la pronunciación de las espirantes que el itálico había formado de diversas maneras, pero que podría muy bien haber perdido desde muy antiguo.

La debilidad de las consonantes interiores del latín de Roma se manifiesta en un segundo rasgo: estas consonantes están sujetas a alteraciones cuando van agrupadas con otras. Ello constituye un rasgo muy romano: el antiguo **louksnă* "brillante" da *losna* en Preneste, con conservación de *s* ante *n*, pero *luna* en Roma, con alteración de esta *s* que cesa de ser perceptible; ni en uno ni en otro dialecto subsistió la *k̄*.

Una oclusiva cualquiera situada delante de nasal se nasaliza: **atnos* (en gótico *a* Þ *n* "año") pasa a *annus*, **swopnos* (en sánscrito *svápnaḥ* "sueño"; el latín tiene *sōpīre*) a somnus; **deknos* (adjetivo en *-no-* frente a *decet*) a **deṅṅos* que da la forma notada *dignus*; la *g* disimula la pronunciación nasal que el latín no podía notar con la gutural; pero el hecho de que *e* haya pasado a *i* revela una pronunciación nasal de la gutural.

Una *s* desaparecía siempre delante de *n* o de *m*, hubiese o no una consonante ante la silbante. El antiguo *iouxmenta*, atestiguado en la piedra negra del forum, dio *iūmenta*.

Una oclusiva desaparecía en los grupos complejos: frente a *torqueō*, un antiguo **torc-mentom* dio *tormentum*.

Por este motivo quedan obscurecidas muchas veces las antiguas relaciones etimológicas de las palabras: algunos elementos esenciales de *quinque*, *sex* desaparecen en *quīnī* y *senī*. El parentesco entre *lūx*, *lūcēo* y *lūmen* (de **louks-men*), *lūna*, *illustris* deja de ser netamente perceptible.

El latín es una lengua en la que las palabras de una misma familia tienden de este modo a aislarse entre sí, como consecuencia de las alteraciones y de las vocales y grupos de consonantes en el interior de palabra.

Si se compara la morfología latina con la morfología indoeuropea, aquella aparece como un sistema nuevo.

La fijación del acento suprimía la función desempeñada por las variaciones del lugar del tono: *pédem* y *pédis* presentan la misma acentuación, frente al gr. *pôda* (ac.): *podós* (gen.)

Dos rasgos caracterizan la morfología indoeuropea: una complicación extrema, y, gracias a esta complicación, la autonomía sintáctica de cada palabra: cada palabra compor-

taba numerosas formas distintas gracias a las cuales llevaba en sí misma las marcas de la función que desempeñaba en su frase. La gramática no recurría, por tanto, ni al orden de las palabras — que solamente servía para la expresión *(Petrus Paulum caedit* continuó teniendo en latín un valor afectivo diferente del de *Paulum Petrus caedit*, siendo gramaticalmente lícitos uno y otro orden) — ni a palabras accesorias: existían allí muchas palabras accesorias; pero su papel consistía en insistir sobre tal o cual elemento de la frase, no a marcar una función gramatical. Los textos de las lenguas indoeuropeas más fieles a este estado antiguo de cosas son, en indoiranio, los textos védicos y avésticos, en griego, los primeros textos, y sobre todo los poemas homéricos y hesiódicos; pero, a pesar de su arcaísmo buscando en parte, estos viejos ejemplares no dan sino una idea aproximada del estado de lengua singular que era el del indoeuropeo.

El sistema morfológico indoeuropeo, demasiado denso y complicado, tendió siempre a simplificarse. Sus categorías gramaticales expresadas por variaciones internas de las palabras tendieron siempre también a reducirse, y se fueron introduciendo nuevos procedimientos gramaticales.

El indoeuropeo poseía tres números: además de dos series completas y distintas de formas para el singular y para el plural, tenía una tercera serie, menos abundante en formas distintas, pero completa, que se empleaba constantemente en los casos en que se trataba de "dos", a saber el dual. La oposición de la singularidad y de la pluralidad se encontraba de este modo cruzada por la expresión de un caso particular de la pluralidad, que es la dualidad. El empleo de esta categoría evoca un momento del desarrollo intelectual en que el hombre, sujeto aún a la visión de los números particulares, no se había elevado a la concepción general del número en que la unidad tiene, con relación a toda forma de pluralidad, una situación especial. Sin embargo, desde época indoeuropea, el dual era un arcaísmo, una pervivencia: el sistema decimal de los nombres del número era rico y completo; comportaba una indicación de todas las decenas y de todas las centenas cuya claridad no pudo nunca ser superada. Pero, en materia de lenguas, las pervivencias duran generalmente mucho tiempo: el indo-iranio, el griego antiguo (y especialmente el antiguo ático), el eslavo, el lituano permiten todavía entrever el sistema completo del número dual. El italo-celta no lo había perdido: aún en el siglo VII d. de C., el nombre irlandés conserva formas especiales del número dual. Pero ni en oscoumbro, ni en latín, quedan huellas de él. El dual pudo, pues, desaparecer desde el itálico común; en el siglo III, el latín lo ignora, sea por no haberlo heredado del itálico, sea por haber acabado de perderlo en el transcurso de su propia evolución.

Una innovación de mucho mayor alcance consiste en que la palabra tiende a perder su autonomía. El movimiento en este sentido está sólo en ciernes; el latín conserva aún un tipo arcaico; puede servir muchas veces para ilustrar el tipo indoeuropeo; pero la transformación está iniciada de manera tal que se entrevé desde el principio que la ruina del tipo indoeuropeo tenía que realizarse. El verbo no comprende propiamente más que una sola oposición de modos, la del indicativo y la del "subjuntivo" (el "subjuntivo" latino, que es otra cosa distinta del subjuntivo y del optativo indoeuropeos); en efecto, el "subjuntivo" se emplea las más de las veces en algunos tipos de frases dependientes. En cuanto al nombre, las preposiciones desempeñan cada vez más la función que desempeñaban en indoeuropeo las formas casuales por sí mismas.

La estructura que, siguiendo las normas de las concordancias italo-celtas y de las innovaciones itálicas, después latinas, adoptó el verbo en el latín de Roma es original.

El indoeuropeo tenía en el presente-aoristo dos flexiones verbales, la flexión activa y la flexión media. Sin duda el indo-iranio y el griego completaron la distinción extendiéndolas al perfecto; con ello lo hicieron más rígido de lo que era en su origen; pero ciertas pervivencias como el empleo en HOMERO de un pretérito *pháto* "dijo" con desinencias medias frente a un presente *phēmi* "digo" con desinencias activas muestran que la oposición regular de una flexión activa y de una flexión media resulta, por una parte, de arreglos nuevos. Sin embargo, el conjunto de los hechos prueba que hubo una distinción desde la época del indoeuropeo común. Las desinencias activas indican el proceso considerado en sí mismo, las desinencias medias el proceso considerado con relación al "sujeto". Del sacerdote védico que hace un sacrificio, se dice *yájati* "él sacrifica", con una desinencia activa; del jefe que hace realizar en su provecho un sacrificio en el que él participa, se dice también en media *yájate* "él sacrifica".

No está establecido que esta oposición entre la activa y la media la hayan poseído con la misma intensidad que el indo-iranio y el griego los dialectos indoeuropeos occidentales: italocelta, germánico e incluso báltico y eslavo; en todo caso, el latín no la posee. Lo que el latín posee de desinencias medias se combinó con un tipo en *-r* que servía también para proveer una pasiva impersonal, claramente conservada en irlandés. Se constituyó un tipo que normalmente comprende un *infectum* con desinencias medias y en *-r*, como *sequitur*, *fertur*, y un *perfectum* obtenido por la combinación del adjetivo en *-to-* y de formas del verbo "ser": *secūtus est*, *fuit*, *erat*, etc., *lātus est*, *fuit*, *erat*, *etc.* El tipo de *infectum* se obtuvo mediante múltiples combinaciones. En la 3ª persona en que el latín heredó desinencias medias claras y en que *-r* sirvió desde el italo-celta y sin duda desde el indoeuropeo, se encuentra *sequitur*, *sequontur* con adición de *-r* a formas de desinencia secundaria; estas formas responden al tipo homérico *hĕpeto* "seguía", *héponto* "seguían" pero con la adición de *-r*. Para la 1ª persona, el latín no heredó ninguna desinencia media clara; las formas se obtuvieron añadiendo *-r* a las formas activas: *sequor* (el irlandés tiene asimismo *sechur* "sigo"), *sequimur*. Para la 2ª persona, se sirvió del singular de la antigua forma media *sequere* alargada generalmente con la *-s* de la activa para marcar mejor la persona, de donde *sequeris;* el plural se obtuvo con la ayuda de una forma nominal: *sequimini*.

Este tipo medio-pasivo tuvo un doble uso.

De una parte, hay verbos que, como *sequor*, no poseían ordinariamente más que las desinencias medias en indo-europeo: el sánscrito presenta regularmente *sáce* "sigo", la lengua homérica también regularmente *hépomai* "sigo". El latín conserva por tradición un número bastante grande de verbos de este género; son los llamados deponentes. Pero la flexión medio-pasiva no expresa en ellos ningún matiz de sentido perceptible en latín. Además, hay casos en que la desinencia media parece debida a un accidente de forma: si el latín tiene *fātur* deponente, ello recuerda el empleo de la forma de desinencias secundarias *pháto* "dijo" en HOMERO frente a *phēmi*. No obstante para quien conoce el valor de la media, es normalmente recognoscible la razón de la forma deponente. Así, los verbos que indican un hecho psíquico son generalmente deponentes: *reminiscor*, *īrascor*, *miror*. Pero nada puede hacer prever a *priori* si tal o cual verbo es o no deponente. Se observa también, desde el comienzo de la tradición vacilación entre formas activas y formas deponentes, y se ve a las formas

activas sustituir a las formas deponentes cuando las lenguas romances eliminan la deponente para no dejar subsistir más que la activa. Por lo demás, algunas fluctuaciones continúan un uso antiguo: el latín clásico ofrece de ordinario *as-sentior* con desinencias medias frente a *sentiō;* pero el *assentiō* de PLAUTO es antiguo, a juzgar por el hecho de que el *perfectum* usual en la época clásica es *assensī.* En resumen, los deponentes son, desde el comienzo de la tradición, una categoría desprovista de sentido propio, y en la que las fluctuaciones vienen determinadas por la diversidad de orígenes, una categoría por tanto destinada a desaparecer, que, no obstante, debe su larga pervivencia a la fijación de la lengua; el verbo deponente se eliminó asimismo en irlandés a partir del antiguo irlandés, es decir, desde el siglo X.

De otra parte, formas pasivas impersonales como *fertur* "es contado", "se cuenta", *dīcitur* "es dicho, se dice", en las que aún se siente el antiguo carácter impersonal de la pasiva italo-celta, fueron asimiladas a formas empleadas de una manera "absoluta" y cuyo valor se hallaba por eso mismo próximo a la pasiva: si con un complemento *ferō* significa "llevo alguna cosa", el mismo *fero* tuvo concurrentemente un empleo absoluto con el sentido de "me porto (de tal o cual manera)"; la forma sin preverbio *fero* no tiene en época histórica este doble sentido (pero se encuentra *habeō aliquid* y *bene habeō);* por el contrario, *differō* puede emplearse con un complemento directo y también absolutamente: "difiero".

Pongamos por caso el presente *uertō, uortō:* por sí mismo, significa "vuelvo" si tiene un complemento directo, pero "me vuelvo" si no lo tiene y está tomado "absolutamente"; PLAUTO dice corrientemente: *uorte hāc* "vuélvete a mi lado". Las desinencias del tipo medio pasivo se prestaban para subrayar el valor "absoluto"; *uertor* era más claro aún que *uertō,* y en este sentido el latín clásico recurre de ordinario a *uertor.*

De la combinación de los dos tipos salió la pasiva que sirve para indicar el proceso considerado en sí mismo, independientemente del agente. El antiguo valor impersonal se deja transparentar en casos como *fertur, dīcitur.* Pero, en el *perfectum,* el giro *dictum est* está acompañado de *dictus sum, es, est,* etc. Y como se tenía *uertor, uerteris, uertitur,* etc., con un nombre de persona por sujeto, se llegó a establecer una pasiva del tipo *dīcor, dīcere, dīcitur,* etc. La pasiva latina dejó de ser únicamente impersonal. En la carta relativa a las Bacanales, se lee varias veces *utei suprad scriptum est,* impersonal según el uso italo-celta; pero *quom ea res cosoleretur* con un sujeto, según el uso instituído por el itálico.

En el indoeuropeo occidental, la distinción de desinencias primarias y secundarias no tenía ni la importancia ni el rigor relativos que tenía en indo-iranio, en griego y sin duda en otras partes. Se acaba de ver cómo el presente *sequitur* se encuentra frente a formas de doble serie de desinencias: homérico *hépatai* "el sigue" y hépeto "él seguía", y cómo *fatur* responde, por la forma (prescindiendo de la *-r*), a *pháto* "dijo". Sin embargo, hay huellas de la distinción en la flexión activa; el antiguo latín presentaba *-t,* procedente de **-ti* en el presente, y *-d,* de dental final, en el pretérito: *facit,* pero *feced.* Este resto de distinción desapareció cuando el latín generalizó el tipo *-t* y dijo *fēcit* como *facit.* Las alteraciones fonéticas hacían además imposible la distinción: la *-m* representa sin duda la antigua **-mi* primaria del tipo atemático, mientras que la *-m* de *eram* tiene visos de representar más bien la antigua nasal final del tipo secundario: donde el sánscrito distingue *-mi* de *-m* y el griego *-mi* de *-n,* el latín las confunde. Desde entonces, al no poder distinguir

por las desinencias el presente y el pretérito, el itálico y, con mayor razón, el latín tuvieron que buscar medios nuevos para expresar el tiempo.

En efecto, el verbo latino combina la expresión del "aspecto" con la del tiempo. La expresión del "aspecto" es antigua en latín. En efecto, el grupo del *infectum* continúa el grupo indoeuropeo llamado —impropiamente— del "presente" que servía para expresar el desarrollo del proceso. El grupo del *perfectum* se obtuvo mediante una mezcla de formas de las que ni unas ni otras tenían un valor temporal: formas de perfecto tales como *stetī, cecinī, tutudī o frēgī, fōdī,* formas de aoristos en *-s-* como *dīxi* y finalmente formas nuevas como *amauī, monuī,* salidas del perfecto. Incluso las formas procedentes de perfectos, como *stetī*, encierran restos de elementos aorísticos, ya que la *-is-* de *stetistī, steterunt, steteram, stetissem, etc.,* sale de un sufijo de aoristo. Ahora bien, el aoristo indicaba el proceso puro y simple y el perfecto el proceso acabado; el *perfectum* latino heredó los dos valores, y expresa a la vez el hecho puro y simple y el proceso acabado.

A esta oposición que domina, en época antigua, el verbo latino, pero cuyo valor preciso ha tendido a atenuarse en el transcurso de su evolución desde la época republicana, se superpone una segunda que no posee un carácter gramatical preciso, pero que ha sido importante desde el punto de vista semántico: se trata de la oposición entre las formas llamadas "perfectivas" e "imperfectivas" y que deberían llamarse mejor "determinadas" e "indeterminadas", porque la distinción no concuerda con la del perfectivo e imperfectivo eslavos. Por sí mismos, algunos verbos expresan el proceso llegado a su término, así *dō* "doy", *sistō* "me pongo de pie, me detengo", *sīdō* "me siento"; otros indican un proceso que se desarrolla sin término netamente definido: *donō* "hago donación", *stō* "estoy de pie", *sedeō* "estoy sentado". Y sobre todo se establece una oposición, por medio de un preverbio, entre el proceso que llega a su término, así *cognouī* "he obtenido conocimiento de algo", y el proceso que se desarrolla sin término definido, que va expresado por el verbo simple: *nouī* "conozco"; se dice: *unum cognoris omnes noris.* Los dos procedimientos se juntan a veces: frente a *cubō* "estoy acostado", está el "determinado" *ac-cumbō* "me acuesto"; *ac-cubō* indica el hecho de estar acostado pero con un sentido "determinado" que no tiene *cubō.* Los preverbios cambian de esta manera particular el "aspecto" del verbo simple, en el sentido de que indican el término del proceso: además de los sentidos concretos, variables con el preverbio, que tiene *ac-cipiō, ex-cipiō, con-cipiō,* todas estas formas con preverbio expresan el proceso de manera más "determinada" que el simple *capiō.* El simple *dīcō* expresa simplemente la acción de "decir"; la forma con preverbio *e-dicō* expresa la declaración de que se ha tomado una decisión de carácter definitivo: el preverbio *ex-* tiene aquí sobre todo el efecto de marcar que el proceso llega a su término. Esta delicada distinción viene a complicar la oposición gramatical del *infectum* y del *perfectum.*

Las distinciones que más importancia han tomado en el verbo latino son las del "tiempo" y del "modo" que se combinan entre ellas. Hay dos series completas de formas modales, las del indicativo que indica el hecho, y las del 'subjuntivo", que a la indicación del hecho añade una indicación subjectiva de posibilidad o de deseo. En el indicativo, están netamente distinguidos los tres tiempos: presente *dicō* y *dīxi*, pretérito *dicebām* y *dīxeram* y futuro *dīcam (dicēs)* y *dīxerō.* En el "subjuntivo", el pretérito presenta una expresión propia, *dīcerem* y *dīxissem;* pero el presente y el futuro la tienen común: *dīcam (dicas)* y *dixerim;* esto se debe a que el futuro, ya por sí mismo, comporta un matiz

subjetivo; se le reconoce por el hecho de que, en general, el futuro se expresa fácilmente por la idea de "querer": así en inglés I will say "diré", literalmente "quiero decir"; en latín mismo el tipo *erō*, el tipo *dīcēs*, etc. son antiguos subjuntivos indoeuropeos.

La autonomía de cada uno de los dos temas de *infectum* y de *perfectum*, marcada ya por el hecho de que un mismo *perfectum* se halla frente a dos *infectum*, así *stetī* frente a *sistō* y *stō*, *sedī* frente a *sīdō* y *sedeō*, *accubuī* frente a *accumbō* y *accubō*, *tulī* frente a *tollō* y *ferō*, etc., está puesta de relieve por la existencia de dos infinitivos distintos: *dīcere* y *dīxisse*. Con preverbio se da —de ordinario— la forma *-scō*, *conticescō*, mientras que el simple es siempre *tace;* pero en el *perfectum* se encuentra *conticuī* como *tacuī*. Y no se trata de un caso accidental: frente a *dormiō: obdormiscō*, tenemos *dormiuī* como *obdormiuī*, según se ha hecho notar anteriormente.

La escasa importancia del participio propiamente dicho procede de que el *perfectum* no posee participio frente a *dicens*.

El carácter originariamente independiente del adjetivo en *-tus*, convertido en itálico, como también en celta, en una especie de participio, se pone de manifiesto por el hecho de que tiene generalmente una forma aparte: a *dīcō*, *dīxī* se opone *dictus* (it. *detto;* la *i* del fr. *dit* proviene de *dīcō* y *dīxī* y resulta de que el adjetivo en *-to-*, que entró en la conjugación, tomó de aquí el vocalismo en galo-romance). Frente a *fingō*, *finxī*, el participio en *-tus* es *fictus*. Los casos de este género son frecuentes en latín.

La conjugación de un verbo latino comprende así formas pertenecientes a tres grupos distintos, pero relacionados entre sí, como *capiō*, *cepī*, *captus* — *amō*, *amāuī*, *amātus* — *monēo*, *monuī*, *monitus* — etc. De cada uno de estos grupos se sacaron múltiples formas que marcan las oposiciones de los tiempos y de los modos. El tiempo va siempre marcado en el interior de cada grupo. Ciertamente son muchas las lenguas distintas del latín que expresan la oposición del presente y del pasado; pero la noción de tiempo sólo se expresa completamente allí donde, además, hay una marca para indicar el futuro, cosa menos frecuente y menos durable; ahora bien, en el indicativo, el latín opone con rigor *capiō*, *capiēbam* y *capiam (capiēs)* — *cepī*, *cēperam* y *cēperō* — *capior*, *capiēbar*, *capiar (capiēris)* — *captus sum* (o *fuī*), *captus eram* (o *fueram*), *captus erō* (o *fuerō*). En ninguna de las lenguas indoeuropeas las oposiciones de las formas temporales son tan completas, tan exactas, tan simétricamente ordenadas. Este sistema es, pues, una creación del latín.

Si se compara el sistema de los temas del verbo latino con los del sánscrito y del griego, se ve inmediatamente la originalidad de aquellos. El sánscrito posee temas variados y de muchos tipos; pero sus valores son difíciles de captar. El griego posee categorías todavía múltiples, pero que se oponen claramente unas a otras: presente, aoristo, futuro, perfecto son categorías claramente definidas. El latín ofrece, como el griego, oposiciones tajantes; pero, además, estas oposiciones se ensamblan unas con otras hasta el punto de constituir un sistema completamente articulado. Presenta una organización compleja, como la que no es de extrañar que se encontrara en un pueblo que fué el primero que supo constituir verdaderamente un "Estado", es decir, algo distinto de un conglomerado informe de grupos autónomos.

A las oposiciones de tiempos se añaden las oposiciones de modos totalmente rigurosas también, y que dominan la estructura de la fase. Sólo una forma, no personal, del verbo latino, el infinitivo, está fuera de las oposiciones de modos. La orden positiva se expresa

por una forma totalmente simple del grupo del *infectum*, por ejemplo: *cape, capite* – *amā, amatĕ* – etc. Es esta la única forma que rompe la simetría del sistema en el verbo latino, pues en el *perfectum* no existe un equivalente. La prohibición se expresa con el subjuntivo, y, por consiguiente, aquí se da la oposición entre *infectum* y *perfectum*, al menos en la forma: *ne faciās* y *ne fēceris*.

Al estar reducida a dos términos, la oposición del indicativo y del subjuntivo está netamente marcada. Por sí misma, tiene poca significación. El indicativo conservó su función indoeuropea, expresa el hecho sin ningún matiz subjetivo. El subjuntivo encierra sobre todo los empleos del antiguo optativo; es el modo que expresa por sí mismo el deseo y la posibilidad; pero su valor propio es débil; aparte de la prohibición, no representa un papel importante en la frase principal. El uso fundamental del "subjuntivo" latino es el de marcar en las subordinadas el deseo y la posibilidad. Gracias al juego del indicativo y del subjuntivo, el latín presenta un sistema de subordinación que es sin duda el más sólidamente articulado de todos cuantos ofrecen las lenguas indoeuropeas, y uno de los más delicados. Está constituído por tipos fijos de subordinadas en las que el subjuntivo es de rigor. En este aspecto, el latín está en oposición con el tipo indoeuropeo en que cada forma gramatical tenía su propio valor y no aparecía más que cuando su significación especial lo pedía. En latín, hay muchos giros que, aunque no se piense en un sentido definido, deben llevar el verbo en subjuntivo. La organización de la frase subordinada, cuyo principal instrumento es el subjuntivo, junto con las conjunciones y el relativo, constituye la faceta más original y sorprendente de la sintaxis latina.

Aunque sea un poco arriesgado explicar la estructura morfológica de una lengua por el carácter de un pueblo, no podemos sustraernos de ver aquí un efecto del sentido de organización que caracterizó a los romanos. Espíritus políticos, jurídicos, administrativos, los romanos dieron a las frases con las que se expresaban una composición gracias a la cual marcaban de una manera exacta las relaciones de las ideas que debían expresar. La frase latina no ofrece la línea sinuosa y flexible, la delicadeza sutil de la frase griega; pero es un instrumento más propio para poner de relieve la articulación de las ideas y para relacionarlas entre sí. La lengua latina evoca y sugiere menos; pero formula.

Entre la frase latina y la frase griega, es el participio el que señala la diferencia más profunda. Junto a cada tema verbal, el indoeuropeo poseía un participio que se prestaba a servir de aposición a cualquier palabra de la frase. El griego no sólo conservó todos estos participios, sino que multiplicó su empleo. La manera cómo utiliza la aposición de los participios permite sugerir los matices sin marcarlos de una manera expresa, sin insistir en ellos. La frase griega debe ante todo al participio su carácter ondulante, su flexibilidad, su variedad, su capacidad de sugerir delicadamente. El latín no tiene ningún recurso parecido; en esta lengua hay que expresar directamente, positivamente lo que se quiere decir. Los eruditos de Roma que conocían bien el griego y que sabían apreciar los servicios prestados por el participio intentaron extender en el latín el uso del participio presente, que está reducido a poca cosa en los autores más antiguos. Pero, a pesar de su deseo, abocaron a resultados sólo mediocres porque la morfología no permitía obtener un sistema de frases participiales: en una lengua en la que uno de los dos grupos esenciales del verbo, el del *perfectum*, no poseía participio, y en la que el *infectum* de pasiva tampoco lo tenía, el empleo del participio activo del *infectum* no podía lograr gran extensión: rompía la simetría.

En cuanto al adjetivo en *-tus* de los tipos *dictus, fissus,* se convirtió en una especie de participio en tanto que quedó ligado al sistema verbal. Pero está aislado entre los temas verbales; su función principal es por lo demás el de proveer el *perfectum* del tipo *dictus sum, etc.* Por indicar un resultado adquirido, dotó al latín de giros preciosos, el ablativo absoluto: *condita urbe,* o el tipo *ante urbem conditam;* pero estos no son giros flexibles y libres como los que el participio da al griego; se trata de procedimientos rígidos, más aún que las frases de verbo personal.

Como los dos temas principales del verbo latino tienen cada una su infinitivo, *dīcere* y *dīxisse, dīcī* y *dictum esse* (o *fuisse*), el latín pudo, como el griego, desarrollar el uso de la frase infinitiva, e incluso sacar más partido de ella: el griego tiene dos maneras de decir *yo creo que él ha venido;* el latín clásico sólo posee una: la frase infinitiva. Pero, por la carencia de artículo, el infinitivo latino no se prestó al empleo de infinitivo en función de sustantivo, y, por eso mismo, el latín no posee uno de los procedimientos que contribuyen a dar al griego escrito su flexibilidad; el latín lo suple en cierta medida por medio de sus gerundivos, cuyo empleo es más rígido y por ello más limitado.

Por la simetría de la conjugación, por el carácter fijo de las formas que posee y por la ausencia de algunas otras formas, el verbo contribuye a dar a la frase latina una solidez, pero también una rigidez, que la distinguen profundamente de la frase griega.

La estructura del nombre presenta en latín menos innovaciones, y de menos alcance, que las del verbo.

En indoeuropeo, el rasgo esencial del nombre consistía en que, debido a sus formas propias, cada nombre poseía el signo de la función que desempeñaba en la frase.

Esto se traduce en primer lugar por la concordancia. En la mayor parte de las lenguas modernas de Europa, lo que señala que un adjetivo epíteto, un sustantivo en aposición, un complemento van unidos por el sentido, es el hecho de que van yuxtapuestos, de que forman un grupo. Las frases de nuestras lenguas —y de casi todas las lenguas llevan consigo grupos nominales: *un hombre joven, la toga nueva, Pedro el cerrajero, la casa de Pablo,* etc. aparecen como grupos estrechamente unidos, y son estos grupos los que sirven de elementos de la frase: *un hombre joven ha venido, ponte la toga nueva, necesité a Pedro, el cerrajero; fui a casa de Pablo,* etc. En indoeuropeo, los grupos no estaban relacionados de esta manera. Cada uno de los elementos componentes, al llevar en sí mismo el signo de su función, podía ser separado de los demás. Era natural decir *togam nouam indue;* pero nada impedía decir *nouam indue togam,* o *togam indue nouam.* Y, en efecto, la poesía latina opera con grupos voluntariamente disociados según el uso indoeuropeo; VIRGILIO puede escribir:

Protinus aerii mellis caelestia dona
Exsequar.

Pero también escribe muy correctamente:

Admiranda tibi leuium spectacula rerum

o

Et manibus Procne pectus signata cruentis

o

. . . cum prima noui ducent examina reges.

Lo que permite semejante orden de palabras, es que, por ejemplo, *nouī* lleva en su forma el signo del nominativo plural masculino en concordancia con *regēs* y *prīma* el signo del nominativo plural neutro en concordancia con *exămina*. Mientras el latín conservó la distinción de los tres géneros y de los seis casos con formas enteramente diferentes para el singular y para el plural, bastó la concordancia para indicar a qué substantivo se refiere cada adjetivo. La disociación de las partes que componen los grupos nominales es más corriente en latín que en griego en que, especialmente en el dialecto ático, el grupo nominal va estrechamente articulado. El latín, que no posee agrupamientos semejantes, no podría en consecuencia tener un artículo; las lenguas romances tuvieron que crear su artículo en una época tardía.

De entre las formas casuales indoeuropeas, unas indicaban relaciones de carácter formal: el sujeto, el complemento directo, el complemento de destino, el complemento que expresa el todo del que se toma una parte, etc.; tal es el valor del nominativo, del acusativo, del dativo, del genitivo, y el genitivo fue empleado, de una manera general, para indicar el complemento de un substantivo. Otras formas casuales expresaban ciertas nociones concretas: el lugar de donde se viene (ablativo), el lugar donde se está (locativo), el lugar a donde se va (acusativo; la forma es la misma que la del complemento directo), aquello con lo que se hace alguna cosa (instrumental). Este grupo de formas casuales no estaba propiamente organizado en un sistema ni desde el punto de vista del sentido ni desde el punto de vista de la forma. Nada más confuso que el conjunto incoherente de las formas casuales: difieren de un tipo de nombres a otro, y los tipos vecinos tienen en común una parte de sus formas mientras que otras divergen; presentan aspectos diversos: *pedum* es disilábico y *pedibus* trisilábico; a veces se confunden y a veces son distintas: *ouī* es dativo, locativo y ablativo-instrumental, mientras que el dativo *pedī* es distinto de *pede* locativo-ablativo-instrumental. Nada menos claro que su sentido: el acusativo tiene dos funciones bien distintas, *Titum uideō* y *Romam eō;* lo mismo el genitivo: *ubi terrarum* y *Titi domus;* etc. Por ello la declinación del nombre está en vías de alteración en todas las lenguas indoeuropeas mucho antes del comienzo de la tradición, incluso para las lenguas comunes en la época más antigua.

Los casos de valor gramatical: nominativo, acusativo (complemento directo), genitivo y dativo, son los que conservaron mejor su valor. El latín del siglo III a. de C. mantuvo en ellos casi todos los valores indoeuropeos.

De manera muy distinta sucede con los casos de valor concreto. Desde época italocelta quizás, desde la época itálica con seguridad, el ablativo y el instrumental no poseían más que una forma: no se puede incluso afirmar que el instrumental haya tenido signos claros, fuera del indo-iranio, del armenio, del eslavo y del báltico: ni en griego, ni en italocelta, ni en germano (salvo algunos vestigios), se distinguió bien el instrumental. El locativo, que indicaba el lugar donde se está, subsistía claramente en la época itálica común: el osco y el umbro aún lo usan en los textos conservados. Pero existía en la lengua el procedimiento que estaba destinado a reemplazar estas formas casuales; partículas, llamadas preposiciones, eran antepuestas o pospuestas al nombre para indicar con precisión su valor local: para indicar el punto de partida había *ab*, *ex* o *dē*, por ejemplo. La forma del instrumental-ablativo no servía ya nada más que para acompañar a la preposición que, siendo por sí misma suficiente para indicar el sentido, hacía inútil la forma casual. En el momen-

to en que se fija el latín escrito, la lengua se encuentra en este respecto en un período de transición: las formas casuales no bastan en principio para marcar la relación local y es de rigor el empleo de una preposición; pero como el nombre no existe si no es en formas casuales particulares, es necesaria junto a cada preposición una forma casual determinada. Para indicar el punto de partida, se puede decir según el matiz del sentido *ab urbe, ex urbe, dē urbe*, pero siempre es necesaria una de las preposiciones. Para indicar la compañía, es de rigor la preposición *cum: cum Marco*, y sólo para indicar el modo, el instrumento, se basta todavía por sí sola la forma del ablativo intrumental: *secūrī ferire.*

Este estado de cosas no fue alcanzado por el latín sino poco antes del siglo III. En efecto, para los nombres que designan más particularmente el lugar, para los nombres de localidades, bastan aún por sí mismas las formas casuales: *eō Romam, Tusculo ueniō*, etc. E incluso, en este empleo particular, pervive la antigua forma del locativo: *Rōmae, Tusculī, Karthaginī habitō.* Pero, cosa curiosa, ni siquiera entonces la forma es propia del locativo: aunque sean antiguos locativos, las formas coinciden, desde el punto de vista latino, con otros casos: *Rōmae* concuerda con la forma del genitivo-dativo, y, al menos después de la simplificación de los diptongos, *Tusculī* con la forma del genitivo, *Karthaginī* con la forma del dativo. Así en el singular, pero en el singular solamente, el latín guarda restos de un antiguo locativo que sobrevivió también en empleos adverbiales como el de *humī* y que fue introducido en algunos averbios: la ī de *herī* es la ī del locaitivo del tipo *Karthaginī*, que se añadió a la forma antigua **hes* (cf. hes-ternus). Dejando aparte este empleo particular, el latín fue perdiendo las antiguas formas del locativo y las reemplazó todas, en el singular como en el plural, por las del ablativo-instrumental, de suerte que una misma forma casual sirve, a la vez, para tres casos antiguos, pero siempre con preposición. La lengua llegó así a un sistema poco ordenado que encierra en sí la oposición de:

ueniō ex urbe
habitō in urbe
eō in urbem

El punto de partida se distingue del lugar donde se está por la preposición, el lugar donde se está del lugar a donde se va por la forma casual, dándose torpemente la oposición:

ueniō Rōmā
habitō Rōmae
eō Rōmam

No había en ello ningún orden durable, sino solamente uno de esos arreglos provisionales que improvisan las lenguas en vía de transformación para pasar de un tipo — el tipo indoeuropeo de palabras autónomas— a otro tipo —el tipo de palabras acompañadas de partículas y colocadas en lugares fijos.

Las formas ofrecen mayor confusión aún que los valores de los casos. El tipo de *ouis* no coincide con el de *mens* más que en parte, y el de *mens* sólo en parte con el de *pēs.* La flexión de *lupus*, la de *toga*, la de *consul* y la de *manus* difieren notablemente, aunque presenten algunos rasgos comunes. Los tipos usuales y que pueden pasar por normales son los de *lupus* y de *toga* que son paralelos entre sí, pero que, en singular, ofrecen dos divergencias importantes: el genitivo *lupī* es distinto del dativo-ablativo-instrumental

lupō, mientras que *togae*, que sirve de genitivo y de dativo, se opone al ablativo-instrumental *togā*. El tipo de *pēs*, por el contrario, se compone de tipos parciales que no concuerdan exactamente unos con otros; en este tipo, que en indoeuropeo presentaba variaciones vocálicas complejas, el latín introdujo una simplificación decisiva: opone el nominativo singular a todas las demás formas. En indoeuropeo, el nombre del "pie" presentaba en el nominativo y en el acusativo del singular un vocalismo de timbre *o*, el que se encuentra en el acusativo griego *póda* "pedem"; los demás casos presentaban un vocalismo *e*, que es el que generalizó el latín; aparte de esto, el latín opone el nominativo *pēs* a todos los demás casos, al acusativo singular *pedem* como al genitivo *pedis*, etc. Del mismo modo, el latín opone *pater* a *patrem*, *patris*, etc.; *mīles* a *mīlitem*, *mīlitis*, etc; *mens* a *mentem*, *mentis*, etc.; *homō* a *hominem*, *hominis*, etc.; *ratiō* a *ratiōnem*, *ratiōnis*, etc.; o, en el neutro, el nominativo-acusativo *genus* a *generis*, *generī*, *genera*, etc.; el nominativo-acusativo *iter* a *itineris*, *itinere;* el nominativo-acusativo *nōmen* a *nōminis*, *nōmine;* etc. Incluso en el tipo de *lupus*, un nominativo como *ager* se opone a *agrum*, *agrī*, un nominativo como *līber* a *liberum*, *līberī*, un nominativo como *uir* a *uirum*, *uirī*, etc. El latín llegó así a aislar, en una gran medida, la forma del nominativo del singular de las de los demás casos, pero, bien es verdad, sin hacer de este nominativo una forma que domine a las otras; esta novedad tuvo importantes consecuencias.

El nombre latino, pues, constituye todavía un conjunto de formas casuales, y no una palabra a la que se añaden unas características según el sentido a expresar. Un nominativo *lupus*, *toga* u *homō* constituye, en la flexión, una forma aparte y una forma importante; pero no pasa de ser una forma entre otras. En este aspecto, el latín se quedó en un estadio arcaico, más que el griego en que, desde los primeros textos, anteriores en varios siglos a los primeros textos latinos, la declinación se simplificó, dominada las más de las veces por el nominativo.

Fijado en un momento en que la flexión casual subsistía ampliamente y conservaba un gran valor, y en que la construcción aposicional del indoeuropeo, aún en pleno vigor, excluía los agrupamientos íntimos de palabras de la frase, el latín no había tenido tiempo para procurarse un artículo, es decir una forma que determina menos una palabra aislada que cada uno de los grupos nominales de la frase. La ausencia de artículo es uno de los rasgos en que se marca el arcaísmo del latín. La lengua latina común, que recibió su forma detenida en un tiempo en que el substantivo no poseía una forma fundamental de la que proceden las demás, y en que el grupo nominal no estaba constituído de manera firme, sólo cuando se dislocó y pasó al tipo romance pudo proveerse del artículo que el griego poseía desde el siglo VI a. de C. por lo menos.

Si el latín no posee este procedimiento de determinación general que es el artículo, posee en cambio unos demostrativos enérgicos, que tienen valores particulares muy concluyentes: *hic*, *iste*, *ille* se traducen igualmente por fr. *ce*, pero con matices distintos. No se trata simplemente de la distinción entre lo que está próximo y lo que está alejado. *Hic* se aplica a lo que está cerca de "mí", a lo que me rodea; *iste* a lo que está cerca de "tí", lo que te concierne; *ille* a lo que está cerca de "él", que se refiere a "él". De aquí resulta que *hic* equivale aproximadamente a "celui-ci" e *ille* a "celui-là". Pero se ve inmediatamenque la traducción francesa no da una idea justa de *hic*, *iste* e *ille*. Durante la época republicana, se mantuvieron rigurosamente estos valores de *hic*, *iste* e *ille*. Permiten una notable

precisión en las indicaciones y en los matices finos; poseen todavía un carácter bastante concreto.

El sistema se estableció tanto más firmemente cuanto que se vio sostenido por un grupo completo de adverbios de lugar correspondientes:

hīc	*istīc*	*illīc*
hūc	*istūc*	*illūc*
hinc	*istinc*	*illinc*
hāc	*istāc*	*illāc*

Estos demostrativos tienen siempre un sentido enérgico, pues, para remitir a una noción conocida o ya nombrada, o para responder a una frase relativa, el latín posee un demostrativo diferente a la persona: *is, ea, id,* con un sistema de adverbios de lugar correspondientes al del relativo:

ibī	*ubī*
eō	*quō*
inde	*unde*
eā	*quā*

Para los demás derivados distintos de los adverbios de lugar, el latín se sirve de otro radical de demostrativo que no sobrevivió en estado de demostrativo declinable y que en indoeuropeo no era puramente anafórico, el radical *t-*. Tenemos:

tam	*quam*
tantus	*quantus*
tot	*quot*
talis	*quālis*
tum	*cum*

Quandō es el único que no tiene correspondencia en la serie de *t.*

Este sistema de *is... quī* y de *tam... quam, tum... cum* es importante para la articulación de las frases. Permite la subordinación de las frases relativas a las frases principales de una manera muy sensible y con solidez. Gracias, en parte, a este sistema — junto con el papel del subjuntivo señalado antes, — el latín dispone de la subordinación expresiva y sólidamente establecida que le da un carácter original y una fuerza singular para expresar un pensamiento bien analizado y bien conjuntado.

Unicamente no sale de ninguno de estos tipos la característica de las subordinadas que expresan una condición: *sī*, que introduce la frase condicional, es también un antiguo adverbio que pertenece, según todas las apariencias, al grupo de los demostrativos, pero a un demostrativo del que no quedan en latín más que restos, particularmente un acusativo *sum* "eum", *sam* "eam", *sos* "eos" que todavía empleaba ENNIO y, frente a *i-pse, eum-pse, eam-pse,* etc... (la flexión de *ipse, ipsa, ipsius,* etc., es secundaria), *sum-pse.* Con la partícula *-c(e)* pospuesta, el adverbio *sī* (antiguo **sei*) se conservó en *sīc,* y, con *-ue* "o", en *sī-ue, seu* (de **sei-ue*). Resulta, por tanto, que las conjunciones que sirven para la su-

bordinación, tan importante en latín, pertenecen en principio al grupo de los demostrativos o al del interrogativo-indefinido-relativo.

La formación de palabras nuevas en latín es abundante. Los elementos que sirven para ello son antiguos; pero están empleados de una manera nueva.

El latín conservó un antiguo procedimiento de formación de nombres intensivos que sirven de comparativos, tales como *melior*, *senior*, etc. Pero aplicó la formación a los adjetivos, y los sufijos de adjetivos se conservaron en estos "comparativos". Así *iūnior* presenta el elemento **-en-* que es un sufijo en *iuuenis*. Se formaron incluso comparativos como *audācior*, etc. De un tipo radical antiguo se obtuvo así un procedimiento de derivación universal.

Se heredó también el tipo en **-ero-*, **-ro-* que indica oposición entre dos nociones; se llegó incluso a desarrollar cuando se creó *alter* frente a *alius*. Pero el tipo no fue productivo. Y, en los casos en que las oposiciones deben ir bien marcadas, el latín añade el sufijo de comparativo que creó para sí: *superus* pasa así a *superior; *interos* a *interior*, etc. Se nota aquí la tendencia del latín a marcar enérgicamente lo que quiere significar.

En el segundo término de los compuestos, había una formación en *-ti-* que reemplazaba en ellos al nombre de acción. El italo-celta la extendió a las palabras simples y posee abundancia de formas como *mens* (de **mentis*), *mors* (de **mortis*), etc. Pero el sufijo presentaba poca consistencia, y el italo-celta sacó partido de una forma alargada **-ti-ōn-*, *-ti-n-* (ver pags. 19 y ss.). El latín hizo gran uso de este procedimiento. Los derivados formaron palabras de este género lo mismo que los verbos radicales, y los nombres como *ocupatiō* se crean libremente y se hacen usuales; pero son más usuales en el compuesto que en el simple: *conuentiō* es frecuente, *uentiō*, en cambio, apenas se da.

De una manera general, la autonomía de la palabra, que constituía el rasgo característico de la morfología indoeuropea, tiende a restringirse.

Las formaciones verbales habían cesado de depender cada una por su parte de las raíces. El verbo se dispuso en conjugaciones.

Los verbos radicales subsisten en gran número, y con numerosas particularidades especiales, propias de cada verbo. Pero las formaciones derivadas se hacen cada vez más importantes y numerosas. *Capiō, cēpī* subsiste; pero *captāre* y *occupāre* adquieren una gran importancia.

Gracias a la multiplicidad de sus formas, las palabras, nombres y verbos, conservan el signo de su función en la frase. El orden de las palabras permanece, pues, libre; pero no sirve nunca para indicar el papel de la palabra en la frase. Unicamente la forma del nominativo o del acusativo, en *Paulus caedit Petrum*, indica lo que es sujeto o complemento. Pero la flexión se simplifica y el empleo de las preposiciones aumenta.

Se precisa el valor de las categorías gramaticales, como en griego. Y el sistema de las formas verbales se ordena según un plan exactamente diseñado, como en griego. Pero, a diferencia del griego, las categorías se acoplan unas a otras: el acoplamiento de la categoría del "tiempo" a la del "aspecto", que expresa la oposición del *infectum* y del *perfectum*, es un rasgo particualr del itálico, y especialmente del latín.

En suma, el tipo indoeuropeo conservó algunas de sus características esenciales. No se perdió el recuerdo de la individualidad de la palabra, que concuerda tan curiosamente con el espíritu a la vez individualista y ordenado de la aristocracia indoeuropea. Pero se

introdujo una subordinación cada vez más estricta de las formas, unas a las otras, en la flexión y de las palabras, unas a las otras, en la frase. Al extenderse a poblaciones nuevas, la forma del indoeuropeo que dio el latín se despojó de muchas de sus particularidades y tendió a tomar un tipo lingüístico menos singular. De este modo se hizo más accesible. Pero, al mismo tiempo, se disciplinó y normalizó y tendió a convertirse en esa especie de máquina de precisión que es la lengua latina: sabido es con qué seguridad desmonta el latín los elementos indoeuropeos; y es este rigor de adaptación lo que ha hecho del latín un instrumento tan poderoso de civilización.

El vocabulario es la parte de la lengua en que mejor se ponen de manifiesto las influencias sociales que intervienen en ella.

Por ser una lengua de un grupo que no poseía ni una técnica ni una cultura intelectual nuevas y ampliamente desarrolladas, el latín conserva muchas palabras antiguas. Se encuentran en él, con una abundancia singular, restos de nombres de acción radicales que representaban una parte importante en el vocabulario indoeuropeo: *lux*, *ops (opēs)*, *pax*, *nex*, *frūx*, *precēs*, *rōs*, *arx*, son arcaísmos. Algunos de estos arcaísmos están disimulados por la forma del nominativo: *sēdēs* es el nominativo de **sēd-*, como se ve por el ablativo *sēde* y el genitivo plural *sēdum*. La palabra *rēs* está mejor conservada en latín que en indoiranio, y no se la encuentra en ninguna otra parte. El latín está aún lleno de palabras indoeuropeas apenas alteradas. Muchas de estas palabras no persistieron con amplitud en el uso común, pero figuran en locuciones que han quedado como usuales: la palabra *frūx* no es frecuente, pero *frūgī* es corriente. No se encuentra una palabra **dix*, pero sí un *dicis causā;* no hay un nominativo *uix;* pero *uicem*, *uice*, *uicēs*, son de uso ordinario. *Rēx* no se encuentra más que en celta y en sánscrito, *dux* en ninguna parte. — En el segundo término de los compuestos, las palabras radicales no desempeñan un papel menos importante. Se conoce la importancia de *praeses* y de *dēses*, de *coniux*, de *redux*, de *particeps*, etc. — Y éstos son sólo algunos ejemplos del arcaísmo del vocabulario latino.

De otra parte, el vocabulario latino presenta como cosa notable el que al lado de restos del antiguo fondo aristocrático, posee muchos elementos de tipo popular. Esto se debe a que los jefes de Roma no sucedieron inmediatamente a la aristocracia indoeuropea guerrera y conquistadora de la que los galos dan una idea tan justa todavía; sino que eran continuadores de un grupo de propietarios rurales que cultivaban la tierra.

El indoeuropeo normal — lengua común de la aristocracia indoeuropea, que representan en lo esencial las lenguas conservadas —, no poseía consonantes geminadas. E incluso, en los casos en que el encuentro de una consonante final de un elemento morfológico y del elemento inicial de un elemento siguiente provocaba la sucesión de dos consonantes — en indoeuropeo no pueden ser más que dentales —, la geminación de la dental que se producía no subsistía un principio: *-t + t-* daba en iranio, en eslavo, en griego *-st-*, en germánico y en italo-celta *-ss-;* así **sedto-s* convertido en **settos*, dio en iranio *hasta-*, en latín *sessus*.

Pero, al mismo tiempo, existía, a título de procedimiento expresivo, sin duda corriente en la lengua popular, un abundante empleo de la geminación. Como las lenguas escritas reposan de ordinario sobre un tipo "noble" de lenguaje, esta geminación se manifiesta poco en los textos conservados; pero se entrevé que desempeñó un gran papel entre los elementos inferiores de la población de lengua indoeuropea, y quizás en el habla familiar

de todo el mundo. La geminación se encuentra especialmente en nombres familiares. Así el nombre que designa el "jefe de familia" es **pəter* (lat. *pater*, etc.). Pero al lado, hay palabras familiares del tipo **pappa* o **atta* "papa" con geminada en su interior. La *-tt-*, en esta situación se mantiene en la forma *-tt-* y encontramos en latín *atta*, en gótico *atta*, en eslavo el derivado *otĭcĭ* (la simplificación de *-tt-* en *-t-* es un fenómeno propiamente eslavo: el eslavo común no admitía ninguna consonante geminada). Estas geminadas expresivas debían comportar una indicación clara de los dos elementos de la articulación: la implosión y la explosión.

El latín posee, pues, menos que el germánico, pero de manera aún notable, un número insólito de ejemplos de palabras expresivas con consonantes geminadas interiores. Tiene *atta* y *pappa*, *mamma* "mamá", *acca* en el nombre derivado *Acca Larentia*. Y se pueden multiplicar los ejemplos.

Para "nariz", el latín conserva el nombre antiguo en *nārēs*, que designa las "*narices*". Pero el nombre ordinario de "nariz" es una forma "popular" con geminada: *nāssus* (ortografía conservada en PLAUTO), que se simplifica en *nāsus*. De este nombre se sacó un derivado, de forma imprevista, *nāsūtus*, sin duda por analogía con *cornūtus;* ello encierra cierta burla tan popular como la palabra *nasus* misma. — Las palabras "populares" *bucca*, *guttur* presentan también la geminada interior. Del mismo modo se puede incluso explicar *pollex* frente a *palīcī* "pulgar" del antiguo eslavo. Es probable que la *-cc-* geminada de *braccium (bracchium)* sea un procedimiento expresivo más bien que un medio de transcribir al latín la χ del griego *brakhion*.

De la raíz *leip-* "untar, ser graso", que da un gran número de palabras en sánscrito, en eslavo, en báltico, en griego (*lípos*, *liparós*, etc.), y, con fuertes cambios de sentido, en germáno, el latín no conservó más que un adjetivo "popular": *lippus*. La palabra *gibbus*, que designa una enfermedad, no tiene etimología cierta; pero ofrece la geminación característica; y lo mismo, *flaccus*, *broccus*, *siccus*.

Se ha intentado muchas veces explicar por antiguos grupos de consonantes la geminada de *sollus* (especialmente en *sollers*, *sollicitus)*, frente a *solidus*, etc,; de *pullus* "grisáceo, negruzco" y de *palleo* frente a *palumbēs*, gr. *poliós* "gris-blanco", etc.; de *calleō*. Lo más simple es ver en ello la geminación expresiva que es segura en *lippus*. A través de esto se puede apreciar la importancia del procedimiento en latín.

Por lo demás, muchas de estas formas "populares" con geminada no tuvieron acceso a la lengua escrita. Frente a *uorare* no se conoce *uorri* "voraces" más que por los glosarios. Frente a *totus* (español *todo*) no se conoce la forma *tuttus*, en la que reposan *tutto* del italiano y *tout* (femenino *toute*) del francés, si no es por las lenguas romances. Pero estos dos ejemplos bastan para hacer notar la importancia que tuvo el uso de la geminación de consonantes.

Los nombres de animales proporcionan también ejemplos: *uacca* frente a la forma sánscrita con consonante simple *vaçá* "becerra que no ha parido aún", si se admite el parentesco, que es discutible; *gallus*, con la misma geminada que ofrece *kallōn* "hablar alto" del antiguo-alto-alemán, *kalla* "llamar" del antiguo escandinavo; *pullus* frente al griego *pôlos* "potro".

La raíz **bhleg-* "brillar" del gr. *phlégō*, etc. está ampliamente representada en latín por *fulgēo*, *fulgur*, *fulmen*, de una parte, por *flagrō*, de otra. Pero ninguna forma conocida

da cuenta de la *-mm-* de *flamma*, evidentemente de la misma familia. Es preciso suponer que **flagsma*, que presenta el mismo elemento radical que *flagrāre*, pasó a *flamma* por el procedimiento de la geminación expresiva que fue productivo en latín.

Del mismo modo la *-nn-* de *penna*, procedente de un antiguo *pesna* (sin duda de **petsna*) atestiguada por FESTO, no se explica por el tratamiento normal de *-sn-;* se trataría aquí de una geminación expresiva.

La *-tt-* de *gluttiō* es expresiva, se trata en efecto de una palabra expresiva. Se encuentran *-tt-* semejantes en *battuō*, *futtuō*.

La *-tt-* de *gutta* es también manifiestamente expresiva, lo mismo que la *-rr-* de *garriō*.

La *-rr-* de *narrō* resulta de una geminación expresiva; este verbo es un derivado de **gnaros*, conservado en *ignārus*. El adjetivo **gnaros* pertenece a la misma raíz que *(g)nōscō*, *(g)nōtus;* la *-na-* representa el mismo grupo fonético que en *(g)natus* "nacido" frente a *genitor*. Mientras se mantuvo en latín el sentimiento de la familia de las palabras, *(g)na-* se aplicó a la idea de "nacer" y *(g)no-* a la de "conocer". Ambas formas pertenecieron originariamente a estas dos raíces enteramente semejantes por la forma, pero enteramente diferentes por el sentido. El aislamiento de **gnāros* "que conoce" permitió se hiciera una palabra expresiva por geminación de *r* y de aquí obtener *narro*. Está también atestiguado un adjetivo *gnaruris*, de donde *ignarures* glosado por el gr. "*agnooûntes*".

Se ha discutido algunas veces el carácter secundario de la geminación en algunas palabras latinas. El caso de *Iuppiter* que reemplaza a **Iūpiter* de **dyeu-pater* es cierto. Y tampoco se ve cómo se podría explicar de otra manera *mittō* frente a *mīsi*, aunque la etimología de este verbo sea desconocida y su historia por lo mismo obscura e incierta.

Incluso entre sufijos se encuentra la geminación expresiva: sólo ella parece poder dar cuenta de *-ss-* del tipo desiderativo de *capessō*, *lacessō*, etc.

Aunque antiguas en indoeuropeo, algunas palabras revelan por la forma que no pertenecen sin duda a los antiguos fondos aristocráticos. El nombre indoeuropeo de la "cabeza" subsistió en el derivado *cerebrum* de **kerəs-ro-*. Pero, en latín, el usual es *caput;* la *a* del elemento radical de esta palabra está fuera del tipo indoeuropeo normal. Ahora bien, se ve, por una palabra como el sánscrito *kapucchalam* "mechón de cabellos en la parte de atrás de la cabeza", que la palabra indoeuropea sobre la que reposa *caput* debía ser "popular". El antiguo islandes *hǫfod* ofrece la correspondencia de la palabra latina. Hay otro sufijo en *hafola* "cabeza" del antiguo inglés, *kapālam*, "cráneo", del sánscrito. Y es con este grupo de palabras inestables con el que se relaciona sin duda la formación del diminutivo lat. *capillus*.

En una parte notable de estas palabras expresivas y populares, en *atta* y en *acca*, *en uacca* y en *gallus*, *en flaccus* y en *caput*, figura esta vocal *a* que se encuentra en reduplicaciones como la de *cancer*. F. de SAUSSURE ha señalado que los adjetivos que designan enfermedades como *caecus*, *paetus*, *balbus*, *caluus*, *blaesus*, *claudus*, *plautus*, etc. presentan este singular vocalismo *a* que se encuentra también en *laeuus* y *saeuus* por ejemplo; como lo muestran algunos de estos ejemplos, el hecho data del indoeuropeo. Y no sólo está limitado al caso particular que señala SAUSSURE: son numerosos los verbos que indican nociones técnicas y provistas de valor afectivo, es decir, verbos que pertenecen al vocabulario popular y que ofrecen este vocalismo *a*. *Battuō* es notable a este respecto. El latín posee en gran número presentes como *caedō* y *laedō*, *plaudō* y *claudō*, *parcō* y *spar-*

go, *carpō*, *sarpō*, y *scalpō*, *scatō (scateō)* y *scabō*, **-candō (candeō)* y *scandō*, *trahō*. La *a* de estos presentes no entra en el sistema general del vocalismo indoeuropeo, y es preciso por tanto admitir que, con respecto a la forma normal con *e* conservada en el irlandés *scendit* "saltan" por ejemplo, la *a* del latín *scandō* ofrece una desviación particular; en efecto, este vocalismo se encuentra en védico, en *skándati* "él salta", al lado de intensivos *caniṣkadat* y *kaniṣkan*, es decir, de formas eminentemente afectivas. El latín ofrece aquí, y con frecuencia, un tipo expresivo del indoeuropeo que está poco atestiguado en otros sitios.

El carácter "popular" del vocabulario latino se manifiesta aún por el hecho de que muchas de sus palabras se obtienen mediante alargamiento y derivaciones que permitían ya señalar o añadir un valor afectivo en estas palabras, ya proveerlas de formas plenas, analizables y menos anormales que lo eran las antiguas formas.

Sea el presente lat. *aueō*, cuyo elemento radical parece encontrarse en el dialecto británico del celta. Va acompañado de una palabra *auarus*, cuya formación es de un tipo muy particular, y de otro adjetivo *auidus*, que es por el contrario una forma normal con respecto a un presente como *aueo*. Aparte del abstracto *auaritia*, no existe ningún derivado de la palabra aislada *auārus*. En cambio *auidus* dio un verbo derivado *audeō*, que se apartó de *auidus* por el sentido y por la forma. El participio anómalo *ausus* sirvió de punto de partida a muy pocos derivados. Pero el presente *audeo* permitió la formación del adjetivo *audāx;* estos adjetivos, que poseen un valor afectivo y por ello un carácter sensiblemente "popular", dependen en efecto del tema del *infectum;* de ahí que tengamos *ferax* de *ferō*, frente a *latus; bibax* de *bibō*, frente a *potus; edāx* de *edō*, frente a *esūs;* etc. Se está lejos de los antiguos procedimientos de derivación.

Veamos el grupo de *capiō*. El sentido de las for nas con preverbio diverge mucho de *capiō: ac-cipiō, con-cipiō, re-cipiō, sus-cipiō* ofrecen tantos desarrollos de sentidos distintos porque, con preverbio, la idea de "coger" es dada por *-imō: eximō, sumō*, etc., caso común de "supletismo". Cada uno de estos verbos va acompañado de un frecuentativo en el que el sentido particular adquirido por la forma con preverbio está puesto más de relieve que en la forma no derivada: están más lejos *acceptāre* o *inceptāre* de *captāre* que *accipere* o *incipere* de *capere*. Junto a *capiō* existe el desiderativo *capessere*.

De las formaciones radicales, unas tienen dependencia directa con la raíz y poseen valores especializados: tal es el caso de *capāx – capēdō – capis – capula* (de donde *capulāre*), *capulus, capulum* (con tres valores técnicos distintos) *capistrum*, finalmente *capiō, capiōnis* (un término jurídico), los demás dependen de *captus: captus* (gen. *captūs*), *captāre, captiō* (de donde *captiosus* con un valor especial), *captīuus* (de donde *captiuitas, captiuāre*). La forma radical produce un segundo término de composición en *au-ceps (au-cupis)*, de donde *au-cupāri; parti-ceps*, de donde *parti-cipāre*, en que la formación quedó clara; *prīn-ceps (prīn-cipis)*, de donde *prin-cipium;* este último nombre no era muy claro desde el punto de vista latino. El verbo *nuncupāre* supone un nombre de esta suerte, que no está atestiguado. Pero *occupāre* presenta el aspecto de una formación del tipo de *e-ducāre;* al quedar aislado, este verbo se separó de *capiō*. Un desiderativo de tipo antiguo se combinó con *re-* y recibió un sufijo de derivación para dar *re-cuperāre* (formado como *tolerāre* frente a *tollō*, etc.), tan alejado de *capiō* que los etimologistas los separan muchas veces. No subsiste la noción general que pudiera unir conjuntamente a todas las palabras del grupo, como sucedería en el caso de una lengua que sirve a una cultura intelectual: es-

tamos ante un uso corriente que tiende a aislar el valor concreto y especial de cada palabra particular. Se ve todo lo que, en épocas sucesivas, sacó el latín de la única forma *cāp-* (cĕp- sólo aparece en *cepī*) de una única raíz.

Lo que es cierto acerca del grupo de *capiō* no lo es menos acerca de muchos otros. Pongamos por caso *speciō:* este verbo no se usa apenas más que como simple; el sentido de "mirar", que es esencialmente durativo, ha traído consigo el empleo casi exclusivo del frecuentativo *spectāre*, con todos los nombres verbales ordinarios: *spectātiō*, *spectātor*, *spectāculum*, etc. Los nombres que pertenecen a la raíz **spek-* se encuentran desde entonces aislados de todo verbo y, por consiguiente, aislados entre sí; tenemos según eso *species* (con *speciosus*), *specimen*, *specula* y *speculum;* el neutro *speculum* proporciona un nombre de instrumento, y el femenino *specula* un nombre de acción "observación", de donde "lugar de observación", y de aquí sale el verbo *speculor* con sus derivados. El nombre radical **spek-* sólo da al latín segundos términos de compuestos: *au-spex y haruspex*, con los derivados esperados: *auspicium*, *auspicor*. Provista de preverbios, la forma es frecuente, pues sirve de sustitución a las formas de *uideō;* cada una de estas formas está provista de un frecuentativo, que presenta dos formas, una antigua: *-spicor*, y otra nueva: *spectō*. La forma con preverbio que conserva el sentido propio de *speciō* es la que va provista del preverbio *con* que apenas tiene sentido propio: *conspiciō* con el durativo *conspicor* y el adjetivo *conspicuus*. El sentido se encuentra también poco modificado en *aspiciō*, con los frecuentativos *aspectō*, *inspiciō*, *inspectō* – *perspiciō*, *perspectō*, *perspicuus* – *prōspiciō*, *prōspectō*, *prōspicuus* – *respiciō*, *respectō*. Pero se dan sentidos mucho más alterados en *dēspiciō*, *dēspicior*, *dēspectō* – *exspectō* (el sentido totalmente durativo excluye a *exspiciō)* – *suspiciō*, *suspicor* y *suspectō;* la *ī* del substantivo *suspiciō* es enigmática.

De una manera general, los verbos provistos de preverbio poseen, además del sentido particular indicado por el preverbio, un matiz común; indican que el proceso expresado por el verbo llega a su término. Se puede emplear *cubāre* sin preverbio, porque este verbo indica un estado que dura sin término definido. Pero *-cumbere* no existe sino con preverbios *ad-*, *in-*, *sub-* porque es esta la forma que indica el hecho de "acostarse": *ac-cumbere*, *in-cumbere*, *suc-cumbere*. Al tomar importancia, este empleo de preverbios hizo los verbos más expresivos de lo que eran.

En latín abundan los procedimientos expresivos de toda suerte — que caracterizan a las hablas populares —, y en particular los procedimientos abreviados, que son los más populares. No faltan en latín palabras como *gurguliō* con reduplicación intensiva; ahora bien, estas reduplicaciones aparecen generalmente "rotas", es decir que, aunque la reduplicación subsiste toda entera, la raíz queda reducida a la consonante inicial: es el caso de *gur-g-es* (frente a *uorāre*, de la raíz **g^{w}erə)*, *bal-b-us*, *pal-p-āre*. El elemento radical de *formīdō* es el **mor-m-* que se encuentra en el gr. *Mormṑ* que presenta todo el aspecto de una palabra popular; el paso de **mor-m-* a *form-* se halla en el nombre de la "hormiga": *formīca*, que reposa sobre *mormo-:* el griego tiene *mýrmēks*. Un término integrado en la lengua oficial como *populus* (que se remonta al itálico común: el umbro tiene muchas veces *puplu* "populum") presenta una forma con reduplicación que es excepcional y sin duda popular dentro del tipo indoeuropeo.

Las palabras latinas van muchas veces provistas de sufijos expresivos.

El tipo del frecuentativo en *-tāre (-sāre)*, *-itāre* adquirió una gran extensión. No fal-

tan casos en que sólo se conserva el frecuentativo. Existen restos de *dē-gūnō;* pero es *gustāre* el usual. Apenas hay algún rastro de *opiō;* es *optāre* el que sobrevivió. El presente **speciō* sólo perduró con preverbio: *aspiciō*, etc.; en estado de aislamiento, no existe más que *exspectare*. Se llegó incluso hasta formar verbos como *bubulcitāre*, cuyo valor expresivo se pone de relieve en pasajes como el de PLAUTO, *Most* 53:

Decet me amare et te bubulcitarier,
Me uictitare pulcre, te miseris modis.

Las formaciones con valor diminutivo son frecuentes: el nombre del ojo, cuya forma no ha renovado casi ninguna lengua indoeuropea, tiene en latín un nombre con sufijo de diminutivo, *oculus*.

Los nombres de agente en *-ā-* tienen así muchas veces un carácter familiar y sirven para designar gentes de nivel social inferior, como *uerna*. Algunos presentan la geminación interior: *uappa*, *scurra*, y el nombre propio *Agrippa*. En una atelana, L. POMPONIO escribe:

Pappus hicin Maedio habitat, senica non sescunciae

con un derivado *senica* (de *senex*) cuya intención expresiva es manifiesta.

El sufijo *-ōn-* sirve para designar gentes que tienen tal o cual hábito, a veces poco recomendable, así *āleō*. De los dos nombres indoeuropeos para el "hombre" considerado como guerrero y como macho, **ner-* y **wiro-*, el latín no conservó en uso más que el segundo, *uir;* pero hay rastros del primero en un sobrenombre, y no bajo la forma simple *ner-*, sino bajo la forma derivada *nerō*, *nerōnis*. Tenemos asímismo *bibō* al lado de *bibāx* y *bibōsus*, que no es quizá más que una formación ocasional: esta variedad de formaciones basta para poner de manifiesto las tendencias expresivas del latín.

No sólo se dan diminutivos, sino diminutivos de diminutivos: *porcus* está acompañado de *porculus*, y *porculus* de *porcellus*. Estos diminutivos se obtienen a veces de derivados, así *oui-c-ula* de *ouis*.

La sucesión de *-r-*, *-n-*, *-l-* y de *-l-*, *-m-* llega muchas veces a dar la geminada *-ll-*, expresiva por sí misma; se tiene así *agellus* de *ager*, *sigillum* de *signum*, *asellus* de *asinus*, *scabellum de scamnum* (antiguo **scabnom*), etc. Esta *-ll-* se tomó como característica y se extendió fuera de los casos en que se puede explicar directamente; por ello, de *mamma* tenemos *mamilla*. La geminada resultante de una asimilación tomó un valor expresivo.

La palabra *anculus*, que es la correspondencia latina del gr. *amphipolos* "servidor" (literalmente "que circula alrededor"), no es de uso corriente; no sirve más que para designar un personaje divino de rango inferior. Y es el diminutivo femenino *ancilla* el único correspondiente usual con el griego, aunque también se derivó de aquí *ancillula* para servir de verdadero diminutivo.

El latín heredó una representación de la raíz **dheg^{w}h-* "brillar". De ella tiene, de una parte, el causativo *foueō*, con su grupo, *fomentum*, *foculum*, y, de otra, un substantivo aislado, *fauilla*, con la formación compleja de los diminutivos en *-illa* y un vocalismo radical reducido que se encuentra en celta, así *daig* "fuego" del medio irlandés.

El ejemplo de *ancilla* y de *fauilla* muestra de qué modo las alteraciones fonéticas y el desarrollo de formaciones expresivas han alejado del indoeuropeo palabras en que todos

los elementos son indoeuropeos. Es este un rasgo que caracteriza a todo el vocabulario latino. Nada es más indoeuropeo que *pero-* y *ager;* pero el compuesto representado por los adverbios *peregrī*, antiguo locativo, y *peregrē*, antiguo instrumental, está ya deformado, y lo está aún más el derivado *peregrīnus*, obtenido con la ayuda de un sufijo de origen indoeuropeo; esta palabra *peregrīnus* dio en fr. *pélerin* que marca bastante la extensión del camino recorrido desde la palabra indoeuropea. El punto de partida del sentido de *peregrī*, *peregrē* es antiguo: una persona que no está " en la casa", *domī* (es decir, en la "casa" o en el recinto contiguo) está al otro lado de la puerta del recinto, *forīs*, *forās*, es decir, "en el campo"; es lo que el lituano expresa por el locativo *laukė* "fuera" (locativo de *laũkas* "campo" correspondiente al lat. *lūcus* "claro de bosque, bosque sagrado") y el armenio por *art-* "fuera", antiguo locativo de *art-* "campo", forma alterada del correspondiente armenio del lat. *ager.* Se halla aquí el equivalente de *peregrī.* De *peregrīnus* salió *peregrīnor*, y de aquí todos los derivados ordinarios: *peregrīnabundus*, *peregrinatio*, *peregrīnator.* Por el contrario *peragrāre* tomó *a* interior bajo la acción de *ager.*

Los antiguos grupos de palabras fueron disociados por accidentes fonéticos o morfológicos. Pongamos por ejemplo el grupo de **swep-* "dormir". El antiguo presente del tipo **swepti* "él duerme", cuya existencia permiten entrever algunas huellas que subsisten en védico, fue eliminado como en el resto del mundo indoeuropeo. El latín posee, de otra raíz indoeuropea, *dormiō*, que recibió secundariamente la conjugación necesaria: *dormiuī*, *dormitus;* este presente durativo está formado con elementos antiguos y hay en eslavo una forma parecida; pero en latín quedó aislado. De la raíz **swep-* subsistieron tres formas. El causativo *sōpīre* presenta una formación antigua, pero de ella no ha conservado el latín ningún otro ejemplo; la *ō* que ofrece ha aislado a *sōpiō* de los dos nombres que coexisten con él y el verbo ha ido saliendo poco a poco del uso; se mantuvo en la Galia con el sentido de "calmar", y dio en fr. *as-souvir.* El substantivo *somnus* responde a *svápnah* del sánscrito, etc.; se trata de una palabra del indoeuropeo común; pero el paso de *-pn-* a *-mn-* hizo que este substantivo quedara separado de *sōpīre* y de *sōpor;* el derivado *somnium* representa también una palabra indoeuropea; el nexo con la idea de "sueño" se fue relajando cada vez más, y el representante francés *songe* de *somnium* está muy lejos de la noción de "dormir", sobre todo en el derivado *songer.* El substantivo *sōpor*, que indica la fuerza activa del sueño, no halla correspondencia fuera del latín; pero pertenece a un tipo antiguo, aislado; fue saliendo progresivamente del uso y se convirtió en un término poético: CICERON parece no haberlo empleado ya.

Por el solo hecho de que una palabra no se explique fácilmente en latín por elementos indoeuropeos conocidos, sería imprudente concluir que se trata de una influencia extranjera: las transformaciones han sido tan profundas, y muchas veces de carácter tan popular, es decir tan propias para el tipo inicial, que un origen tradicional puede no ser determinable. Una palabra como *uilla* no se puede explicar a primera vista, y sería sin duda vano querer reconstruir su pasado en los detalles. Pero el sentido sugiere un parentesco con *uīcus.*

Un verbo tan importante como *amāre* no posee etimología indoeuropea. Esto no quiere decir que el latín no haya conservado el término indoeuropeo para "amar": *lubet* y el substantivo *lubido.* Pero *lubet* (y *libet*, según *quīlibet*, etc.) tomó el sentido de "me gusta" y la idea de "amar" es expresada normalmente por un verbo derivado de un tipo parti-

cular, *amāre*, cuyo matiz de ternura y de placer vulgar es aún bien visible en los poetas cómicos, pero que pronto fue ennobleciéndose poco a poco por el uso en una lengua más elevada, como pasó más tarde con *bellus* en el paso del latín al francés *beau*.

El vocabulario latino continúa en lo esencial el vocabulario indoeuropeo, pero en una forma profundamente renovada, y, en gran medida, popular.

No es, pues, un accidente, como se ha visto, que las primeras obras completas que han sobrevivido en la literatura latina sean comedias. Al principio, la lengua no estaba aún madura más que para obras de carácter cómico. Las comedias de PLAUTO – o de tipo plautino – van destinadas al gran público, y la lengua en la que están escritas reposa visiblemente en el habla corriente de Roma en la época del autor. Esta lengua corriente era lo único a mano para la literatura. En sus obras serias, ENNIO lucha contra una lengua indigente y rígida. PLAUTO se siente a gusto, y su lengua posee un sabor que no volvería a encontrarse en Roma.

El sistema fónico y morfológico estaba fijado: a excepción de algunos arcaísmos que se eliminaron más tarde, la lengua de PLAUTO y de TERENCIO ofrece ya la misma morfología y la misma sintaxis que la lengua de la época clásica. Es preciso no dejarnos engañar aquí más que en el caso de LUCRECIO o de SALUSTIO por algunos detalles de ortografía de época republicana que los manuscritos o los editores modernos han conservado con una fidelidad relativa en estos autores, eliminándolos, en cambio, en CICERON. Es preciso no considerar más que las formas mismas. Indudablemente PLAUTO posee todavía *faxō*, *ausim*, etc.; pero no son en él más que restos de un uso antiguo en vía de desaparición, y que no interesan al sistema general de la lengua. Habida cuenta de la diferencia de géneros, la gramática de PLAUTO no se diferencia mucho de la de los contemporáneos de Augusto; en cuanto a la de TERENCIO, es clásica. Si, a primera vista, se tiene la impresión de algo diferente del tipo clásico, se debe al tono según los géneros literarios: hay mucha distancia de la comedia a la tragedia o al discurso público solemne. El gramático que reduce la lengua a reglas abstractas reconoce al punto la profunda identidad existente entre la lengua de PLAUTO y la de CICERON. Esto muestra además hasta qué punto estaba ya fijado el latín en los inicios de la literatura; en efecto, PLAUTO murió, viejo, en el 184 a. de C.; su actividad se sitúa, pues a finales del siglo III a. de C.

No conocemos, bien es verdad, el texto de PLAUTO más que a través de la edición de VARRON. Si se atribuye a un mismo autor el conjunto de las piezas transmitidas bajo el nombre de PLAUTO, se debe a que se sigue a VARRON, y es imposible todo control riguroso; se ve solamente que todas las obras, atribuídas a PLAUTO, son de un mismo tipo, y que la lengua y la métrica están sujetas en ellas a las mismas reglas. Después de VARRON, el texto sufrió numerosas alteraciones de detalle; pero el aspecto general de la lengua apenas ha variado, y se ha de admitir aquí que el texto, en la medida en que permite restituirlo la comparación del palimpsesto y de los manuscritos palatinos, ofrece un documento utilizable para el lingüísta. Ni que decir tiene que no se puede afirmar la autenticidad de algún detalle particular del texto, ya que se ignoran los cambios que han podido hacerse en las sucesivas refundiciones de las obras de Plauto y los que pudieron hacer los copistas para adaptar los versos de Plauto al uso de los contemporáneos. No habrá que ver las observaciones siguientes más que en beneficio de la reserva crítica general que acabamos de hacer.

Hay un rasgo, señalado ya antes, que llama poderosamente la atención desde el principio: hay en PLAUTO muchos más préstamos del griego que los que se observan en los fragmentos conservados de los poemas épicos o trágicos de LIVIO ANDRONICO, de NEVIO o de ENNIO. La aristocracia romana comprendió la necesidad de cultivarse, y no podía hacerlo si no era aceptando la civilización intelectual del helenismo; pero su dignidad le prohibía helenizarse exteriormente; se nutría cada vez más de filosofía griega, de retórica griega, de arte griego; pero conservaba la pureza de su lengua: la etiqueta de las discusiones del senado no permitía la mezcla de palabras griegas. En el habla familiar, existía más abandono. La vida urbana estaba penetrada de influencias griegas, y, con las cosas griegas, con los extranjeros de cultura helénica que penetraban en Roma, con los esclavos, entraban las palabras griegas. El vocabulario griego constituía en Roma un motivo de elegancia de mal tono.

Los préstamos del griego forman familias de palabras:

Trin. 815

Ego sycophantam *iam conduco de foro.*

Trin. 787

Quanquam hoc me aetatis sycophantari *pudet.*

Ps. 672

Hic doli, hic fallaciae, hic sunt sycophantiae.

Los términos griegos constituyen uno de los medios de expresión cómica:

Merc. 163

Perii: tu quidem thensaurum *huc mihi apportauiste mali.*

Merc. 641

thensaurum *nescioquem memoras mali.*

o incluso:

Merc. 290

Quid tibi ego aetatis uideor? — Acherunticus

Senex, uetus, decrepitus. — *Peruorse uides.*

e igualmente:

Merc. 606

Si neque hic neque Acheruntii *sum, ubi sum?*

Las palabras están un poco adaptadas. Así el nombre de enfermo (los médicos eran griegos) *podagros* da *podager:*

ENNIO, Sat.

numquam poetor, nisi podager

o *podagrōsus*, así:

PAUTO, *Merc.* 595

podagrosis *pedibus*

Poen. 532

podagrosi *estis ac uicistis* cocleam *tarditudine*

LUCILIO escribe:

Quod deformis senex arthriticus *ac* podagrosus.

Con otra formación distinta, LABERIO tiene:

podagricus *non recessit.*

Pero estas palabras conservan el carácter griego que les da el sabor que poseen. Por ello PLAUTO tiene *colap(h)us*, y no el **colpus* que hacen suponer las lenguas romances.

Desde el punto de vista latino, el rasgo que llama la atención en la lengua de PLAUTO es la frecuencia de palabras expresivas. Aristófanes posee un lirismo cómico que es una parodia de la tragedia y de la gran lírica; pero su vocabulario está por lo demás proporcionado. El vocabulario de MENANDRO lo está más todavía; debe haber sido éste el de la buena sociedad de Atenas. La comedia ática está hecha para un público de ciudadanos cultivados. La comedia de PLAUTO va dirigida a un gran público cuya atención era necesario retener mediante una búsqueda constante de la expresión fuerte. La lengua romana no es por lo demás una lengua intelectual, es en parte la de una plebe urbana; ahora bien, es una característica ordinaria de la lengua popular de las grandes ciudades el estar, a la vez, constituida por fórmulas hechas y llena de expresiones vigorosas buscadas, que por el uso frecuente de las mismas llegan a perder su efecto. De ahí que en ellas se multipliquen, y muchas veces se acumulen, los procedimientos expresivos del vocabulario.

Se ha hecho notar ya más arriba que el latín es una lengua popular que ha preferido en muchos casos un derivado expresivo a una palabra primitiva. La importancia adquirida por los verbos frecuentativos ilustra esta tendencia. Al emplearlos en gran número, PLAUTO no hace más que conformarse a un hábito general de la lengua que él entendía y practicaba. Numerosos verbos antiguos no subsisten más que de esta forma. Mientras que *dubat* sólo está atestiguado en glosas, el frecuentativo *dubitāre*, al lado de *dubius*, es de uso corriente y ha perdurado en las lenguas romances. *ENNIO* usa aún *horitur;* la forma ordinaria es *hortāri.* Festo tiene *praedotiunt* "praeoptant"; se trata sin duda de *praedopiunt* y *optiō* es el frecuntativo de **opiō;* pero el latín, fuera de esto, no tiene más que *optāre.* El primitivo *canere* se conservó en latín, pero sobre todo en sentidos especiales, como *tuba canit;* es *cantāre* el que significa ordinariamente "cantar", y el que en efecto subsistió en las lenguas romances; y hasta tal punto era el verbo usual que TERENCIO ofrece ya *cantitāre* como frecuentativo. Del mismo modo, *salīre* tomó en las lenguas ro-

mances sentidos especiales: "brotar, salir"; en cambio, fué *saltāre* el que conservó el sentido de "saltar, danzar". Llega a ocurrir incluso que el primitivo sea desconocido y que queden solamente las formas del frecuentativo; así el latín no conoce más que *portāre*, *cunctāri*, *percontāri*. Se reconoce bien la importancia de *habitāre* al lado de *habēre*, de *agitāre* al lado de *agere*, de *haesitāre* al lado de *haerēre*, de *cessāre* al lado de *cedere*, etc.

El frecuentativo conserva un valor afectivo en la medida en que el primitivo es el usual frente a él. Procura así un medio de expresión del que NEVIO ofrece un buen ejemplo en la descripción de la dama desvergonzada:

Alii adnutat, *alii* adnictat, *alium amat, alium tenet.*

(con una aliteración casi desde el principio al final del verso.)

PLAUTO saca gran partido del frecuentativo. Así:

Merc. 648

Cur istuc coeptas *consilium? – Quia enim me* afflictat *amor.*
– Quid tu ais? quid quom illuc quo nunc ire paritas *ueneris,*
Iam inde porro aufugies?

En el verso 648, la aliteración subraya además las dos veces, la fuerza del frecuentativo. El mismo hecho se encuentra en:

Capt. 743

Breue spatiumst perferundi quae minitas *mihi.*

Sin aliteración, tenemos:

Mil. 372

Noli minitari: *scio crucem futuram mihi sepulcrum.*

La forma activa *minitas* en *Capt.* 743 es quizá una marca del carácter vulgar del frecuentativo.

El efecto cómico se debe en parte al sentido del propio frecuentativo:

Mil. 91

Ait sese ultro omnis mulieres sectarier.

En un mismo pasaje se multiplican los frecuentativos:

Mil. 311

Hercle quidquid est mussitabo *potius quam inteream male.*
Non ego possum quae ipsa sese uenditat tutarier.

El valor expresivo del frecuentativo está puesto muchas veces de relieve:

Ps. 829

Nam uel ducenos annos poterunt uiuere
Meas qui essitabunt *escas quas condiuero.*

(con relación etimológica y aliteración.)

Capt. 641

Tum igitur ego deruncinatus, deartuatus sum miser
Huius scelesti tecinis qui me ut lubitumst ductauit *dolis.*

(con aliteración.)

Merc. 377

nolo aduorsari *tuam aduorsum sententiam.*

(con una relación etimológica.)

Pers. 795

Quid ais, crux, stimulorum tritor? que modo me hodie uorsauisti?

El frecuentativo en *-tāre* no es por lo demás el único tipo verbal expresivo que emplea PLAUTO. Había especialmente un tipo popular en *-icāre*, del que es un buen ejemplo una palabra como **cloppicare* (fr. *clocher*) derivado de la palabra popular *cloppus*. PLAUTO recurre a él con frecuencia. Se encuentra así *uellicāre* al lado de una serie de frecuentativos y de otros verbos expresivos, formando un conjunto subrayado todo él por múltiples aliteraciones:

Merc. 407.

Contemplent, conspiciant omnes, nutent, nictent, sibilent,
Vellicent, *uocent, molesti sint, occentent ostium.*
Impleantur elegeorum meae fores carbonibus.

El carácter expresivo es sensible también en:

Most. 833

inter uolturios duo
Cornix astat: ea uolturios duo uicissim uellicat.

(con aliteración).

El carácter expresivo de *fodicāre* no es menos visible:

Bacch. 64

animum fodicant, *bona distimulant, facta et famam sauciant.*

El autor de atelanas L. POMPONIO se sirve de *uilicāri* de una manera claramente popular:

Longe ab urbe uilicari, *quo erus rarenter uenit.*
<Id> non uilicari, *sed dominari est mea sententia.*

Los verbos en *-urrīre*, *-urīre* son expresivos por naturaleza:

El ejemplo siguiente de CICERON, *ad. Att.* IX, 10, 6 muestra cual era el valor del tipo en el habla familiar: *ita* sullaturit *animus eius* et proscripturit *iamdiu.* Hay asimismo en PLAUTO algunas formas significativas, como:

Aul. 467

Vbi erat haec defossa occepit ibi scalpurrire *ungulis*

Circumcirca.

Los verbos desiderativos en *-sso* poseen igualmente un valor expresivo:

Trin. 228

Vtram potius harum mihi artem expetessam.

(con aliteración).

Los verbos en *-sco*, por el hecho de indicar un proceso considerado en su término, son expresivos:

Merc. 295

Senex quom extemplast, iam nec sentit nec sapit,
Aiunt solere eum rursum repuerascere.

(con aliteraciones en los dos versos para marcar las oposiciones: *senex* va realzado por *nec sentit nec sapit*, y *repuerascere* por *rursum.*)

NEVIO, cuyos versos conservados denotan una búsqueda de expresiones verbales, escribe:

... *cuius uox* gallulascit, *cuius iam ramus* roborascit.

Finalmente hay verbos que son expresivos por sí mismos, así:

Mil. 565

Egore si post hunc diem

Muttiuero, *etiam quod egomet certo sciam,*
Dato excruciamdum me.

o nombres de acción:

Amp. 519

Quid tibi hanc curatiost rem, uerbero, aut muttitio?

Hasta la construcción misma, insólita con los nombres verbales que piden un acusativo, está hecha para atraer la atención.

En cuanto a los nombres, PLAUTO emplea en ellos frecuentemente derivaciones expresivas, y especialmente diminutivos. Se sirve de *uetulus* con preferencia a *uetus*, y fue esta forma expresiva la que prevaleció finalmente en el habla popular como se ve por las formas romances, fr. *vieux*, *vieille*, it. *vecchio*, etc.; por otra parte, CICERON interpela a Trebatio llamándole *mi uetule;* era esta evidentemente la forma familiar. Sin embargo, en PLAUTO no es aún la palabra corriente, como sucede después; *uetulus* conservó, pues, su valor afectivo:

Merc. 314

uetulus *decrepitus senex.*

El diminutivo *bellus* de *bonus* (antiguo **duenos*) es aún sentido como diminutivo, porque no dejó de estar emparejado con *bonus:*

Capt. 954

Age tu, illuc procede, bone *uir, lepidum mancupium meum.*
– Quid me oportet facere, ubi tu talis uir falsum autumas!
Fui ego bellus, *lepidus:* bonus *uir nunquam neque frugi* bonae
Neque ero.

Este diminutivo *bellus* designa todo lo que es "gentil", de donde resulta, para el romano, un matiz peyorativo, así:

Merc. 812

tuus pater bellissumus

Amicam adduxit intro in aedis.

El superlativo marca aquí el carácter expresivo del adjetivo; el verso siguiente ofrece aliteraciones acumuladas que insisten sobre la idea.

La lengua galante hizo, como es natural, un abundante uso de este tipo de diminutivos. He aquí un ejemplo:

Pseud. 67

Teneris labellis *molles* morsiunculae,
Nostrorum orgiorum . . . . . iunculae,
Papillarum horridularum oppressiunculae.

Son de notar la aliteración del primer verso, la palabra griega del segundo y los tres diminutivos del tercero.

Se reunen también procedimientos expresivos diversos:

Merc. 386

Paucula *etiam* sciscitare *prius uolo.*

Cap. 176

Facete dictum: sed si pauxillo *potes*
Contentus esse.– Ne perpauxillo *modo.*

o:

Cap. 192

Ibo intro atque intus subducam ratiunculam
Quantillum *argenti mi apud trapezitam siet.*

o:

Cap. 968

Si eris uerax, (ex) tuis rebus feceris meliusculas.

El superlativo es frecuente, como lo son también las formas de atenuación:

Cap. 648

Subrufus aliquantum, *crispus, cincinnatus.*

(con repetida aliteración en fin de verso y los adjetivos unidos por el sentido).

o:

Merc. 639

canum, uarum, uentriosum, bucculentum, breuiculum,
subnigris *oculis,* oblongis *malis, pansam* aliquantum.

Como los antiguos poetas, PLAUTO saca partido de los procedimientos de formación de palabras, así:

Cap. 661

Sator sartorque *scelerum* et messor *maxume.*
Non occatorem *dicere audebas prius?*

(Las formas en *-tor-* sobre las que reposa el efecto buscado quedan realizadas por aliteraciones que en el verso 661, se multiplican).

Los adverbios son a menudo expresivos:

Cap. 227

Tanta incepta res est: haud somniculose *hoc*
Agendumst.

(somnĭculōse remite a la forma popular, no atestiguada, **somnĭculus,* que representa la forma galo-romano del fr. *sommeil,* prov. *somelh;* en italiano se encuentra una forma expresiva **somniculosus: sonnachioso.*

También la composición es un procedimiento al servicio de la expresión, en la medida en que la lengua hablada apenas si lo emplea y en la mayoría de ocasiones, intervienen modelos griegos:

Mil. 191

Domi habet animum falsiloquom, falsificum, falsiirium,
Domi dolos, domi delenifica *facta, domi fallacias.*

(con aliteraciones y repeticiones de palabras para ayudar al efecto).

El paralelo etimológico entre *stultius* y *stolidus* se añade al uso de dos compuestos parecidos entre sí en:

Trin. 199

Nil est profecto stultius *neque* stolidius
Neque mendaciloquius *neque argutum magis*
Neque confidentiloquius *neque* peiiurius

(la distinta manera de dar el comparativo en *argutum magis*, ayuda también a la expresión).

Abramos PLAUTO al azar: encontraremos siempre estos juegos expresivos con recursos de lenguaje que caracterizan el habla popular de una gran ciudad.

Pasar de PLAUTO a TERENCIO es cambiar de mundo. TERENCIO era, de nacimiento, un esclavo. Pero fue educado y manumitido por un aristócrata, Terencio Lucano. Tuvo acceso al círculo más culto de Roma, el de los Escipiones. Las seis comedias de TERENCIO, que se escalonan desde 166 a.C., fecha de *andria*, hasta 160 a. C., fecha de *adelphoe*, dan una idea de lo que era el habla de la aristocracia romana a mediados del siglo II a.C., cuando la lengua escrita quedó definitivamente fijada. Las comedias de TERENCIO tienen títulos griegos, pero su contenido es muy poco griego, y, cuando el parásito Gnathon del *eunucus* se expresa a la manera griega, es un toque de color propio del personaje:

Eun. 262

sectari iussi,

Si potis est, tamquam philosophorum habent disciplinae ex ipsis
Vocabula, parasiti ita ut Gnathonici uocentur.

La palabra *platea* que se lee en *Eun.* 344 y Andr. 796, formaba ya parte del uso romano y persistió en las lenguas romances (fr. *place*, it. *piazza*). Lo mismo ocurre con *stomac(h)us* que proporcionó derivados.

Eun. 323

Id equidem adueniens mecum stomachabar *modo.*

CICERON dice de manera semejante, *Brutus* 326: *Non prohibentur haec senibus: saepe uidebam eum irridentem, tum etiam irascenten et* stomachantem *Philippum.*

Las palabras expresivas, empleadas con medida, caracterizan a los personajes. El parásito Gnathon utiliza este procedimiento.

Eun. 235

patria qui abligurrierat *bona.*

Eun. 249

hos consector

Eun. 252

postremo imperaui egomet mihi
Omnia assentari.

etc. Los frecuentativos *cursitāre* (278), *cursāre* (287) ponen de manifiesto la manera a la vez vulgar e insistente del parásito.

El estilo de TERENCIO es más intelectual que afectivo. Cuando emplea un diminutivo, lo hace para indicar un objeto pequeño:

Eun. 108

Ibi tum matri paruolam
Puellam *dono quidam mercator dedit*
Ex Attica hinc abreptam.

Y en efecto, se advierte al instante mismo que:

Eun. 112

patriam et signa cetera
Neque scibat neque per aetatem etiam potis erat.

La palabra *ancillula* designa en el verso 166 una criadita negra entregada a la *meretrix.* Es una designación de hecho, no una designación expresiva. TERENCIO no emplea los diminutivos a la manera popular de PLAUTO. Si lo hace por excepción, es cuando hace hablar a ciertos personajes, como cuando un esclavo se dirige al parásito Gnathon:

Eun. 284

Qui mihi nunc uno digitulo *fores aperis fortunatus.*

Aquí encontramos, por una vez, el habla de los héroes de PLAUTO.

Cuando hace dialogar a una *meretrix* y a una *anus lena,* la lengua de TERENCIO es trabada, intelectual, próxima a sus modelos griegos, a los que se puede juzgar por el estilo sin relieve de Menandro.

Hec. 67

Nam nemo illorum quisquam, scito, ad te uenit
Quin ita paret sese, abs te ut blanditiis suis
Quam minimo pretio suam uoluptatem expleat.

Hiscin tu, amabo, non contra insidiabere?
Tamen pol eamdem iniurium est esse omnibus.
Iniurium autem est ulcisci aduersarios,
Aut qua uia te captent eadem ipsos capi?
Eheu me miseram, cur non aut istaec mihi
Aetas et forma est aut tibi haec sententia?

La oposición del frecuentativo *captāre* y de un verbo que indica el proceso llegado a su término, *capere*, tiene un valor enteramente intelectual. Lo mismo ocurre con la oposición entre *istaec* y *haec*.

La comedia de TERENCIO no comporta períodos, pero las frases subordinadas abundan, de acuerdo con el uso del latín clásico.

Complacería saber en qué estado se encontraba la prosa literaria en el tiempo en que escribían PLAUTO y luego TERENCIO. Pero, fuera de CATON, cuyos fragmentos conservados tienen en demasía el carácter de una suma de preceptos, no ha subsistido ninguna obra completa en prosa. Los pocos fragmentos que de ella nos quedan confirman lo que es de esperar por los textos de los cómicos. Se encontrarán los principales fragmentos citados y discutidos por J. MAROUZEAU en su artículo de la *Rev. de phil.* XLV (1921) p. 159 y sig.

El vocabulario de estos fragmentos en prosa es sencillo, sin palabras griegas, pero también sin elementos expresivos. Para dar a una lengua la consistencia necesaria es preciso reducir al mínimo los diminutivos en los nombres y los frecuentativos en los verbos.

He aquí una anécdota acerca de un galo, anécdota que TITO LIVIO tomó más adelante. Es Q. CLAUDIUS QUADRIGARIUS –cónsul en 151– quien la cuenta: *Extemplo silentio facto cum uoce maxima conclamat, si quis secum depugnare uellet, uti prodiret.* El antiguo cónsul emplea aquí el estilo indirecto que le presta la lengua oficial. En la continuación de este pasaje, un hecho resulta sorprendente en el vocabulario. El historiador cuenta un detalle trivial, y entonces se sirve de un frecuentativo: *Deinde Gallus irridere coepit atque linguam* exsertare. El verbo *exsertāre* era corriente en latín, VIRGILIO lo emplea varias veces. No obstante en su siempre noble exposición, TITO LIVIO lo evita. Cuando cuenta la misma anécdota –tratando de *antiquus* a su predecesor (él vivió del 59 al 17 a.C)–, se expresa así, reemplazando *exsertare* por *exserere*, y aún se excusa por lo trivial del relato: *Aduersus Gallum stolide laetum et (quoniam id quoque memoriae dignum antiquis uisum est) linguam etiam* exserentem *producunt.*

Cuando L. CALPURNIO PISON (cónsul en 133 a.C.) cuenta una anécdota sobre Rómulo, lo hace con frases bastante complejas: *Eundem Romulum dicunt ad cenam uocatum ibi non multum bibisse quia postridie negotium haberet. Ei dicunt: Romule, si istud homines faciant, uinum uilius sit. His respondit: Immo uero carum si quantum quisque uelit bibat, nam ego bibi quantum uolui.*

Estos antiguos prosistas, que fueron a menudo hombres de acción y que ocuparon altas magistraturas, parecen haber escrito en una lengua muy romana, propia para contar sucesos y enunciar ideas políticas. Pero no se ve en ellos que hayan intentado dar en latín ideas, "filosofía". El latín era ya entonces una lengua fijada, pero como lengua de políti-

cos e historiadores. Para que se convirtiera enteramente en una lengua de civilización faltaba verter en ella las formas de la retórica griega, para que expresara de una manera idiomática el pensamiento griego: tal fue el papel de la literatura grave.

CAPITULO VIII

LA HELENIZACION DE LA CULTURA ROMANA

La cultura helénica era la única existente en los siglos III-IV a. C. en la cuenca mediterránea. Cuando los romanos se convirtieron en la potencia dominante y su aristocracia de propietarios rurales, tomando un carácter urbano, quiso educarse, no pudo encontrar más maestros que los griegos. Nada tenía que aceptar de estos en cuanto al arte de gobernar y mandar; pero en materia de literatura o filosofía lo tenía todo por aprender, y fue a la escuela primero con discreción, luego abiertamente.

Externamente los romanos no podían helenizarse: su prestigio interior y exterior habría salido perjudicado. Pero sintieron la insuficiencia de su cultura y ávidamente llenaron la laguna que percibían.

La pujante *gens* patricia de los *Cornelii* cuyo nombre va unido tanto al cénit del poderío romano como al desarrollo de la literatura, es la única de la que existen sepulcros con epitafios. A las inscripciones que, en un principio, sólo indicaban los nombres, se añadieron luego algunos versos que recordaban hechos o incluso expresaban discretamente sentimientos. Sin duda hubo aquí alguna novedad. Pero esta novedad se expresa en el antiguo verso romano, en saturnios.

No es un azar que LIVIO ANDRONICO, el primer poeta cuyo recuerdo ha perdurado, resulte ser un griego de Tarento que, enviado de joven a Roma como cautivo, desempeñó el cargo de profesor de literatura; tradujo la Odisea en saturnios que parecen haber sido toscos si se les juzga por algunos versos subsistentes; compuso tragedias en verso cuyo modelo tomó a préstamo de la métrica griega; con el latín se ejercitó; son los años de aprendizaje.

El otro poeta antiguo, NEVIO, era un romano. Tiene más fuerza expresiva. Pero no fue menos helenizante que LIVIO ANDRONICO. Cuando escribió piezas de teatro fue también tras los modelos griegos, sirviéndose para ello de los mismos metros, tomados todos de los griegos.

LIVIO ANDRONICO y NEVIO invocan, bajo un nombre latino (cuyo origen es desconocido) a las *Camenae*. Mas, bajo este nombre que nada tiene de griego, es en las Musas en quien están pensando y son las Musas que conocían los romanos aquellas a las que se dirigían.

Uno y otro no fueron sino imitadores. No llevaron a cabo la gran poesía entonces esperada.

El primer poeta que ejerció antes de la época clásica una fuerte influencia es

ENNIO (239-169 a. C.). CICERON se nutrió de sus obras. VIRGILIO lo conocía a fondo.

El marca un progreso decisivo en la influencia griega llegada de la Italia meridional. LIVIO ANDRONICO y NEVIO habían dicho *Camenae*; en cambio es a las propias *Musas* a quienes nombra francamente ENNIO.

Musae quae pedibus magnum pulsatis Olympum.

Estas Musas pisan el *aipyn Olympon*, el *makron Olympon* de HOMERO. Y el verso de los *Annales* no es ya el saturnio de la Odisea de LIVIO ANDRONICO, el de "*De bello Punico*" de NEVIO; es una adaptación del hexámetro homérico que casi convenía tan bien a la lengua latina como a la lengua griega.

Nacido en 239 a. C. en Calabria, ENNIO habló al principio osco y griego. No se convirtió en ciudadano romano hasta 184. Era de esas gentes que por haber hablado desde su infancia varias lenguas, no tienen profundamente el sentido de ninguna. De ahí se deriva el carácter confuso, incierto de su lengua. Un escritor que nunca ha pensado más que en una lengua, escribe con un sabor distinto al hombre que tiene varios sentimientos lingüísticos diferentes: el latín de ENNIO no tiene el carácter del de VIRGILIO, menos aún tiene el carácter idiomático propio de la lengua de los poetas griegos. Es un rasgo muy característico del desarrollo del latín la importancia capital que tuvo para el progreso de la lengua literaria un poeta de los siglos III-II a. C. cuya lengua materna no fue el latín.

Esto no quiere decir que ENNIO no tuviera el sentido del latín: le apoyó uno de los más poderosos grupos aristocráticos de Roma, el de los Escipiones, y de los procedimientos antiguos conservó lo que le pareció bien para su poesía. Nadie como él hizo uso de la aliteración entrelazada, muy evidente: *Musae* y *magnum*, *pedibus* y *pulsatis*, de modo que las cuatro primeras palabras principales del verso unen dos a dos por medio de expresivas traslaciones.

Las palabras griegas se insertan ya en el verso, con sus formas griegas.

Aio te, Aeacida, Romanos uincere posse.

Escribe asímismo *Anchises*, reproduciendo exactamente un nominativo griego. Cuando se trata de citar un nombre común, experimenta la necesidad de explicarlo. Y así escribe en los *Annales:*

Et densis aquila[1] *pennis obnixa uolabat.*
Vento quem perhibent Graium genus aera lingua.

El latín no tenía palabra para nombrar al "aire" y el poeta no encuentra otro recurso que reproducir la palabra griega de acusativo, con su forma griega, cómoda para el verso pero que necesita explicación. En otro poema toma a préstamo la misma palabra griega, esta vez declinándola a la manera latina, para comodidad del verso.

1. La a final se cuenta como larga; quizá por el recuerdo de una prosodia antigua, quizá por imitación de los alargamientos homéricos, en el mismo lugar del verso.

Istic est is Iuppiter quem dico, quem Graeci uocant
Aerem, qui uentus est et nubes, imber postea,
Atque ex imbre frigus, uentus post fit, aer denuo.

El término, que ENNIO se sentía obligado a explicar, era necesario, el préstamo tuvo éxito; y el literario *aer* se convirtió en una palabra corriente que pasó a las lenguas romances.

El procedimiento que emplea ENNIO fue seguido por sus sucesores. PACUVIO escribe igualmente:

Id quod nostri caelum memorant, Grai perhibent aethera.

Ahora bien *aether* no era necesario como lo había sido *aer*, y la palabra no caló en el uso corriente.

Por último, ENNIO no abusa de los préstamos griegos. Si se colocan a parte palabras que como *dracuma* se había incorporado a la lengua no hay más palabras griegas que las que son necesarias para expresar ciertas nociones, como *astrologus*. Y estas palabras griegas están adaptadas, latinizadas. Así *drákōn*, *drakontós* da *dracō*, *dracōnis:*

Non commemoro quod draconis saeui sopiui impetum.

La palabra, introducida en la flexión latina, fue conformada al tipo de *edō*, *edōnis*, que era también el de *leō*, *leōnis*.

Había un procedimiento más ingenioso que el tosco préstamo; consistía en cargar una palabra latina con el valor de una palabra griega de sentido aproximado. ENNIO emplea este medio y se le ocurre explicarlo ingenuamente:

Nec quisquam sophiam, sapientia quae perhibetur,
In somnis uidit prius quam sam discere coepit.

El poeta cómico AFRANIO se sirve del mismo procedimiento para la misma palabra.

Sophiam uocant me Grai, uos sapientiam

Así el valor muy especial de *sóphos*, *sophía* entra en el latín *sapiens*, *sapientia*, que desde entonces tienen la riqueza de sentido de las palabras griegas a las cuales se asociaron. Sin empañar la fuerza del vocabulario griego, sin señalar crudamente la influencia extranjera, el poeta dispone así de palabras que le permiten denominar lo que sabía denominar el griego. Los autores posteriores, y en particular CICERON, se beneficiaron de estos préstamos de sentido, más discretos que los préstamos de palabras y por eso mismo más eficaces.

Al leer a ENNIO sorprende encontrar tan pocas palabras tomadas del griego. El poeta se propuso hacer en latín unicamente con los recursos del latín, todo lo que hacían los poetas griegos.

No faltaban en latín los nombres compuestos. El procedimiento indoeuropeo de la composición había resultado productivo para dotar de nombre a muchas nociones. Los compuestos como *incertus*, *infans*, *illepidus*, *insānus*, *immātūrus*, o *dēmens*, *āmens*, *exlex*, o *redux*, *coniux*, o *signifer*, *carniuorus*, o *bidens*, *quadrupes*, o incluso *indigena*,

agricola, etc. son corrientes. Pero, carente de tradición poética, el compuesto de ornamento y expresión, como se encuentra en la poesía indo-irania o griega, probablemente casi no existía. ENNIO se permitió los tipos usuales que el latín había conservado, para obtener el equivalente de los compuestos poéticos griegos. No obstante sus compuestos, que tienen un sesgo artificial, como los de los poetas de la Pléyade francesa, en el S. XVI, son a menudo toscos y prosaicos. He aquí unos ejemplos:

seruat fenus altiuolantum.
Bellipotentes sunt magis quam sapientipotentes.

(el compuesto *sapientipotentes* no permite reconocer el abstracto *sapientia* con claridad; debe ser una creación del poeta).

Additur orator Cornelius suauiloquenti
Ore Cethegus Marcus...
...Iouis onmipotentis
...fera ueliuolantibus
Nauibus complebit manu litora

Hay ahí un procedimiento completo. ENNIO habla de *uites laetificae*, con un epiteto de naturaleza que sigue el modelo homérico. En un pasaje lírico escribe:

. . .*flammiferam hanc uim quae me excruciat*

En otro lugar se lee:

Saeptum altisono cardine templum.

El procedimiento no arraigó en el habla corriente y en un curioso pasaje del *Persa*, en donde se parodia la lengua noble, oficial y religiosa, PLAUTO se sirve de *caelipotentis*, para provocar la risa:

752 Hostibus uictis, ciuibus saluis, re placida pacibus perfectis,
Bello extincto, re bene gesta, integro excercitu et praesidiis
Quom bene nos, Iuppiter, iuuisti dique alii omnes *caelipotentes*,
Eas uobis habeo grates atque ago, quia probe sum ultus meum inicum.

La "tmesis" es un arcaismo, sin duda muy alejado ya del uso corriente, en:

neque dispendi fecit hilum

Sería simplemente absurda en:

saxo cere comminuit brum.

o en

Massili portabant iuuenes ad litora tanas

Pero LEO y NORDEN demostraron que no habría que considerar auténticos estos "apócopes" y estas "tmésis" que se atribuyeron al poeta: no hay que exagerar en él la parte artificial.

Las formaciones homéricas que, comparadas con el griego del tiempo de ENNIO, parecían arbitrarias, dieron lugar a la confección de *ningulus* (en sentido de *nullus*) sobre *singulus:*

Qui ferro minitere atque in te ningulus. . .

La imposibilidad de colocar dentro del hexámetro ciertas palabras esenciales condujo a formaciones artificiales como *induperātor* en lugar de *imperātor; indotuētur* en lugar de *intuētur.*

No hay que considerar, pues, como pruebas de gran valor para el antiguo latín los testimonios de ENNIO, por ejemplo en los ablativos, *lapī, praecipe.* A la manera homérica, el poeta se sirve de formas análogicas posibles, que resultan cómodas para su verso.

Occumbunt multi letum ferroque lapique
aut intra muros aut extra praecipe casu.

La perífrasis se emplea de manera ingenua:

Oua parire solet genus pennis condecoratum
Non animam.

Los epítetos se multiplican. La busqueda de la aliteración que en el pasaje citado juega un gran papel, los hace algunas veces monótonos (se notará en el ejemplo siguiente *arbusta alta* y *abies alta):*

Incedunt arbusta per alta, securibus caedunt,
Percellunt magnas quercus, conciditur ilex,
Fraxinus frangitur atque abies consternitur alta,
Pinus proceras peruortunt; omne sonabat
Arbustum fremitu siluai frondosai.

ENNIO imita los giros griegos.

La frase participial no se había desarrollado en latín, según ha demostrado MAROUZEAU. El participio presente era raro. El participio perfecto había desaparecido. Los participios en *-ndus,* que sustituyen al antiguo participio medio, no servían para formar frases participiales. Bajo la influencia del griego, el poeta reacciona contra esta eliminación del participio. Según el tipo homérico:

ἤτοι ὁ γ'ὡς εἰπὼν κατ' ἄρ ἕζετο,

escribe:

Haec locutus uocat. . .
Haec effatus puer, germana, repente recessit.

El uso de los participios de presente es más susceptible aún de haber sido imitado en:

Haud doctis dictis certantes nec maledictis,
Miscent inter sese inimicitias agitantes.

más aún en:

Curantes magna cum cura, tum cupientes
Regni, dant operam simul auspicio augurioque.

Con un fondo romano, el poeta imita los periodos homéricos:

Expectant, ueluti consul cum mittere signum
Volt, omnes auidi spectant ad carceris oras,
quam mox emittat pictis e faucibus currus,
Sic expectabat populus atque ore timebat
Rebus, utri magni uictoria sit data regni

No faltan torpezas; el vocabulario es pobre (*spectant, expectant, expectabat; mittere, emittat);* el epíteto, ya separado del sustantivo, carece de color: *magni... regni,* o de interés: *pictis e faucibus.* Pero la frase queda estructurada y VIRGILIO no tendría más que seguir este modelo.

Una comparación fuerte y a la vez de forma elegante se encuentra en:

Sicut fortis equos, spatio qui saepe supremo
Vicit Olumpia, nunc senio confectus quiescit

(Se advertirá la aliteración *spatio... saepe supremo,* la insistencia *senio* del verso siguiente y la semi-aliteración *confectus quiescit*).

A pesar de sus grandes dotes de escritor, ENNIO carecía de gusto. A menudo saca un afortunado partido de la aliteración; así en el dístico que escribe sobre sí mismo, aliteraciones, unas manifiestas, otras apenas indicadas *(lacrimis decoret),* unas en contacto inmediato, otras a distancia (*nemo... nec; uolito viuos... uirum)* subrayan las palabras esenciales y las dotan de fuerza:

Nemo me lacrimis decoret, nec funera fletu
Faxit. Cur? uolito uiuos per ora virum.

La búsqueda de la expresión es evidente en:

Africa terribili tremit horrida terra tumultu

Cuando se trata de temas romanos, estas aliteraciones son sin duda tradicionales:

Accipe daque fidem foedusque feri bene firmum.

Pero sin saber detenerse ENNIO escribe:

Machina multa minax minitatur maxima muris

o:

Rem repetunt regnumque petunt, uadunt solida ui

que se justifican en cierta medida por una búsqueda bastante grosera de la expresión, y,

Veluti si quando uinclis uenatica uelox

o en el verso ya indicado anteriormente

O Tite tute Tate tibi tanta tyranne tulisti

que son simplemente ridículas, como los "apócopes" y las "tmesis" citadas más arriba. El esfuerzo que lleva a cabo ENNIO para someter al uso literario una lengua aún sin flexibilidad se observa en la búsqueda de sinónimos. Los acumula a riesgos de multiplicar consonancias pesadas:

Muerentes flentes lacrimantes commiserantes.

Se vale, por necesidad, de palabras que no han tenido fortuna, así en una serie de sinónimos, *fortunatim*, que es único:

Quod mihi reique, fidei, regno uobisque, Quirites,
Se fortunatim, feliciter ac bene uortat.

Variar la forma de los adverbios es un procedimiento afectivo muy conocido y fácil. El autor de atelanas L. POMPONIUS, en el que la búsqueda verbal abunda, presenta, en el escaso número de versos que de él nos quedan, *rusticātim y urbānātim* en lugar de *rusticē y urbanē*, *rārenter* en lugar de *rāre*, *pūriter* en lugar de *pārē*.

Por más que su lengua sea latín puro y que el osco —que era para él una lengua materna igual que el griego— no haya accedido a su poesía, recurre a sinónimos meridionales. Hay un ejemplo característico en:

Quem prisci casci *populi tenuere Latini*

El tipo de construcción aposicional que era el del indoeuropeo y conservaba el latín se emplea con fortuna en una frase como:

Omnis mortalis uictores, cordibus uiuis
Lactantes, uino curatos, somnus repente
In campo passim mollissimus perculit acris.

La construcción aposicional, y no enlazada, de los adjetivos permitía separarlos del sustantivo, como sucede en el último verso, poniéndolos así de relieve.

Aparte de la lengua oficial, el latín no ofrecía apenas más que los medios de una lengua hablada; la alta poesía no encontraba en ella los recursos que le eran necesarios. ENNIO tiene éxito en tanto construye las frases más sencillas, yuxtaposiciones:

Pellitur e medio sapientia, ui geritur res,
Spernitur orator bonus, horridus miles amatur

Las partículas marcan la articulación con más lógica que poesía:

Unus homo nobis cunctando restituit rem.
Non enim rumores ponebat ante salutem.
Ergo postque magisque uiri nunc gloria claret

Con frases como:

O gnata, tibi sunt ante gerendae
Aerumnae post ex fluuio fortuna resistet

se está más cerca de la lengua hablada. En un verso limpio y sorprendente por lo trágico, ENNIO escribe:

Ea libertas est, qui pectus purum et firmum gestitat.

Tan solo en el habla se rompe así la construcción: una vez escrito, el giro sorprende, pero tiene energía.

Era difícil hacer en latín una frase larga y complicada: no había tradición para ello. La dificultad es evidente en una gran frase como la que sigue:

Sed superstitiosi uates inpudentesque harioli
Aut inertes aut insani aut quibus egestas imperat,
Qui sibi semitam non sapiunt, alteri monstrant uiam,
Quibus diuitias pollicentur, ab iis drac (h) umam ipsi petunt.

Las mejores frases subordinadas debidas a ENNIO son las que más cerca se encuentran de la coordinación.

Certabant urbem Romam Remoramne uocarent.
Omnibus cura uiris uter esset induperator.

Tras las frases del poeta hay también ahí la lengua corriente, familiar, y, cuando quiere mostrarse erudito, no tiene más modelo que la lengua oficial. Por consiguiente escribe más como un jurista que como un poeta.

Quorum uirtuti belli fortuna pepercit,
Eorundem libertati me parcere certum est.

Hay una fórmula – que VIRGILIO volvió a emplear más tarde – tras el verso:

Dono, dulcite, doque volentibus cum magnis dis.

Lo que en los fragmentos de ENNIO ofrece vivo interés para el historiador del latín, es que se ven en ellos los elementos de los que se ha formado el latín clásico: una lengua corriente, de tipo "popular" – una tradición literaria breve, mediocre y sin arte –, una lengua oficial exacta, pero desmañada, angulosa y rígida – la influencia dominante del helenismo que proporciona las formas literarias y el fondo de las ideas y que obliga a forzar el latín para ajustarlo al griego correspondiente.

La tradición de la poesía noble fue continuada después de ENNIO por su sobrino PACUVIO, nacido hacia 220 en Brindis, luego por ACCIO, nacido hacia 170. CICERON había leído mucho estos dos poetas, el segundo de los cuales vivió hasta su época, igual que había estudiado las obras de ENNIO. Ambos se esforzaron por aclimatar en Roma la tragedia compuesta sobre un modelo griego. Pero los fragmentos que nos quedan no demuestran que hayan aportado nada esencialmente nuevo.

Como ENNIO, PACUVIO y ACCIO no multiplican los préstamos del griego. La lengua aristocrática de Roma debía quedar puramente latina.

PACUVIO no se resigna a emplear una palabra griega no naturalizada en latín si no es para designar algo griego:

Fortunam insanam esse et caecam et brutam perhibent philosophi

(la *ph* no impide la aliteración; el poeta pronunciaba *pilosopi).* Y más adelante vuelve a decir:

Sunt autem alii philosophi qui...

Las palabras técnicas griegas están mucho más adaptadas: el neutro *mélos* da el masculino *melus*, en PACUVIO, y en ACCIO se lee el acusativo plural *melós*. El gr. *delphis, delphînos* fue importado por consiguiente bajo la forma latina del *delphin, delphînis;* pero ACCIO tiene:

Sicut lasciui atque alacres rostris perfremunt
Delphini, item alto mulcta Silvam melo
Consimilem ad auris cantum et auditum refert.

ACCIO emplea también palabras como *tropaeum, tyrannus* para designar conceptos griegos.

PACUVIO y ACCIO intentan obtener del vocabulario latino todos los recursos que ofrece. Acumulan palabras, así PACUVIO:

Quas famulitas, uis, egestas, fama, formido, pudor

los semi-sinónimos:

Quidquid est hoc, omnia animat, format, alit, auget, creat,
Sepelit recipitque in sese omnia, omniumque idem est pater

o

O multimodis uarie dubium et prosperum copem diem

(cōpem, que se lee solo en los poetas arcaicos y se opone a *inopem)*, y menos ingenuamente, ACCIO:

Quianam tam aduerso augurio atque inimico omine
Thebis radiatum lumen ostentas tuom?

Las palabras están manejadas de forma tal que consigan por completo su efecto expresivo. Los poetas ponen en juego la etimología real o imaginaria, así PACUVIO:

Ques sunt is? – Ignoti, nescio ques ignobiles.

o

Quis tu es, mulier, quae me insueto nuncupasti nomine?

y ACCIO:

Nolo equidem; sed tu huic, quem scis quali in te siet
Fidelitate, ob fidam naturam uiri
Ignosce.

o

Matrem ob iure factum incilas, genitorem iniustum approbas.

o (con expresiones aliterantes):

Tu pertinaciam esse, Antiloche, hanc praedicas;
Ego peruicaciam aio et ea me uti uolo:
Nam peruicacem dici me esse et uincere
Perfacile patior, pertinacem nil moror.

ENNIO había dicho más brevemente y con más fuerza, con aliteraciones más brutales:

peruince pertinaci peruicacia.

Las diferencias de "aspecto" de los verbos (que se indicaron más arriba) contribuyen a este fin.

PACUVIO dice también:

Retinete, tenete! opprimit ulcus.

o

piscium lasciuiam
Intuentur, nec tuendi satietas capier potest.

En otra parte PACUVIO juega con las formas gramaticales:

precor ueniam petens
Ut quae egi, ago uel axim uerruncent bene.

(Este juego proviene quizá de una antigua tradición de fecha indoeuropea: el Avesta ofrece hechos muy parecidos)

Los sinónimos, en PACUVIO, responden a motivos efectistas:

Conqueri fortunam aduersam, non lamentari decet

o

mandat ne matri fuat
Cognoscendi unquan aut contuendi copia

o, con bastante ingenuidad:

Sagittis niuit, plumbo et saxis grandinat.

Las frases de PACUVIO están en muchos casos construidas toscamente:

Nam canis, quando est percussa lapide, non tam illum appetit
Qui sese icit, quam illum eumpse lapidem, qui ipsa icta est, petit.

En otras ocasiones el esfuerzo es sensible y resulta interesante observarlo

Di me etsi perdunt, tamen esse adiutam expetunt,
Quom prius quam intereo spatium ulciscendi danunt

ACCIO es ya más diestro. Así en la frase siguiente, buscando efectos de vocabulario, remedia hábilmente la pesadez de las frases con muchos términos:

Rex, quae in uita usurpant homines, cogitant, curant, uident,
Quaeque agunt uigilantes agitantque, ea si cui in somno accidunt,
Minus mirum est, sed di rem tantam haud temere improuiso offerunt.

Asimismo:

Multi, animus quorum atroci uinctus malitia est,

Composita dicta e pectore euoluont suo,
Quae, cum componas dicta factis, discrepant.

Al leer una frase como:

Maior mihi moles, maius miscendumst malum,
Qui illius acerbum cor contundam et comprimam,

las aliteraciones recuerdan el uso antiguo, pero la construcción de la frase es ya clásica: la retórica se ha enseñado ya en Roma y CICERON está cerca.

Lo que los poetas podían hacer estaba hecho. Pero en realidad una lengua es tan sólo un instrumento de civilización cuando posee una prosa literaria. Esta prosa se construye en el S.I. a. C. con CICERON, CESAR, SALUSTIO y muchos otros, más o menos conocidos, o desconocidos.

Gran número de prosistas y poetas, del S. III al I a. C. se esforzaron, más o menos discretamente, en introducir en Roma la cultura helénica. Ninguno representa esta tendencia con tanta brillantez como CICERON.

Resultaría imposible reseñar aquí, aun someramente, lo pertinente a todos aquellos que se esforzaron en helenizar la cultura romana. Sería preciso citar a todos los hombres cultos de Roma a partir, al menos del S. III a. C., a todos los que escribieron, en prosa y en verso. El azar que ha conservado el poema de LUCRECIO o algunas obras de VARRON permite entrever el número y la variedad de las fuerzas que se ejercieron. Pero ante la imposibilidad de detallar una enumeración que sería infinita, carentes por otra parte de datos, lo mejor es detenerse a considerar la figura de CICERON, que es el representante más significativo del movimiento y que, en el S. I a. C., fijó de manera definitiva la prosa latina.

CICERON nació en 106 a. C.; fue asesinado en 43, en el momento en que terminaba el periodo republicano y se instauraba el régimen imperial. Cierra una época y sienta las bases de un nuevo periodo.

Brillante alumno, brillante orador, CICERON debutó joven: el *pro Quinctio* es de 81 a. C.; en el *pro Roscio*, en 80, el joven orador se atreve a atacar a un favorito de Sila. En 76, a los 30 años, era questor; en 69, edil curul; en 66, pretor; en 63 cónsul. Para un hombre "nuevo", era recorrer rapidamente la sucesión de magistraturas y porque era un artista de la palabra CICERON tuvo también un papel en la política de su tiempo. Un papel espectacular más que activo. Llegado a la palestra en el momento en que Roma atravesaba una crisis decisiva, CICERON no comprendió lo que ocurría ante sus ojos. Fue un conservador moderado, sin darse cuenta de que la razón de ser de lo que él quería conservar había desaparecido por el propio hecho de haber logrado la política del senado romano todas sus ambiciones, sin ver el carácter fatal de los acontecimientos cuyo impetuoso oleaje le arrastraba y que tuvo a veces la ilusión de dirigir. Los hombres políticos, de menor talento y cultura, que le rodeaban debieron a menudo sonreir por su ingenuidad. Pero el brillo de su talento era tal que incluso un monárquico como CESAR no descuidaba el adularlo y, a fin de conseguir el término de un silencio que parecía merecedor de castigo, sabía hacerle concesiones formales. Todo ello unido a una vanidad

casi increíble, que parecía excesiva en el menos culto de los advenedizos, en el más fatuo de los cómicos.

Por nimia que fuera en el fondo, esta actividad política tuvo sin embargo su valor por el papel de educador que CICERON representó. Toda la cultura de CICERON es griega. Conocía el griego igual que un griego. Desde 80 hasta 77 viajó por Grecia. Orador ya apreciado, que defendía sus pleitos con brillantez, fue a estudiar con el profesor de retórica MOLON DE RODAS, al que había escuchado anteriormente en Roma. Pero es como candidato a las magistraturas romanas que se sirve de lo que aprende con los griegos. Ahora bien, le es preciso guardar la apariencia de un romano puro, pues es delante de los tribunales de Roma, en el foro, en el Senado, donde utiliza en beneficio propio las ideas generales que ha asimilado, los procedimientos de retor que ha aprendido. La retórica griega moría entonces al ser tan solo un arte espectacular. En CICERON tiene un uso real y, por lo mismo, una vitalidad que había perdido en su patria de origen. En la medida en que era un letrado, un hombre culto, CICERON era bilingüe, pero no podía mostrar en público su cultura griega si no era latinizada. CICERON naturalizó, pues, en la lengua latina, la cultura helénica.

Los grandes escritores de Atenas tienen un valor universal. Pero son atenienses puros y poco accesibles sin un prolongado estudio. No hay orador más recio y de más nervio que DEMOSTENES; pero incluso en su tiempo, se precisaba para seguirle un público singularmente formado; los tipos que trata son propiamente atenienses, poco inteligibles para quien no sea historiador.

El rasgo que caracteriza la cultura del período helenista es que no es local, que se dirige a la humanidad entera. Al igual que PLATON, ARISTOTELES es un helénico; pero es un helénico cuyo pensamiento tiene un carácter universal, y para el que en el fondo ser griego es ser verdaderamente un hombre. Al mismo tiempo, la filosofia deja cada vez más de tener un carácter técnico, para convertirse en un instrumento de cultura general y en un conjunto de reglas útiles para guía de la vida. En nombre de la tradición, todas las teorías tienen el carácter racional que los griegos habían dado a su cultura, pero esta razón, cuyas formas son helénicas, es útil a todo hombre que quiera dejarse ilusionar y guiar por ella.

CICERON es menos un discípulo de Atenas que de los griegos de la época helenística. Lo que latinizó no es una cultura especialmente helénica sino lo que de la cultura helénica se había extendido por la cuenca oriental del Mediterráneo. Y latinizó esta cultura no como profesional, sino como hombre de mundo, y de mundo político. Todo lo que era técnico sucumbió: sólo quedó lo que podía ser útil a un hombre deseoso de formarse. La cultura helenística adaptada a la buena sociedad romana es el humanismo; los griegos del mundo helenístico lo habían preparado; los romanos, y más que ningún otro, CICERON, le dieron su carácter y su valor, haciéndo de él a la vez una elegancia y un medio de acción. Así entendido, el humanismo, cuyos elementos son griegos por más que se despojase de todo carácter propiamente griego, es una creación de Roma. Por ello CICERON, que fue su representante más activo, es uno de los creadores de la civilización universal moderna.

Si la carrera política de CICERON hubiera proseguido hasta el fin sin detenerse, sin duda no tendríamos de él más que los discursos y las cartas, y la influencia que ejerció no hubiera sido lo que fue.

Es cierto que los discursos que nos han llegado son en parte pamfletos destinados a circular en forma escrita más que verdaderos discursos: tal es el caso de las Verrinas o del *pro Milone*, por ejemplo; son obras de circunstancias, sin alcance universal; las partes generales que contienen, y en las que CICERON se muestra un excelente alumno, no son sino fragmentos episódicos. Pero cuando CESAR se convierte en dueño de Roma, CICERON no tiene papel político que desempeñar.

Reducido a una oposición impotente, fue languideciendo politicamente. Es entonces cuando escribió sus obras sobre retórica, política y filosofía. Aplicó a ellas su cultura helénica, expresándola por medio de lengua latina, en la que era un maestro. Estableció así, de una manera definitiva la lengua de las ideas generales en latín. Escritas por un senador interesado en los grandes problemas políticos de su tiempo – poco importa que no los haya dirigido como se complacía en imaginar – estas obras iban dedicadas a un gran público culto. Nada hay en ellas de original ni profundo: la originalidad de pensamiento no habría servido más que para perjudicar a la obra que realizaba CICERON y a la que quería dar cumplimiento; pero las ideas generales están expresadas con vitalidad, de una manera que les permitía extenderse, convertirse en el bien común para todas las gentes que las leían.

En materia de literatura como en materia de arte, los romanos se comportaron como ilustres aficionados. No crearon ninguna forma nueva. Pero comprendieron las ideas generales; se sirvieron de "lugares comunes" para sostener sus discursos públicos, para dar contenido substancial a los entretenimientos privados entre gentes instruidas; la literatura y la filosofía les proporcionaron divertimientos intelectuales. Gracias a ellos el humanismo conquistó nuevos dominios despojándose de todo lo que tenía de singular, de propiamente nacional.

Los griegos no supieron jamás traspasar la franja marítima de los paises en los que se instalaban.

Es Roma quien, adaptando el pensamiento griego al uso de hombres cultos que querían ignorar la técnica, hizo de todo el occidente de Europa un dominio de civilización basado en las ideas generales y el pensamiento racional de tipo helénico. Los romanos, que eran "bárbaros" convertidos al helenismo, contribuyeron más que los propios griegos a propagar por extensos dominios la cultura helénica, del mismo modo que contribuyeron también los judios al traducir la Biblia en griego o redactar en griego las obritas reunidas en el Nuevo Testamento. Gracias a esos extranjeros lo que de universal había en la cultura helénica llegó a convertirse casi en el bien común de la humanidad.

Terencio escribe *Heaut.* 75 y sig.

Chremes, tantumne ab re tuast oti tibi
Aliena ut cures ea quae nihil ad te attinent?
–Homo sum: humani nihil a me alienum puto.

o, ib. 99

Vbi resciui, coepi non humanitus
Neque ut animum decuit aegrotum adulescentuli
Tractare, sed ui et uia peruolgata patrum.

Seguramente en estos versos llenos de aliteraciones expresivas a la manera romana (nótese especialmente la última) reproduce algún modelo griego; pero este adjetivo *hūmānus* conectado con *homō*, tuvo en latín gran fortuna; fue utilizado para expresar el griego *philanthrōpos*, en el que con la concepción de una humanidad universal hay un matiz de simpatía para esta humanidad. En *Andria*, 113 y sig., este matiz de simpatía es evidente.

Haec ego putabam esse omnia humani ingeni
Mansuetique animi officia.

Esta palabra *hūmānus* se emplea a menudo en CICERON para indicar todo lo que hace un hombre sociable, verdaderamente civilizado, así *Brutus*, 85: *erat omnino tum mos, ut in reliquis rebus melior, sic in hoc ipso humanior, ut faciles essent in suum cuique tribuendo.* Con su radical latino y su sufijo griego, el término *humanismo* tuvo el mérito de designar esta cultura universalmente humana. caracterizada a la vez por el tipo racional de pensamiento y por la ausencia de rigor, por la tolerancia, por la simpatía hacia todos los hombres, que los romanos recibieron de los griegos y a la que dieron un aspecto nuevo, un impulso nuevo.

Acerca del modo en que CICERON enfocaba los hechos de lengua, se ha tratado a menudo.

En primer lugar, tiende a la corrección. Este afán no era privativo sólo de él: CESAR escribía con igual pureza; y este gran hombre de Estado no desdeñó escribir una obra gramática, un *De analogia*, que no se ha conservado.

En las clases altas de la república romana se había constituido un purismo que se manifestaban el hecho de que CESAR y CICERON emplean las mismas formas de igual manera, aplican las mismas reglas: los gramáticos modernos que pretenden determinar la norma del latín clásico han descrito minuciosamente la lengua concordante de los escritos conservados de CESAR y de los discursos de CICERON. La lengua que queda así fijada es la de las gentes distinguidas de Roma, sin influencia rural, sin infiltraciones dialectales. Por ejemplo en la 3.ª persona plural de *perfectum*, CESAR y CICERON están de acuerdo en proscribir la forma en *–ēre* y en emplear tan sólo – *erunt;* no es accidental: las lenguas romances ofrecen sólo ejemplos de – *erunt.* Esto indica que en las clases superiores de la población romana se había fijado una lengua común y que esta manera de hablar servía de modelo cuando no se oponían a ello tendencias profundas.

En los comienzos del período literario, el latín ofrecía, como toda lengua que no tiene aún una norma fija, algunas fluctuaciones entre diversas formas. Arrastraba ciertos arcaismos, poco sorprendente en su mayor parte, y algunos provincianismos. El tipo *faciēs*, cuyos orígenes son oscuros y en verdad complejos, admitía varias formas de genitivo singular. Para el infinitivo pasivo la lengua no había aún decidido entre *dicī* y *dīcier.* Jamás escogió en la 2.ª persona singular pasiva y deponente, entre la forma antigua en *–re* y la forma proporcionada por la analogía: *–ris.* Las dos desinencias vivieron una al lado de la otra, y es la desaparición de la flexión de la pasiva-deponente lo que determina también su desaparición. Pero estas variaciones, fáciles de explicar y de origen transparente, no iban muy lejos.

En su hermoso libro sobre *Le latin*, 2.ª ed., pág. 196 MAROUZEAU exagera al hablar de una anarquía y también de una transformación rápida de la lengua; los hechos que alega no aportan pruebas: desde antes del siglo IV, el número dual había desaparecido en latín: los nombres de número *duo, ambō* no pueden considerarse restos del dual. Desde antes del siglo III, los locativos *domī, rurī* tenían el carácter de formas adverbiales. Desde antes del siglo III, el genitivo plural en *–um* subsistía sólo en circunstancias especiales para los nombres de *–us* y en *–a: agricolum*, que se lee en LUCRECIO, porque *agricolarum* es demasiado largo y hay una *r* ya en la palabra; *fabrum* porque las dos *r* de *fabrorum* no resultan agradables como en *virorum*, y esto autorizó a VIRGILIO a emplear *Teucrum*, que apoyaba la concordancia con la forma griega.

El purismo de la época de CESAR o de CICERON no tuvo que hacer por lo tanto un gran esfuerzo para fijar con precisión, incluso hasta en el detalle, las formas corrientes de la lengua. No había que crear la *urbanitas:* existía. Sólo era preciso tomar conciencia. Al convertirse el latín en una gran lengua de civilización, no podía dejar de fijarse de una manera exacta. Las fluctuaciones no convenían a una lengua común de civilización.

Antiguas inscripciones en las que se omite *–s* final en la escritura, el uso de los poetas antiguos que se consideran libres para contar o no con la *s* final en el verso, muestra que la pronunciación de *–s* detrás de vocal breve era débil. En el tiempo fuerte, *–s*, en ENNIO, forma posición; en el tiempo débil lo más corriente es que no forme posición:

Ut faceret facinus, leuis aut malus, doctus, fidelis.

La debilidad de esta *–s*, se traduce en la historia ulterior del latín en el hecho de que, salvo en galo-romano, se hace muda en todas partes en fechas anteriores a los más antiguos textos de diversas lenguas romances. Pero subsistía en Roma como lo prueba la conservación de la consonante en francés y en provenzal de la Edad Media: los maestros que enseñaron el latín en la Galia pronunciaban *–s* final y como *–s* final existía en galo, esta pronunciación subsistió. En CICERON y en CESAR, la pronunciación de *–s* final detrás de vocal breve, formaba parte de la *urbanitas*. Era por lo demás necesaria para la claridad de la flexión gramatical.

Muy pronto tendió a enmudecer: la grafía *ahĕnus* por la cual se marca que, en *aĕnus*, las dos primeras vocales forman dos sílabas, demuestra suficientemente cuán débil era la *h* intervocálica; y el latín admitió sin *h* palabras rurales como *olus* o *anser*, que en Roma, deberían tener *h* inicial. En todas partes *h* dejó de pronunciarse en las lenguas romances. Pero en la Roma del S. I a. C. *h* inicial se mantenía hasta tal punto que las gentes que querían aparentar que hablaban bien colocaban más *h* fuera de lugar. La lengua de CESAR y de CICERON tiene aún *h* en casi toda su antigua extensión.

Ni que decir tiene que en una gran ciudad como Roma, donde había gentes de todo origen, donde inmigrantes de toda clase constituían una larga fila y en donde no faltaban gentes poco cultivadas o incluso poco deseosas de serlo, la *urbanitas* no era universal. CICERON escribe en *Brutus* 140, *ipsum latine loqui est illud quidem in magna laude ponendum, sed non tam sua sponte quam quod est a plerisque neglectum; non enim tam praeclarum est scire latine quam turpe nescire; neque tam id mihi oratoris boni quam ciuis romani uidetur.*

En el habla familiar de CICERON se encuentran todos los procedimientos expresivos que dan a la lengua de PLAUTO un aspecto tan diferente a la de tipo ático, al estilo de Menandro, por ejemplo. Cuando escribe una carta familiar, Cicerón emplea diminutivos, verbos frecuentativos, palabras griegas. He aquí por ejemplo, el contenido de su carta a Atico, II, I: 1. tua illa. . . *horridula* atque incompta uisa sunt – Meus autem liber totum Isocrati *myrothecium* atque omnes eius discipulorum *arculas* ac non nihil etiam Aristotelia pigmenta comsumpsit – 3. *Oratiunculas* autem et quas *postulas* et plures etiam mittam quoniam quidem ea quae nos scribimus *adulescentulorum* studiis *excitati,* te etiam *delectant.*– Se ab hoc *refractariolo* iudiciali dicendi genere abiunxerat.– 12 Tuum esse hoc *munusculum* putabo.– Neque enim ista tua negotia prouincialia esse putabam neque te in *tocullionibus* habebam – CICERON llega incluso a crear un verbo *petiturire* (evidentemente bajo la influencia de *petitor, petitus y sullaturire*) por necesidades de expresión. Esto deja entrever cómo se hablaba el latín en el mundo más erudito.

La lengua solemne evitaba los procedimientos expresivos que habrían quitado dignidad a la expresión. El latín de los discursos recuerda por ese rasgo al ático. Diminutivos y verbos derivados son relativamente escasos. Sin duda se debe a que la mayor parte de textos conservados están escritos en un lenguaje elevado, el hecho de que el nombre "oreja" que se encuentra normalmente, es *auris* y no *auricula.* Las lenguas romance demuestran que el término corriente era la forma expresiva y larga *auricula,* y es en efecto *auricula* la palabra que ofrece una *tabula defixionis* de época clásica. El latín de la literatura es un latín de aparato que debe mucho a la compostura exterior del foro y del senado.

La pureza y la nobleza de la lengua no admitía, como es sabido, los préstamos de palabras griegas.

Cuando CICERON escribe libremente, y sobre todo a su amigo íntimo Atico, emplea constantemente términos griegos; se advierte que a menudo las expresiones griegas acuden a él con más facilidad y sobre todo dan a conocer su profundo sentir mejor que las expresiones latinas. Así *ad Att.,*I, 14, 6 escribe: *ille alter uno uitio minus uitiosus quod iners, quod somni plenus, quod imperitus, quod* ἀπρακτότατος, *sed uoluntate ita* κακέκτης *ut...* Llega incluso a hacer bromas como la siguiente, inteligible solo para un helenista, *ad Att.,* I, 16, 13: *quare ut opinor,* φιλοσοφητέον, *id quod tu facis, et istos consulatus non* floccifacteon. Era verdaderamente bilingüe.

Pero cuando se dirige al público, este mismo CICERON vacila en emplear incluso palabras griegas que eran ya de uso corriente. En el *De oratore,* que es uno de los primeros, entre los grandes tratados, toma precauciones: 1, I, 9 *neque enim te fugit omnium laudatarum artium procreatricem quandam et quasi parentem eam quam* φιλοσοφίαν *Graeci uocant, ab hominibus doctissimis iudicari.* 10. *Quis ignorat, ii qui mathematici uocantur, quanta in obscuritate rerum et quam recondita in arte, multiplici subtilique uersentur... Quis musicis, quis huic studio litterarum quod profitentur ii qui grammatici uocantur, penitus se dedit quin...* Sin embargo CICERON debe resignarse a emplear algunas palabras griegas y no se resiste a escribir: *Brutus,* 315, *Cum uenissem Athenas, sex mensis cum Antiocho ueteris Academiae nobilissimo et prudentissimo philosopho fui, studiumque philosophiae nunquam intermissum a primaque adulescentia cultum et semper auctum hoc rursus summo auctore et doctore renouaui.* Al principio del Orador, se encuentra

a menudo *philosophus, philosophia, rhetor,* e incluso *palaestra.* Pero cuando quiere hablar de las "ideas" de PLATON, no se arriesga a adaptar la palabra: se limita a citarla: *Or.* 10. *has rerum formas appellat ἰδέας ille.*

No obstante, al no poder multiplicar los préstamos del griego sin peligro de alterar el carácter latino de su lengua, CICERON usa ampliamente un procedimiento que se utilizaba desde los comienzos: carga las palabras latinas con sentidos griegos. Según una expresión afortunada, el latín toma del griego "préstamos de sentido". Los sentidos de las palabras latinas interfieren con los de las palabras griegas que tienen con ellas partes comunes. Así *ars* tiene una parte del sentido del griego *tekhnē;* se le añadió además el sentido técnico y se dice en latín *ars* donde se decía en griego *tekhnē. Ratiō* significaba "cuenta" como el gr. *lógos;* la palabra pudo servir, pues, para traducir *lógos* en el sentido de "razón". El verbo *putō* significaba "yo cuento"; PLAUTO escribe *Aul.* 527: *putatur ratio cum argentario;* CATON escribe asimismo, Arg. 2, 5: *rationes putare argentariam, frumentariam..., rationen uinariam oleariam, quid uenierit, quid exactum siet, quid relicuom siet quid siet, quod ueneat.* Si *putō,* ha tomado el sentido de "yo pienso", es que concordando con el verbo griego *logizzomai* en una parte del sentido de éste, ha absorbido los otros sentidos del verbo que significaba "yo razono". A partir de ahí, se puede obtener, *disputāre,* cuyo sentido iba ligado al de *putāre,* así PLAUTO, *Aul.* 529:

ubi disputatast ratio cum argentario;

Se tenía aquí un medio cómodo de trasplantar *dialogizzomai.* Y la palabra hizo gran fortuna entre los filósofos.

Allí donde el latín no proporciona ningún término propio para cargarlo con los sentidos filosóficos o técnicos de una palabra griega próxima en algún aspecto, CICERON se resigna, por excepción, a crear una palabra nueva. Lo hace entonces con fortuna. Su más bello hallazgo en este género es el de la palabra *quālitas.* La filosofía griega había formado sobre el adjetivo *poios* "el cual" un abstracto *poiotēs* que significaba "hecho de ser tal o cual, de tener tal o cual propiedad". La palabra se encuentra en PLATON, con categoría de palabra nueva, y en ARISTOTELES como termino técnico, corriente en las escuelas. Sobre *poios: poiotēs,* CICERON ha calcado *quālitas,* derivado de *quālis.*

En los pasajes de *Acadēmicos* (I, 6, 24 y 7, 25, 28) en donde lanza la palabra, insiste en la necesidad de esta creación. La palabra entró en efecto en el uso y se dijo *quantitās* de *quantus,* sobre el modelo del abstracto griego *posotēs,* derivado de *posos.* El hecho de que *qualitas,* simple calco de una palabra griega, sea una creación de CICERON, muestra qué papel representó el gran prosista romano en la creación del vocabulario y del pensamiento europeo.

Se llega también al caso de que la palabra asi formada entra en el uso de todo el mundo y pasa a las lenguas romances como una forma de la lengua hablada. Para reproducir el gr. *mesótēs,* CICERON propuso una palabra bien construída, pero nueva, *medietas: bina media (uix enim audeo dicere medietates quas Graeci appellant) sed quasi ita dixerim intelligatur,* Tim. VII, 23. Para CICERON no era esto más que un ensayo del que no se responsabilizaba. Más tarde, la lengua lo aceptó y la palabra se encuentra en el italiano *metà,* en el español *mitad* y el portugués *mitad,* en el francés *moitié.*

Para juzgar cómo CICERON dio al pensamiento griego una forma enteramente

latina, hay que ver cómo traduce. Nadie sin duda ha sabido, como él, dar en una lengua rigurosamente pura e idiomática un pensamiento de carácter universal, sí, pero extranjero. En el *Orator* 41, se encuentra –por la necesidad polémica de CICERON– la traducción de una frase del Fedro de PLATON, 279 a, en donde se trata del joven Isócrates: *δοκεῖ μοι ἀμείνων ἢ κατὰ τοὺς περὶ Λυσίαν εἶναι λόγους τὰ τῆς φύσεως, ἔτι τε ἤθει γεννικωτέρῳ κεκρᾶσθαι.* La frase griega es idiomática y nada hay en ella que sea traducible con exactitud. He aquí qué hace CICERON respetando el sentido y sus matices y sin que dejen de subsistir los giros empleados: *maiore mihi ingenio uidetur esse quam ut cum orationibus Lysiae comparetur; praeterea ad uirtutem maior indoles.*

Cada uno de los detalles de esta traducción merecería ser discutido de cerca.

La palabra *φύσις* se da por *ingenium.* Nada más exacto aquí; el verbo griego *φύω* "yo hago crecer", de donde *φύσις* "hecho de crecer, naturaleza" es el nombre de acción, responde por el sentido a *gignō, genuī,* a la familia del cual pertenece *ingenium.* En general, sin embargo, no es *ingenium* lo que traduce *φύσις* del griego; es otra palabra, *nātūra,* de la misma raíz, que no se enlaza con el grupo de *gignō* y que es del grupo, diferenciado, de *nāscor, nātus.* En el mismo pasaje del *Orator,* allí en donde PLATON escribe *φύσει γὰρ ἔνεστί τις φιλοσοφία τῇ τοῦ ἀνδρὸς διανοίᾳ,* CICERON traduce por: *inest enim natura philosophia in huius uiri mente quaedam.*– Se ve por esta apreciación de conjunto, que CICERON no es de los hombres que por haber dado una vez una equivalencia entre una palabra en su lengua y una palabra extranjera, se aferre a ella mecánicamente. Usa con destreza y con tacto, según las necesidades del momento, todos los recursos de su lengua.

En este aspecto CICERON barre prejuicios. La palabra que traduce el griego *ἦθος,* es en general *mōs;* QUINTILIANO escribe: *imitatio morum alienorum quae ἠθοποιέα dicitur.* Pero, en la frase de PLATON, se trata de un carácter particular y CICERON recurre a una palabra latina propia, *indolēs.*

Un traductor que procediera mecánicamente no habría dejado sin duda de traducir *γεννικός* por *generōsus.* En lugar de dar palabra por palabra, CICERON se sirve de un giro: *ad virtutem maior indoles,* y es en *indoles* que se encuentra la idea de "raza" que *γεννικός* contiene. Se ve aquí por qué CICERON prefiere *indoles* a *mōs.*

La independencia de los giros de CICERON es más sorprendente aún que la de su vocabulario. Había dificultades para dar *ἢ κατὰ τοὺς περὶ Λυσίαν λόγους*: CICERON se resistió al giro completamente latino *quam ut... comparetur.* No había un equivalente al perfecto pasivo *κεκρᾶσθαι*: CICERON dejó caer la imagen y dijo simplemente: *praeterea ad uirtutem maior indoles.*

Sin entrar en detalles, hay que notar aún la frase: *ἐπὶ μείζω δέ τις αὐτὸν ἄγοι ὁρμὴ θειοτέρα.* CICERON no encontraba palabra latina para dar exactamente el matiz de *ὁρμή*; emplea el grupo *animi motus,* pero la idea de "impetu apasionado" faltaba todavía; introduce el verbo *concupiscere,* del cual no tiene equivalente el griego en la frase a traducir, y escribe: *diuino aliquo animi motu maiora concupiscat.*

CICERON no fue un simple adaptador. Estaba impregnado de helenismo y sentía hacia el latín un respeto escrupuloso. Sin traicionar su cultura griega y sin forzar en nada su propia lengua, expresó con una impecable pureza latina toda la parte del helenismo, que siendo universalmente humano, podía penetrar en un idioma diferente. Gracias a esta

conciencia y a sus dotes de escritor fundó en gran medida una nueva forma de la cultura griega y fue el maestro del humanismo occidental.

La prosa quedó fijada en grupos de hombres que se ocupaban de política, y sobre todo en oradores; el hombre que le dió su forma definitiva era un político de profesión, a quien los acontecimientos proporcionaron descansos forzados. Razones de dignidad impidieron una helenización demasiado evidente, y la influencia griega, por fuerte que fuera, se disimula bajo una máscara de purismo latino. La cultura helénica perdió su sabor propio, pero ganó al convertirse en universal.

La poesía culta en Roma estaba escrita para ser leída por gentes instruídas que no disimulaban entre ellas su conocimiento del griego, y sin duda muchos gustaban incluso de hacer ostentación. Así, desde el principio, la influencia griega se muestra aquí de lleno, especialmente en CATULO y mucho más en la prosa. Se puede tomar como ejemplo a VIRGILIO, que dio al Imperio su poesía nacional.

Sin duda VIRGILIO evitó el empleo de palabras griegas no indispensables. Escrita para la buena sociedad de Roma, la poesía culta se conforma al uso de emplear el vocabulario esencialmente latino que era reglamentario en esta sociedad, al menos cuando no se estaba en la intimidad. En muchos aspectos el vocabulario de VIRGILIO no se distingue del de la prosa culta de su tiempo. Al lado de una palabra de la lengua corriente, *stella*, hay a menudo un término tomado de la lengua augural, *sidera*, o la palabra tomada del griego *astra;* no actúa aquí de manera distinta a CICERON en sus obras teóricas. Pero los poetas van más lejos que los prosistas.

ENNIO usa ya una palabra griega con su flexión griega, ac. *aera*, según se ha visto anteriormente; en otra parte dice *aerem*.

Cada vez más, los poetas fueron aceptando así los modelos griegos y cuando toman prestadas palabras griegas, acaban por considerar que les es lícito dejar la declinación griega. Para ellos era a la vez elegante y cómodo.

CICERON escribe siempre *Tenedus, Tenedum*, latinizando el nombre griego según el viejo uso latino; pero VIRGILIO tiene *Tenedos, En* II, 21 y OVIDIO tiene el acusativo *Tenedon*. Mientras ENNIO y CICERON emplean el acusativo *Hectorem* del nombre griego Héctor, VIRGILIO tiene *Hectora*. Escribe en fin de verso, *En* II. 457

et auo puerum Astyanacta trahebat.

No son sino las terminaciones griegas las que hacen posible el verso *Ge.* I, 332:

Aut Atho, aut Rhodopen, aut alta Ceraunia telo.

VIRGILIO emplea asimismo el nominativo plural *crātērēs* con la desinencia del plural en *-ēs* del griego. Recurre a procedimientos enteramente homéricos, así cuando escribe *En.* II, 403-404 *Priameia uirgo* al final de un verso como aposición a *Cassandra; En.* II, 542 - 543 se trata de *corpus... Hectoreum*.

Llega a aplicar las reglas homéricas para el empleo de vocales en hiato, incluso de palabras latinas, en versos en los que hay palabras griegas. El verso I, 221 de las Georgicas está construído, dentro de un poema latino, con las reglas homéricas; el final es es-

pondáico, cosa frecuente en HOMERO, pero que, fuera de los versos con palabras griegas, no admite VIRGILIO más que en cinco o seis ocasiones en vistas a efectos expresivos:

Ante tibi Eoae Atlantidĕs abscondantur

o también *Ge.* I, 437:

Glauco et Panopeae et Inoo Melicertae

en donde hay dos hiatos, uno con abreviación, y un corte tras la primera sílaba del quinto pie, contrariamente al uso latino.

En *Ge.* IV. 137, el *-āt* final de *tendebat* cuenta como largo en un verso a la griega, que contiene una palabra griega:

Ille comam mollis iam tondebat hyacynthi.

Este *-āt* se encuentra excusado a la vez por un uso de los antiguos poetas latinos, que VIRGILIO, muy erudito, no ignoraba, y por una licencia conocida en la poesía homérica en donde una breve en tiempo fuerte puede contar a veces por larga.

ENNIO, al no poder emplear *Scīpionem,* etc, en el hexámetro, rodeó la dificultad creando a imitación de un tipo griego, *Scīpiadas;* VIRGILIO se apoya en ello para escribir también *Ge.* II, 170:

Scipiadas duros bello.

LUCILIO había ya escrito *Tusculidārum (Tusculānus* no se puede emplear en el hexámetro). En VIRGILIO se lee *Aeneadum* (gen. pl.).

He aquí un detalle en el que se discierne la íntima influencia del modelo griego. La palabra *somnium* había tomado un matiz de sentido desfavorable, y el epíteto que recibe en el propio VIRGILIO es *vanum;* el *somnium* es falaz:

Aut quae sopitos deludunt somnia sensus

Somnia se asocia a *nūgae.* VIRGILIO necesitaba una palabra no manchada con semejantes taras. Para obtenerla recurre a un calco del griego *en-ypnion,* a saber *in-somnium,* sea porque algún poeta hubiera realizado ya este calco, sea porque lo realizó él mismo; la palabra no se conoce antes de VIRGILIO y parece que, en prosa, no figura antes de TACITO. En *En.* IV, 9:

Anna soror, quae me suspensam insomnia terrent!

La palabra familiar *somnia* empleada de manera irónica no habría evocado la impresión que buscaba el poeta. *Insomnia* que hacía pensar en una palabra homérica, daba el matiz querido.

No obstante VIRGILIO utilizó formas griegas con más discreción que otros poetas latinos de su tiempo, y sobre todo del tiempo que siguió. El conjunto de poemas de VIRGILIO ofrece, a pesar de los modelos griegos, reconocibles en muchos puntos y que a menudo quedan en evidencia, un aspecto enteramente latino. A fin de constituir una poesía romana digna de la cultura de su tiempo VIRGILIO se nutre de la poesía griega y si los

préstamos recibidos resultan manifiestos en algunos pasajes, no es que se haya penetrado lo bastante de helenismo para necesitar engalanarse con algunos adornos externos, es para hacer sentir que su obra, por romana que sea, es al mismo tiempo griega, es decir universal. Pero la poesía helenística estaba repleta de artificio; por el contrario, VIRGILIO queda cerca de la lengua corriente y encuentra en ella parte de su fuerza.

Es en parte la imitación del griego y especialmente de la lengua épica, en parte la necesidad de distinguir la lengua poética de la lengua corriente para enmarcar el pasaje en un mundo diferente, en parte también la utilidad que encuentra el poeta en disponer de formas dobles, lo que indujo a VIRGILIO, como en general a los poetas, a emplear formas y giros sintácticos excluídos de la prosa correcta. La poesía no tiene todo el purismo de la prosa.

Por ejemplo, la lengua tenía dos formas de 3ª persona del plural, *dīxērunt*,que que subsistió en las lenguas romances, y, *dīxēre* que evitan CESAR y CICERON. Por contaminación de ambas se había obtenido *dīxērunt*, cuya extensión real se ignora. Como *dīxērunt* era inutilizable en el hexámetro, los poetas dactílicos hicieron gran uso de este *dīxērunt*.– Este hecho recuerda el partido que sacó ENNIO de una forma artificial como *induperātor*, que sustituye a la forma usual *imperātor* que el hexámetro no podía emplear.

Un genitivo plural, como *uenientium*- que es la única forma común de la prosa –era difícil de colocar en el verso. Ahora bien, debía existir– sin duda fuera de Roma – una antigua forma *uenientum*. VIRGILIO la utilizó frecuentemente.

Cuando no se imponía necesidad semejante, VIRGILIO emplea con discreción las formas sin vigencia. El infinitivo en *-ier*, usual en los antiguos poetas, había desaparecido del uso corriente. A pesar del empleo que de esa forma hace ENNIO e incluso CICERON (que, en poesía, es arcaizante) VIRGILIO tiene un solo infinitivo en *-ier* en todas las *Geórgicas* (I, 454) y cinco en toda la *Eneida*. HORACIO no recurre mucho más a *-ier*, sobre todo en las *Odas;* OVIDIO tiene sólo un ejemplo, PROPERCIO uno sólo también y TIBULO ninguno.

Alentado por las formas tan variadas de la lengua homérica, VIRGILIO, en una cierta medida (no hace nada con exceso) se permite emplear algunas formas antiguas a imitación de las cuales crea formas quizá enteramente artificiales. Un antiguo tema en *-ti-* como *sortī-* tenía como ablativo *sortī;* esta forma subsistió en expresiones estereotipadas como *sortī datus;* pero, en la época de VIRGILIO, el nominativo *sors* había dado lugar a *sorte;* a partir de ahí, VIRGILIO escribe *sorte datus* por comodidad suya. *En.* I, 139, pero en otra parte, IX, 271 *excipiam sorti*, con la forma antigua a fin de recordar las viejas fórmulas y para dar así un toque de color religioso. No es más que un arcaísmo. El artificio comienza cuando VIRGILIO emplea, basándose en el modelo del doblete *sorte: sortī*, los ablativos *capitī* o *silicī*, que sin duda no se admitieron jamás comúnmente, frente a *capite, silice*. Y, sin necesidades métricas, se sirve de *silici* en un verso expresivo en donde multiplica adrede las *s*, las *t* y las *l* prepalatales: *En* I, 174:

Ac primum silici scintillam excudit Achates

Tal procedimiento distingue profundamente a VIRGILIO de Homero; los arcaísmos homéricos sirven para dar a la lengua un colorido general, el tono épico; las formas poéticas de VIRGILIO sirven para dar matices delicados a expresiones particulares.

El genitivo pl. en *-ōrum* era pesado. Se comprende que VIRGILIO haya sacado algún partido de genitivos tales como *uirum, deum, diuum.* Si prefiere casi constantemente *deum* a *deōrum,* es porque esa forma, por su arcaísmo, tiene más solemnidad.

El arcaismo sirve para dar un tono solemne a las expresiones religiosas. Así, *En.* VIII, 679, hay un verso sorprendente con una serie de aliteraciones, un espondeo en el 5º pie del hexámetro, una pausa en el 6º pie:

Cum patribus populoque, penatibus et magnis dis

para poner en relieve que se trata de:

Augustus agens Italos in proelia Caesar

Este final de verso *Penatibus et magnis dis* debía ser tradicional; en efecto VIRGILIO, para quien era completamente irregular, lo tiene también *En.*, III, 12, y ENNIO había escrito ya:

Dono ducite, odque uolentibus cum magnis dis

Pero estas variaciones no van muy lejos: el latín es una lengua unitaria, sin dialectos, sin pasado. En su conjunto, la morfología de VIRGILIO no difiere mucho de la de CICERON. Se renuncia incluso a licencias tradicionales. La pronunciación de *-s* final era algo persistente entre las gentes que se picaban de *urbanitas.* Los *poetae novi,* de los que habla CICERON en el ORATOR 6 (hacia 45 a. C.) consideraban la omisión de *-s* final chocante, y VIRGILIO se priva de este recurso cómodo, al cual LUCRECIO recurrirá aún alguna vez.

La misma observación se aplica al vocabulario. Solamente VIRGILIO que había leído mucho, emplea con gusto las palabras con valor etimológico. Sabe que *dignus* es un adjetivo ligado a *decet* cuando escribe *En.* VI, 173:

Si credere dignum est.

Era lo suficiente arqueólogo para conservar en algunas palabras su viejo sentido religioso.

La palabra *daps* designaba una comida sacrificial, y en GAIO se lee: *pecuniam acceptam in dapem, id est in sacrificium impendere.* Este sentido es frecuente en VIRGILIO, así:

En. VIII, 185:

Non haec sollemnia nobis,
Has ex more dapes, hanc tanti numinis aram
Vana superstitio ueterumque ignara deorum
Imposuit.

HORACIO alude también a un sentido religioso cuando, en tono de broma, escribe *Sat.* II, 6, 88 (en el cuento de una rata de ciudad y una rata de campo):

Cum pater ipse domus palea porrectus in horna
Esset ador loliumque, dapis meliora relinquens.

El empleo solemne de *pater* da su valor a *dapis.*

El vocabulario latino no proporciona muchos recursos de este tipo. En suma, los poetas debieron contentarse las más de las veces con palabras comunes a todo el mundo, salvo algunos arcaísmos y algunas extensiones de sentido.

VIRGILIO no admite formas artificiales como *induperātor, indotuētur, indogredī* que LUCRECIO utiliza todavía.

En cuanto a la construcción es bastante diferente de la prosa en ciertos aspectos. El hecho más sorprendente es el gran uso que se hace de la disyunción. Los ejemplos son innumerables. He aquí simplemente uno, banal, *En.* VI, 377:

Sed cape dicta memor, duri solacia casus.

Este verso muestra al mismo tiempo cómo mantuvo VIRGILIO el uso de la aposición que era el procedimiento sintáctico principal del indoeuropeo y del que la lengua poética había conservado la tradición, mientras que en el uso corriente la presión del sentido determinaba grupos de palabras cada vez más enlazados.

Gracias a la práctica de la aposición VIRGILIO pudo hacer versos tales como el célebre ejemplo *En,* VI, 268:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram.

Para el empleo de *solus,* se comparará *Ge.* III, 249:

Lybiae solis erratur in agris.

Si el adjetivo se disocia fácilmente es que su empleo es enteramente aposicional y que sólo la concordancia indica a qué substantivo se aplica. En *En.* VI, 235:

Aeternumque tenet per saecula nomen

el adjetivo *aeternum* responde desde el punto de vista del sentido a "para la eternidad" no a "eterno".

Si acontece que el epíteto disociado no es más que un ornamento épico, hay también muchos casos en que es una aposición la que indica sobre quién dirige el poeta la atención del lector; separándola del sustantivo al cual se refiere, colocándola al principio de la frase, la pone de relieve. En los versos siguientes *En,* VI, 190 y sig. *geminae, maternas, dubiis* son las palabras esenciales (*geminae* significa aquí: "en pareja"; *maternas agnoscit aues* significa: "reconoce a su madre en los pájaros que le pertenecen"; *dubiis ne defice rebus* "no me abandones cuando estoy en dificultades"); en el verso 195, la yuxtaposición de *pinguem,* epíteto de naturaleza que sirve de ornamentación, y de la palabra esencial *diues,* que designa la rama de oro buscada por Eneas, da realce a *diues:*

190 *Vix ea fatus erat* geminae *cum forte columbae*
Ipsa sub ora uiri caelo uenere uolantes
Et uiridi *sedere solo. Tum maximus heros*
Maternas *agnouit aves laetusque precatur:*
"Este duces, o, si qua uia est, cursumque per auras
Dirigite in lucos, ubi pinguem diues *opacat*
Ramus humum! Tuque, o dubiis *ne defice rebus*
Diua parens!"

Mas aquí el poeta no hace sino emplear, más a menudo, de manera más extensa, más audaz, unos procedimientos que no desconocía la prosa y que ocupaban el fondo antiguo de la lengua. Solamente –y esto servía a la expresión poética– iba contra la tendencia del habla corriente.

Un arcaísmo que no supone la ruptura con el estado de la lengua, el empleo extendido de giros antiguos apoyados aún por el uso contemporáneo, todo esto en vistas a causar la impresión particular conveniente, es lo que caracteriza la lengua de VIRGILIO. En un pasaje de la *Eneida*, VI, 179 y sig., en donde, como indica MACROBIO, VIRGILIO se acordaba evidentemente de su predecesor ENNIO (cf. los versos citados más arriba), el carácter de su lengua aparece claro:

Itur in antiquam siluam, stabula alta ferarum,
Procaumbunt piceae, sonat icta securibus ilex,
Fraxineaeque trabes cuneis et fissile robur
Scinditur, aduoluunt ingentes montibus ornos.

Aquí VIRGILIO vuelve a tomar, con la discreción que le es propia, la práctica de la aliteración, de la que abusaba ENNIO. Usa la pasiva y a la vez la antigua pasiva impersonal *itur*. Multiplica los epítetos, separados cuando es posible, y las aposiciones. Varía la construcción, haciendo suceder a pasivas y a verbos tomados de manera absoluta una construcción transitiva con sujeto indeterminado. De todos estos procedimientos, ninguno de los cuales choca con la práctica corriente del latín, resulta la impresión de misterio que quiere despertar el poeta.

Si VIRGILIO admite arcaísmos, también se sirve de tendencias nuevas que en su tiempo todavía no habían triunfado. Se sabe por las lenguas romances que, en hiato, detrás de consonante, *i* pasó a consonante: *aliōrsum* pronunciando *alyōrsum*, dio fr. *ailleurs*. Preocupado por la forma de la palabra *abiete*, que con sus cuatro breves no podía entrar en el hexámetro si no era al precio de una elisión, VIRGILIO admite la pronunciación *abyete* con *i* consonante. *En.* II, 16:

... *sectaque intexunt* abiete *costas*

El sentido delicado que VIRGILIO tenía de su lengua le hace adivinar el sentido en que se iba a desarrollar la pronunciación. No es quizá fortuito que esta licencia, en la que aparecía el atractivo de una gran innovación, figure en un nombre de objeto material para el que VIRGILIO podía pensar en una pronunciación popular. Otro ejemplo, *Lāuīniaque*, *En.* I, 2, se encuentra en el nombre de una localidad del Lacio.

El latín está caracterizado por un purismo que no se limita a la prosa. Se observa una disciplina estrica. El griego enriqueció la poesía latina sin introducir una libertad comparable ni de lejos a aquella gracias a la cual los poetas de la Hélada obtuvieron tan grandes efectos, pero que daba a sus obras un artificio que las alejaba del uso corriente, mientras que VIRGILIO no se aparta apenas de la lengua ordinaria y anuncia al mismo tiempo el porvenir.

El griego ejerció, pues, sobre los elementos materiales de la lengua una fuerte influencia de la que se acaban de dar ejemplos característicos. Como la cultura intelectual de los romanos era helénica, la influencia no se limitó a préstamos de palabras, a préstamos de

sentido, a calcos de formaciones griegas, a la imitación de ciertos giros. El latín debió expresar con sus propios recursos las ideas de los griegos. El vocabulario se vio, así, inducido a cambios de sentido. Una palabra como *ratiō*, cuyo sentido original era sin duda vago pero que en el propio latín tendía a fijarse en el sentido preciso de "cuenta", tomó sentidos nuevos que hicieron de ella un término del vocabulario intelectual; sin sufrir al comienzo la influencia del griego *lógos*, terminó por proporcionar el equivalente de los usos más elevados de la palabra griega. Se encontrará el detalle de esta notable historia en el libro de YON, *Ratio et les mots de la famille de reor*, Paris, 1933.

CAPITULO IX

LA EXPANSION DEL LATIN

La conquista de un imperio había hecho imposible la supervivencia de la ciudad romana: desde el día en que el derecho de ciudadanía se extendió a toda Italia —y ello ocurrió a partir de 90 - 89 a. C. - o, por otra parte, desde que los Romanos recibieron tierras en todas las regiones de Italia, no podía ser privativo de algunos ciudadanos, presentes por azar en el foro, el legislar y elegir magistrados para ciudadanos mucho más numerosos que estaban lejos. La ciudad romana se sumió bajo su propia fortuna. Roma dejó de ser una "ciudad" para convertirse en un Estado moderno, unidad casi tan firme, pero más vasta y compleja que una ciudad antigua. A un imperio amenazado en todas sus fronteras, le hacía falta un ejército profesional para defenderlo, un cuerpo de funcionarios para administrarlo. Como la antigüedad no conoció el sistema representativo, el ejército era la única fuerza capaz de imponer un jefe al imperio y de dar a este jefe el poder de administrar a distancia. La creación del principado desembocó de manera natural en una monarquía absoluta que cuidaba de la administración con la ayuda de un cuerpo de funcionarios, e hizo del imperio la realidad principal, de Roma un simple centro administrativo de gobierno cuya importancia decreció poco a poco por el hecho de que los principales focos de inquietud eran las fronteras y los ejércitos que elegían a los emperadores estaban en donde había el peligro.

El latín de Roma, tal como se encuentra fijado en el siglo I a. C., fue la lengua oficial del imperio. En todos los lugares a los que Roma aportaba una forma de civilización mediterránea, este latín tendió a convertirse en la lengua de la población. Con CICERON y VIRGILIO, los primeros escritores de su tiempo, había llegado al nivel de la civilización helénica, de la que entonces representaba las formas vivas y nuevas.

Esto no bastaba para desplazar en la cuenca oriental del Mediterráneo a la gran lengua de civilización que era el griego común: a pesar de su dominio político, el discípulo no tuvo suficiente prestigio para ocupar el lugar de su maestro. En todo su dominio, la lengua común jónico-ática de la civilización helenística mantuvo sus posiciones; el latín no las dañó. Si en la Magna Grecia y en Sicilia el griego acabó por desaparecer fue, de un lado, porque se había mantenido, en parte al menos, una antigua lengua común basada en el dorio, cuya capacidad de resistencia era menor que la de la lengua común jónico-ática, y por otra parte porque el helenismo iba declinando desde hacía tiempo en aquellas regiones de las que solamente había ocupado las costas. Y aún ROHLFS pudo sostener recientemente con verosimilitud, que las hablas griegas que se encuentran en el sur de Italia, continúan

en cierta medida, el griego antiguo, y no provienen, como a menudo se ha dicho, de colonizaciones medievales. En toda la zona del imperio en la que no existía la civilización griega, en el Africa Menor, en la península hispánica, en la Galia, en el Danubio, en Italia, la civilización helenística, convertida en universal, se extendió bajo la forma que había tomado en Roma. Por el hecho de haber sido despojado de su aspecto exclusivamente griego, el humanismo romano tenía un carácter de universalidad que el humanismo helénico nunca tuvo plenamente.

Ahora bien, el imperio romano creado por ejércitos de tierra, era terrestre; mientras la cultura griega con su lengua había ocupado siempre ciudades marítimas y riberas, la cultura romana y la lengua latina penetraron en el interior de las tierras, ocuparon países enteros. Así, el latín se convirtió primero en la lengua de civilización, después en la lengua usual de poblaciones enteras que antes habían tenido idiomas diversos.

La civilización romana no era variada: de un extremo a otro de las vastas regiones en las que se introdujo se encuentran los mismos tipos epigráficos, los mismos objetos, las mismas rutas, la misma disposición de las ciudades; el modelo es en todas partes el mismo; las diferencias que se encuentran se deben en parte al grado, naturalmente distinto, que alcanzaba la romanización, en parte a los substratos enteramente distintos que ofrecían las provincias.

Por lo demás, la lengua debía ser uniforme, al menos en principio. Y en efecto, todas las lenguas romances reposan sobre un "latín vulgar", cuya estructura, en términos generales, es en todas partes la misma. El carácter dominante de todo lo que es romano es la unidad, un soplo de unidad que sabe escapar a un esquematismo rígido.

Esta civilización era urbana, y su monotonía se explica así en gran medida: más que el campo, las ciudades se hallan sujetas a conformarse a un mismo tipo general, a obedecer unos mismos usos, a seguir las mismas modas. Este principio es aplicable a la lengua como a todo lo demás. En todas las ciudades de la parte occidental del imperio, el latín se convirtió en la lengua común de la población y se puede aceptar el llamar *Romania* al territorio en el que el latín, por influencia de las ciudades, tendió a convertirse en la lengua de todo el mundo. Aprendido en la escuela, se sometió en todas partes a las mismas reglas. La corrección era tanto más grande cuanto más debía la lengua a la escuela: ARBOIS DE JUBAINVILLE se complacía en enseñar que si *-s* final subsistió más en la Galia que en Italia, es porque los jóvenes galos de buena familia, que tras la conquista aprendieron a hablar en latín, siguieron las prescripciones de los maestros que les enseñaban la forma correcta de los finales gramaticales.

Pero, por otra parte, no era la lengua de las gentes cultas la que se propagaba. Las hablas urbanas tienen un carácter en cierto modo popular. Se busca la expresión y ésta se marca en el vocabulario.

No es *auris* la forma que prevaleció en la Romania, es *auricula* (fr. oreille); no es *ēsse*, ni siquiera la forma retocada luego *ēdī, ēsus:* es *comedere* en las zonas en que se aproximaba al uso distinguido (esp. *comer*), *manducāre* (fr. manger) en donde se seguía el francamente vulgar. El antiguo *ōs* se eliminó, y el término *bucca* prevaleció: para darse cuenta del hecho no hay más que pensar en las gentes que dicen "bouche" y las que dicen "gueule", y en situaciones en que una misma persona dirá *bouche* o *gueule.*

Es pues partiendo de centros urbanos como el latín se extendió a toda la Romania.

Es imposible seguir el detalle de esta expansión que fue progresiva y precisó largo tiempo. Por más que en todas partes se haya prestado atención a estos hechos, los lingüistas no sabrían decir cómo hoy se extienden lenguas como el francés, el alemán, el italiano, en las capas inferiores de la población de las ciudades y en la población campesina, ni mucho menos seguir el proceso de esta expansión; con mayor razón, es evidente que no se puede saber qué es lo que ocurrió dentro del imperio romano: faltan testimonios. Los hallazgos de la Graufesenque demostraron que en el s. I de la era cristiana, la lengua de un taller de alfareros del sur de Francia era aún el galo: nada menos imprevisto. Se sabe que en el *S.* III y IV el galo aún subsistía en el campo. Las inscripciones tiznadas sobre los muros de Pompeya demuestran que, a mediados del s. I, el osco, que era, la lengua de una población culta y que había sido escrito, que había tenido incluso una cierta literatura, se hablaba aún corrientemente en una pequeña ciudad de recreo. Faltan toda clase de medios para determinar cuándo, en el interior de los bosques de Etruria, el último campesino habló el etrusco; cuándo en los valles de los Apeninos, el último campesino de Umbría habló el umbro; cuándo al pie de los Alpes, el último campesino de Liguria habló el ligur. Sólo un hecho es seguro: todas estas lenguas murieron; a partir del momento en que el latín se propagó, no se oye hablar más de ninguna; se extinguieron oscuramente como se extinguió en Prusia, en el s. XVI, el último hablante del prusiano, como se extinguió, a orillas del Elba, el polabo en el s. XVIII, sin que se sepa cuándo murió su último hablante, como se extingue, como acaba de extinguirse sin duda en Pomerania, el último hablante de eslovenco.

Fuera de Roma el latín fue en todas partes una lengua aprendida: en el Lacio, las hablas rurales no concuerdan con la de Roma. En la propia Roma, como en toda gran ciudad, la masa de la población se componía de inmigrantes procedentes de todas partes; por lo demás, es cosa sabida que la población de Roma había sido siempre heterogénea.

Sobre cómo se llevó a cabo la expansión del latín, no hay ningún detalle preciso. A juzgar por lo que generalmente ocurre, hay que imaginarse que las poblaciones llegadas fueran al principio bilingües: las gentes que querían educarse, las que querían obtener de la autoridad romana títulos y puestos, los que querían servir a Roma, aprendieron el latín. La antigua lengua del país no tuvo sino usos locales inferiores. Al ser el latín la única lengua de prestigio, la lengua local tomó un carácter cada vez más privado; no sirvió para las relaciones de fuera de la localidad; fue utilizado sólo para la vida corriente más humilde. Perdió su valor y la grave incomodidad del bilingüismo acabó por desaparecer: el latín que era la lengua de la Iglesia, fue la única que quedó. En el momento en que se extingue, una lengua pierde su dignidad: se carga en general de palabras de la lengua de prestigio que la empuja a la nada; es apenas una sombra. La expansión de una lengua se efectúa primero por la penetración del vocabulario de esta lengua en la lengua que reemplaza: el día en que en una villa de Bretaña, todos los jóvenes hablen francés se registrará simplemente el fin de un largo proceso de afrancesamiento del bretón; en este momento lo único que desaparece es un procedimiento fónico y morfológico sin valor: para la cultura de la juventud, el bretón estaba vacío de su substancia.

En casi todas partes, las lenguas a las que reemplaza el latín diferían mucho. El dominio propio de las hablas latinas, las únicas próximas al tipo romano, era pequeño. Las hablas menos distintas eran las osco-umbras: a juzgar por los textos que se poseen, difieren del latín en la misma medida en que el provenzal difiere del francés; gentes que habla-

sen hablas oscas o umbras, no se podían comprender entre sí; se trata de lenguas diferentes. Esto es más cierto aún en el galo que se hablaba en el norte de Italia y, al norte de los Alpes, o en las hablas de Italia como el mesapio o el véneto, del que quedan vestigios. Más distintos aún el etrusco y el ibero, que no pertenecían ni siquiera a la familia indoeuropea.

Los límites de estas lenguas son desconocidos. Del hecho de que en España hubiera una lengua ibera, no se deduce que no hubiera también otras, y no se sabe en qué medida las hablas iberas estaban diferenciadas unas de otras. Del hecho de que en la Galia, la aristocracia convertida en dueña del país tuviera por lengua el galo, no resulta que no subsistan aquí y allá otras hablas. En Aquitania, especialmente, debían mantenerse hablas cercanas al tipo ibérico.

La situación lingüística a la que puso fin la unidad romana era compleja y variada según los lugares. El latín fue en todas partes una lengua nueva propagada en las ciudades por la escuela y por las exigencias de la vida civilizada, extendiéndose desde las ciudades —del habla de la pequeña población de las ciudades— al campo, haciendo desaparecer poco a poco, en los lugares más recónditos y salvajes, los últimos restos de los idiomas antiguos, que cayeron en el último límite de la degradación.

Aunque la validez de este tipo de explicación ha sido firmemente rebatida, incluso por los más eminentes romanistas, como W. MEYER-LÜBKE, es posible atestiguarla, en alguna medida, por la forma de cada una de las lenguas que fueron reemplazadas, por los caracteres particulares que tomó el latín en cada una de las provincias de la Romania.

En Toscana las consonantes oclusivas como *p, t, k y b, d, g* tienen una pronunciación diferente de la que se observa en el resto de Italia e incluso un tratamiento distinto, el tratamiento bien conocido con aspiración, que supone una pronunciación distinta de antiguo; desde hace mucho tiempo, se confrontaron estos hechos con particularidades de pronunciación que revela el estudio de los textos etruscos y recientemente MERLO confirmó la hipótesis que determina con precisión el área de estos hechos toscanos que concuerda casi exactamente con el dominio etrusco.

En ninguna zona dentro de la Romania las consonantes situadas entre vocales fueron tan profundamente alteradas como en el dominio galo-romano, y sobre todo en francés del norte; las lenguas célticas, de las que el galo es una de las ramas, se distinguen por la singular intensidad con la que alteraron las consonantes "intervocálicas"; las hablas galo-romanas aparecen pues, en este aspecto, como un latín alterado en virtud de tendencias que caracterizan de manera muy destacable a las hablas célticas.

Otro rasgo característico de la fonética francesa, el empleo de las vocales de tipo mixto como *u* y *eu* (francés), es excepcional en las lenguas romances, corriente en la rama británica del celta, con la que el galo parece estar especialmente emparentado.

Las zonas en que *f* pasó a *h*, en España y en Gascuña, resultan ser aquellas en las que hay razones para suponer que pudieran emplearse hablas de tipo ibérico.

Muchos lingüístas impugnan, en casos de este género, la influencia de los "substratos" en la forma adquirida según las provincias por el latín. Suponen erróneamente que esta influencia habría sido inmediata y se habría producido desde el simple momento en que tuvo lugar el cambio de lengua. Los hechos no son tan simples.

Tal influencia pudo producirse desde el principio: a partir del cambio de lengua, el latín, sin duda, fue hablado con un "acento" diferente en las diferentes provincias;

así es como hoy, un solo y mismo francés se pronuncia de distintas maneras, comporta incluso ciertos usos gramaticales diferentes según las provincias: no se habla en Toulouse, en Montpellier, en Avignon como en Paris, aunque en todas estas ciudades el francés sea la principal lengua de uso y las antiguas hablas locales hayan quedado reducidas a un papel inferior.

Pero el cambio inicial no siempre es claramente apreciable; no se obtiene como resultado que el substrato no haya actuado; hay hechos más delicados y sin duda más importantes: por haber cambiado de lengua los hablantes no cambiaron de tendencias internas; la herencia no es la misma en un francés de l'Ile de France, que en un gascón y en un provenzal y por poco que una influencia enérgica rechace las particularidades que resultan de las diferencias debidas a la herencia, la lengua puede desarrollarse de manera diferente en las diferentes provincias. Es preciso, pues, tener en cuenta la influencia de los "substratos" en la medida en que expresa la profunda acción de las tendencias hereditarias: no es accidental que los dialectos del noroeste de Italia que suceden a dialectos sin duda semejantes a los empleados en la Galia antes de la romanización, dialectos pregalos sea cuales fueren y dialectos galos, se asemejan más a los dialectos galo-romanos que a los dialectos italianos del centro.

Pero los substratos no pueden atestiguar, parcialmente al menos, más que las divergencias que se manifiestan en el tratamiento del latín según la zona en que se estableció. Por el mismo hecho de ser diversos no pueden explicar la transformación general que experimentó el latín al pasar a romance, transformación cuyos rasgos esenciales son comunes a toda la Romania. Las innovaciones comunes resultan necesariamente de condiciones generales, a saber, de una parte, la estructura del latín, y de otra, el hecho de que el romance procede del latín hablado por gentes que, en su mayoría, habían cambiado de lengua para introducirse en el latín.

Dentro de las grandes familias lingüísticas se observa que, incluso después de haberse diferenciado, la dirección seguida por ciertas innovaciones, y a menudo por muchas, es la misma. En el detalle las innovaciones difieren; el sentido dentro del cual se producen, concuerda; los cambios son distintos, pero paralelos. Como las demás estructuras sociales, una lengua encierra en sí misma la necesidad de ciertos cambios. Ciertamente, los elementos que constituyen una lengua están adaptados unos a otros, a menudo con una exactitud, que provoca la admiración del observador; pero los "mecanismos" de este género no acabarían nunca. Es imposible evitar los nuevos arreglos que derivan unos de otros por repercusión. Ningún sistema lingüístico llega a ser perfecto; la analogía tiende sin cesar a convertir las formas en más regulares; pero el sistema se hace por ello más monótono, menos expresivo que antes. Para obtener formas más satisfactorias desde el punto de vista afectivo, la lengua recurre a nuevos procedimientos, que al mérito de la expresividad añaden el de la regularidad y que suplantan a los medios tradicionales. Por último, el indoeuropeo era una lengua de semicivilizados y categorías como la del número dual, que no tenía nada de sorprendente para un "primitivo", no podían a la larga subsistir; así, la oposición de lo "animado" y de lo "inanimado" que expresaba la distinción del neutro y del femenino-masculino perdió poco a poco en todas partes su sentido.

Con su flexión compleja y compacta, llena de hechos particulares para una sola palabra o para pequeños grupos de palabras, el indoeuropeo era una lengua cuyo aprendizaje

resultaba dificultoso. Ahora bien, la aristocracia de la lengua indoeuropea extendió el uso de esa lengua a poblaciones siempre más numerosas, siempre más lejanas. Por esta extensión continuada, el indoeuropeo debía perder poco a poco lo que de insólito encerraba su flexión. Y eso fue en efecto lo que sucedió. En la pronunciación por ejemplo, algunos cambios fueron universales; así, el antiguo "acento", consistente sólo en una diferencia de elevación, y el antiguo ritmo, que consistía simplemente en alternancias de sílabas largas y breves, no se mantuvieron en ninguna de las lenguas indoeuropeas vivas en la actualidad.

Pero el tipo inicial era tan complejo, tan cargado de particularidades que toda nueva modificación entrañaba nuevas complicaciones, y sólo a través de reconstrucciones muchas veces repetidas el sistema indoeuropeo se simplificó. Pero en ninguna zona llegó a ser verdaderamente simple y regular, y, a pesar de las considerables normalizaciones que se efectuaron, lenguas rehechas de una manera tan fundamental como son el persa, el armenio, el inglés o el francés están aún llenas de formas particulares para algunas palabras: hoy, después de muchos milenios durante los cuales se han producido sin cesar nuevas modificaciones, ninguna gramática de lengua indoeuropea ha llegado a ser regular.

Con relación a la morfología indoeuropea, la flexión del latín se simplificó, se normalizó. Sin embargo, sabido es cuántos tipos diversos de declinaciones y conjugaciones presenta aún, cuántas subdivisiones y casos particulares en cada uno de los paradigmas, cuántas reglas pequeñas, y, a pesar de todo, cuántos hechos particulares que no es posible ajustar a las reglas.

Al dejar de ser la lengua de una ciudad para extenderse a un imperio, el latín no podía conservar sus delicadezas y sus originalidades. Los romanos de Roma durante largo tiempo manejaron con seguridad el delicado sistema de los demostrativos *is*, de una parte, *hic, iste, ille*, de la otra; pero las oposiciones así marcadas eran demasiado finas para que las observaran gentes para quienes el latín era una lengua no materna, que aprendían con alguna tosquedad. Es cosa sabida en qué se convirtieron las lenguas europeas entre los esclavos trasladados a las colonias: los diversos "criollos", francés, español, holandés, son lenguas en las que la gramática se reduce a casi nada y cuyos antiguos matices han sido suprimidos. En la Romania, *is* e *hic* desaparecieron; *iste*, que era el más voluminoso de los demostrativos, fue el único que subsistió; *ille* tomó usos especiales: pasó al valor de pronombre de una parte, de artículo por otra.

Las innovaciones se realizaron muy pronto. La lengua escrita, tradicional por naturaleza, las encubre sin llegar a ocultarlas por completo. Algunos textos, en pequeño número, *defixiones*, inscripciones hechas por gente poco instruída, textos literarios en los que se pusieron en escena personajes vulgares como el *Satiricon* de PETRONIO, antiguas traducciones de textos bíblicos, dejan entrever alguno que otro de esos cambios. Como sucede siempre en donde existe una lengua literaria fijada, todos los que escribían lo hacían dentro de esta lengua en la medida en que la conocían, mientras que los escritores como PETRONIO se ufanan de poner toques de vulgaridad, sin escribir propiamente la lengua vulgar. No hay, pues, textos en "latín vulgar". Hay solamente rasgos "vulgares" que se encuentran en mayor número y que son más o menos visibles en los textos de la época imperial. Pero estos rasgos son lo suficientemente numerosos para permitir discernir las nuevas tendencias.

Por lo demás, estas tendencias no triunfaron sin encontrar resistencias. Si se juzga

por lo que pasa actualmente en Europa, las tendencias innovadoras han debido elevarse al prestigio que exigía la lengua literaria. Los hombres cultos, incluso en la conversación familiar, debieron hacer las mínimas concesiones posibles a las novedades, y la gente de mediana cultura que les seguía de cerca debió adaptarse en cierta medida al uso elegante. Debieron producirse esas situaciones turbulentas que se observan hoy cuando poderosas tendencias internas provocan cambios, cuando los usos antiguos quedan vacíos rápidamente de su sentido y la actualidad de la lengua culta impide a los nuevos convertirse en regla.

A la larga, la lengua culta, atacada sin cesar, tiene al fin que sucumbir, al menos en el uso hablado, mientras la lengua escrita toma cada vez más el carácter de una lengua muerta, y por ello, influye cada vez menos en el habla corriente. La influencia de la lengua escrita cede tan pronto como la cultura decrece. Así pues, desde el s. I de la era cristiana, la civilización antigua pierde su vitalidad. La invención cesa: no más ideas nuevas en la ciencia y en la filosofía racional, no más formas nuevas en el arte. Se conserva a duras penas lo que se ha adquirido, se reproducen viejos modelos para el gran público, se componen manuales, cada vez más abreviados, para la enseñanza. Hay aún artistas sagaces que sacan partido hábilmente de las antiguas técnicas, incluso algunos grandes escritores como TACITO que saben también avivar la lengua para obtener destacados efectos. Pero son sólo las últimas chispas que brotan de una fuente de energía a punto ya de agotarse.

Los desórdenes políticos, la ruina económica hacen cada vez más difícil la cultura intelectual, que va disminuyendo. El s. III marca el fin del mundo antiguo; a partir de este momento no hay más que resurgimientos cada vez más imperfectos. Puede datarse en el s. III el uso del latín vulgar, entendiendo bien que, aún mucho tiempo después, las gentes cultas no cesaron de defender la corrección y que tuvieron más o menos seguidores, según el grado de cultura de los individuos; pero igual que en tiempos anteriores, las transformaciones iniciadas en el uso eran rechazadas por las fuerzas de la corrección. En el uso corriente de la mayoría, no subsistía más tradición que la del latín vulgar; se llega así a la conclusión de que el latín que se generalizó fue de tipo popular. Pero es al valor cultural que tenía el latín escrito a lo que el "latín vulgar" debía su prestigio y su capacidad de expansión.

A partir de entonces, Roma no tiene apenas influencia propia. Los emperadores no son romanos y deben desplazarse frecuentemente. La cultura no es menor en las provincias que en la capital nominal y no hay motivos en contra para creer que las innovaciones romanas se producen en cualquier parte. A partir del s. III hay en la Romania un paralelo desarrollo de las lenguas provinciales que siguen comunicándose entre sí y no hay más expansión ya de una lengua central.

Esto no quiere decir que el latín deje de extenderse en el uso. Frente a los bárbaros que agobian las fronteras del Imperio y que lo invaden, el latín permanece como la lengua de civilización. La hablas no latinas que aquí y allá subsistían, aisladas las unas de las otras, cada vez más degradadas, sin ningún valor cultural, continúan siendo absorbidas: el valor absoluto del latín decrecía, su valor relativo no hacía sino engrandecerse, pues representaba la antigua civilización frente a la babarie y a la invasión.

Los primeros siglos de la era cristiana fueron tiempos en que, de una parte, el latín se redujo al papel de lengua escrita, y en que, de otra, el latín hablado, con notables diferencias provinciales y locales, pero del mismo tipo en todas partes, se extendió sobre to-

da la zona no helenizada del Imperio. Lo que dificulta seguir el detalle del desarrollo es el hecho de que la lengua que se extiende es una lengua de cultura; pero se extiende adaptándose cada vez menos al tipo antiguo, siendo cada vez menos "civilizada", cada vez más vulgar. Las formas primarias y vulgares bajo las que se extienden las lenguas constituídas en los centros urbanos de la Europa moderna dan una idea aproximada de lo que ocurrió durante los siglos del Imperio Romano y los que siguieron inmediatamente. Sin embargo, como dos situaciones históricas no son jamás enteramente comparables entre sí, huelga decir que, entre los dos casos indicados, las diferencias son profundas.

CAPITULO X

CAMBIOS DEL LATIN EN LA EPOCA IMPERIAL

Debido a las condiciones en que se propagó el uso del latín, el término "latín vulgar" que se emplea para designar al latín hablado en el transcurso de la época imperial, no expresa en ningún momento ni en ningún lugar un estado único, definible con alguna precisión. Solamente se puede entrever un conjunto de tendencias realizadas en grados diversos según la condición y la educación de los sujetos hablantes, según los tiempos y según los lugares.

Una parte de estas tendencias era común al conjunto de la Romania: son estos rasgos comunes los que habrá que designar con el término consagrado, aunque a veces entendido en sentidos diferentes, de "latín vulgar". Para el lingüista, esta comunidad se expresa por medio de las concordancias que constata entre los puntos de partida de las diversas lenguas románicas. Estas concordancias no excluyen las diferencias existentes desde los comienzos de la época imperial y que por consiguiente se acentúan entre las hablas de las diversas provincias del Imperio.

El "latín vulgar" se define por tanto por medio de la gramática comparada de las lenguas románicas; sólo observando los resultados a los que han llegado las tendencias se puede constatar de manera cierta su existencia. La gramática comparada de las lenguas románicas permite así reconocer en las particularidades que ofrecen los textos "vulgares", las que indican los procesos que interesan al lingüista.

Es preciso observar todos los hechos: los filólogos que interpretan los textos deben constatarlos, y resulta útil explicarlos lingüísticamente, estudiar su alcance. No todas las tendencias que se iniciaron llegaron a buen fin; los procesos debido a los cuales se llegó a la realización de otras tendencias fueron complicados. Sería un error presentar la historia del "latín vulgar" como resumida en las simples fórmulas que denuncian la semejanza del latín republicano con el "romance común" en el que se basan las lenguas románicas. Como todas las gramáticas comparadas, la de las lenguas románicas sólo puede hacerse oponiendo unos a otros estados sucesivos de lenguas en diversos territorios; las diferencias entre estos estados de lenguas provienen de infinitas innovaciones individuales y de las reacciones que han provocado las mismas.

Observar estos hechos en lenguas vivas resulta dificultoso; intentar reconstruirlos para las lenguas antiguas sería una empresa quimérica. El gramático comparatista sólo puede examinar términos medios, no hechos individuales; por otra parte se han tanteado muchas innovaciones de las que nada ha quedado. Las únicas tendencias sobre las que se

puede trabajar de manera cierta son aquellas cuyo éxito atestigua la comparación de las lenguas románicas. Son éstas las que aquí examinaremos.

La mayor parte de las tendencias del "latín vulgar" resultan de la estructura del indoeuropeo y se observan en todo o casi todo el dominio de las lenguas indoeuropeas. Por ello, estas tendencias concuerdan a menudo con las del "griego común", que por el mismo tiempo se encontró en parecidas condiciones: el griego helenístico era empleado por muchas gentes cuyos antepasados no eran helenos y que habían tomado el griego como lengua de civilización. El paralelismo de los desarrollos es a menudo curioso e instructivo.

No es pertinente aquí estudiar el papel de los "substratos". Las lenguas eliminadas por la expansión del latín son múltiples y muy distintas. No existen indicios de que alguna haya jugado un papel particularmente decisivo en las formas que el latín tomó en el transcurso de la época románica.

Sólo para explicar los tratamientos propios de una lengua se deben tener en cuenta los "substratos". Las innovaciones comunes resultan de la estructura del latín y del hecho de que un mecanismo delicado y complejo fue manejado por toda suerte de nuevas gentes.

El cambio de pronunciación más grave que se produjo es el que transformó el ritmo de la lengua.

Para los escritores clásicos, para PLAUTO y TERENCIO, así como para CICERON y VIRGILIO, el "accentus" latino consistía, igual que el *tonos* (tensión) griego, en una elevación de la voz: el elemento vocálico "tónico" se pronunciaba más alto que los otros. La sílaba "tónica" no era, en ningún grado, una cima rítmica. Como el "accentus" latino, el "tonos" griego no intervenía en el ritmo de la poesía ni en el de la prosa literaria.

Esta teoría, contra la que se vuelven la mayor parte de los filólogos de lengua alemana o inglesa, es apropiada en efecto para sorprender a un europeo moderno. Sea fuerte o o débil, el acento es en todas las lenguas actuales de Europa lo que marca las elevaciones rítmicas de las frases.

El ritmo de nuestras lenguas es acentual. Alemanes, ingleses y rusos, acostumbrados a colocar sobre cada palabra principal un acento fuerte, difícilmente se representan una lengua en la que el "accentus" servía solamente para la melodía del discurso, en el que era una característica morfológica y semántica, no un elemento para "centrar" las frases.

Los hechos no dejan lugar a dudas: la palabra "accentus" por medio de la cual los romanos tradujeron el *tonos* griego se refiere sólo a un "canto", las descripciones de los antiguos no hacen alusión más que a la elevación; todas las reglas de la métrica se formulan en términos de cantidad, todas son independientes del lugar del "accentus"; un prosista como CICERON define las cláusulas de su ritmo oratorio en términos de cantidad como un poeta las reglas de sus versos, y para caracterizar este ritmo no alude jamás al "accentus".

El testimonio de la lengua es todavía más elocuente: en ningún aspecto, ni en griego ni en latín, la sílaba marcada por el "accentus" recibe un tratamiento distinto al de las sílabas "átonas". Una vocal de cualquiera de las antiguas lenguas indoeuropeas se comporta exactamente igual esté marcada o no por el "tono".

Para hacerse una idea de este carácter del "accentus" latino, del *tonos* griego que era también el del *udātta* (elevado) del sánscrito y de todas las lenguas indoeuropeas en una fecha antigua, es preciso observar las lenguas que como el japonés ofrecen hoy un acento de esta clase, es decir lenguas en las que las oposiciones de elevación sirven para caracterizar las palabras o las formas gramaticales con la misma autoridad que las diferencias de timbre de las vocales, por ejemplo.

Todos los testimonios, los teóricos de la métrica o las cláusulas rítmicas de la prosa y los que proporcionan por sí mismos los versos y las cláusulas están de acuerdo en presentar el ritmo del latín clásico como resultado exclusivamente de la alternancia de sílabas largas y sílabas breves. El ritmo del latín antiguo, igual que el del griego antiguo, era puramente cuantitativo.

Por lo que se refiere al griego, el carácter cuantitativo del ritmo, no se ha discutido nunca formalmente. En cuanto al latín, muchos filólogos se han sentido autorizados a afirmar que el "accentus" intervenía en el ritmo del verso, por el hecho de que en algunos pies de distintas clases de versos, la elevación rítmica coincide con el lugar del "accentus". Pero se trata sólo de coincidencias no buscadas por sí mismas por los poetas: en primer lugar estas coincidencias no son constantes. En segundo lugar, no queda claro por qué los poetas habrían buscado las coincidencias de la elevación rítmica con el "accentus" en unos pies y no en otros. Si en este aspecto el griego se comporta de manera diferente al latín, es en primer lugar porque el verso griego recibe menos condicionamientos de parte de la forma de la palabra que el verso latino; así, el fin del hexámetro homérico es más variable que el del "accentus" latino, de modo que con cortes semejantes de palabras el lugar del "tono" no es siempre el mismo.

El carácter puramente melódico del acento y puramente cuantitativo del ritmo era algo delicado, díficil de conservar y que, al extenderse, las lenguas indoeuropeas perdieron más o menos todas. En la Europa actual, sólo subsisten rasgos apreciables en las lenguas que conservan un aspecto relativamente arcaico: lenguas eslavas, como las hablas servias y croatas, o una lengua báltica, el lituano. Y estos restos son residuos alterados que no permiten formarse una idea exacta del conjunto del sistema: en todas partes el tipo de ritmo cuantitativo propiamente dicho ha desaparecido.

En el mundo clásico, el sistema indoeuropeo del "tono" y del ritmo cuantitativo se perdió hacia el mismo tiempo en griego y en latín. El cambio comprende dos procesos distintos, pero relacionados uno con otro: las vocales tendieron a perder las diferencias de cantidad gracias a las cuales una *e* breve se oponía regularmente a una *e* larga, una *o* breve a una *o* larga etc., y sin quizá llegar a ser muy intensa la sílaba acentuada pasó a utilizarse como elevación rítmica, lo que supuso un alargamiento relativo de las vocales acentuadas y una abreviación relativa de las no acentuadas. El paso de un tipo a otro es inasequible: la grafía no puede dar a conocer nada; los sujetos entre los que el fenómeno tuvo lugar no tuvieron conciencia de ello. Se produjo una revolución, pero sin que se dieran cuenta aquellos entre quienes ocurrió.

Al finalizar esta revolución, la fonética del latín había cambiado de carácter: mientras antiguamente las sílabas interiores de la palabra tenían, a igual cantidad, una importancia rítmica igual, apareció en cada palabra una elevación del ritmo en lugar fijo. La

cantidad había dejado de ser una característica propia de cada vocal para pasar a ser función del acento.

El acento en relación al final de palabra, unas veces sobre la penúltima, otras sobre la antepenúltima, resultaba tener un lugar fijado por la tradición; pero no se explicaba ya en el estado actual de la lengua. Así cuando el galo-romano adoptó para designar ciudades nombres de pueblos galos, no situó el acento según la forma que habría regido el lugar del antiguo "accentus" latino, sino detrás, lo más lejos posible, de donde *Bitŭriges* > *Bourges* (la "*i*" de *-rig-* era larga en celta), *Trícasses* > *Troyes, Ebrócasses* > *Evreux*, etc. De igual manera en la forma popular del préstamo *butyrum* del gr. *bútȳron*, el acento romance está sobre *bu-*.

Lo que demuestra que las vocales acentuadas han sufrido en relación a las otras un alargamiento es que tendieron a diptongarse. La diptongación y las condiciones particulares de la diptongación difieren de una lengua a otra, lo cual indica que los efectos del alargamiento se manifestaron en el curso del desarrollo de los dialectos, pero se observa el fenómeno de un extremo a otro del dominio romano, y de ahí resulta que la condición inicial, que es una duración relativamente larga de las vocales acentuadas, estaba insinuada, cuando no realizada, desde el "latín vulgar". Así el italiano representa *focum* por *fuoco* y *pedem* por *piede*, y diptongaciones análogas experimentaron en fracés *feu* y *pied;* en antiguo francés *me* da lugar a *mei*, de donde *moi;* y *coda* a *quoue* de donde *queue*. Incluso en donde no se realizó una diptongación, existe una diferencia importante entre el resultado final de las vocales acentuadas y el de las no acentuadas: mientras que ni en latín antiguo, ni en griego, ni en sánscrito ni en ninguna de las lenguas indoeuropeas de fecha antigua, las vocales tienen distinto tratamiento, según sean "tónicas" o "átonas", todas las relaciones de fonética histórica de las lenguas romances comportan necesariamente dos capítulos distintos, uno para el tratamiento de las vocales acentuadas y otro para el tratamiento de las vocales no acentuadas. Por ello se ve claramente cuán decisivo fue el cambio experimentado en la naturaleza del "acento" y en el ritmo de la lengua.

De pronto el principio de la métrica cambió. El verso antiguo, griego o latino, se basaba en las alternancias de las sílabas largas y de las sílabas breves, el número de las sílabas era a menudo variable, al menos en los metros no líricos. El verso romance reposa en el número de sílabas y en la disposición de los acentos. Los poetas que en el siglo IV hicieron hexámetros según las reglas antiguas de la cantidad, como CLAUDIANO o AUSONIO, no hicieron sino pastiches que atestiguan su conocimiento de los autores clásicos, pero que no se basan en la pronunciación de su tiempo.

Si en alguna medida podían sugerir la ilusión, es gracias a una circunstancia, que todavía hoy, engaña a filólogos advertidos: de un lado siguiendo las reglas del lugar del "accentus" latino y de otra, algunas reglas del lugar de palabras en fin de verso, resulta que en el hexámetro las dos últimas elevaciones rítmicas, es decir las más sensibles, coinciden casi siempre con el "accentus"; para VIRGILIO era algo indiferente: el resultado fortuito y sin importancia de las reglas establecidas por razones que mantienen la estructura de la palabra; para CLAUDIANO resultaba de ahí un hecho esencial: que al menos el fin del verso tenía un ritmo bien marcado. Al examinar unos versos de VIRGILIO, tomados al azar, como[1]:

1. Se indica la elevación rítmica con un trazo vertical y el lugar del acento con un acento agudo.

En. I 395

|turbá|bat cae|lo núnc|térras|ordine|lóngo

En. I 397

|út rédu|ces íl|li lú|dunt stri|déntibus|ális

En. I 422

|mirá|tur pór|tas strépi|túmque et|stráta vi|árum

Se ve que en los cuatro primeros pies, el "accentus" está colocado al azar y en los dos últimos está al principio del pie, circunstancias todas que para el autor no conciernen al ritmo. Para CLAUDIANO y sus contemporáneos, estos versos de VIRGILIO no tenían un ritmo neto más que en fin de verso, con sus dos acentos separados por un número de sílabas casi constante. Pero esta coincidencia fortuita bastaba para dejar el sentimiento del ritmo: un alejandrino del siglo XVII pronunciado con las formas del francés moderno no está menos alejado de lo que los autores tuvieron en consideración. En la manera de decir los versos antiguos y en las imitaciones que de ellos se hicieron se dan siempre a la vez la ilusión y, las substituciones variadas gracias a las cuales los recitadores hábiles hacen sentir un ritmo, ya que no el previsto por los autores.

El carácter particular de la inicial que entrañó tantas alteraciones en la lengua del grupo "itálico" de fecha antigua parece desaparecer en la época clásica. En consecuencia la aliteración deja de representar un papel notable.

Las diferencias de duración entre *ā, ē, ī, ō, ū* de una parte y *ă, ĕ, ĭ, ŏ, ŭ* de otra dejaron de caracterizar propiamente cada una de estas vocales y en la medida en que existieron diferencias de duración entre las vocales, estas dependieron del lugar del acento: pero de ahí no resulta que *ē* larga se haya confundido con *ĕ* breve, *ō* larga con *ŏ* breve, etc. Mucho tiempo antes de la desaparición de oposiciones cuantitativas propias de las vocales en sí mismas, estas oposiciones habían producido diferencias de articulación y diferencias de timbre. Cuando *ē* y *ĕ* dejaron de tener propiamente duraciones distintas, las vocales quedaron diferenciadas por el timbre. En itálico como en otros muchos grupos, las vocales largas tendieron a ser más cerradas que las breves correspondientes; en osco-umbro, el cierre de las vocales largas llegó a tal extremo que *ē* pasó casi enteramente a *ī* y *ō* a *ū*. En latín el cierre de largas fue menor, pero algunos hechos indican la realidad de este fenómeno. Al menos por contraste —en materia de lengua no hay más que oposiciones—, se sabe desde F. DE SAUSSURE, que las breves *ĕ* y *ŏ* eran abiertas. Las lenguas romances heredaron, pues, un sistema que sin oposiciones propiamente de cantidad, presentaba oposiciones de *e* cerrada y de *e* relativamente abierta (no se podría naturalmente decir en qué medida esta *e* era abierta ni en cual intervenían otras particularidades de pronunciación), una representando la antigua *ē* larga y la otra la antigua *ĕ* breve; asimismo había oposición entre *o* cerrada y *o* abierta, entre *i* cerrada e *i* abierta, entre *u* cerrada y *u* abierta, si bien los conceptos de "cerrada" y "abierta" eran siempre tan sólo relativos. Por lo que parece, la *a* larga y la *a* breve se confundieron.

El sistema de nueve vocales con timbres distintos sólo se mantuvo en pequeñas

áreas: en rumano y en algunas hablas sardas —y solamente en sílaba acentuada. En otras partes la *e* cerrada se confundió con la *i* abierta, la *o* cerrada con la *u* abierta, de suerte que en las lenguas romances de occidente, en italiano, español, portugués, francés, *ē* e *ī* tienen un mismo tratamiento: *pĭcem* da en francés *poix*, como *rēgem* da *roi*, *gŭlam* da *gueule* como *sōlam* da *seule*, y así en todos los casos. La lengua vuelve así a un sistema vocálico casi tan simple como el del latín antiguo. Dicho sistema comprendía solamente seis vocales, pero estas vocales no concuerdan con las del latín antiguo puesto que *e* cerrada representa a la vez *ē* e *ĭ*, *ō* cerrada a la vez *ŏ* y *ū*.

El cambio de carácter del acento, la transformación del ritmo y las alteraciones de timbre de las vocales no son en sí mismos hechos característicos: hechos semejantes aparecen más o menos en todo el dominio indoeuropeo. Pero la manera en que estos hechos se realizaron y las consecuencias que tuvieron para la estructura del vocalismo son propias del "latín vulgar".

Las otras innovaciones fonéticas no tienen nada más original. En parte al menos, continúan tendencias que existían desde la época republicana.

Antes ya de los más antiguos testimonios del latín, las vocales situadas en sílaba final tendieron a pronunciarse más breves que las vocales de sílabas no finales, según se ha visto anteriormente. La tendencia persistió; el cambio de ritmo la hizo más intensa y dio lugar a que esa tendencia debilitara mucho la sílaba final de palabra; en efecto, según las reglas generales, el acento no caía nunca en la final de un polisílabo y, por consiguiente, las vocales de sílabas finales, débiles por naturaleza, se encontraban además en una depresión del ritmo. Las vocales de sílabas finales se vieron, pues, obligadas a enmudecer, algo más en la Península hispánica que en la Italia central y más en la Francia del norte que en los restantes lugares: de todas las vocales de sílabas finales, el francés antiguo sólo conservó restos de la *a* convirtiéndola en una vocal débil de timbre medio, la *e* muda; el francés actual finalmente dejó caer esta vocal, de suerte que *nōuam* se convirtió en *neuve*, pronunciado actualmente *neuv*, mientras que *nouum* da desde el francés más antiguo *neuf* y el nombre del número *nouem* iba a parar al mismo resultado: *neuf*.

El indoeuropeo tenía muchos diptongos. Desde la época republicana, según se ha visto en páginas anteriores, el latín simplificó aquellos cuya simplificación era más fácil, *ei* y *ou* en *ī* y *ū*. Hecho poco sorprendente, pues la simplificación de los diptongos se observa de un extremo al otro del dominio indoeuropeo. Sin embargo, el latín no llevó esta tendencia a su último término.

Dos de los diptongos, aquellos cuyos elementos constitutivos son más distintos uno del otro, *ai* y *au*, subsistieron en romance común en forma de diptongos: el segundo elemento de *ai* se abrió para aproximarse a *a*, y un antiguo *Caisar* dió *Caesar;* pero *ae* subsistió, si bien el germánico tomo en préstamo esta palabra, en el curso de la época imperial, bajo la forma de *kaisar* (así en gótico). Un *ae* tenía en latín antiguo el valor de larga, como todos los demás diptongos. Como la simplificación en *a* fue tardía, el resultado ordinario no fue el de una *ē* larga que habría sido cerrada, sino una *e* abierta: resultado del hecho de que la simplificación de *ae* se llevó a cabo cuando las oposiciones cuantitativas no jugaban ya el papel antiguo: *quaerit* está representado por el español *quiere*, a. fr. *quiert*, que suponen *e* abierta. Sin embargo, la simplificación debió comenzar pronto, especialmente en hablas distintas a las de la propia ciudad de Roma, observán-

dose algunas fluctuaciones: *praeda* está representado en italiano por *preda*, con *e* abierta, pero en antiguo español por *prea* y en francés por *proie*, que suponen *e* cerrada.

El diptongo simétrico a *ai*, a saber *au*, se mantuvo aún mejor: nunca dejó de notarse por *au*, con sus dos elementos antiguos *a* y *u*. Algunas lenguas romances tienen aún hoy *au* o *ou*: *aurum* está representado hoy en rumano por *aur*, en engandino por *aur*, en provenzal por *our*, en portugués por *ouro*; en francés, lengua en que *au* se redujo a *o* abierta, igual que *ae* a *e* abierta, el diptongo pasó a la pronunciación simple en el curso del desarrollo propio del francés: el tratamiento de *c* y *g* delante de *au* es el reglamentario para cuando sigue *a*, no el de cuando sigue *o*: *causa* da *chose* como *carrum* da *char*, mientras que *cōda* da *queue*, *comitem*, *comte*, etc.; *gaudia* da *joie* como *galbinum* da *jaune*, mientras que *gobionem* da *goujon*. Asimismo, cuando el galo-romano tomó en préstamo el verbo germánico *kausjan*, recibió el diptongo en *au*, de donde resulta el francés *choisir*. Italia es la única región de la Romania en la que no hay rastros del diptongo *au*. Eso no quiere decir que *au*, desde muy pronto no tendiera a simplificarse. Conocida es la observación de FESTUS: *Orata genus piscis appellatur a colore auri quod rustici orum dicebant, ut auriculas oriculas*. En Italia *au* pasó relativamente pronto a *o*. Las provincias en las que el latín fue importado con sus formas normales guardaron *au* mejor que la Italia central, en donde la tendencia de los diptongos a simplificarse alcanzó a *au* como había alcanzado anteriormente a los otros diptongos. El germánico tomó en préstamo en las provincias, y no en Roma, el latín *caupo* que designaba al "traficante" con la pronunciación que tenía la palabra en la región del *Limes* en donde la hallaron los soldados; se explica así el diptongo de *kaupon* "comprar" del gótico, *koufōn* del antiguo alto alemán; hecho paralelo al que ofrece el préstamo de la palabra *caesar*. En la Italia central se debió pronunciar muy pronto *cōpō* si bien la grafía de la palabra es fluctuante en los manuscritos.

Desde este punto de vista particular, la extensión del latín retrasó, según puede apreciarse, más que fomentó, el desarrollo de una antigua tendencia. El diptongo *au* fue conservado por las nuevas poblaciones que lo recibieron mejor que aquellas que al principio lo habían transmitido, y así el diptongo subsistió parcialmente hasta el presente.

Otra tendencia fonética de carácter banal se desarrolló en romance: la alteración de antiguas guturales delante de las vocales prepalatales. Es un hecho normal que para articular las consonantes llamadas guturales, que se pronuncian apoyando la superficie de la lengua en el paladar, la lengua se sitúa en la zona propicia para los elementos fónicos siguientes, hacia delante, pues, para *e* y sobre todo para *i*, hacia atrás para *o* y sobre todo para *u*; en el primer caso, las guturales son prepalatales, en el segundo postpalatales. Ahora bien, en la posición prepalatal las guturales son inestables y tienden a pasar a un tipo *ts* o *tch* según los casos. Desde antes del s. III a. C., los hechos demuestran que *ce* y *ci*, *ge* y *gi* tenían pronunciaciones fuertemente prepalatales, quizá alteradas ya (según se ha indicado en el capítulo VII); pero hasta el periodo clásico se continuó sintiendo en *Cicerō* guturales de la misma familia que las de *co*, *cu* y *ca*, mientras que en umbro la alteración había progresado más. En romance la tendencia se realizó plenamente: en todas partes las guturales tomaron un carácter muy alterado ante las vocales prepalatales; pero la realización plena de la alteración tuvo lugar tan sólo en el curso del desarrollo de los dialectos y en francés, por ejemplo, se tiene *ts* en *cendre* (pronunciado

tsendre en el s. XI), mientras que el italiano tiene *tch: cenere.* Innovación que nada tiene de singular, pero que introdujo en la lengua fonemas nuevos: *č*, *dž* (y *ž*, la *j* francesa), *ts*, modificándose así el aspecto fónico.

Otra modificación vino a introducir fonemas de un nuevo tipo. Se ha visto más arriba como el "latín vulgar" enmudeció las vocales tan breves que el latín antiguo había desarrollado ante ciertas consonantes. Semejante enmudecimiento llegó a todas las *i* colocadas entre una consonante y una *y* que el latín no escribía pero que pronunciaba necesariamente: *medium* se convirtió así en **medyo* y *uenio* > *wenyo.* El punto de partida de este cambio se remonta a tiempos muy anteriores. Para las palabras que de otra manera no entrarían en el hexámetro, VIRGILIO acepta la pronunciación de *i* como consonante por una licencia permitida: escande, según se ha visto, abiete ⏑¯⏑, al no poder sacar partido de ăbĭēte, *En.* II, 16 y *Lauiniaque* ⏑¯⏑⏑, *En.* I, 2, por no poder emplear cómodamente *Lāuiniaque.* En su comentario a las *Geórgicas*, SERVIUS constata que en *Mēdia, -di-* debe pronunciarse "sin silbido"; y enseña asimismo como correcta una pronunciación *iustitzia* de *iustitia.* Desde el s. IV, las dentales seguidas de *i* más vocal eran, pues, reemplazadas por consonantes "líquidas" más o menos alteradas: *-iti(y)a* había pasado a **-itʸa, medium* a **medʸum, uenio* a **wenʸo, alium* a *alʸum*, notándose por *ñ* y *ŧ* las *n* y *l* "líquidas", es decir, pronunciadas al mismo tiempo que un fonema del tipo de *y*. Igualmente, aparecieron los grupos *ky* y *gy*, *py* y *b(wy)* y *my*, entrañando toda suerte de alteraciones posteriores. Como el tratamiento de *c* y de *g* delante de *e* y de *i* (y también en francés del norte delante de *a*, cuando *carrum* da *char*, etc.), esta innovación introducía en las lenguas silbantes; así, *radium* da en italiano *raggio*: una novedad.

Cuando el "accentus" antiguo caía sobre la *i* que así se eliminaba, incluso entonces se daba tratamiento ordinario; *parĭētem* dio **paréte(m)*, fr. *paroi*, con un tratamiento *e* cerrada de la antigua *e* breve, tendiendo a la fusión de la *i* con esta *e*. De igual forma, un antiguo *filiolum* da lugar a **filʸólu(m)*, fr. *filleul.* Esto deja entrever la debilidad del acento del "latín vulgar". Si este acento hubiera sido verdaderamente intenso, si el alargamiento de la vocal que provocaba hubiera sido notable, sin duda *i* acentuada no se habría reducido así. El "acento" latino vulgar no tuvo una intensidad comparable a la del acento germánico. Por último, aún teniendo tratamientos particulares, las vocales no acentuadas no perdieron sus timbres propios; no se redujeron a una vocal imprecisa como en germánico. Incluso el francés, que de todas las lenguas romances es la que más redujo las vocales no acentuadas, conservó una distinción entre la *a* que pasó a *e* muda y las otras vocales que enmudecieron.

Inversamente, las formas consonánticas de *i* y *u*, la *y* y la *w*, que el latín antiguo notaba por *i* y por *u* como las vocales correspondientes, desaparecían del uso. En todas las zonas en que estos fonemas no se fundían con la consonante precedente para dar una consonante "líquida", se hacían más fuertes y tomaban nuevos caracteres.

La *w* (*u* consonante) era reemplazada por la labiodental fricativa *v*, de la que difiere también por el punto de articulación: aproximación del labio inferior a la hilera superior de dientes, y por el modo de articulación, que es el de una espirante: *f* se encontraba desde entonces provista de la sonora correspondiente y el romance tenía un sistema completo de labiodentales fricativas *f-v*, al lado de las oclusivas *p-b*, *t-d*, *k-g* y de las semioclusivas *c-g* (tipo it. *ci*, *raggio*). La introducción de *v* no proporcionaba al latín un género fónico

nuevo, sino una especie nueva, la sonora, de un género existente que ofrecía ya la sorda *f*. Finalmente el paso de *w* a la labiodental *v* es fácil; se observa en muchas lenguas: así es como el alemán sustituyó por una *v* labiodental (anotada *w*) la *w* germánica común que conservó el inglés. Aquí, más que en otros puntos, el "latín vulgar" no introdujo una novedad radical: todo se explica por tendencias generales de la fonética evolutiva aplicadas al latín.

La *y* no tiene enfrente un fonema espirante de fácil pronunciación, con una sorda correspondiente en latín, como sucedió con la *w*. A su manera se reforzó pasando a **g^y* (fr. *dj^y*) Así *iam* dio it. *già*, ant. fr. *ja* (pronunciado primero *dja*); y *maiiórem* dio it. *maggiore*, fr. *majeur*. Este desarrollo venía facilitado por la pronunciación que había tomado *g* delante de las vocales prepalatales *e*, *i*.

El refuerzo que recibieron así *i* y *u* consonantes no fue fortuito: el "latín vulgar" era una lengua en la que las consonantes iniciales eran firmemente articuladas. Este carácter de la pronunciación romance común se conservó en italiano y en francés. Como dice con razón GRAMMONT en su *Traité de prononciation française*, "las consonantes francesas se distinguen por su limpieza, que se debe en parte a la energía, incluso a la violencia, con la que son articuladas y por otra parte a la diferencia entre las sordas y las sonoras, tan acusada como resulta posible". En este sentido, el contraste entre el francés y el inglés es sorprendente.

Pero si las consonantes explosivas eran articuladas con nitidez, firmemente, las implosivas en cambio tendían a reducirse e incluso a enmudecer.

Las consonantes finales se redujeron. Desde el latín antiguo *-m* final era débil; las lenguas romances no la conservaron nunca. El único rastro de la nasal en latín se encuentra en monosílabos como *rem*, que el francés ha conservado bajo la forma de *rien*. Las *-s* finales que eran débiles en latín, especialmente las del nominativo singular, desaparecen casi por completo; no obstante, el galo-romano conservó esta *-s*. Pero de una manera general se puede ver que *-s* se debilita o bien se altera. Las 3as personas del singular de los verbos, como en it. *canta*, *vende*, muestran la tendencia de *-t* final a desaparecer.

En interior de palabra, cuando las consonantes eran implosivas, casi siempre subsistieron con dificultad. Todas las oclusivas colocadas delante de otra oclusiva o delante de *-s* se alteraron más o menos. El detalle de los tratamientos varía de una región a otra, pero en todas partes hay alteraciones y es un hecho excepcional que los grupos de oclusiva más oclusiva o de oclusiva más *s* se hayan mantenido.

Uno de los casos más destacables es el del grupo *-ct-*, cuyas alteraciones son antiguas (la grafía *lattucae* de *lactucae* se encuentra ya en el 301 en un edicto de Diocleciano) y tiene distintos tratamientos según las zonas: en italiano, en donde hubo una asimilación, *noctem* dio *nottem*, en rumano, en donde el grupo *-pt-* se mantiene y *septem* da *sapte*, se tiene *noapte;* en el norte y en el oeste, la *-c-* del grupo *-ct-* tomó una pronunciación "líquida", y de ahí resultaron diversos tipos: *noite* en portugués, *nuit* en francés, *nuech* en provenzal, *noche* en castellano.

Aparte de los grupos como *tr-*, *cl-* en los que la consonante inicial se comporta como lo haría delante de vocal, el latín no admitía más que un tipo de grupos consonánticos en inicial de palabra: *sc-*, *st-*, *sp-*. El latín vulgar, normalizando y facilitando la pronunciación, eliminó este tipo de vocales: en inscripciones se encuentra *iscola*, *espiritum*,

y las lenguas romances tienen formas tales como el fr. *épée* de *spat(h)a*, *écu* de *scūtum*, etc.

Los fonemas cuya pronunciación es delicada desaparecen. La pronunciación de *h* resultó pronto débil y en latín clásico las palabras rurales que tenían antiguamente *h* no la conservan ya: se escribe *olus* mucho más que *holus*, y la grafía normal de *anser* es sin *h* por más que la palabra tenga etimológicamente *h*. El latín antiguo tenía dos pronunciones de *l* según los fonemas que siguieran; esta diferencia afecta a la oposición *uolô* y *uelim*, *famulus* y *familia;* la *ł* del tipo llamado "velar", que figuraba en *uolo* y en *famulus* no persistió y no quedó más que una *l* de tipo medio. Pero en los casos en que la *l* era siempre "velar", delante de consonante, no es la *l* el fonema que se mantuvo en todas las zonas: el italiano tiene *altro;* no obstante, delante de consonante *ł* pasó a *u*, no a *l*, en gran parte del dominio del latín, con lo que el diptongo *au* experimentó un fuerte crecimiento: el francés tiene *autre*, el portugués *outro*, el español *otro*. El detalle de los hechos no concuerda de una lengua a otra: así el siciliano tiene *autu* de *altum*, pero *parma* de *palma*. Sin embargo, la tendencia a eliminar *ł* velar fue general.

Así, sin que hubiera cambio de estructura, solamente por aplicación de tendencias fonéticas universales en la estructura propia del fonetismo latino, este fonetismo sufrió grandes cambios: nuevo tipo rítmico, fonemas nuevos, eliminación de fonemas antiguos, nuevas disposiciones de la sílaba. Según se ha indicado más arriba, este hecho se explica por la forma en que se extendió el latín. El sistema fónico existente no tuvo que cambiar en su conjunto ninguna tendencia: fue una combinación nueva con eliminación de las particularidades y desarrollo de tipos fónicos corrientes.

Las formas gramaticales dan lugar a análogas observaciones.

Como las demás lenguas indoeuropeas conocidas de fecha antigua, el latín está lleno de formas aisladas, de pequeños grupos de formas no productivas pero semejantes entre sí (lo que se llama en germánico, con un nombre muy resonante "verbos fuertes"), de combinaciones imprevistas de viejas formas. Conocido más tarde que el sánscrito o el griego, el latín clásico es ya más regular, pero ofrece aún gran cantidad de anomalías, de semianomalías y de pequeñas categorías gramaticales. Por otra parte, las complicaciones de la morfología indoeuropea no han desaparecido por completo: algunas subsistían, otras habían dado lugar a nuevas combinaciones, muy complicadas todavía. Muchos paradigmas del latín resultan de sincretismos y la unificación no fue completa: la 3ª p. pl. tenía a la vez un tipo *dixĕre* y un tipo *dixĕrunt* o *dixērunt*, es decir tres formas muy distintas. La 3ª declinación comprende a la vez temas consonánticos como *ped-* y temas en *-i-* como *oui-* o *menti-;* pero estas dos series tienen la mayor parte de sus formas en común y se fueron aproximando la una a la otra, si bien se encuentran, a menudo sin razón aparente a primera vista, según las palabras, ablativos singulares en *-ĕ* o en *-ī*, acusativos plurales en *-īs* o en *-ēs*, genitivos plurales en *-um* o en *-ium*.

Cuando la lengua se transmite de generación en generación en un mismo medio, pueden persistir largo tiempo complicaciones de este género, que desaparecen tan sólo en el transcurso de numerosos siglos. Pero en una lengua que se extiende sobre nuevos grandes dominios y que por la mayor parte de la gente es aprendida por primera vez, estas supervivencias tienden a eliminarse más rápidamente. El "latín vulgar" tendió en gran manera a simplificar la antigua gramática.

Un ejemplo destacable de estas simplificaciones llevadas a cabo por el latín vulgar es el proporcionado por los demostrativos, según se ha anotado ya con anterioridad. El latín había constituido un sistema de tres demostrativos personales: *hic, iste, ille* y un anafórico: *is.* Durante todo el período republicano, el valor de estas breves palabras es nítido; los valores exactos se encuentran en CICERON o VIRGILIO, lo mismo que en PLAUTO y TERENCIO. En *En.* II, 707 y ss. cuando Eneas invita a su padre Anquises a colocarse sobre sus espaldas para llevarlo y le dice "la carga que tú serás para mí no me pesará", se expresa así:

Ergo age, care pater, ceruici imponere nostrae;
Ipse subibo umeris nec me labor iste *grauabit.*

En. IX, 19:

Vnde haec *tam clara repente*
Tempestas?

Turno pregunta de dónde viene la claridad que hay a su alrededor; *haec* se aplica a lo que ve la persona que habla. Y así siempre. Si los ejemplos son más escasos en VIRGILIO que en PLAUTO es tan sólo porque el tono de la poesía épica no comporta las oposiciones de personas, la gesticulación de la comedia.

Este sistema era demasiado delicado para transmitirse a gentes que asimilaban, con una cierta corrección general pero sin demasiadas finuras, una lengua extranjera; la escuela, por lo demás, no debió hacerlo resaltar: a este respecto los escritores de la época imperial no observan los matices de la época republicana; *iste* reemplaza en su sentido antiguo a *ille* que toma valores especiales. El anafórico *is,* algo pobre y flexionado de manera poco clara, desaparece y sólo quedan de él los adverbios *ibi* e *inde* que aparecen así aislados.— Este ejemplo es luminoso: permite juzgar otras innovaciones que se observan en gran número.

Otra particularidad se constata: el empleo de formas expresivas, para llamar la atención. *Ille* que era un demostrativo se convirtió en un simple artículo porque el deseo de expresarse con fuerza obligó a hacer de él un uso abusivo. Lo mismo le ocurrió a *ipse;* al principio del desarrollo, parece que se utilizó a la vez *ille* e *ipse;* el artículo de una parte de las lenguas sardas proviene de *ipse* y hay huellas del empleo de *ipse* como artículo en hablas provenzales y en catalán.

La búsqueda de los procedimientos expresivos, que es un rasgo característico de las hablas populares urbanas, se marca en romance de muchas maneras. Una de las más significativas consiste en que los antiguos comparativos y superlativos, claros pero inexpresivos ya, del tipo *dulcior, dulcissimus,* cayeron en desuso. Se utilizó el adjetivo con palabras que significaban "más": en los extremos del territorio romano, en la Península ibérica, en Gascuña y en Oriente, la palabra del latín clásico *magis* que se había empleado desde el latín clásico con algunos adjetivos, sirvió para este fin; yendo más lejos aún, la región central, Italia, Galia, (aparte de Gascuña), Retia, utilizó una palabra del latín clásico que no se empleaba para esto y que por eso mismo tenía más fuerza: *plus.* Este uso debió existir pronto en Italia en el habla corriente, pues en una tragedia ENNIO escribe *plus miser sim.*

En indoeuropeo las desinencias verbales eran múltiples y variadas. La distinción de las llamadas, muy impropiamente, desinencias primarias y secundarias, no existía ya en latín clásico. De las desinencias del perfecto quedan sólo restos oscuros en el sistema de *perfectum*, especialmente *vīdī, vīdistī, vīdērunt*. Pero la antigua oposición entre desinencias activas y medias se había combinado con una característica *-r*, de la que el griego nada conservó, y en los grupos del *infectum* hubo dos flexiones: una se emplea para pasivas como *dīcitur* frente a *dīcit* activa; la otra es, para algunos verbos, la única flexión de *infectum*, llamada "deponente", como *sequitur*. En tanto que se trata de deponentes, esta flexión era superflua; para el sentido, un verbo como *sequitur* no difiere de un verbo como *coquit*, ni un verbo como *miratur* de un verbo como *amat;* el deponente es en la lengua una complicación inútil. No es, pues, sorprendente que desde los más antiguos textos latinos haya en el empleo de esta flexión -en ausencia de un sentido propio, no se puede hablar de "categoría gramatical"- fluctuaciones, generalmente en beneficio de la activa, e inversamente, personas que, como TERTULIANO, saben aún escribir en latín, flexionan como deponentes algunos presentes, sin duda por considerarlo elegante. Desde fines de la época imperial, no era más que una forma escrita, mantenida sólo por una tradición vacilante, de la que la lengua se iba desembarazando. Por otra parte no era sólo inútil: le faltaba coherencia. No tenía *perfectum* simple frente al *infectum; secūtus sum, mīrātus sum* son formas perifrásticas y poco satisfactorias, con un carácter transitivo que la forma no deja prever. Nada más natural que la supresión de este deponente: el irlandés que, en la fecha de los primeros textos, conoció un deponente semejante al del latín, lo eliminó también y hacia el s. X d. J.C., no conservaba ya ningún rastro de él; la desaparición fue un poco más lenta en irlandés que en latín porque a diferencia del latín el irlandés no alcanzó extensos territorios nuevos.

En cuanto a la pasiva, no era inútil. Es la forma que se emplea de manera natural cuando se enuncia un proceso sin indicar el agente. Así, *dīcitur* "se dice". Sin embargo, su uso es menos frecuente que el de la activa. Veamos una descripción como la que se lee en VIRGILIO, *EN.* I, 102 y sig. Si se indica un agente, la forma es activa:

Talia iactanti, stridens Aquilone procella
Velum aduersa ferit fluctusque ad sidera tollit.

En el verso 104 el agente de la acción no se pone en evidencia y se tiene:

Franguntur remi.

Pero en ejemplos semejantes no siempre se encuentra la pasiva. A partir de la frase siguiente, para decir que "la proa se gira", sin nombrar de manera expresa el agente de la acción, VIRGILIO escribe:

Tum prora auertit

con la activa *auertit* tomada en sentido absoluto. La pasiva no es frecuente: es preciso llegar al verso 115 para volver a encontrar dos formas:

excutitur pronusque magister
Voluitur in caput.

Y hasta el fin de la descripción, v. 124, no hay ninguna más.

El *infectum* pasivo es una forma relativamente poco empleada; y no es de extrañar: el latín permaneció en líneas generales fiel a la estructura indoeuropea. Ahora bien, el indoeuropeo es un tipo lingüístico en el que lo que ocurre se expresa desde el punto de vista de seres que actúan: el verbo indoeuropeo es normalmente activo en el sentido pleno de este término. En el sistema verbal indoeuropeo que ofrece tantas y tan variadas formas, no hay ninguna que sea propiamente pasiva. Como la expresión pasiva, es decir, la expresión de un proceso considerado en sí mismo y no desde el punto de vista del agente, responde a menudo a una necesidad, o por lo menos resulta a menudo cómodo, las lenguas indoeuropeas desarrollaron expresiones pasivas, pero este desarrollo tuvo lugar de manera independiente en cada lengua: difiere de una lengua a otra. Las pasivas así constituidas no fueron, en parte, de larga duración; así el gótico tiene una pasiva de la que no existe equivalente en ninguna otra lengua germánica. El itálico se procuró un presente pasivo con la ayuda de antiguas desinencias medias y de la característica *-r*. Era una forma bastante tosca y no del todo coherente: las segundas personas como *legeris* o *legere* (hay fluctuaciones) y *legiminī* no tienen la *-r* de las otras formas. Este presente pasivo no sobrevivió. La única forma pasiva frecuente era la del adjetivo en *-tus*, del tipo *lēctus, dictus, amātus*, etc., que además porporcionó el *perfectum* completo y que tenía el mérito de ser clara, sobre todo cuando el deponente dejó de utilizarse: *dictus est* es una pasiva analizable inmediatamente, clara a primera vista. Se explica así que sea éste el único tipo que ha prevalecido.

Desapareció de este modo la segunda complicación heredada del antiguo sistema múltiple de desinencias verbales indoeuropeas. Como la *-m* de la 1ª persona del singular de formas como *amem, dīcam, dīxerim* o *amābam* no se pronunciaba, no había más que una sola desinencia para cada persona o para cada número. El "latín vulgar" había realizado una simplificación completa en este aspecto.

Por otra parte, no logró solamente una simplificación: hubo un cambio de sistema. La estructura del verbo latino suponía dos temas distintos, el de *infectum* y el de *perfectum;* uno indicando el proceso verbal en el trance de su cumplimiento, otro, el proceso cumplido. En cada uno de estos temas había en indicativo una forma especial para cada uno de los tres tiempos, el presente, el pasado y el futuro; frente al indicativo los dos temas aportaban un subjuntivo, pero con dos formas solamente, una para el presente-futuro, otra para el pasado, que proporcionaban cada una un infinitivo; el paralelismo, hasta aquí perfecto, se rompió porque sólo el *infectum* proporcionaba, además del infinitivo, gerundivos con un participio en *-ndus*, un participio en *-nt-* y un imperativo. El latín había generado así, de las formas múltiples y variadas del verbo indoeuropeo un sistema firmemente articulado, pero muy complicado todavía y, en cierto modo, delicado también, porque los sentidos del *infectum* y del *perfectum* no se podían definir con la misma nitidez que los sentidos de las formas temporales. El sistema, según se ha visto, era el siguiente:

	INFECTUM	PERFECTUM
Indicativo		
Presente	*dīcō*	*dīxī*
Pasado	*dīcēbam*	*dīxeram*
Futuro	*dīcam (dīcēs)*	*dīxero*
Subjuntivo		
Presente - Futuro	*dīcam (dīcās)*	*dīxerim*
Pasado	*dīcerem*	*dīxissem*
Infinitivo		
	dīcere	*dīxisse*
Imperativo		
	dīc	
Participio y gerundivos		
	dīcens	
	dīcendum, etc.	

Este sistema comprendía muchas formas, ninguna de las cuales era analítica, sino que debía tomarse cada una por su cuenta: era preciso añadir el adjetivo en *-tus* que, tras la eliminación de la pasiva, conservaba toda su importancia y no dependía del tema de *infectum* ni del de *perfectum;* con el adjetivo en *-tus* se agrupan el supino *dictum* y el grupo de *dictūrus, dictūrum.* En muchos aspectos el sistema carecía de simetría y, sobre todo, tenía el defecto de poner en primer plano los matices de sentido indefinibles con exactitud del *infectum* y del *perfectum,* mientras que las oposiciones de tiempos, que son claras, quedaban subordinadas.

Muy pronto las formas del grupo de *dīxī, fēcī, amāvī, monuī,* que se empleaban para contar los hechos pasados —es la forma de la narración— se sintieron como pretéritos. Tomemos por ejemplo el comienzo del segundo canto de la *Eneida:*

Conticuere omnes, intentique ora tenebant

Conticuēre expresa el hecho de que todo el mundo ha hecho silencio y el silencio se ha logrado *(perfectum)* cuando, al punto, Eneas dice: *En,* II, 5:

quaeque ipse miserrima uidi
Et quorum pars magna fui

el valor de *perfectum* de *vīdī* y de *fuī* no está excluido, pero no queda en evidencia y para quien no tenga la tradición del valor exacto de las formas latinas, *vīdī* y *fuī* pueden ser consideradas como simples expresiones del pasado. Sin duda, no es así como VIRGILIO sentía las formas; no vaciló en coordinar el presente del *perfectum* con el presente del *infectum, En.* II, 12:

Quanquam animus meminisse horret luctuque refugit

en donde el verso indica que *refūgit* es un *perfectum.* Pero las gentes que aprendieron un latín enseñado y para quienes el latín no era, desde un comienzo, la lengua materna, sólo vieron en el tipo *dīxī* la expresión del pasado e hicieron de ella, simplemente, la forma de la narración.

Desde este momento el sistema de *perfectum* quedaba roto. El subjuntivo del tipo *dīxerim* no tenía razón de ser. La relación entre *dīxī* y *dīxeram, dīxero* perdía su claridad. Un infinitivo como *dīxisse* estaba de más desde el día en que el *perfectum* no constituyó ya un sistema completo, opuesto al de *infectum;* para todo el verbo en conjunto bastaba un sólo infinitivo.

Por lo mismo, no había ya forma alguna que expresara el proceso consumado. Sólo era posible indicarlo por medio de perífrasis: desde la época clásica, para insistir sobre un hecho cumplido, se podía decir *id habeo dictum,* en que el participio en *-tus* y el verbo *habeo* tenían su sentido pleno; *compertum habeo* es una locución fija. CICERON emplea el giro libremente para insistir con fuerza, así *in Verr.* II, 3, 95 *tu sic ordinem senatorium despexisti, sic ad libidines iniuriasque tuas omnia coaequasti, sic* habuisti statutum *cum animo ac* deliberatum, *omnes...iudices reiicere...,* el adjetivo en *-tus* tenía la ventaja de marcar muy bien el estado alcanzado; así cuando CICERON escribe, *de Orat.* II, 271 *per mihi scitum uidetur,* con *per* separado para llamar la atención. En el habla corriente, cuando había necesidad de insistir en lo que se decía, este giro se extendió, perdiendo por ello su valor. El latín vulgar formó así, frente al tiempo narrativo *dīxī,* un grupo constituido por *habeō, habēbam* o, con un carácter más expresivo aún, *teneō, tenēbam* (que se encuentra representado en la península hispánica) con el participio en *-tus,* para llegar a una especie de "perfecto". Este procedimiento, expresivo y claro, se desarrolló y el uso lo adoptó. No se lee en los textos de la época imperial porque su carácter "vulgar" era demasiado aparente; la importancia que tomó se manifiesta más bien por el hecho de que el giro *id habeo scriptum,* familiar en CICERON o TERENCIO, sería entonces evitado por los escritores cuidadosos.

Por otra parte, si parece natural oponer el pasado, el presente y el futuro, la comparación de las lenguas demuestra que la categoría del futuro no se puede colocar en el mismo plano que las del presente y el pasado. Sin ser universal ni mucho menos, la distinción del presente y del pasado se marca a menudo por formas gramaticales; con menor frecuencia se encuentra una forma para el futuro. Las lenguas indoeuropeas tienen, todas ellas, formas para marcar el pasado y estas formas son en gran parte antiguas; por el contrario, no todas tienen formas para marcar el futuro y estas formas pertenecen siempre a tipos recientes o que en fecha no muy antigua recibieron nuevo desarrollo. Un proceso pasado es un hecho del que se habla objetivamente; un proceso por ocurrir es esperado, deseado o temido; no se puede casi hablar del porvenir sin que intervenga algún matiz afectivo; en francés mismo, en que el futuro es una forma comúnmente empleada, en lugar de decir *je ferai,* es frecuente decir, con diversos matices, *je vais faire, je veux faire, je dois faire, je compte faire, j'ai à faire, etc.* Las formas que en latín clásico son simples futuros, *erō, dīcam (dīces), amābō,* etc, son antiguos subjuntivos, la primera persona *dīcam* incluso queda ambigua: a la vez futuro y subjuntivo en latín. En *perfectum,* formas como *dīxeris, dīxerit,* eran también ambiguas: tanto futuros como subjuntivos. Frecuentemente ambiguo, siempre poco expresivo para una lengua popular, el futuro que el latín se había procurado cayó en desuso; fue reemplazado por giros que existían desde el latín clásico, pero con los matices de sentido que indican las palabras que los componen: *facere habeo, facere volo,* etc.

El sistema antiguo se encontró así enteramente dislocado. La mayor parte de formas

desaparecieron poco a poco: los subjuntivos como *dīxerim*, los infinitivos como *dīxisse* y el grupo de *-tūrus, -tūrum;* otros subsistieron sólo en regiones aisladas y con valores especiales. Las formas que más resistieron fueron las del presente de indicativo y subjuntivo, el imperfecto (pero con enmudecimiento de *-b-* en todo el tipo antiguo en *-ēbam*) las del *perfectum* presente (serie de *dīxī*) y pluscuamperfecto de subjuntivo que, al tener una misma característica *-issē-* clara y fonéticamente susceptible de mantenerse, sirvió de subjuntivo pretérito en lugar del antiguo imperfecto.

Tras estos cambios de las formas verbales, se encuentra que el grado final del proceso estaba poco indicado o lo estaba sólo de manera accesoria. Por el contrario, la categoría del tiempo quedaba situada en primer plano. Como se indicó en páginas anteriores, el "latín vulgar" llevó así a terminó una tendencia que caracteriza a las lenguas indoeuropeas occidentales.

Una tercera simplificación, de carácter lexicográfico y a la vez gramatical, afectó al verbo en "latín vulgar". La mayor parte de los verbos del latín clásico podían recibir "preverbios" para indicar sentidos particulares: al lado de *eō*, hay *ineō*, *adeō*, *abeō*, *exeō*, *subeō*, *pereō*, etc. Cada una de estas formaciones tiene un sentido material definido. Los cambios que afectan a las vocales breves y a los diptongos en sílabas no iniciales dieron lugar a diferencias de vocalismo entre los verbos simples y los verbos provistos de preverbio: *accipio*, *acceptus*, o *incipio*, *inceptus*, difieren de *capio*, *captus* por el vocalismo, de suerte que el juego de formas provistas de preverbio con formas simples resultaba complicado. Por último, los verbos dotados de preverbios ofrecen un matiz de "aspecto" diferente al del verbo simple: indican un proceso, del cual se considera el fin. En *En.* II, 94:

Nec tacui demens

significa "he sido lo bastante loco para no guardar silencio", mientras que en *En.* II, 1:

Conticuere omnes

significa "todos hicieron silencio". En el *infectum* la oposición está más marcada, pues de una parte hay *taceo* y de otra *conticēscō*. En *En.* II, 162:

Omnis spes Danaum et coepti fiducia belli
Palladis auxiliis semper stetit

Stetit indica un proceso acabado cuya realidad subsiste; el *infectum* correspondiente sería *stat.* Por el contrario, en *En.* II, 67:

Namque ut conspectu in medio turbatus, inermis,
Constitit

constitit significa "él se detuvo", es decir, un proceso del que se indica el fin; el *infectum* correspondiente sería *consistit.*

Había pues matices delicados, unos de sentido material "en, hacia, sobre", etc., otros concernientes al desarrollo del proceso, el "aspecto verbal", como suele decirse. Y además, alternancias vocálicas: el "latín vulgar" no guardó nada de esto.

Frente a las alternancias vocálicas pone de relieve, generalizándolo, bien el vocalismo del simple, bien el de las formas con preverbio. El it. *chiuder* tiene el vocalismo

de *in-clūdere*, *ex-clūdere*, no el de *claudere*, mientras que el francés tiene *enclore*, con el vocalismo de *claudere*. El latín opone *in-quīrō*, *re-quīrō* a *quaerō*; el francés tiene *en-quiers*, *re-quiers*, con el vocalismo del simple *quaerō*.

El sentido mismo de los preverbios desaparece: *enquérir*, *requérir*, se aislan de *quérir*. Las formas con preverbio, al tener relativamente más consistencia que las formas simples y también un sentido más fuerte, son casi siempre las preferidas: el español tiene *comer*, de *com-edere*, y el francés *conduire*, de *con-ducere*, pero no representantes de *esse* y *ducere*; no hay huellas de *pandere* más que en algunos dialectos, es *expandere* la forma que en general subsiste (it. *spandere*), por ejemplo el francés *épandre*. En uno y otro caso, el sentimiento del preverbio no existe: el delicado y complejo juego de los preverbios quedó olvidado; por ello las oposiciones concretas de sentido debieron recibir otras expresiones: *inīre*, *abīre*, etc., desaparecen; *exīre* subsiste (ant. fr. *issir*), pero sin relación con *īre*. Por consiguiente, la oposición de los "aspectos" "determinado" e "indeterminado" queda abolida, o sea que uno de los matices más delicados de la lengua desaparece. Esta eliminación de los preverbios y de su papel no debe causar sorpresa: se observa el mismo hecho en las lenguas célticas y en las lenguas germánicas.

En suma, el verbo perdió a la vez tipos superfluos como el deponente, formaciones demasiado exuberantes para el uso restringido que de ellas se hizo, como las de la pasiva, y, algo más significativo, un conjunto sabiamente trabajado que comportaba un gran número de matices delicados y sutiles, el del *infectum* y *perfectum*, con sus "tiempos" y "modos" y aspectos "determinado" e "indeterminado", expresados sobre todo por el juego de los preverbios.

Subsistió un sistema, abundante aún en formas y cargado de muchos elementos antiguos, pero en el que la pasiva, de una manera uniforme, se había sustituido por el reflexivo "se" o el verbo "ser" y el adjetivo en *-tus*. En este sistema la acción cumplida se expresaba por un auxiliar con el adjetivo *-tus*, el futuro se señalaba por formas que tenían un valor afectivo y el juego variado de los preverbios había desaparecido. Un verbo firmemente encasillado dentro de una norma. Sobre un camino del que la lengua había recorrido ya un largo trecho entre el indoeuropeo y el latín, se habían franqueado unas etapas más: el latín tenía ya una conjugación compuesta por formas correspondientes entre sí; las lenguas romances, a su vez, tienen conjugaciones más simples y comprenden formas más estrechamente entrelazadas.

El verbo, simplificado, conserva no obstante una flexión y subsiste en todas partes un gran fondo de formas "irregulares".

La simplificación del nombre fue más lejos: el nombre cambió enteramente de carácter y la sintaxis se vió perturbada por ello.

Desde la época indoeuropea común, la flexión casual era algo confuso que no llegó nunca a formar un sistema claro y regular. Las características de los casos no eran las mismas en los diversos números: singular, plural y dual; para un mismo número difieren a menudo de un tipo nominal a otro. El número y la distribución de los casos varía según las lenguas. Se observa también por todas partes la tendencia a restringir el número de formas casuales y el número de casos a distinguir. Así, mientras que el sánscrito distingue ocho casos, el eslavo siete aún en el s. IX d. J.C. y el armenio seis en la misma fecha, el griego no distingue más que cinco casos en los más antiguos textos. En todas partes se observa

una reducción más o menos grande de la declinación, y, sin influencia de un idioma sobre otro, de manera completamente independiente, muchas lenguas abolieron del todo la declinación, entre ellas el persa y el inglés.

El latín tenía aún seis casos distintos en singular y ciertos tipos nominales tienen cinco formas casuales diferentes; pero el plural no tenía más que cuatro formas en los masculinos y femeninos de mayor variedad, tres en los demás y en los neutros. Y no hay un tipo en el que existan tantas formas distintas como casos distingue la lengua: el tipo *lupus* confunde las formas de dativo y ablativo: *lupō;* el tipo *homō*, en el que *hominī* es distinto de *homine*, no tiene forma especial para el vocativo; el tipo *toga* no tiene, en singular incluso, más que cuatro formas: *toga*, *togam*, *togae*, *togā*. La flexión casual y la distinción de los casos quedaban, pues, muy disminuidas a partir del latín clásico.

Una cosa más grave: esta flexión tendía a perder su utilidad. El uso de formas como *Rōmam*, *Rōmae*, *Rōmā*, como *domum*, *domī*, *domō*, como *Karthaginem*, *Karthaginī*, *Karthagine* para indicar lugar sin la ayuda de una preposición no era más que una supervivencia propia de algunas palabras o categorías de palabras. Por regla general, para indicar el lugar se colocaba una preposición: *in* o *ad urbem*, *in urbe*, *ex*, *ab*, *de urbe*, etc. En semejantes construcciones las formas casuales aparecían como un elemento accesorio. Por lo demás, tras el enmudecimiento de *-m* y pérdida de las oposiciones cuantitativas, *togam* y *togā*, *hortum* y *hortō* no se distinguían ya.

Desde la época clásica, formas reforzadas por preposiciones coexistían al lado de formas casuales simples y a menudo eran las preferidas. Existía un giro *principum unus*, pero CESAR lo tiene una sola vez y CICERON lo emplea sólo en ciertos casos particulares: normalmente dice *unus e multis*. VIRGILIO tiene ya *templum de marmore*, *Georg.* III, 13, en lugar de *templum marmoreum* como habría escrito CICERON. Al término de la época imperial se escribe *plus de triginta pedibus*, es decir, exactamente el tipo francés: *plus de trente pieds*. VEGECIO escribía: *deterges ad spongium*. CICERON tenía ya, es cierto: *ad lucem* "al despuntar el día".

Al reducir las formas casuales, el latín vulgar seguía una tendencia universal en las lenguas indoeuropeas. El uso de preposiciones hacía que las formas casuales resultasen superfluas en numerosos giros. Por otra parte la alteración de los finales de palabras quitó a estas formas inútiles su claridad; muchas se hicieron indiscernibles. Se produjo una eliminación progresiva. El ámbito galo-romano fue el más resistente: durante el período más antiguo, el francés y el provenzal distinguían aún en el masculino, un caso sujeto y un caso régimen ant. fr. y prov., en el singular, *murs* (de *mūrus*) caso sujeto, *mur* (de *mūrum*, *mūrō*) caso régimen; plural *mur* (de *mūrī*), caso sujeto, *murs* (de *mūrōs*, *mūrīs*) caso régimen. Sólo en el transcurso de la Edad Media la distinción de los dos casos se borró en las hablas galo-romanas, como se había borrado en las otras hablas romances antes de los primeros textos escritos de cada una.

Por el hecho de que el papel de los nombres en la frase no estaba marcado ya por las formas casuales, su lugar se hizo cada vez más fijo. El complemento del nombre siguió al nombre que determina, el francés dijo *hôtel-Dieu* y no *Dieu-hôtel*. El adjetivo epíteto no puede quedar alejado del nombre que determina; por consiguiente la frase no comprende ya formas con autonomía propia, sino grupos nominales con artículos sobre el conjunto del grupo. Ni que decir tiene que el galo-romano en el cual el sujeto se distinguió de un

caso régimen en el masculino, el orden del sujeto y del complemento se fijó más tarde: el antiguo francés admite todavía el orden *Pol aime Pierres* "Pierre aime Paul".

Excepto las frases encabezadas por una determinación, el sujeto precedió al verbo y el complemento directo lo siguió. La libertad en el orden de palabras que caracterizaba a la frase latina disminuyó cada vez más hasta desaparecer casi por completo.

El nombre y el verbo se encontraban, al término de este desarrollo, más diferenciados todavía de lo que lo habían estado en latín antiguo: el verbo reducido en su flexión, pero aún extensamente flexionado, para expresar lo que ocurre, el proceso, y que por lo tanto aparece diverso y cambiante, con formas variadas según la persona, el tiempo y el modo; el nombre, despojado de la flexión casual, casi invariable, para expresar nociones consideradas en sí mismas, fuera del devenir. El latín antiguo no tenía una designación única para "mur"; tenía *mūrus, mūrum, mūrī, mūrō,* según el papel de este nombre en la frase; no tenía un nombre "Pierre", sino *Petrus, Petre, Petrum, Petrī, Petrō,* según la función; el francés moderno sólo tiene, en cualquier función, *mur, Pierre,* fijados de una vez por todas.

Por lo mismo, el "latín vulgar" se dejó perder las formas que hacían del infinitivo del "*infectum*" el sustitutivo de una declinación. Al lado del infinitivo *dicere,* el latín tenía el supino *dictum* y los gerundios *dicendum, dicendī, dicendō.*

Al principio se había dicho *in inquirendo,* en lugar de *inquirendo.* Se terminó por decir *in inquirere,* como se encuentra en TERTULIANO; *pro exigere,* que se lee en la antigua traducción de la Biblia llamada *Itala.*

Una única oposición subsiste en el sustantivo, la del singular y la del plural. Cada sustantivo conservó normalmente dos formas, una para el singular, otra para el plural. Nada más natural: esta oposición era fácil de entender y las lenguas a las que el latín vino a sustituir la expresaban también en general y tenían por lo tanto idea de ello.

Había además oposiciones de género; masculino, femenino y neutro.

Ya en latín el género neutro no era más que una supervivencia. No respondía a ningún sentido definido y un romano no habría sabido decir por qué *templum* era neutro y *casa* femenino, por qué *terra, lūna* y *stella* eran femeninos y *sōl* masculino, en cambio *caelum,* neutro; por qué *oculus, nāsus* eran masculinos y *corpus, pectus, cor* neutros, etc. El latín antiguo no distinguía el neutro del masculino-femenino en numerosos adjetivos, los en *-āx* o en *-ōx,* por ejemplo. La pérdida de *-m* final dejaba al neutro sin su característica en muchos nombres. La categoría del neutro fue, pues, abolida. Entonces la forma del nominativo-acusativo plural en *-a* se confundió, en parte, con la del sustantivo en *-a:* el plural *opera,* de *opus,* no se distingue en nada del nominativo singular *opera;* el plural *folia,* de *folium,* que designa un conjunto de cosas, no se distingue exteriormente de lo que sería un singular *folia.* Y así es cómo el francés tiene *oeuvre,* que representa *opera,* antiguo singular y antiguo plural; *feuille* representa *folia,* con valor de singular.

Al contrario, la distinción entre masculino y femenino, por más que sólo tenía valor cuando correspondía a una oposición de sexo, *equus, equa – lupus, lupa – gallus, gallīna – sobrīnus, sobrīna – etc.,* se mantuvo. Estas oposiciones habían sido constituidas en latín mismo, no eran de fecha indoeuropea. Tenían, por consiguiente, frescor y nitidez. Sin duda el hecho de que *aqua* perteneciera al femenino, *ignis* al masculino, y *ulna* al femenino, *cubitus* al masculino, y así sucesivamente, había perdido toda significación en

latín, pero como consecuencia de la nitidez de *lupa, gallīna, sobrina, etc.*, la lengua continuó haciendo una señalada distinción entre masculino y femenino.

En una parte de los adjetivos, los del tipo *nouus, noua — māturūs, mātūra*, etc., la oposición estaba claramente marcada; igual sucedía en los demostrativos, especialmente en *ille, illa*, que proporcionó el artículo determinado; en el nombre de número *ūnus, ūna*, que proporcionó el artículo indeterminado, y en los adjetivos posesivos, por tanto, en todas las determinaciones del nombre. Ahora bien, estas determinaciones se encontraban cada vez con más frecuencia detrás de sustantivos y el uso tendía a hacerse constante. Un accidente de forma fijó así un viejo uso, que en la gran mayoría de casos no respondía a ninguna noción comprensible. Los artículos *le, un*, los posesivos *ma, ta, sa*, los adjetivos como *droit* o *long* mantuvieron el género de *manus* y de *pēs*, que no tenía ninguna razón de ser, y aún hoy, gracias al artículo, no sabría decirse sino *le pied, la main*. Ejemplo suficiente para demostrar cómo una forma clara, fácilmente comprensible y fijada en el uso, puede sobrevivir durante un número ilimitado de siglos a las razones que tenía para existir.

En suma la gramática se transformó y esta transformación fue más grande aún de lo que parece a primera vista. El verbo cambió de estructura, el nombre de carácter y resultado de ello es una diferente construcción de la frase. Sin que el aspecto exterior de la lengua se modificara mucho, el latín se transformó en el curso de la época imperial en una lengua nueva.

Los cambios se han ido presentando aquí en tanto en cuanto afectan a la estructura lingüística en sí y no se ha pretendido determinar en qué medida podrían ser efecto de cambios de detalle en la mentalidad, como lo creen VOSSLER y su escuela.

La desaparición de ciertas categorías gramaticales procede seguramente de cambios de concepción. La oposición de un género animado, el masculino-femenino, y de un género inanimado, el neutro, debió ser fundamental en el mundo indoeuropeo. Ya para los romanos no representaba ningún papel de importancia y la oposición gramatical del masculino-femenino y del neutro no iba unida de manera precisa a ninguna noción. Al permitir que el neutro se perdiera, el romano se desembarazó de una categoría que desde hacía mucho tiempo no significaba nada. Sin embargo, la distribución de nombres entre el masculino y el femenino, que en la mayoría de ocasiones no tenía sentido, persistió y no parece que esté en vías de desaparecer por más que, en general, no tiene ningún sentido.

La categoría del tiempo es racional y la del "aspecto" verbal, que expresa el grado de cumplimiento de un proceso, es relativamente objetiva. Se concibe, pues, que con el desarrollo de una civilización de carácter intelectual, en la que el pensamiento de los hombres dirigentes sigue un giro filosófico exacto y los niños y los jóvenes se forman en las escuelas, la noción de "tiempo" gana terreno a la noción de "aspecto". Sin embargo, el "tiempo" ocupaba ya un gran lugar en el latín antiguo y las nociones de "aspecto" no han cesado de expresarse: la diferencia entre *je prenais* y *je pris, j'ai pris* es una diferencia de "aspecto".

En la escuela de VOSSLER, se ha dado importancia a la desaparición del futuro latino; pero la forma del futuro desaparece sólo para ser reemplazada por una más clara e igualmente empleada. El francés tiene un juego extraordinario de futuros: *je dirai, j'aurai dit, je dirais, j'aurais dit* (dentro del tipo: *il savait que je le dirais, que je l'aurais dit*) y hoy, además, el futuro de "doble composición": *je l'aurai eu dit* (con *je l'aurais eu dit*).

Se ha insistido en la desaparición de la pasiva. Ahora bien, es una forma lo que desapareció, no una categoría. El francés tiene tres maneras de expresar lo que el latín señalaba con *dīcitur: on dit* (el latín tenía a veces *dīcunt*), *cela se dit* e *il est dit*, según el sentido preciso que se quiera expresar. Los giros *cela se dit* e *il est dit* son tan pasivos como *dīcitur*. La desaparición del tipo *dīcitur* es simple cuestión de forma, como la del tipo deponente de *sequitur*.

Por lo demás, las condiciones mentales no son las mismas ni mucho menos en todos los miembros de una misma sociedad. La esfera de gentes extremadamente cultas es, en todas partes, pequeña. En la antigüedad sobre todo, al lado de los hombres poco numerosos que poseían la cultura superior de su tiempo, había en los campos y también en los arrabales de las ciudades, una fuerte mayoría de gentes que quedaban en un grado todavía bajo de la cultura intelectual, cuya mentalidad no difería apenas de la de los antiguos semicivilizados; esta mentalidad se encontraba al lado de una cultura superior poseída por unos cuantos hombres y en relación a ella representaba un estadio inferior. Ahora bien, las lenguas romances dieron continuidad sobre todo al habla de estas capas inferiores de la población, sobre cuya mentalidad apenas hay información.

Un hecho más significativo es la nueva estructura del nombre.

Con sus diferencias de caso el sustantivo indoeuropeo presentaba nociones bajo formas diversas según las circunstancias; a pesar de la constancia, que es el rasgo esencial, la noción nominal no tenía un signo fijado de una vez por todas; tenía formas diversas según designase el agente o el paciente, el todo o la parte, ciertas circunstancias, ciertas situaciones. Esto se debe al hecho de que la lengua indoeuropea operaba con palabras que tenían la mayor autonomía posible, ya que servían de medio de comunicación a aristócratas preocupados ante todo por ser jefes independientes.

El nombre romance, por el contrario, es una marca única que designa constantemente cada noción. Es un signo plenamente abstracto. El artículo interviene para indicar de qué forma se considera la acción, para marcar si se trata de un concepto conocido, de un uso cualquiera pero aislado de otros, o de un caso particular determinado. El sustantivo se presta así a designar a la vez la noción general y las aplicaciones particulares de esta noción. El orden de las palabras y las preposiciones permiten utilizar de diversas maneras y con una perfecta flexibilidad las palabras rígidamente fijas, que proporcionan para cada noción un nombre invariable. El nombre dejó de ser autónomo para convertirse en una pieza del mecanismo de la frase.

Según se ha visto, el romance no hizo más que presentar aquí el cumplimiento final de una tendencia general y antigua de las lenguas indoeuropeas. La multiplicidad de formas del nombre es una singularidad del indoeuropeo: a medida que el uso del indoeuropeo se extendió, esta singularidad tendió a desaparecer junto con la mentalidad que la había determinado. El latín antiguo ofrece un primer estadio de la evolución que conduce al tipo romance. Las condiciones psíquicas de la invariabilidad del nombre existían desde la época del latín antiguo; pero se precisó largo tiempo para que el desarrollo que condujo a esta invariabilidad pudiera llegar a su término. Toda forma lingüística se mantiene naturalmente; para vencer la inercia de la tradición se necesitan condiciones favorables y tiempo. En el verbo la alteración fue menos radical, pero tuvo lugar en el mismo sentido. La conjugación latina había ocupado ya el lugar de los conglo-

merados de formas autónomas unidas a raíces independientes, unas de otras. Al destruir la oposición del *infectum* y del *perfectum*, el "latín vulgar" destruyó los últimos restos de autonomía de las diversas formas verbales.

Así, del tipo de palabras autónomas desde el punto de vista morfológico y sintáctico, que es característico del indoeuropeo, el "latín vulgar" pasó a un tipo de palabras normalizadas y aptas para figurar en grupos. La originalidad singular del tipo indoeuropeo se borró. No debería sorprendernos: el "latín vulgar" continúa el habla de la aristocracia indoeuropea, pero se desarrolla en una población que era mezcla de gentes de todos los orígenes; estas gentes no tenían apenas nada de común con los jefes, pequeños o grandes, de los grupos que extendieron las antiguas lenguas indoeuropeas.

En resumen, en la morfología del romance común la mayor parte de los rasgos arcaicos del tipo indoeuropeo, que el latín antiguo conservaba aún en gran número, aparecen eliminados, como muchas de las licencias nuevas que el latín se había procurado. Al servir de alguna manera de "lingua franca" en un gran imperio, el latín tendió a simplificarse, a conservar sobre todo lo que tenía de trivial. La gramática del romance común no tiene ya el carácter singular que tenía la gramática indoeuropea; la frase del romance común no tiene la articulación a la vez delicada y firme de la frase del latín antiguo; el latín vulgar se convirtió en algo que los hombres más variados y menos cultos podían manejar, un instrumento cómodo, bueno para todas las manos.

El vocabulario no estaba llamado a experimentar tantos cambios como la pronunciación y la gramática: los principales cambios del vocabulario están determinados unos por prohibiciones, otros por influencias de civilización, mediante préstamos. Ahora bien, de una parte, la civilización greco-romana no entrañaba apenas prohibiciones de emplear ciertas palabras, y, de otra, el latín no sufrió apenas la influencia de civilizaciones nuevas.

Sólo se puede hablar de la falta de regularidad y de expresión que se observa en todas las hablas populares y, de otro lado, de la continuación de la influencia griega. Las influencias extranjeras diversas no aportaron más que algo accesorio.

Igual que hoy en francés, los verbos anómalos, accidentados por un largo uso, tenían el doble efecto de ser de difícil manejo y poco expresivos. El *perfectum* con reduplicación era una singularidad destinada a no subsistir: el verbo *canō, cecinī* dejó de utilizarse, y el frecuentativo *cantāre*, a la vez expresivo y regular, tomó su lugar: el francés conoce sólo *chanter*. La expresiva palabra *toccāre* convenía mejor al habla popular que *tangō, tetigī:* se dice *toucher*. *Adiutāre* era más claro, más fuerte, más regular que *adiuvō, adiūvi:* se dice *aider*. Al lado de *pendō, pependī*, el frecuentativo *pensāre* (fr. *peser*), cobró extensión. La anomalía de *ferō, tulī*, era extrema: *portāre* (fr. *porter*) la hizo desaparecer de la lengua; era la palabra por la cual se designaba el acto servil de "llevar" un paquete, así en HORACIO, *Sátiras*, I, 49 o I, 5, 90, etc. La coexistencia de *saliō* y de *salui* era una singularidad; la lengua prefirió *saltāre*, y el francés tiene *sauter; saillir*, representante de *salīre*, tomó usos especiales y es defectivo. La especial combinación de *vinciō, vinxī*, no duró; se prefirió *ligāre:* fr. *lier*. El derivado *iocāre* (fr. *jouer*) fue preferido a *lūdō*, cuyo *perfectum lūsī* no estaba marcado claramente. *Lacrimāre* y *plōrāre* eran formas más satisfactorias que el breve verbo *flēre* o el irregular *lūgēre:* las lenguas romances se dividen entre el tipo español *lagrimar* y el francés *pleurer*, corriente también en

español; y *plangere* (fr. *plaindre*) debió sobrevivir sin duda por la fuerza de su significación.

Formas derivadas, amplias y normales, reemplazan a veces a las antiguas formas: igual que la palabra de la 3ª declinación, *auris*, es suplantada por *auricula* (it. *orecchia*, fr. *oreille*), la palabra de la 4ª declinación *genu* es reemplazada por *genuculum* (it. *ginocchio*, fr. *genou*). Si *agnus* se mantiene en it. *agno* y en port. *anho*, es en general *agnellus* la que persiste: fr. *agneau*, etc.; la formación expresiva prevaleció. *Culter* subsiste sólo con un valor técnico, para designar una parte del arado: it. *coltro*, fr. *coutre*; en cambio, para el útil manual, de dimensiones reducidas, se prefirió *cultellus*: fr. *couteau*. Y **talo* (fr. *talon*) prevaleció sobre *talus*. El adjetivo **uetulus*, convertido en *uetlus* y desde entonces pronunciado **weclus*, era más cómodo que *uetus* y subsistió (fr. *vieux*, it. *vecchio*, etc.).

La lengua popular tiene sus términos propios que muy pronto se transparentan en en los textos. *Casa* y *domus* coexistían; la palabra *domus*, que designaba una casa de tipo "burgués", desapareció; quedó solamente *casa* que designa la morada del hombre del pueblo. *Equus* y *caballus* coexistían; pero el término vulgar *caballus* triunfó sobre *equus* y desde el siglo I d. J. C. se lee en España en una inscripción: *Qui asinos, asinas, caballos, equas sub praecone uendiderat* (v. BOURCIEZ, *Elem. de ling. rom.*, 2ª ed. pág. 54); así quedaba claramente opuesto el nombre del macho al de la hembra, *equa*, que de un extremo a otro de la Romania se mantuvo: rumano *iapă*, ant. fr. *ive*, esp. *yegua*; un dato curioso: el lituanio conservó el nombre nuevo *ašvà* para la hembra, perdiendo el correspondiente al latín *equus*. Para designar la "alforja" el latín clásico tenía una palabra aislada de origen griego, *pēra*; la lengua popular fabricó una palabra inteligible en latín, *bisaccia*, que conocía PETRONIO (bajo la forma *bisaccium*): fr. *besace*.

Las palabras que más refuerzo necesitan son las accesorias porque la frecuencia de su empleo les priva pronto de su valor expresivo total. El "latín vulgar" reforzó los adverbios acumulándolos. *Ante* no parecía demasiado fuerte; pasó a *abante* que se lee ya en la *Itala*; y el francés tiene sólamente *avant*. *Forīs*, *intus*, *subtus*, parecían débiles; se dijo: *de foris*, *de intus*, *de subtus*, que están atestiguados desde la antigüedad: el francés tiene, en efecto, *dehors*, *dans*, *dessous*; y si *hors* existe sin *de*, la *h* inicial de la forma se explica sólo por el uso mismo de *deforis* transformado en *dehors*: *foris* no podía dar más que *fors*, que por su parte ha persistido también.

Por otro lado, una lengua popular urbana no tiene en general suficiente fuerza para excluir o restringir los préstamos debidos a lenguas extranjeras. El "latín popular" no cesó de recibir préstamos del griego. Sus préstamos fueron tan lejos que se creó una especie de palabras mixtas. La expresión *katheĭs* de la *koinè* pasó al latín con la preposición griega *kata*, y se creó *catúnum*, en italiano *caduno*, fr. *chacun*. Con una palabra tomada en préstamo del galo *verēda* —se sabe que el galo proporcionó muchas palabras relativas a los carros, comenzando por *carrus*— y la preposición griega *para*, se creó un nombre técnico del caballo, el "caballo de postas", *paraverédus* (fr. *palefroi*), que el alemán tomó también en préstamo, dando como resultado *pferd*.

No es, pues, sorprendente que el "latín popular" haya preferido *c(h)orda* a *funis*, *colap(h)us* a *ictus*, por ejemplo: el préstamo de *colap(h)us* recuerda al de *ɹpoena* (v. cap. VI). Naturalmente proviene de nombres técnicos y bajo formas que descubren el préstamo por vía oral, así *pyxis*, tomado en préstamo bajo la forma del acusativo *pyxida*, da **buxta*, el fr. *boite*. El nombre del "afecto", *kharā*, da **cara*, fr. *chère*.

Las palabras griegas están, por otra parte, latinizadas, según se ha visto en **cat-únus*. Para designar un plato complicado, preparado por cocineros, el griego tenía *sykōton;* por imitación se creó en latín *ficatum*. Y así, por un desarrollo muy característico de una lengua vulgar, el nombre de una manera de preparar el hígado proporcionó el nombre romance de un órgano, el "hígado": it. *fegato*, fr. *foie*.

El cristianismo introdujo numerosos términos nuevos para designar nuevas nociones. Se designó por *ecclesia* el lugar de reunión y por *presbyter*, el sacerdote. Unas palabras tomaron sentidos nuevos: se designó a la divinidad por *dominus* a partir de un uso bíblico. El papel que representó el vocabulario cristiano en la lengua popular resalta en una palabra como *parabolare*, que dio el francés *parler;* sin duda para una noción como la de hablar, el verbo inexpresivo *loquor*, que además tenía el defecto de ser deponente, no podía ser satisfactorio; el empleo de *fabulare*, que dio en español *hablar*, habría podido bastar. Sin embargo, una parte de la Romania recurrió al término de origen cristiano *parabolare*.

El conjunto del romance no tiene muchos préstamos de las hablas provinciales, pero algunos de estos préstamos son significativos. El "abedul" no es un árbol de Italia; el nombre *betulla* vino de la Galia, donde no era sin duda de origen celta. El nombre *alauda* de la "alondra" procede también de la Galia, lo cual no quiere decir que fuera originariamente celta. Para asegurar su dominio, Roma debió establecer en las provincias recién conquistadas una red de carreteras; los términos locales empleados para ello pasaron también a Roma: *camminus* (fr. *chemin*), *leuca* (fr. *lieu*), procedentes de la Galia, se generalizaron, como lo habían hecho ya *carrus* y *paraverédus*, medio griego y medio galo.

Las relaciones con Oriente aportaron objetos nuevos, técnicas nuevas. La civilización griega, cuya superioridad para las cosas del espíritu era evidente, estaba menos desarrollada desde el punto de vista técnico. Los romanos tuvieron mucho que aprender de las naciones que conquistaron o con las que combatieron. Se vio ya cuánto debían a los galos en lo referente a los carruajes. También aprendieron mucho de Oriente.

La antigüedad clásica no tiene apenas gatos domésticos y se ignora de dónde viene el nombre *cattus (gattus)* que tan gran fortuna hizo.

Las novedades orientales fueron por lo demás designadas, en parte al menos, con nombres obtenidos del fondo latino. Así es como el molino de agua, que era una cosa nueva, fue llamado *molinum* (fr. *moulin*); y el hombre que hacía funcionar el aparato recibió el nombre nuevo, pero de forma latina, *molinarius*, fr. *meunier*. Por consiguiente, el *pistrinum* no sirvió ya para moler el grano, conforme al sentido antiguo y etimológico, pero sí para amasar la pasta hecha con harina, y en francés se tiene *pétrin; pistor* fue sólo el "panadero", it. *pistore*, y con este valor el alemán tomó la palabra.

En los ejércitos de las fronteras había germanos: VEGECIO conocía ya *burgus*, que evidentemente era corriente en la frontera. La formación de *companio* calca la del gótico *gahlaiba* "el que parte el pan con": hay ahí un término militar que procede de prácticas militares. Igual que *carrus*, procedente del galo, fue llevado por los ejércitos romanos hasta Armenia en donde la palabra fue tomada en préstamo bajo la forma *kark'*, la noción de *companio* se encuentra en el nombre armenio *ənker* "compañero", literalmente "que come con". La extensión de algunas palabras de este género recuerda el

éxito de algunas palabras coloniales en la Francia de los últimos cincuenta años: así es como familiarmente se llama *toubib* al médico militar e incluso a todo médico.

En suma, el vocabulario romance se compone, en lo esencial, de palabras antiguas latinas. Muchas desaparecieron por demasiado cortas, como *ōs* que sustituyó *bucca*, o compuestas que no se sabía analizar, como *exstinguere*, de las que la mayor parte de las lenguas románicas se desembarazaron. Otras desaparecieron por tener un matiz demasiado delicado, como *intueor*. Hubo formaciones nuevas con palabras antiguas o prestadas, en gran número. Pero no hay una renovación tan extendida como la que aparentan la pronunciación y la gramática. Las pérdidas y las adquisiciones nuevas permitieron la subsistencia de lo principal de los elementos antiguos.

Si se estudia el conjunto de los procedimientos, el "latín vulgar" presenta gran cantidad de innovaciones, unas realizadas ya, otras en estado de tendencia. La lengua sobre la que se asientan las lenguas románicas está lejos del latín antiguo. No es sólo por comodidad, en virtud de la división del trabajo, por lo que la gramática comparada del latín clásico con las lenguas indoeuropeas y la gramática comparada de las lenguas románicas entre sí son dos especialidades diferentes. Una cosa era el latín antiguo, otra es el "latín vulgar", el "romance común", del que las lenguas románicas son continuaciones diversas.

A partir de las grandes invasiones, los textos de los cronistas y notarios de la época merovingia, a menudo próximos al habla corriente, traducen la gravedad de los cambios experimentados por la lengua, hasta el momento en que el renacimiento carolingio hizo sentir que la *lingua romana vulgaris* era algo distinto de la *lingua romana* antigua.

CAPITULO XI

PERSISTENCIA DEL LATIN ESCRITO

El descenso progresivo de la civilización antigua permitió a las tendencias internas del latín desembocar en su resultado natural; el habla vulgar tomó un carácter cada vez más popular.

La disolución del imperio permitió manifestarse a las tendencias propias de las hablas de cada provincia; sin embargo, el sentido de la unidad latina se mantuvo hasta la época carolingia.

Por lo demás, ni durante los últimos siglos del Imperio, ni durante las grandes invasiones, nadie escribió de manera voluntaria igual a como se hablaba. Por bajo que hubiera caído la enseñanza, los maestros admitieron siempre que se debía permanecer fiel a la tradición del latín escrito. En los s. VI y VII, las dificultades eran tales que incluso un obispo culto, como GREGOIRE DE TOURS, escribía ya un latín fuertemente alterado por la lengua corriente. Sin embargo, él se esforzaba en emplear el latín tradicional, sin tener la ilusión de acertar y lamentando no saber hacerlo mejor.

Al lado de las hablas corrientes cada vez más diferenciadas, la unidad del latín escrito se mantenía sólo por la literatura. A partir del renacimiento carolingio, se volvía a la lengua correcta enseñada por los maestros más instruídos; se tenía el sentimiento de que el habla corriente difería por entero del latín antiguo que entre hombres cultos se volvió a escribir, aún comenzando a hacerlo para el público en el habla vulgar.

El latín escrito tenía entonces un doble valor. Salvaguardaba la tradición de la civilización antigua, con la cual jamás hubo ruptura en el Imperio romano: Occidente conservó lo que le fue posible de la literatura, de la misma manera que Bizancio conservó en parte la literatura griega. Si aún se poseen restos de los antiguos escritores latinos es por que no se dejó de conservar y copiar algunos ejemplares.

Por otra parte, el latín era la lengua del cristianismo en Occidente. El gramático que observa los hechos de cerca no se apena al descubrir en S. AGUSTIN usos y giros que habrían chocado a CICERON. Sin duda CICERON no habría escrito como hace S. AGUSTIN, al comienzo de las *Confesiones: testimonium quia superbis resistis* "la prueba de que resistís a los orgullosos."

Pero las formas que emplea S. AGUSTIN son en general las de la lengua clásica: CICERON no lo habría aprobado todo; pero la forma exterior no le habría impedido comprenderlo.

Entre la más clásica de las lenguas y la de la Vulgata o la de los Padres de la Iglesia

hay tan sólo diferencias de detalle. Y estas diferencias fueron menos sentidas en la medida en que los lectores poseían menos el sentido de una gramática exacta, de un estilo puro y ellos eran literatos menos pulcros.

Quedó un latín escrito, que fue la única lengua de la Iglesia romana, la única lengua de la cultura del espíritu que sobrevivió en Occidente.

A pesar de la diversidad de las dominaciones bárbaras, esta unidad jamás fue empañada, e incluso allí donde el habla del país no era romana el latín fue la lengua de la civilización y de la Iglesia —inseparables una de otra—, en Irlanda, en Gran Bretaña, en Germania, en las provincias del Danubio, así como en Africa menor, Italia, la península hispánica y la Galia. Se da incluso el caso de que el renacimiento carolingio propagó en los países vecinos al dominio romano palabras más cultas que las que se perpetuaron en las lenguas romances. El romance permanece fiel al nombre latino, *medicus*, de "médico". Pero el nombre alemán importa la forma latinizada *architer* del griego *arkhiatrós* "médico-jefe": la forma más antigua en alemán es *arzat* (en alemán moderno *arzt*) y el vasco tiene una forma de igual origen.

En país romano, el habla corriente aparece durante mucho tiempo como algo inculto y, a partir del momento en que se escribía, se recurría al latín tradicional. Este latín tradicional era a menudo mal conocido y gracias a la ignorancia de las gentes que escribieron existen notables testimonios del estado de las lenguas romances en la alta edad media. Aún recientemente, MENENDEZ PIDAL, en sus *Orígenes del español*, publicaba y estudiaba textos semi-latinos que son los más antiguos de que se dispone sobre las hablas hispánicas. En 1.011, se redacta así un acta de cambio: *Ego Gomez Didaz et uxor mea Ostrozia placuit nobis expontanias nostras volumtates*[1] *ut conkambiavimus et vindimus*[2] *nostra billa*[3]. *Onia cum suas casas et suos omnes*[4] *abitantes in ea et terras et vineas et ortus et arbusta et totus pomiferos qui in ea sunt et molinos et pescarias* . . . (loc. cit. pág. 36). No podría decirse si semejante texto es latín o romance; sin embargo, el autor intenta evidentemente escribir en latín y su español es involuntario.

Para gentes cuya habla corriente era céltica o germánica, el uso del latín escrito suponía dificultades mayores que para los pueblos romanos; irlandeses, britanos, sajones de Gran Bretaña, germanos de diversos monasterios alemanes se ayudan de su lengua usual para estudiar e interpretar los textos latinos. Se han conservado glosas irlandesas, britanas, inglesas, alemanas que son los documentos más antiguos de estas lenguas. Pero, en caso semejante, la lengua usual, céltica o germánica, es sólo un ligero andamiaje en vistas a dar un latín algo más accesible sin ayuda alguna, todo lo más, un sustituto del latín: por sí misma esta lengua no tiene casi ningún valor de civilización.

En ningún punto de occidente se encuentran creaciones semejantes a las que se produjeron en oriente, en donde cada nación se proveyó de un alfabeto, que señalaba con exactitud la fonética de su lengua, y con este alfabeto de una lengua escrita, en la que se tradujeron libros sagrados, rituales y obras edificantes, sermones, vidas de santos, en la que incluso se compusieron obras originales: el copto, el sirio, el armenio, el georgiano, el

1. Es decir, *expontanea nostra voluntate.*
2. *Vendimus.*
3. *Villa.*
4. *Homines.*

eslavo, el gótico, fueron así conocidas y sirvieron para fijar lenguas escritas empleadas por Iglesias nacionales. En occidente hay sólo una Iglesia, que reconoce la primacía de la sede de Roma, y para esta Iglesia única, una sola lengua religiosa, el latín.

Desde el momento en que el poder político establecía un orden que permitía a las escuelas funcionar de una manera regular y a la cultura intelectual comenzar de nuevo, se volvía al latín, se enseñaba el latín de una forma exacta, se copiaban los textos antiguos, se escribían obras en un latín que tendía a la corrección.

El rey franco Carlomagno se hizo coronar emperador romano; protegió la Iglesia romana y se hizo apoyar por ella; al propagar el cristianismo, propagó el uso del latín escrito en la Europa central. El "renacimiento carolingio" fue suficiente para que lo que subsistía de la literatura latina fuera recopilado con atención; gracias a este renacimiento se salvaron los restos de esta literatura, restos que se conservaron a lo largo de la edad media y que sirvieron de punto de partida al gran Renacimiento del S. XIII al XVI.

El imperio de Carlomagno no conservó la unidad que su fundador le había dado. Los usos de los francos dejan entrever la herencia del gran emperador justo hasta su muerte. Y el poder de los soberanos que, a partir de entonces, ostentaron el título de emperador, no se extendió jamás realmente fuera del territorio en el que ejercían su soberanía. Pero, sobre todo, en las regiones de lengua alemana y eslava occidental y en Italia, el sentimiento de una unidad imperial subsistió en cierta medida. Se añadía a la unidad real e incluso discutida —cuando el papado se dividió transitoriamente— de la Iglesia.

Situada en vecindad con oriente cuya acción recibía, la Iglesia de Bizancio estaba sacudida por discusiones teológicas, amenazada por herejías. En occidente, nada semejante. El arrianismo se eliminó sin gran dificultad. La unidad de la fe no se hallaba amenazada. Y cuando en la edad media, aparecieron doctrinas orientales, la herejía de los albigenses fue duramente destruída.

Al dividirse el poder político se deshizo, mientras en Occidente quedó intacta la unidad de cultura. Hasta el umbral de la época moderna, todo el mundo pensó que pensaba el latín. Los mismos maestros enseñaron de un extremo a otro de Europa, desde España y Francia hasta Polonia, desde Escandinavia hasta Sicilia; los estudiantes viajaron de un país a otro; se leyeron los mismos libros. Occidente fue durante más de mil años el dominio de la unidad intelectual. Luego, cuando tuvo lugar el gran Renacimiento, los autores antiguos sirvieron de modelo en todas partes; un profundo conocimiento del latín fue en todo lugar condición indispensable de la cultura del espíritu, y los hombres que de forma más eminente, como ERASMO, representan este Renacimiento, fueron "humanistas".

Una lengua muerta a duras penas sirve de soporte a una literatura original: expresa mal los sentimientos íntimos. Se escribió mucho en latín en la Edad Media y durante el Renacimiento; las obras literarias escritas en latín no se conservaron. Pero hay una filosofía original, cuya influencia hoy en día aún no se ha desvanecido. La lengua de esta filosofía es el latín. De ahí resulta que para todo lo relacionado con el pensamiento, el latín abasteció de palabras a las lenguas modernas de Europa. Prestados aquí, traducidos en otras partes, estos términos son los mismos en el fondo en cualquier lugar. Al empleo común del latín Europa debe el haber conservado cierta unidad en los medios de expresión, a pesar de la diferencia que hay entre las lenguas usuales. Por ello, tras la variedad

aparente de las lenguas modernas de Europa hay un mismo fondo latino, gracias al cual se dejan traducir exactamente unas a otras; no se podría traducir con veracidad una lengua que fuera auténticamente extranjera.

A la unidad política sobrevivió la unidad de civilización, y no la simple conservación de antiguas adquisiciones, sino una civilización creadora que se ha desarrollado y transformado, que ha traído nuevas aportaciones, que tiene una filosofía propia y un arte original.

Grecia sólo llegó a la unidad bajo dominios extranjeros; en tanto fue independiente, estuvo dividida; y sus creaciones literarias se presentan bajo formas lingüísticas diversas. La unidad nacional helénica creó una civilización helénica que tiene unidad; pero unidad dentro de la diversidad, ya que se compuso de elementos que se sentían independientes los unos de los otros. Roma fue creadora de unidad; los hombres, numerosos, que acogió los asimiló haciéndolos romanos, más aún, ciudadanos romanos; los países que conquistó, poco a poco se fueron convirtiendo en provincias de un imperio único; una misma civilización se extendió por todas partes dentro de este imperio y, cuando la obra política de Roma fue destruída por los acontecimientos, quedó una unidad religiosa y una unidad de cultura.

Esta unidad era tan fuerte, tan profundamente establecida que su acción se manifiesta aún con pujanza. La Reforma logró romper la unidad de la Iglesia y separar una gran parte de los países de lengua germánica —apenas subsistió en los países de lengua romana—; el catolicismo romano, todavía hoy, es la única religión verdaderamente mundial y que merece plenamente el nombre de "católica", es decir", universal". Las lenguas nacionales consiguieron tomar importancia, servir tras la Reforma a fines religiosos, llegar a ser expresión de la ciencia; detrás de todas las lenguas de civilización del mundo moderno, se siente el modelo latino, a menudo tras préstamos evidentes y, a falta de préstamos admitidos, de una manera igualmente cierta en transposiciones en las que se reconoce el modelo latino: el inglés, con sus préstamos innumerables del latín y de las lenguas romances, el alemán, con sus préstamos aún más numerosos, con sus calcos más numerosos aún de términos latinos o romances, son, bajo una forma lingüística diferente y bajo los rasgos originales que de ahí derivan, lenguas de cultura latina en la misma medida que las propias lenguas romances. Imitando la articulación de frases latinas los prosistas europeos aprendieron el arte de escribir. La parte intelectual de todas las lenguas literarias de la Europa occidental se nutre del latín. Europa y América podrían olvidar la unidad de origen de su cultura —no lo harían sin menoscabo—, y sus lenguas de civilización, por lo que de unidad tienen, admitida o disimulada, continuarían testimoniando que, tras las diversidades de las que se glorían y cuyo valor se exagera, queda, a veces poco visible, a menudo olvidado, pero actuante siempre, el poderoso beneficio de la unidad romana.

BIBLIOGRAFIA

1. OBRAS GENERALES

Pour l'initiation et l'orientation :

J. MAROUZEAU, *Introduction au latin*, Paris, 1941.

Pour l'histoire de la langue, il faut citer en premier lieu une remarquable synthèse, qui couvre l'ensemble de l'histoire du latin :

G. DEVOTO, *Storia della lingua di Roma*, Bologne, 1940.

En français, essai de présentation d'ensemble, d'intérêt inégal :

J. COUSIN, *Évolution et structure de la langue latine*, Paris, 1944.

Collection d'études particulières plutôt qu'histoire suivie et ordonnée, œuvre d'historien plus que de linguiste, et concernant la préhistoire plus que l'histoire : F. ALTHEIM. *Geschichte der lateinischen Sprache von den Anfängen bis zum Beginn der Literatur*, Francfort-sur-le-Main, 1951.

Ouvrage de référence fondamental pour l'ensemble de la langue :

LEUMANN-HOFMANN-SZANTYR, *Lateinische Grammatik* (ouvrage dû à l'origine à STOLZ et SCHMALZ et remanié par M. LEUMANN et J. B. HOFMANN pour la 5e éd., 1926-28) : I, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, par M. LEUMANN, Münich, 1963 (malheureusement simple reproduction de l'éd. de 1926-28) ; II, *Lateinische Syntax und Stylistik*, par J. B. HOFMANN, refonte par A. SZANTYR, avec la partie générale concernant la grammaire latine, Münich, 1965.

Grand manuel historique en cours de publication :

V. PISANI, *Manuale storico della lingua latina*, Turin, qui comprend actuellement : I, *Storia della lingua latina*, 1, *Le origine e la lingua letteraria fino a Virgilio e Orazio*, 1962 ; II, *Grammatica latina storica e comparativa*, 1948, 3e éd. 1962 ; III, *Testi latini arcaici e volgari*, 1950, 2e éd. 1960 ; IV, *Le lingue dell'Italia antica oltre il latino*, 1953.

Présentation d'ensemble de l'histoire de la langue, avec grammaire historique et comparative :

L. PALMER, *The Latin language*, Londres, 1954, 3e éd. 1961.

2. DICCIONARIOS.

Le *Thesaurus Linguae Latinae*, en cours de publication depuis 1900, à Leipzig, puis à Münich, ne couvre encore que les lettres A à I et M. On doit encore consulter le grand dictionnaire de A. FORCELLINI, *Totius latinitatis lexicon lucubratum a* J. FURLANETTO, *auctum et emendatum a* V. DE VIT, Prato, 1858-1879 (refonte CORRADINI-PERIN, Padoue, 1913 ; réimpr. 1940). Il faut également signaler les ouvrages de W. FREUND, *Grand dictionnaire de la langue latine*, trad. fr. N. THEIL, Paris, 1882-1883 (réimpr. 1929), et de LEWIS-SHORT, *A Latin Dictionary*, Oxford, 1894.

Pour les travaux de lexicographie, on dispose d'un utile répertoire des mots latins présentés dans l'ordre alphabétique, puis dans l'ordre alphabétique inverse : O. GRADENWITZ, *Laterculi vocum Latinarum*, Leipzig, 1904.

Il faut y ajouter les nombreux relevés de C. PAUCKER, parus notamment entre 1872 et 1875, à Dorpat, dans les *Mélanges gréco-romains de l'Académie impériale des Sciences de Saint-Pétersbourg*.

Lexiques spéciaux : d'excellents travaux ont été publiés par J. ANDRÉ, notamment un *Lexique des termes de botanique*, Paris, 1956.

Pour l'étude historique du vocabulaire latin, on dispose en français d'un ouvrage fondamental, à la fois pour l'étymologie (traitée avec une extrême prudence et peu de références dans les discussions) et pour l'histoire des mots :
A. ERNOUT et A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Paris, 1932, 4e éd. 1959.

Autre grand ouvrage, avec renvois bibliographiques :
A. WALDE, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, 3e éd. par J. B. HOFMANN, 3 vol., Heidelberg, 1938-1956 (et 4e éd. sans changement).

Pour la latinité chrétienne :
A. BLAISE, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens*, Strasbourg, 1954.

Pour le latin tardif :
A. SOUTER, *A glossary of later Latin to 600 A.D.*, Oxford, 1949 ; ouvrage assez sommaire, et qui s'arrête tôt ; pour la période 550-1150, on dispose de :
J. F. NIERMEYER, *Mediae latinitatis lexicon minus*, dont la publication est très avancée (Leiden, depuis 1954).

En 1920, l'Union Académique Internationale a conçu d'abord le projet de refaire le *Glossarium mediae et infimae latinitatis de* DU CANGE, publié de 1610 à 1688 ; puis, sans aller jusque-là, elle a entrepris la publication d'un *Novum glossarium mediae latinitatis* (« Nouveau Du Cange »), dont le premier fascicule a paru à Copenhague en 1957. Les dépouillements portent en définitive sur la période 800-1500 environ. Un *Bulletin Du Cange*, publié depuis 1924, a permis de suivre les travaux de cette entreprise et des nombreuses entreprises qui la complètent.

3. PROBLEMAS COMPARATIVOS: EL LATIN EN EL INDOEUROPEO E ITALICO.

Manuel présentant l'ensemble de la langue dans une perspective comparative, parallèlement au grec :
A. MEILLET et J. VENDRYES, *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, 3e éd. revue, Paris, 1963.

Quoique les données latines jouent un rôle modeste dans ces tentatives systématiques concernant la reconstruction de l'indo-européen, il faut signaler les travaux essentiels de J. KURYŁOWICZ, *Études indo-européennes*, I, Cracovie, 1935, et de E. BENVENISTE, *Origines de la formation des noms en indo-européen*, I, Paris, 1935, 2e tir. 1948. Des mêmes, on ajoutera : de J. KURYŁOWICZ, *L'apophonie en indo-européen*, Wroclaw, 1956, *L'accentuation dans les langues indo-européennes*, Wroclaw-Cracovie, 1958, et *The inflexional categories of indo-european*, Heidelberg, 1964 ; de E. BENVENISTE, *Noms d'agent et noms d'action en indo-européen*, Paris, 1948.

Sur l'ensemble des données de la grammaire comparée indo-européenne, on dispose, en français, du tableau général de A. MEILLET, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes,* 8e éd., Paris, 1937, réimpr. Alabama 1964.

Dictionnaire : J. POKORNY, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch,* I, Berne, 1959 (antérieurement : A. WALDE, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen,* nouv. éd. par J. POKORNY, 3 vol., Berlin-Leipzig, 1927-1932.

Quant à la position du latin, on trouvera un état des problèmes, avec historique et bibliographie, dans une importante mise au point : M. LEJEUNE, *La position du latin sur le domaine indo-européen,* dans le *Mémorial des Études Latines,* Paris, 1943, p. 7-31. L'auteur envisage en premier lieu la question de l'unité italo-celtique et de l'unité italique, unités au sujet desquelles les comparatistes sont divisés. On aura une vue de l'ensemble des données (archéologiques et linguistiques) sur lesquelles s'appuie toute une école de linguistes italiens dans un ouvrage où est affirmée l'autonomie du groupe osco-ombrien dans l'ensemble indo-européen, contre la thèse de l'unité italique :

G. DEVOTO, *Gli antichi Italici,* 1931, 2e éd. Florence, 1952.

C'est dans le même esprit que sont envisagés les rapports entre latin et osque dans :

M. G. DELFINO, *Il problema dei rapporti linguistici tra l'osco e il latino,* Serta Eusebiana, 1958.

Pour le cadre linguistique dans lequel s'insèrent les parlers italiques, les données ont été recueillies dans un gros ouvrage :

R. S. CONWAY, J. WHATMOUGH, S. E. JOHNSON, *The prae-italic dialects of Italy,* 3 vol., Londres, 1933.

Signalons, pour le messapien, un bon instrument de travail récent :

O. PARLANGELI, *Studi Messapici,* Milan, 1960.

Sur l'ensemble de l'italique, on suivra les importantes publications de M. LEJEUNE, et notamment ses *Notes de linguistique italique,* dans la *Revue des Études Latines,* à partir du tome XXI-XXII (1945), p. 87. On doit notamment à l'auteur des contributions essentielles à la connaissance du vénète, qu'il faut aujourd'hui reconnaître comme italique et non plus comme illyrien ; voir en particulier ses *Problèmes de philologie vénète,* dans la *Revue de Philologie* à partir du tome XXV (1951), fasc. 2, p. 202 (avec des indications sur l'état de la recherche et sur les publications qui l'ont renouvelée).

Pour les parlers italiques, on dispose maintenant de bons manuels. On rappellera ici celui de V. PISANI (tome IV de son *Manuale* cité sous 1), essentiellement choix de textes commentés, avec beaucoup d'interprétations personnelles.

Pour l'ensemble, mais sans le vénète :

E. VETTER, *Handbuch der italischen Dialekte,* I (Textes, gloses, index des mots), Heidelberg, 1953.

Pour l'osco-ombrien, il faut encore signaler, parmi les grands ouvrages anciens : C. D. BUCK, *A grammar of Oscan and Umbrian,* Boston, 1904, 2e éd. 1928, qui a servi de modèle à un bon manuel récent comportant grammaire, textes et glossaire : G. BOTTIGLIONI, *Manuale dei dialetti italici,* Bologne, 1954.

Les textes ombriens ont fait l'objet d'importantes publications : les Tables Eugubines ont été publiées avec traduction en latin, puis, dans l'édition la plus récente, en italien, par

G. DEVOTO, *Tabulae Iguvinae,* Rome, 1937, 2e éd. 1940, puis *Le Tavole di Gubbio,* Florence, 1948.

Avec traduction anglaise :

J. W. POULTNEY, *The bronze Tables of Iguvium,* Baltimore, 1959.

En français, avec traduction latine des textes ombriens et lexique :
A. ERNOUT, *Le dialecte ombrien*, Paris, 1961.

Pour les parlers proches du latin, il faut signaler notamment un bon instrument de travail sur le falisque :
G. GIACOMELLI, *La lingua falisca*, Florence, 1963.

Recueil commode d'inscriptions :
H. JACOBSOHN, *Altitalische Inschriften*, Bonn, 1927.

4. PROBLEMAS RELATIVOS A LA EVOLUCION HISTORICA DE LA LENGUA.

Pour l'époque la plus ancienne, on dispose de recueils de textes :
E. DIEHL, *Altlateinische Inschriften*, Bonn, 1911, 4e éd. (K. SCHUBRING), Berlin, 1959 ;
A. ERNOUT, *Recueil de textes latins archaïques*, Paris, 1916, 2e éd. 1957 ; deux parties : textes épigraphiques, textes littéraires. Il faut également signaler les quatre volumes de la collection Loeb consacrés aux textes latins anciens :
Remains of old Latin, édités et traduits en anglais par E. H. WARMINGTON (textes littéraires et inscriptions), Londres et Cambridge (Mass.), 1953-1957.

Dans un autre domaine, instrument de travail essentiel :
R. CAVENAILE, *Corpus papyrorum Latinarum*, Wiesbaden, 1958.

Sur la formation de la langue littéraire :
J. MAROUZEAU, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire*, Paris, 1949.

Sur le latin « chrétien », il faut citer principalement les travaux de l'école dite de Nimègue, animée par C. MOHRMANN, auteur d'une importante série d'*Études sur le latin des chrétiens*, Rome, 3 tomes publiés entre 1958 et 1965.

Relevé des faits de détail et bibliographie :
A. BLAISE, *Manuel du latin chrétien*, Strasbourg, 1955.

Sur le latin tardif et vulgaire :
E. LÖFSTEDT, *Late Latin*, Oslo, 1959 ; ouvrage magistral, avec bibliographie critique.
J. B. HOFMANN, *Lateinische Umgangssprache*, Heidelberg, 1926, 3e éd. 1951 (avec *Verzeichnis der behandelten Textstellen*, de A. THIERFELDER, 1963) ; ouvrage ancien, mais qui reste important.
J. SOFER, *Zur Problematik des vulgärlateins. Ergebnisse und Anregungen*, Vienne, 1963 ; bonne mise au point, avec bibliographie systématique.
V. VÄÄNÄNEN, *Introduction au latin vulgaire*, Paris, 1963 ; manuel bien documenté, qui fait suite à une importante étude sur *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, Helsinki, 1937.

Recueil de textes :
G. ROHLFS, *Sermo vulgaris Latinus*, Halle, 1951, 2e éd. Tübingen, 1956.

Latin médiéval : bons instruments d'initiation, avec bibliographie systématique :
K. STRECKER, *Introduction à l'étude du latin médiéval* (trad. de l'allemand *Einführung in das Mittellatein*, 3e éd. Berlin, 1939), 3e éd. Lille-Genève, 1948.
G. CREMASCHI, *Guida allo studio del latino medievale*, Padoue, 1959.

Sur la différenciation du latin à l'époque romane :
W. VON WARTBURG, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Berne, 1950 ; vues personnelles sur les effets des substrats et superstrats.
C. TAGLIAVINI, *Le origini delle lingue neolatine. Introduzione alla filologia romanza*, Bologne, 1949, 3e éd. 1959.

Manuels dont le premier, ancien, reste un bon instrument de travail :
E. BOURCIEZ, *Éléments de linguistique romane,* Paris, 1910, 4e éd. revue et augmentée par J. BOURCIEZ, 1947, réimpr. 1956.
B. E. VIDOS, *Manuale di linguistica romanza* (trad. italienne par G. FRANCESCATO d'un ouvrage publié d'abord en néerlandais, 1956), Florence, 1959.

5. ESTUDIOS Y MANUALES REFERENTES A LOS DISTINTOS ASPECTOS DE LA LENGUA.

Études de vocabulaire (y compris la formation des mots) :

A. ERNOUT, *Aspects du vocabulaire latin,* Paris, 1954. C'est au vocabulaire que sont consacrées la plupart des études réunies dans les 3 volumes du même auteur intitulés *Philologica,* Paris, I, 1946 ; II, 1957 ; III, 1965. Autre étude plus ancienne du même auteur : *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin,* Paris, 1909.

On doit à J. André de nombreuses contributions à l'étude de secteurs particuliers du vocabulaire. A l'ouvrage cité ci-avant sous 1, il faut ajouter notamment : J. ANDRÉ, *Étude sur les termes de couleur dans la langue latine,* Paris, 1949, et aussi *L'alimentation et la cuisine à Rome,* Paris, 1961, d'où on peut tirer une riche documentation lexicale.

Essai d'exploration méthodique et d'analyse sémantique d'un petit système lexical, illustrant bien les problèmes généraux :
P. MONTEIL, *Beau et laid en latin. Étude de vocabulaire,* Paris, 1964.

Sur la composition, étude d'ensemble :
F. BADER, *La formation des composés nominaux du latin,* Paris, 1963.

Sur la dérivation, essai de classement des données formelles :
M. LEUMANN, *Gruppierung und Funktionen der Wortbildungssuffixe des Lateins,* dans *Museum Helveticum,* I (1944), p. 129-151 (repris dans *Kleine Schriften zur lateinischen, griechischen, indogermanischen und allgemeinen Sprachwissenschaft,* Zürich, 1959, p. 84-108).

Les problèmes posés par l'analyse des fonctions des suffixes de dérivation sont bien illustrés par l'étude de E. Benveniste citée ci-avant sous 3 *(Noms d'agent...).* Autre étude partielle posant les problèmes généraux de l'analyse sémantique des formations dérivées :
J. PERROT, *Les mots latins en -men et -mentum,* Paris, 1961.

Manuels de phonétique et études phonologiques :

R.G. KENT, *The sounds of Latin. A descriptive and historical phonology,* Baltimore, 1932, 3e éd. 1945.
M. NIEDERMANN, *Précis de phonétique historique du latin,* Paris, 3e éd. 1953 ; bon manuel, mais qui ne renseigne pas sur les origines indo-européennes.
A. JURET, *Manuel de phonétique latine,* Paris, 1921, 2e éd. 1938 (à utiliser avec précaution) et *Dominance et résistance dans la phonétique latine,* Heidelberg, 1913.
A. MANIET, *L'évolution phonétique et les sons du latin ancien dans le cadre des langues indo-européennes ;* le développement du phonétisme latin est interprété à la lumière de la phonétique générale classique et de la psychologie linguistique.

L'application des méthodes de la phonologie à l'analyse descriptive et à l'étude historique du matériel phonique n'a encore suscité que peu de travaux dans le domaine du latin. Il faut citer quelques essais d'ensemble, avec des vues sur l'histoire du système phonique :
J. HORECKÝ, *Fonologia Latinčiny, Bratislava,* 1949, avec résumé en français p. 109-120.

H. H. JANSSEN, *Historische Grammatica van het Latijn, I, De klanken*, La Haye, 1952.
W. BRANDENSTEIN, *Kurze Phonologie des Lateinischen*, en appendice à l'ouvrage de F. ALTHEIM cité ci-avant sous 1.

Manuels de morphologie (formes grammaticales) :

A. ERNOUT, *Morphologie historique du latin*, Paris, 3e éd., 1953. Ne comprend pas la formation des mots.
R.G. KENT, *The forms of Latin. A descriptive and historical morphology*, Baltimore, 1946.

Études et manuels de syntaxe :

Manuel de tendance surtout historique :
A. ERNOUT et F. THOMAS, *Syntaxe latine*, Paris, 2e éd., 1963.
Manuel descriptif, avec tendance à écarter la logique autant que l'histoire, et à appuyer la syntaxe sur la morphologie :
F. BLATT, *Précis de syntaxe latine*, Lyon et Paris, 1952.
Essai de construction systématique d'après les cadres de la pensée :
A. C. JURET, *Système de la syntaxe latine*, Paris, 1926.
Études très importantes :
E. LÖFSTEDT, *Syntactica. Studien und Beiträge zur historischen Syntax des Lateins*, Lund, I, 1928, 2e éd. 1942 ; II, 1933.
J. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax, mit besonderer Berücksichtigung von Griechisch, Lateinisch und Deutsch*, Bâle, I, 1920, 2e éd. 1926 ; II, 1924, 2e éd. 1928.
Pour les faits anciens :
C. E. BENNETT, *Syntax of early Latin*, 2 vol., Boston, 1910-1914.
Pour les faits tardifs :
D. NORBERG, *Syntaktische Forschungen auf dem Gebiete des Spätlateins und des frühen Mittellateins*, Uppsala, 1943 ; et *Beiträge zur spätlateinischen Syntax*, Uppsala, 1945.
Pour le passage des structures latines classiques aux structures romanes de la subordination :
J. HERMAN, *La formation du système roman des conjonctions de subordination*, Berlin, 1963.
Sur l'ordre des mots, importante série d'études en 4 volumes :
J. MAROUZEAU, *L'ordre des mots dans la phrase latine*, Paris, I, 1922 ; II, 1938 ; III, 1949, et un volume complémentaire avec exercices d'application, *L'ordre des mots en latin*, 1953.

Stylistique :

J. MAROUZEAU, *Traité de stylistique latine*. Paris, 1946.

Métrique :

L. NOUGARET, *Traité de métrique latine*, Paris, 1948, réimpr. 1963.
W. J.W. KOSTER, *Traité de métrique grecque et latine*, Leyde, 1936, 3e éd. 1962.

6. FUENTES BIBLIOGRAFICAS.

J. COUSIN, *Bibliographie de la langue latine* 1880-1948, Paris, 1951.
On peut suivre la production dans les bibliographies annuelles :
L'année philologique, de J. MAROUZEAU, Paris, depuis 1924, bibliographie établie par J. ERNST depuis le tome XII (année 1937) ; antérieurement : *Dix années de bibliographie classique, 1914-1924*, 2 vol., Paris, 1927-1928.

Bibliographie linguistique publiée par le Comité International Permanent des Linguistes, Utrecht-Anvers, travaux indiqués année par année depuis 1939 (années 1939-1947 groupées en 2 vol.).
Bulletin signalétique publié par le C.N.R.S., Paris (section 21, puis 24 : sciences du langage).

A ces bibliographies s'ajoutent les périodiques qui font une place aux comptes rendus bibliographiques ; il faut signaler notamment la *Revue des Études Latines*, la *Revue de Philologie*, le *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, *Gnomon*, *Latomus*, *Kratylos*, etc. Une mention spéciale doit être faite de *Glotta*, qui publie périodiquement des bibliographies systématiques couvrant des périodes plus ou moins longues : pour le latin, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, par M. LEUMANN : pour les années 1939-1953 dans le tome XXXIV (1955), fasc. 3-4, p. 202-231 ; relevé complété pour 1940-1955 dans le tome XXXVI (1957), 1-2, p. 123-151 ; pour 1955-1962, dans le tome XLII (1964), p. 69-120 ; pour l'italique : K. OLZSCHA, *Literaturbericht über Italische Strachen 1939-1962*, dans le tome XLI (1963), 1-2, p. 70-138.

On ne trouvera que des indications très fragmentaires dans :
K. BÜCHNER et J. B. HOFMANN, *Lateinische Literatur und Sprache in der Forschung seit 1937*, Berne, 1951.

INDICE TEMATICO

a (vocalismo), 105.
abreviación vocálica, 32.
acento, 32-33, 80 y sigs., 156-9.
Accius, 129 y sigs.
adverbios interrogativos, 37.
aliteración, 72, 127.
arcaísmos del italo-celta, 10.
aristocracia romana, 66, 73.
aspecto verbal, 16, 38.
aspiradas sonoras, 22, 31.
-bh- (formas casuales), 18.
breves (tratamiento), 85, 162.
cantidad vocálica, 159.
casos (valor), 97.
Catulo, X.
Célticas (lenguas), 10.
César, X, 132.
Cicerón, 132 y sigs.
comparativo, 102.
concordancia, 97.
consonantes (alteración), 163 y sigs.
" (articulación), 88.
" (finales), 34.
" (grupos), 33.
" (interiores), 88.
" (tratamiento), 3, 12.
demostrativos, 22, 37, 100-1, 165.
deponente, 92.
desinencias casuales, 35.
" verbales, 10, 77, 93.
determinado-indeterminado, 94.
diminutivos, 108, 116.
diptongos, 160.
dual, 91.
Duenos (inscripción), 64.
Ennius, 72, 123 y sigs.
etrusco, 44, 48
Galos, 45, 65.
geminación, 103 y sigs.
genitivo en *-i*, 15.
Griegos, 45 , 65.
guturales, 161.
hexámetro, 81.
imperativo, 39.
indoeuropeo (cronología), 16.
" (morfología), 90 y sigs.
" (sencillez), 6.
infinitivo, 23, 97.
inicial (tratamiento), 80 y sigs.
interrogativo-indefinido, 36, 78.
inscripciones, 74.
itálico, 28 y sigs.
italo-celta, 10 y sigs.
juramentos, 70.
l (naturaleza), 86.
latín (evolución), 2.
" (extensión), 149 y sigs.
" (innovaciones), 152 y sigs.
" (unidad), 181.
literatura (comienzos), 67 y sigs.
Livius Andronicus, 71.
mediterráneo, cf. préstamos
modos, 94.
Naeuius, 72.

nombre (alteración), 175 y sigs.
nombre (desinencias), 25.
" de acción, 102.
" de persona, 48.
ordinales, 13.
osco, 29 y sigs.
Pacuuius, 129.
participio, 97, 126.
pasiva, 92.
pelicnio, 30.
Plauto, 110.
población romana, 66.
política (lengua), 74.
prenestino, 58.
préstamos etruscos, 50
" griegos, 53 y sigs., 66 y sigs., 111, 123, 137, 140.
" mediterráneos, 51.
prosistas, 120.
r (desinencias), 13, 92.
r (influencia), 87.
reduplicación, 23, 107.
rotacismo, 89.
-s final, 136, 143.
síncopa, 84.
subjuntivo, 14 y sigs., 96.
sustrato, 150-1.
sufijos, 19, 107.
Terencio, 118 y sigs.
tiempos y modos, 94 y sigs.
umbro, 28 y sigs.
unidad greco-latina, 21.
verbo (alteraciones), 166.
" (desinencias), 11, 77, 93.
Virgilio, 140 y sigs.
vocabulario, 103 y sigs., 176 y sigs.
vocales finales, 84 y sigs.

INDICE DE PALABRAS LATINAS

Achīuī, 53.
ad, 40.
amphora, 55.
amurca, 56.
ancora, 56.
aunnculus, 108.
ansa, 26.
anser, 26.
ara, 42.
arbiter, 61.
asinus, 52.
aueō, 106.
aurum, 26.
aut, 40.
axis, 26.
balneum, 56.
barba, 24.
bos, 61.
bubulcus, 61.
caduceum, 55.
caesar, 62.
camillus, 51.
camus, 56.
canō, 20.
capio, etc., 106.
caput, capillus, 105.
casa, 62.
castanea, 54.
caurus, 24.
cēna, 42.
cerasus, 54.
ceterī, 40.
citrus, 52.
cīuis, 23.
c(h)lamida, 55.
colapus, 70.
coturnus, 56.
crabro, 26.
crāpula, 56.
crēdō, 13.
cūdō, 26.
cupressus, 52.
dapes, 47.
dē, 20.
dīcō, 41.
dominus, 8.
dūcō, 21.
elephas, 54.
emō, 21.
enim, 40.
faba, 25.
faciō, 41.
falx, 53.
fānum, 42, 47.
far, 25.
feriō, 25.
fīcus, 52.
flāmen, 47.
flamma, 105.
fodiō, 25.
forum, 47.
fouēo, 108.
frater, 31.
fūcus, 26.
funda, 52.
fundō, 21.
gelu, 24.
glaber, 26.
grānum, 25.
haedus, 62.
hiāre, 26
histriō, 50.
homō, 24.
horior, 31.
hostis, 24.
inferus, infra, 61.
iter, 11.
iterum, 41.
iūs, 46.
laurus, 52.
līlium, 52.
līra, 25.
Luceres, 50.
māc(h)ina, 54.
mare, 24.
malun, etc., 25, 54.
manus, "mano", 42.
manus, "bueno", 60.
massa, 55.
medietas, 138.
mensa, 42.
menta, 52.
modestus, 42.
molō, 8, 25.
mūlus, 52.
nās(s)us, 104.

nemus, 13.
nīdus, 24.
olīua, 53.
ouis, 62.
pecu, 27.
penna, 105.
peregre, etc., 109.
perfines, 21.
pirus, 54.
pius, 42.
plumbum, 52.
popīna, 61.
porcus, 24.
post, 40.
potior, 42.
prae, prō, 40.
probus, 42.
puteus, 50.
quālitās, 138.
qui, quam, 36.
Ramnes, 50.
rēx, 13.
rosa, 51.
rota, 26.
rūbus, ruber, 61.
sacer, 12, 42.
sanciō, 12, 42, 47.
secō, 25.
serō, 24.
sibilō, 61.
sōpiō, 109.
spata, -ula, 55.
spurius, 51.
sub, super, 40.
tecina, 55.
Tities, 50.
tunica, 53.
uacca, 104.
uaccinium, 52.
uātēs, 20, 47.
uas, uadis, 25.
ubi, 37.
uerbum, 24.
ueru, 26
uērus, 24.
uincō, 20, 25, 41.
uiola, 52.
uīnum, 51.
uir, 27
uītis, 51.
ūnus, 26.
urbs, 50.
ut, 37.
uxor, 12.

INDICE GENERAL

			Páginas.
Advertencia a la primera edición			VII
”		segunda	IX
”		tercera	XIII
Introducción			1
Capítulo	I.	Del Indo-europeo al latín	5
—	II.	Orígenes dialectales	8
—	III.	La cronología de los hechos indoeuropeos y la unidad ita-lo-celta	10
—	IV.	El itálico	28
—	V.	Los dialectos latinos	44
—	VI.	La lengua de Roma en el s. III a. de C.	64
—	VII.	Estructura del latín	79
—	VIII.	La helenización de la cultura romana	122
—	IX.	La expansión del latín	147
—	X.	Cambios del latín en la época imperial	155
—	XI.	Persistencia del latín escrito	180
Bibliografía			184
Indice temático			191
” de palabras latinas			193
” general			195